



11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

AÑO IV

NÚM. XLVIII

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
AYDADA MARELLONIS DEL

~~~~~  
DICIEMBRE—1892  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID

ESTUDIO A LA HISTORIA
DE ESPAÑA MODERNA

VV. AA.

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es indis-
pensable el permiso del Director de LA
ESPAÑA MODERNA.*

EL VERDUGO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE MADRID

Á MARTÍNEZ DE LA ROSA

En el campanario de la pequeña villa de Menda acababan de dar las doce de la noche. En aquel momento, un joven oficial francés, apoyado en el pretil de una larga terraza que costeara los jardines del castillo de Menda, parecía abismado en una contemplación más profunda de lo que permite el indiferentismo de la vida militar; preciso es decir, sin embargo, que nunca se vieron hora, sitio y noche más propicios para la meditación. El hermoso cielo de España extendía una cúpula azul sobre su cabeza: El centelleo de las estrellas y la suave luz de la luna iluminaban un delicioso valle coquetonamente extendido á sus piés. El comandante de batallón, apoyado en un naranjo en flor, podía ver á cien piés por bajo de él la villa de Menda, que parecía haberse puesto al abrigo de los vientos del Norte al pié de los peñascos sobre los cuales se levantaba el castillo. Volviendo la cabeza veía el mar, cuyas aguas brillantes limitaban el paisaje con un ancho marco de plata. El castillo estaba iluminado. Mezclados con el lejano murmullo de las olas, llegaban hasta él el alegre tumulto de un baile, los acordes de la orquesta, las risas de algunos oficiales y de sus parejas. La frescura de la noche daba una especie de fuerza á su cuerpo, fatigado por el calor del día. Y, en fin, los jardines estaban poblados de árboles tan olorosos y flores tan suaves, que el joven encontrábase sumido en un baño de aromas.

El castillo de Menda era propiedad de un grande de España, que á la sazón habitaba en él con su familia. Durante todo aquel sarao, la mayor de las hijas había mirado al oficial con un interés marcado de

tal tristeza, que el sentimiento compasivo expresado por la española, podía ser muy bien la causa de las meditaciones del francés. Clara era hermosa; y aun cuando tenía tres hermanos y una hermana, los bienes del marqués de Leganés parecían bastante considerables para hacer creer á Víctor Marchand que la joven hubiera de llevar una rica dote. Pero, ¿cómo atreverse á imaginar que la hija del anciano más imbuido de su grandeza que hubiese en España, pudiera ser dada en matrimonio al hijo de un tendero de París! Además, odiábase á los franceses. Habiendo sospechado el general G., que mandaba en la provincia, que el marqués preparaba un levantamiento á favor de Fernando VII, el batallón de que era comandante Víctor Marchand, había sido acantonado en la pequeña villa de Menda, para contener á los campesinos de los contornos, obedientes al marqués de Leganés. Un reciente despacho del mariscal Ney hacía temer un próximo desembarco de los ingleses en aquella costa, y señalaba al marqués como hombre que mantenía relaciones de inteligencia con el gabinete de Londres. Por eso, á pesar de la buena acogida que este español había dispensado á Víctor Marchand y á sus soldados, el joven oficial estaba constantemente en guardia. Al encaminarse á la te-

rraza donde acababa de reconocer el estado de la villa y del campo, cuya vigilancia se le encomendara, preguntábase cómo debiera interpretar la amistad que no cesaba de manifestarle el marqués, y cómo podía conciliarse la tranquilidad del país con las inquietudes de su general; pero desde hacia un rato, esas ideas habían sido desalojadas del espíritu del joven comandante, por un sentimiento de prudencia y por una legítima curiosidad. Acababa de ver en la villa un número bastante grande de luces. A pesar de la festividad de Santiago, había prescrito aquella misma mañana que se apagasen los fuegos á la hora dispuesta en el bando. Sólo estaba exento de este deber el castillo. Vió relucir acá y allá las bayonetas de sus soldados en los puestos de costumbre; pero el silencio era solemne y nada anunciaba que los españoles fuesen presa de la embriaguez de una fiesta. Después de haber tratado de explicarse la infracción de que se hacían culpables los habitantes, encontró en este delito un misterio tanto más incomprensible cuanto que había dejado oficiales encargados de la policía nocturna y de las rondas. Con la impetuosidad de la juventud iba á lanzarse por una brecha para bajar rápidamente por entre las rocas, y llegar así más pronto que por el camino ordina-

rio á un pequeño puesto de guardia situado á la entrada de la villa mirando al castillo, cuando un débil ruido le detuvo en su carrera. Le pareció oír que la arena de las sendas crujía bajo los ligeros piés de una mujer, con paso rápido. Volvió la cabeza y no vió nada; pero llamóle mucho la atención el extraordinario brillo del Océano. De pronto vió un espectáculo tan funesto, que se quedó inmóvil de sorpresa, acusando de error á sus sentidos. Los blancos rayos de la luna le permitieron distinguir unas velas á bastante gran distancia. Estremecióse y trató de convencerse de que aquella visión era una añagaza óptica creada por el capricho de las ondas y de la luna. En aquel momento una voz ronca pronunció el nombre del oficial, quien miró á la brecha y vió aparecer con lentitud la cabeza del soldado por el cual se había hecho acompañar al castillo.

—¿Es V., mi comandante?

—Sí. ¿Qué pasa?— le contestó en voz baja el joven, á quien una especie de presentimiento le advirtió que obrara con cautela.

—Esos desharrapados se mueven como gusanos, y, si V. me lo permite, me apresuraré á comunicar á V. mis observaciones.

—Habla—respondió Víctor Marchand.

—Acabo de seguir á un hombre

del castillo, que se ha dirigido por aquí con una linterna en la mano. ¡Una linterna es furiosamente sospechosa! No creo que ese cristiano tenga necesidad de encender cirios á estas horas. ¡Quieren comernos!, he dicho para mí, y me he puesto á examinarle los talones. Así, pues, mi comandante, he descubierto á tres pasos de aquí, sobre un montón de rocas, ciertos haces de leña.

Una terrible gritaría que resonó en la villa, de pronto, interrumpió al soldado. Un resplandor repentino iluminó al comandante. El pobre granadero recibió un balazo en la cabeza y desplomóse en el suelo. Una fogata de paja y de leña seca brillaba como un incendio á diez pasos del joven. Los instrumentos musicales y las risas dejaron de oírse en el salón de baile. Un silencio mortal, interrumpido por gemidos, había reemplazado de pronto á los rumores y músicas de la fiesta. Resonó un cañonazo en las llanuras del Océano. Frío sudor corrió por la frente del joven oficial. Estaba sin espada. Comprendía que sus soldados habían muerto y que iban á desembarcar los ingleses. Vióse deshonrado si vivía, y conducido ante un consejo de guerra; entonces midió con la vista la profundidad del valle, y lanzábase hacia él, en el momento en que las manos de Clara se apoderaron de la suya.

—¡Huya V.!—dijo.— Mis hermanos me siguen para matarle. Al pié de las rocas encontrará V. por allí á Juanito. ¡Corra!

Empujóle ella, y el joven la miró estupefacto durante un momento. Mas, obedeciendo bien pronto al instinto de conservación, que nunca abandona al hombre, por fuerte que sea, lanzóse al par que tomando la dirección indicada y corrió por entre peñascales por donde sólo habían andado hasta entonces las cabras. Oyó á Clara gritar á sus hermanos que le persiguiesen, oyó los pasos de sus asesinos, oyó silbar en sus oídos las balas de varias descargas; pero consiguió llegar al valle, encontró el caballo, montó en él y desapareció con la rapidez del rayo.

En pocas horas el joven oficial llegó á la residencia del general G., á quien halló comiendo con su estado mayor.

—¡Le traigo mi cabeza!—exclamó pálido y desconcertado el jefe de batallón.

Sentóse y refirió la horrible aventura. Un silencio espantoso acogió su relato.

—Le encuentro á V. más desgraciado que criminal—respondió al fin el terrible general. V. no tiene la culpa de la fechoría de los españoles; y á menos de que el mariscal decida otra cosa, le absuelvo á V.

Estas palabras fueron pobre consuelo para el desgraciado oficial.

—¡Cuando el Emperador sepa esto!—exclamó.

—Querrá hacerle fusilar á V., pero veremos. En fin, no hablemos más de esto—dijo el general—sino para tomar de ello una venganza que infunda saludable terror en este país, donde se hace la guerra al modo de los salvajes.

Una hora después poníanse en camino un regimiento entero con una sección de caballería y otra de artillería. A la cabeza de esta columna iban el general y Víctor. Sabedores los soldados de la muerte de sus camaradas, iban poseídos de un furor sin ejemplo. Con asombrosa rapidez salvaron la distancia existente entre el cuartel general y la villa de Menda. En el camino encontró el general pueblecillos enteros alzados en armas. Cada una de esas miserables aldeas fué devastada, y diezmados sus habitantes.

Por una de esas fatalidades inexplicables, los buques ingleses permanecieron al paio sin avanzar; pero supose más tarde que esos barcos no llevaban más que la artillería, y que se habían adelantado al resto de las embarcaciones de transporte. Así, pues, privada la villa de Menda de los defensores que aguardaba y que parecía prometer la aparición de las velas inglesas, vió-

se rodeada por las tropas francesas, sin disparar un tiro. Presa de terror, los habitantes ofrecieron rendirse á discreción. Por una de esas abnegaciones nada raras en la Península, los matadores de los franceses, previendo por la crueldad del general que quizá fuese entregada á las llamas Menda y pasada á cuchillo la población entera, propusieron denunciarse ellos mismos al general. Aceptó éste la oferta, poniendo por condición que quedarían en sus manos los habitantes del castillo, desde el último criado hasta el marqués. Consentida esta capitulación, el general prometió perdonar al resto del pueblo é impedir que sus soldados saquearan la villa ó la prendieran fuego. Exigióse una enorme contribución de guerra, y los vecinos más ricos constituyéronse prisioneros para garantizar el pago de ella, que había de efectuarse en el plazo de veinticuatro horas.

El general tomó todas las precauciones necesarias para la seguridad de las tropas, proveyó á la defensa del país y se negó á alojar sus soldados en las casas. Después de haberlos hecho acampar, subió al castillo y apoderóse de él militarmente. Los miembros de la familia de Leganés y la servidumbre fueron cuidadosamente guardados de vista, atados y encerrados en el

salón donde se verificara el baile. Desde las ventanas de esa estancia podía vigilarse con facilidad la terraza que dominaba á la villa. El estado mayor se aposentó en una galería próxima, donde el general celebró un consejo de guerra acerca de las medidas que debieran tomarse para impedir el desembarco. Después de enviar un ayudante al mariscal Ney y ordenar que se pusieran baterías en la costa, el general y su estado mayor se ocuparon de los prisioneros. Doscientos españoles que los habitantes habían entregado fueron fusilados inmediatamente en la terraza. Después de esta ejecución militar, el general mandó poner en la terraza tantas horcas como personas había en el salón del castillo y que viniera el verdugo de la villa. Víctor Marchand aprovechó el tiempo que había de transcurrir antes de comer en visitar á los prisioneros. En seguida volvió á presencia del general, y le dijo:

—Corro á pedir á V. una gracia.

—¡V.!—replicó el general con un tono de amarga ironía.

—¡Ay de mí!—respondió Víctor.—Triste gracia es la que pido. El marqués, al ver levantarse las horcas, espera que cambiará V. este género de suplicio para su familia, y le suplica que á los nobles se les decapite.

—¡Sea!—dijo el general.

—También piden que se les otorguen los socorros de la religión y les libren de las ligaduras; prometen no tratar de huir.

—Consiento en ello—dijo el general;—pero V. me responde de eso.

—El viejo le ofrece á V. toda su fortuna si se digna V. perdonar á su hijo menor.

—¿De veras?—respondió el jefe.—Sus bienes pertenecen ya al rey José.

Se detuvo; un pensamiento despreciativo arrugó su frente, y añadió:

—Voy á ir más allá de sus deseos. Adivino la importancia de su postrera petición. Pues bien; que compre la eternidad de su apellido, pero que España no se olvide nunca de su traición y de su suplicio. Dejo su fortuna y la vida al hijo que haga el papel de verdugo. Váyase V., y no me hable más de esto.

Sirvióse la comida. Los oficiales que estaban á la mesa satisficieron un apetito aguijoneado por la fatiga. Sólo uno de ellos faltaba en el festín, Víctor Marchand. Después de vacilar mucho tiempo, entró en el salón donde gemía la orgullosa familia de Leganés, y lanzó tristes miradas al espectáculo que presentaba entonces aquel salón, donde la víspera, por la noche, había visto girar, arrebatadas por el vals, las cabezas de las dos señoritas y de los

tres jóvenes caballeros. Tembló al pensar que dentro de poco habían de rodar, cortadas por el sable del verdugo. Fijos en sus dorados sillones, los cinco jóvenes permanecían en un estado de completa inmovilidad. Ocho criados estaban de pié, con las manos atadas á la espalda. Estas quince personas mirábanse con gravedad, y sus ojos apenas revelaban los sentimientos que en ellos había. En algunas frentes leíase una profunda resignación y el pesar de haber fracasado en su empresa. Los soldados los miraban inmóviles, respetando el dolor de esos crueles enemigos. Cuando apareció Víctor, un movimiento de curiosidad animó los semblantes. Dió orden de que desataran á los condenados, y él mismo fué á soltar las cuerdas que retenían á Clara, prisionera en su asiento, la cual sonrióse tristemente. El oficial no pudo contenerse sin acariciar con disimulo los brazos de la joven, admirando su negra cabellera y su talle flexible. Era una verdadera española: tenía española la tez, españoles los ojos, largas pestañas encorvadas y unas pupilas más negras que las alas de un cuervo.

—¿Ha logrado V. lo que queremos?—preguntó dirigiéndole una de esas sonrisas fúnebres en que aún hay algo propio de la mujer joven.

Víctor no pudo contener un gemido. Miró alternativamente á los tres hermanos y á Clara. Uno de ellos, el mayor, tenía treinta años. Pequeño, bastante mal formado, con aspecto altivo y desdeñoso, no carecía de cierta nobleza en sus modales, y no parecía extraño á esa delicadeza de sentimientos que antaño hizo tan célebre la galantería española; se llamaba Juanito. El segundo, Felipe, era de unos veinte años de edad y se parecía á Clara. El último tenía ocho años; un pintor hubiera encontrado en las facciones de Manuel, un poco de aquella constancia romana que el pintor David ha prestado á los niños en sus páginas republicanas. El anciano marqués tenía una cabeza cubierta de cabellos blancos, que parecía haberse escapado de un cuadro de Murillo. Al verlos, el joven oficial meneó la cabeza, desesperando de ver aceptar por uno de esos cuatro personajes el trato del general; sin embargo, se atrevió á confiárselo á Clara. La española estremeciósese al pronto, pero en seguida recobró su aire tranquilo y fué á arrodillarse delante de su padre.

—¡Oh!—le dijo.—Haga V. que Juanito jure obedecer fielmente las órdenes que V. le dé, y quedaremos contentos.

La marquesa tembló de esperanza; pero, cuando inclinándose ha-

cia su marido oyó la horrible confidencia de Clara, aquella madre se desmayó. Juanito lo comprendió todo y dió un salto como un león enjaulado. Víctor tomó sobre sí la responsabilidad de hacer salir á los soldados, después de haber obtenido del marqués la seguridad de una sumisión absoluta. Los criados entregáronse al verdugo, quien los ahorcó. Cuando la familia no tuvo más vigilante que Víctor, levantóse el anciano padre.

—¡Juanito!—exclamó.

Juanito no contestó más que con una inclinación de cabeza, que equivalía á una negativa, y miró á sus padres con ojos áridos y terribles. Clara fué á sentarse en sus rodillas, y pasándole el brazo alrededor del cuello y besándole en los párpados, le dijo con tono alegre:

—Mi querido Juanito, ¡si supieras cuán dulce me será la muerte, dada por ti! No tendré que sufrir el odioso contacto de las manos del verdugo. Tú me curarás de los males que me esperan; y... mi buen Juanito, tú no querrias verme de nadie; pues bien...

Sus aterciopelados ojos lanzaron una fogosa mirada á Víctor, como para despertar en Juanito horror á los franceses.

—Ten ánimo—le dijo su hermano Felipe—de otro modo se extinguirá nuestra raza, casi regia.

De repente levantóse Clara, se deshizo el grupo formado en torno de Juanito, y este hijo, rebelde con justo motivo, se acercó á su padre, quien con tono solemne, exclamó:

—Juanito, yo te lo mando.

Como el joven conde permaneciera inmóvil, su padre cayó de rodillas á sus piés. Involuntariamente le imitaron Clara, Manuel y Felipe. Todos ellos tendieron las manos hacia aquel que debía salvar del olvido á la familia, y parecieron repetir estas palabras paternas:

—Hijo mío, ¿te faltará la energía española y la verdadera sensibilidad? ¿Quieres tenerme mucho tiempo de rodillas, y debes tener en cuenta tu vida y tus sufrimientos? ¿Es este mi hijo?—añadió el anciano volviéndose hacia la marquesa.

—¡Y consiente en ello!—exclamó la madre con desesperación al ver á Juanito hacer un gesto con las cejas, cuyo significado sólo ella conocía.

Mariquita, la hija segunda, estaba de rodillas, estrechando á su madre con sus débiles brazos; y como llorase á lágrima viva, se acercó á ella su hermanito Manuel para reñirla. En ese momento entró el capellán del castillo, rodeóle al punto la familia entera; y le llevaron junto á Juanito. No pudiendo resistir Víctor más tiempo

aquella escena, hizo una seña á Clara y apresuróse á intentar con el general un supremo esfuerzo. Le encontró de buen humor en medio del festín, y bebiendo con sus oficiales que empezaban á tener conversaciones alegres.

Una hora después llegaron á la terraza cien de los vecinos más notables de Menda, para ser testigos de la ejecución de la familia Leganés, con arreglo á las órdenes del general. Situóse un destacamento de soldados para contener á los españoles, á quienes se puso al pié de las horcas donde habían sido ahorcados los individuos de la servidumbre del marqués. Las cabezas de aquellos vecinos tocaban casi los piés de estos mártires. A treinta pasos de ellos alzábase un tajo y brillaba un machete. Allí estaba el verdugo, para el caso en que rehusara Juanito. Bien pronto oyeron los españoles, en medio del silencio más profundo de los pasos de varias personas, el acompasado sonido de la marcha de un pelotón de soldados y el ligero rumor de sus fusiles. Mezclábanse estos diversos ruidos con los alegres acentos del banquete de los oficiales, como antes habían disfrazado los aprestos de la sangrienta traición las danzas de un baile. Todas las miradas se dirigieron hacia el castillo, y se vió á la noble familia adelantarse con increíble firme-

za. Todas las frentes estaban tranquilas y serenas. Sólo un hombre, pálido y contristado, apoyábase en el sacerdote, quien prodigaba todos los consuelos de la religión á aquel hombre, único que había de sobrevivir. El verdugo comprendió, como todo el mundo, que Juanito había aceptado su plaza por un día. El anciano marqués y su mujer, Clara, Mariquita y los dos hermanos fueron á arrodillarse á pocos pasos del sitio fatal. Juanito fué acompañado por el sacerdote. Cuando llegó al tajo, el ejecutor de la justicia, tirándole de la manga, le llamó aparte y le dió algunas instrucciones, probablemente. El confesor situó á las víctimas de manera que no presenciasen el suplicio; pero eran verdaderos españoles, que se mantuvieron de pié y sin debilidades. Clara fué la primera que se lanzó hacia Juanito, diciéndole:

—Juanito, apiádate de mi poco valor; comienza por mí.

En ese momento resonaron los pasos precipitados de un hombre: Víctor llegó al lugar de la escena. Ya estaba Clara de rodillas; su blanco cuello llamaba ya al machete. Palideció el oficial, pero encontró fuerzas para acudir corriendo.

—El general te concede la vida, si te quieres casar conmigo—la dijo en voz baja.

La española lanzó al oficial una mirada de menosprecio y altivez.

Su cabeza rodó á los piés de Víctor. La marquesa de Leganés no pudo reprimir un movimiento convulsivo al escuchar el ruido: fué la única muestra de su dolor.

—¿Estoy bien así, mi buen Juanito?—preguntó Manolín á su hermano.

—¡Ah, lloras Mariquita!—dijo Juanito á su hermana.

—¡Oh!, sí!—replicó la joven.—Pienso en ti, pobre Juanito mío: serás muy desgraciado sin nosotros.

Bien pronto apareció la gran figura del marqués. Miró la sangre de sus hijos, volviéndose hacia los mudos é inmóviles espectadores, extendió las manos hacia Juanito, y dijo con voz fuerte:

—¡Españoles, doy á mi hijo mi bendición paternal! Ahora, *marqués*, hiere sin miedo, no tienes de qué acusarte.

Pero cuando Juanito vió acercarse á su madre, sostenida por el confesor, exclamó:

—¡Me ha criado á sus pechos!

Su voz arrancó á la asamblea un grito de horror. Ante este clamoreo terrible, apagáronse el ruido del festín y las alegres risas de los oficiales. La marquesa comprendió que estaba agotado el valor de Juanito; lanzóse de un salto por enci-

ma del pretil, y fué á estrellarse de cabeza contra las rocas. Alzóse un grito de admiración. Juanito se había desmayado.

—Mi general—dijo un oficial medio borracho—Marchand acaba de contarme algo acerca de esta ejecución. Apuesto á que V. no ha dado orden de llevarla á cabo...

—¿Olvidan Vds., señores—exclamó el general G.—que dentro de un mes, cien mil familias francesas estarán sumidas en lágrimas, y que nos encontramos en España? ¿Quiéren Vds. que nos dejemos aquí los huesos?

Después de esta alocución, no hubo nadie (ni siquiera un subteniente) que se atreviera á vaciar su copa.

A pesar del respeto que le rodeaba, á pesar del título de *el Verdugo* que el rey de España dió como título de nobleza al marqués de Leganés, se halla devorado por el pesar, vive solitario y rara vez se deja ver. Bajo la pesadumbre de su admirable delito, parece aguardar con impaciencia á que el nacimiento de un segundo hijo le dé derecho á reunirse con las sombras que de continuo le acompañan.

H. DE BALZAC.

MATEO FALCONE

1829

Saliendo de Porto-Vecchio, conforme nos dirigimos al Noroeste hacia el interior de la isla, vemos alzarse el terreno con bastante rapidez, y después de tres horas de marcha al través de senderos tortuosos, obstruidos por grandes peñascos y cortados á veces por barrancos, se encuentra uno á la orilla de un dilatado *mâquis*. El *maquis* es la patria de los pastores corsos y de todo el que tiene cuentas pendientes con la justicia. Es de saber que el labrador corso, para evitarse la molestia de abonar su campo, prende fuego á cierta extensión de bosque; tanto peor si la llama se propaga más lejos de lo preciso: pero, suceda lo que quiera, hay la seguridad de tener buena cosecha sembrando en esa tierra fertilizada por las cenizas de los árboles que sustentó. Llevadas las espigas, porque la paja, como ocasio-

naría trabajo recogerla, se abandona, las raíces que han quedado en el suelo sin consumirse brotan á la primavera siguiente en cepellones muy espesos, que en pocos años alcanzan una altura de siete á ocho piés. Esa especie de maraña tupida es lo que se llama *maquis*. La componen diversas especies de árboles y arbustos, mezclados y confundidos como Dios quiere. Allí no podría abrirse paso el hombre más que con el hacha en la mano, y se ven *maquis* tan espesos é intrincados, que los mismos carneros monteses no pueden penetrar en su interior.

Si matáis un hombre, id al *maquis* de Porto-Vecchio y viviréis seguros, sin más que una buena escopeta, pólvora y balas; no olvidéis un capote pardo provisto de capucha (1) que sirve de cobertor y

(1) *Pilone*.—(N. DEL A.)

de colchón. Los pastores os dan leche, queso y castañas, y nada tendréis que temer de la justicia ni de los parientes del muerto, salvo cuando necesitéis bajar á la ciudad para renovar vuestras municiones.

Mateo Falcone, cuando yo estaba en Córcega en 18..., tenía su casa á media legua de ese maquis. Era hombre bastante rico para un país como aquél; vivía á lo grande, es decir, sin hacer nada, con el producto de sus rebaños, apacentados en diversos parajes de las montañas por pastores, que eran una especie de nómadas. Cuando lo vi, dos años después del suceso que voy á contar, me pareció tener á lo sumo unos cincuenta. Figuraos un hombrequito pequeño, pero robusto, de pelo crespo y negro como el azabache, de nariz aguileña, labios delgados, ojos grandes y vivos, y tez del color del becerro. Su habilidad en el tiro de escopeta pasaba por extraordinaria aun en su país, donde hay tan buenos tiradores. Por ejemplo, Mateo jamás habría tirado con postas sobre un carnero montés, pero á ciento veinte pasos lo derribaba de un balazo en la cabeza ó en el lomo, á voluntad. Por de noche servíase de sus armas con la misma facilidad que durante el día, y me han citado, á propósito de él, este rasgo de destreza, que acaso parezca increíble á quien no haya

viajado por Córcega. A ochenta pasos se colocaba una vela encendida detrás de un transparente de papel, del tamaño de un plato. Nuestro hombre apuntaba, luego se apagaba la luz, y al cabo de un minuto, en medio de la más completa oscuridad, tiraba y agujereaba el transparente tres veces de cada cuatro tiros.

Con mérito tan superlativo, Mateo Falcone se había conquistado una gran reputación. Se le consideraba tan buen amigo como peligroso enemigo; era servicial, daba limosnas, y vivía en paz con todo el mundo en el distrito de Porto-Vecchio. Pero referíase que en Corte, donde se había casado, se deshizo muy enérgicamente de un rival que pasaba por hombre tan temible en guerra como en amor; por lo menos, á Mateo se atribuía cierto tiro que sorprendió á ese rival estando afeitándose delante de un espejito colgado á la ventana. Echóse tierra sobre el asunto, y Mateo se casó. Su mujer, Josefa, le dió en un principio tres niñas (con lo cual estaba furioso), y, por fin, un hijo al cual puso por nombre Fortunato: era la esperanza de la familia, el heredero del nombre. Las muchachas estaban bien casadas; el padre podía contar, en caso necesario, con los puñales y las escopetas de sus yernos. El hijo no tenía más que diez

años, pero ya anunciaba felices disposiciones.

Cierto día de otoño Mateo salió temprano con su mujer para ir á visitar uno de sus rebaños en un claro del maquis. Fortunatillo quería acompañarlo, pero el claro estaba demasiado lejos; además era necesario que se quedase alguien guardando la casa; negóse, pues, el padre. Ya se verá si tuvo motivos de arrepentirse.

Hacia algunas horas que estaba ausente, y Fortunatillo se hallaba tendido tranquilamente al sol, mirando las montañas azules, y pensando que el próximo domingo iría á comer á la ciudad á casa de su tío el *cabo* (1), cuando pronto interrumpió sus meditaciones la detonación de un arma de fuego. Se levantó y se volvió hacia la parte del llano de donde ese ruido venía. Sucediéronse otros tiros disparados á intervalos desiguales, y cada vez más próximos; finalmente, en el sendero que llevaba del llano á la

(1) Los *cabos* (*caporali*) fueron antiguamente los jefes que eligieron los comunes corsos al levantarse contra los señores feudales. Hoy aún se denomina así, á veces, á un hombre que, por sus haciendas, sus relaciones de parentesco y su clientela, ejerce influencia y una especie de magistratura de hecho sobre una *pieve* ó un canton. Los corsos se dividen por una antigua costumbre en cinco castas: los *hidalgos* (de los cuales unos son *magníficos* y otros *signori*), los *caporali*, los *ciudadanos*, los *plebeyos* y los *extranjeros*.—(N. DEL A.)

casa de Mateo apareció un hombre, con gorro puntiagudo como el que llevan los montañeses, barbudo, cubierto de harapos, y arrastrándose trabajosamente apoyado en su escopeta. Acababa de recibir un tiro en el muslo.

Ese hombre era un *bandido* (1) que, habiendo salido de noche para ir á comprar pólvora á la ciudad, había caído durante el trayecto en una emboscada de cazadores corsos (2). Después de una vigorosa defensa, había conseguido emprender la retirada, activamente perseguido y disparando de peña en peña. Pero llevaba poca delantera á los soldados, y su herida le imposibilitaba de ganar el maquis antes de que lo alcanzaran.

Se acercó á Fortunato, y le dijo:

—¿Eres tú el hijo de Mateo Falcone?

—Sí.

—Pues yo soy Gianetto Sanpiero. Andan persiguiéndome los cuellos amarillos (3). Ocúltame, porque no puedo ir más lejos.

—¿Y qué dirá mi padre si te escondo sin su permiso?

(1) Esta palabra es aquí sinónima de *proscrito*.—(N. DEL A.)

(2) Es un cuerpo creado hace algunos años por el Gobierno, para fines de policía.—(N. DEL A.)

(3) El uniforme de los cazadores era entonces una casaca oscura con cuello amarillo.—(N. DEL A.)

—Dirá que has hecho bien.

—¿Quién sabe?

—Ocúltame pronto, que vienen.

—Espera que vuelva mi padre.

—¡Que espere! ¡Maldición! Dentro de cinco minutos estarán aquí. Vamos, ocúltame, ó te mato.

Fortunato le respondió con la mayor sangre fría:

—Llevas descargada la escopeta, y no tienes ya cartuchos en la *car-
chera* (1).

—Tengo mi verduguillo.

—Pero ¿correrás tanto como yo?

Dió un salto, y se puso fuera de alcance.

—¡Tú no eres hijo de Mateo Falcone! ¿De modo que dejarás que me detengan delante de tu casa?

El muchacho pareció conmovido.

—¿Qué me darás, si te escondo?

—dijo acercándose.

El bandido metió la mano en un bolso de cuero que colgaba de su cinturón, y sacó una moneda de cinco francos que había reservado sin duda para comprar pólvora. Fortunato sonrió á la vista de la moneda, la cogió, y dijo á Gianetto:

—No tengas miedo.

En seguida hizo un agujero grande en un montón de heno que había cerca de la casa. Allí se acurrucó Gianetto, y el niño lo tapó dejando

que pasara un poco de aire para que respirase, pero sin que pudiera conocerse que aquel heno ocultaba un hombre. Ideó además una artimaña de salvaje bastante ingeniosa. Cogió una gata con sus hijuelos, y los instaló en el montón de hierba para hacer creer que no había sido removido poco antes. Luego, reparando que había rastros de sangre en el sendero cerca de la casa, los cubrió muy bien con polvo; y, hecho esto, volvió á tumbarse al sol con la mayor tranquilidad.

Minutos después estaban delante de la puerta de Mateo seis hombres de uniforme oscuro con cuello amarillo, mandados por un sargento. Ese sargento era algo pariente de Falcone. (Sabido es que en Cócega se siguen los grados de parentesco mucho más lejos que en otras partes). Se llamaba Teodoro Gamba: era un hombre activo y muy temido por los bandidos, á varios de los cuales había batido ya.

—Buenos días, primito—dijo á Fortunato, acercándose.—¿Cuánto has crecido! ¿Has visto pasar un hombre hace poco?

—¡Oh! Todavía no soy tan alto como V. primo—respondió el niño con aire inocentón.

—Ya llegarás. Pero di, ¿no has visto pasar un hombre?

—¿Si he visto pasar un hombre?

—Sí, un hombre con un gorro

(1) Cinturon de cuero que sirve de canana y de cartera.—(N. DEL A.)

negro puntiagudo y un chaleco con bordado rojo y amarillo.

—¿Un hombre con un gorro negro, puntiagudo y un chaleco con bordado rojo y amarillo?

—Sí, responde pronto y no repitas mis preguntas.

—Esta mañana ha pasado por nuestra puerta el señor cura en su caballo Piero. Me ha preguntado cómo estaba papá, y le he respondido.

—¡Ah, bribonzuelo! ¡Te haces el desentendido! Dime ahora mismo por dónde ha pasado Gianetto, porque á ese es al que buscamos, y ha tomado por este sendero, no me cabe duda.

—¿Quién sabe?

—¿Que quién sabe? Pues yo soy el que sabe que lo has visto tú.

—¿Es que se ve á los que pasan, cuando está uno dormido?

—No dormías, tunante; han tenido que despertarte los tiros?

—¿Tanto ruido cree V. que hacen sus fusiles, primo? La escopeta de mi padre hace mucho más.

—¡Llévese el diablo, maldito! Estoy bien seguro de que has visto á Gianetto. Hasta puede que lo hayas escondido. Vamos, camaradas, entrad en esa casa, y ved si está ahí nuestro hombre. No andaba más que con una pata, y tiene demasiado pesquis el pillo para haber tratado de ir al maquis renqueando.

Además que aquí acaba el rastro de la sangre.

—¿Y qué dirá papá?—preguntó Fortunato sonriendo.—¿Qué dirá, si sabe que ha entrado gente en la casa, estando fuera él?

—¡Pícaro!—dijo el ayudante Gamba cogiéndole de una oreja.—¿Crees que no sé yo la manera de hacerte bailar á otro son? Veremos si cantas al fin dándote veinte cintarazos con el sable.

Fortunato continuaba con su falsa risita.

—¡Mi padre es Mateo Falcone!—dijo enfáticamente.

—¿Sabes tú bien, picaruelo, que te puedo llevar á Corte ó á Bastia? Yo te haré dormir sobre paja en un calabozo, con grillos en los piés, y dejaré que te guillotinen, si no dices donde está Gianetto Sanpiero.

El muchacho soltó la carcajada al oír aquella amenaza ridícula, y repitió:

—¡Mi padre es Mateo Falcone!

—Mi sargento—dijo por lo bajo uno de los cazadores—no nos enredemos con Mateo.

Gamba parecía evidentemente indeciso.

Habló en voz baja con sus soldados, que habían registrado ya toda la casa. Y no era muy larga la operación, porque la cabaña de un corso se compone de una sola pieza cuadrilonga, y el ajuar se reduce á

una mesa, bancos, cofres y utensilios de caza ó de menaje. Entretanto Fortunatillo acariciaba á la gata, y parecía gozarse en la confusión de los cazadores y de su primo.

Un soldado se acercó al montón de heno. Vió la gata, y dió un bayonetazo en la hierba negligentemente, y encogiéndose de hombros, como si comprendiera que su precaución era ridícula. Ni se movió nada, ni el rostro del niño denunció la emoción más leve.

El sargento y sus hombres se daban á todos los diablos; y ya miraban hacia la parte de la llanura como dispuestos á volverse por donde habían ido, cuando el jefe, convencido de que las amenazas no producirían ninguna impresión sobre el hijo de Falcone, quiso hacer un último esfuerzo y probar el poder de los halagos y de las dádivas.

—Primito—dijo—¿sabes que me pareces un mozo despavilado? Te pronostico que harás carrera. Pero á mí me estás jugando una mala pasada, y si no fuese por no dar un disgusto á mi primo Mateo, que me cuelguen si no te llevaba conmigo.

—¡Bah!

—Pero, cuando mi primo esté de vuelta, yo le contaré lo que ha pasado, y en castigo de haber mentido él te dará de azotes hasta que te haga saltar sangre.

—¿De veras?

—Ya verás... Pero, mira..., si eres buen muchacho, te daré alguna cosilla.

—Pues yo, primo, le daré á V. un consejo, y es que mire que, si se retrasa más, Gianetto estará en el maquis, y entonces hará falta más de un peine como V. para ir á buscarlo allí.

El sargento sacó del bolsillo un reloj de plata que valdría muy bien sus diez escudos; y advirtiendo que á Fortunatín se le encandilaban los ojos al mirarlo, le dijo, teniendo suspendido el reloj de su cadena de acero:

—¡Pícaro! Ya querías tú llevar colgado un reloj como éste; luego te pasearías por las calles de Porto-Vecchio, más esponjado que un pavo real, y las gentes te preguntarían: «¿Qué hora es?», y tú les responderías: «Miren el reloj.»

—Cuando yo sea mayor, mi tío el cabo me dará uno.

—Sí, pero el hijo de tu tío ya lo tiene... no tan bonito como éste, es verdad... Y él es más pequeño que tú.

El niño suspiró.

—Vamos, ¿es que lo quieres, primo?

Fortunato miraba el reloj con el rabillo del ojo, como un gato á quien enseñan un pollo entero, que comprendiendo que se burlan de él,

no se atreve á echar la zarpa, y de cuando en cuando aparta los ojos para no exponeros á sucumbir á la tentación; pero á cada momento se relame el hocico, y parece decir á su amo: ¡Qué bromas tan pesadas gasta V.!

Sin embargo, el sargento Gamba parecía ofrecerle de buena fe el reloj. Fortunato no alargó la mano; pero le dijo con amarga sonrisa: «¿Por qué se burla V. de mí? (1).»

—¡Por Dios! Si no me burlo. No tienes más que decirme dónde está Gianetto, y el reloj es tuyo.

Fortunato dejó escapar una sonrisa de incredulidad, y clavando sus ojos negros en los del sargento, se esforzaba por leer en ellos el crédito que debía dar á sus palabras.

—¡Que pierda mi charretera— exclamó el sargento—si no te doy el reloj con esa condición! Los camaradas son testigos, y no puedo desdecirme.

Hablando así, fué acercándole el reloj hasta casi tocar la mejilla pálida del niño, cuyo semblante delataba de sobra el combate que estaban librando en su alma la codicia y el respeto debido á la hospitalidad. Levantábasele violentamente el pecho desnudo, como si estuviera á punto de ahogarse. Entre tanto, el reloj oscilaba, giraba y le daba á

veces en la punta de la nariz. Por fin, poco á poco levantó hacia él la mano derecha, lo rozó con los dedos y acabó por sentir todo su peso en la mano, aunque el sargento no soltaba todavía el extremo de la cadena... La esfera era azulada... las tapas estaban recién acabadas de limpiar... al sol parecían enteramente de fuego... La tentación era demasiado fuerte.

Fortunato alzó también lo mano izquierda, y con el dedo pulgar señaló por cima del hombro el montón de heno en que estaba recostado. El ayudante comprendió en seguida. Soltó la cadena; Fortunato quedó dueño del reloj. Se levantó con la agilidad de un gamo, y se alejó diez pasos del montón de hierba, que empezaron á remover al punto los cazadores.

No tardaron en ver menearse el heno y salir de él un hombre manchado de sangre, con un puñal en la mano; pero al tratar de ponerse en pié, la herida, ya enfriada, le impidió sostenerse y cayó. El sargento se avalanzó á él y le arrancó el verduguillo. En seguida lo maniataron fuertemente, á pesar de su resistencia.

Gianetto, tendido en el suelo y atado como un haz de leña, volvió la cabeza hacia Fortunato, que se había acercado.—¡Hijo de...!—le dijo, con más desprecio que cólera.

(1) *Perché me c...?*—(N. DEL A.)

El niño le tiró la moneda de plata que recibiera de él, conociendo que había dejado de merecerla; pero el proscrito no hizo aprecio ninguno de aquel movimiento. Con mucha sangre fría dijo al sargento:

—Mi querido Gamba, no puedo andar; va V. á tener que llevarme á la ciudad.

—En cambio, no hace nada que corriás más que un corzo—replicó el cruel vencedor;—pero tranquilízate: estoy tan contento de tener-te, que te llevaría á costas una lengua sin fatigarme. No pases apuros, amigo; vamos á hacer una cama con ramas y tu capote, y en la granja de Crespoli encontraremos caballos.

—Bien—dijo el prisionero;—pondrán Vds. también un poco de paja en la cama para que yo vaya más cómodo.

Mientras los cazadores se ocupaban, unos en hacer una especie de angarillas con ramas de castaño, y otros en curar la herida de Gianetto, aparecieron de pronto Mateo Falcone y su mujer en el recodo de un sendero que conducía al maquis. La mujer andaba penosamente agobiada por el peso de un enorme costal de castañas, en tanto que su marido iba pavoneándose, sin llevar más que una escopeta en la mano y otra á la bandolera, porque es indigno de un hombre llevar otra carga que sus armas.

A la vista de los soldados, el primer pensamiento de Mateo fué que iban á prenderlo. Mas, ¿por qué tal idea? ¿Andaba él á mal con la justicia? No. Gozaba de buen predicamento. Era, como suele decirse, *una persona bien reputada*; pero era corso y montañés, y hay pocos corsos montañeses que, escudriñando en su memoria, no encuentren algún pecadillo, como, por ejemplo, algún tiro, alguna puñalada ó cualquier friolera por el estilo. Mateo tenía la conciencia más limpia que otros, porque hacía más de diez años no había dirigido su escopeta contra un hombre; pero, con todo, era prudente, y tomó sus medidas para poder hacer una buena defensa, si era preciso.

—Oye—dijo á su mujer—suelta el saco y estate dispuesta.

Josefa obedeció al momento. El marido le dió la escopeta que llevaba á la bandolera, y que hubiese podido estorbarle; amartilló la que tenía en la mano, y se adelantó lentamente hacia la casa, arrimado á los árboles del camino, y pronto á apostarse, á la menor demostración hostil, detrás del tronco más corpulento para hacer fuego á cubierto. La mujer le seguía los pasos, llevando la escopeta de repuesto y la canana. El cometido de una buena ama de casa, en trance de combate, es cargar las armas al marido.

El sargento, por su parte, no las tenía todas consigo viendo acercarse á Mateo á pasos contados, con la escopeta por delante y el dedo en el gatillo. ¡Si resultase por casualidad—pensó—que Mateo fuese pariente de Gianetto ó amigo suyo, y quisiera defenderlo, los tacos de sus dos escopetas llegarían á dos de nosotros tan derechos como una carta á su destino; y si le da por apuntarme á mí, á pesar del parentesco...!

En esta perplejidad, tomó un partido heroico, que fué adelantarse sólo hacia Mateo para contarle el caso, hablándole como á un antiguo conocido; pero el corto espacio que lo separaba de Mateo le pareció terriblemente largo.

—¡Hola! ¡Eh! Compañero—gritaba.—¿Cómo va, amigo? Soy yo, soy Gamba, tu primo.

Mateo, sin responder una palabra, se detuvo, y á medida que el otro hablaba, fué levantando poco á poco el cañón de la escopeta, de suerte que lo tenía dirigido hacia arriba en el momento en que el sargento se unió á él.

—Buenos días, hermano (1)—dijo el sargento alargando la mano.—¿Cuánto tiempo que no te he visto!

—Buenos días, hermano.

(1) *Buon giorno, fratello*, saludo ordinario de los corsos.—(N. DEL A.)

—Pasaba por ahí, y he querido darte los buenos días á ti y á mi prima Pepa. Hoy hemos hecho una buena tirada, pero no debemos quejarnos porque también hemos hecho una buena presa. Acabamos de echar el guante á Gianetto Sanpiero.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Josefa.—La semana pasada nos robó una cabra de leche.

Gamba se regocijó al oírlo.

—¡Pobre diablo!—dijo Mateo.—Tenía hambre.

—El pícaro se ha defendido como un león—prosiguió el sargento un poco mortificado—me ha matado uno de mis cazadores, y, no contento con eso, ha roto un brazo al cabo Chardon; aunque eso no importa mucho, porque era francés... En seguida se escondió de tal manera, que el diablo que lo encontrara. Si no es por mi primillo Fortunato, en la vida hubiera dado con él.

—¡Fortunato!—exclamó Mateo.

—¡Fortunato!—repitió Josefa.

—Sí, Gianetto se había escondido debajo de aquel montón de heno que hay allá abajo; pero mi primito me ha enseñado el escondite. Por mi parte, no dejaré de decírselo á su tío el cabo para que le envíe un buen regalo por su servicio. Y su nombre y el tuyo irán en el parte que pondré.

—¡Maldición!—dijo por lo bajo Mateo.

En esto se reunieron al destacamento. Gianetto estaba ya instalado en las angarillas. Cuando vió á Mateo en compañía de Gamba, sonrió de un modo extraño; después, volviéndose hacia la puerta de la casa, escupió en el umbral, diciendo: «¡Casa de un traidor!»

Sólo un hombre decidido á morir podía atreverse á pronunciar esa palabra refiriéndose á Falcone. Una puñalada, que no hubiese sido menester repetir, habría vengado inmediatamente el insulto. En aquella ocasión Mateo no hizo más que llevarse la mano á la frente como muestra de abatimiento.

Fortunato entró en la casa al ver llegar á su padre, y no tardó en reaparecer con una jarra de leche, que ofreció á Gianetto, bajando los ojos. «¡Lejos de mí!» —gritó el proscrito con voz de trueno—y después, volviéndose hacia uno de los cazadores. «Camarada —le dijo— dame de beber». El soldado le puso en las manos su calabaza, y el bandido bebió el agua que le ofrecía un hombre con el cual acababa de andar á tiros. Luego pidió que le ataran las manos cruzadas sobre el pecho, en vez de llevarlas atadas á la espalda. «Deseo ir echado á gusto» dijo. Se apresuraron á satisfacer su deseo; después el sargento

dió la señal de marcha, y despidiéndose de Mateo, que no le contestó, bajó más de prisa que á paso á la llanura.

Cerca de diez minutos transcurrieron antes de que Mateo abriera la boca. El niño miraba inquieto, tan pronto á su madre como á su padre que, apoyado en la escopeta, lo contemplaba con expresión de cólera reconcentrada.

—¡Empiezas bien! —dijo al fin Mateo con voz tranquila, pero espantosa para quien conociese al hombre.

—¡Padre!—exclamó el niño, adelantándose con las lágrimas en los ojos en ademán de echarse á sus piés. Pero Mateo le gritó: «¡Lejos de mí!» y el niño se quedó inmóvil sollozando á pocos pasos de su padre.

Josefa se acercó. Acababa de reparar en la cadena del reloj, uno de cuyos extremos salía de la camisa de Fortunato.

—¿Quién te ha dado ese reloj?—le preguntó con tono severo.

—Mi primo el sargento.

Falcone cogió el reloj, y, estrellándolo contra una piedra, lo hizo mil pedazos.

—Tú—dijo á su mujer—¿es mío este niño?

Las mejillas morenas de Josefa se tornaron del rojo del ladrillo.

—¿Tú que dices, Mateo? ¿Sabes bien á quién hablas?

—¡Pues bien! Este niño es el primero de su raza que ha hecho una traición.

Los sollozos y gemidos de Fortunato redoblaron; Falcone no apartaba de él sus ojos de lince. Por fin, dió un golpe en el suelo con la culata de la escopeta; después volvió á echársela al hombro, y tomó de nuevo el camino del maquis, ordenando á Fortunato que lo siguiese. El niño obedeció.

Josefa corrió junto á Mateo, y le cogió del brazo.

—¡Que es tu hijo!—le dijo con voz temblorosa, fijando sus ojos negros en los de su marido, como queriendo leer lo que pasaba en su alma.

—Déjame—respondió Mateo—yo soy su padre.

Josefa abrazó á su hijo; entró llorando en la cabaña, se arrodilló delante de una imagen de la Virgen, y rezó fervorosamente. Falcone anduvo unos doscientos pasos por el sendero, sin detenerse hasta llegar á un pequeño barranco, al cual bajó. Tanteó la tierra con la culata de la escopeta, y la encontró blanda y fácil de cavar. El sitio le pareció á propósito para su desig-
nio.

—Fortunato, anda junto aquella piedra grande.

El niño hizo lo que le mandaba, y se arrodilló.

—Reza tus oraciones.

—¡Padre, padre, no me mate V.!

—¡Reza tus oraciones!—repitió con voz terrible.

El niño, sollozando y balbuciente, rezó el *Padre nuestro* y el *Credo*. Mateo, con voz firme, respondía *Amén* al fin de cada oración.

—¿Son esas todas las oraciones que sabes?

—Padre, sé también el *Ave María* y la letanía que me ha enseñado la tía.

—Muy larga es, pero no importa.

El niño concluyó la letanía con voz apagada.

—¿Has acabado?

—¡Padre, por favor, perdóneme V.! ¡No lo volveré á hacer más! ¡Yo suplicaré tanto á mi primo el cabo que harán gracia á Gianetto!

Mientras seguía hablando, Mateo amartillaba la escopeta, y se la echaba á la cara diciendo: «¡Que Dios te perdone!» El niño hizo un esfuerzo desesperado por levantarse y abrazar las rodillas de su padre; pero no tuvo tiempo. Falcone hizo fuego, y cayó rígido.

Sin dirigir una mirada al cadáver, Mateo tomó el camino de la casa para ir á buscar una azada á fin de enterrar á su hijo. Apenas había dado unos pasos, cuando en-

contró á Josefa, que acudía alarmada por la detonación.

—¿Qué has hecho?—exclamó.

—Justicia.

—¿Dónde está?

—En el barranco. Voy á enterrarlo. Ha muerto cristianamente; mandaré decirle una misa. Que avisen á mi yerno Teodoro Bianchi que se venga á vivir con nosotros.

PRÓSPERO MERIMÉE.

AMOR VERDADERO

DE SHAKESPEARE

No, no aparta á dos almas amadoras
Adverso caso ni cruel porfía;
Nunca mengua el Amor ni se desvía,
Y es uno y sin mudanza á todas horas.

Es fanal que borrascas bramadoras
Con inmóviles rayos desafía;
Estrella fija que los barcos guía;
Mides su altura, más su esencia ignoras.

Amor no sigue la fugaz corriente
De la edad, que deshace los colores
De los floridos labios y mejillas.

Eres eterno, Amor: si esto desmiente
Mi vida, no he sentido tus ardores
Ni supe comprender tus maravillas.

M. A. CARO,

EL LIBRO JAPONÉS

Es mío! ¡Cinco minutos más, y se me escapa!

¡Mirad de lo que depende la suerte! Yo me iba tranquilamente, á mi despacio, al muelle de los Agustinos. ¿Qué podía yo temer? Sólo existe un hombre en Francia que sepa el japonés, y puesto que no ha comprado el libro, pensaba yo, es que no le quiere, ó que está enfermo, ó de viaje, ó que se ha muerto; hasta es posible que, como hace tanto tiempo que sabe japonés y no ha podido jamás hallar una ocasión de hablarle, haya olvidado que le sabía. No queda, pues, en Francia más que una sola persona á la que pueda ocurrirse la idea de comprar ese libro, y esa soy yo.

Y, sin embargo, en el momento en que bajaba mi escalera para dirigirme al muelle de los Agustinos, un viejecillo flaco, con gabán color marrón y facha de bibliófilo, se di-

rigía también á la bendita tienda á que yo iba para comprar el *artículo* siguiente:

«1735.—LIBRO JAPONÉS. Curiosa muestra del arte tipográfico en el Japón, 3 francos.»

Seamos francos: allí, ¿quién había de figurárselo? ¿Puede concebirse que á un hombre que no sabe japonés vaya á ocurrírsele comprar un libro escrito en esta lengua? ¡Es un dolor! No es posible tener una idea propia, y cuando se piensa en tantos grandes descubrimientos hechos simultáneamente por dos ó tres sabios á un tiempo, se llega á esta triste conclusión: que las tres cuartas partes del tiempo la gloria es un premio de carreras.

Caminaba, pues, sin desconfianza, es decir, sin demasiada desconfianza; pero debo decir que no iba yo, sin embargo, como un estornino, no.

A medida que se va uno acercando á la tienda donde está el libro deseado, conviene dejarse poseer de una inquietud vaga, que va haciéndose cada vez más viva según se aproxima uno al objeto. Se han visto ocasiones únicas, hallazgos que parecían imposibles, perdidas por falta de tacto y circunspección en aquel momento decisivo. Si se anda demasiado deprisa, si se mira con demasiada constancia hacia la tienda, si se deja traslucir su inquietud, ó si se detiene uno á recorrer los estantes del librero de viejo, un rival que nos sigue, ó que nos ve venir, se aprovechará de nuestra falta y no vacilará en echar á galope, si es preciso, para adelantársenos.

Y era terrible aquel hombrecillo flaco, de gabán color de marrón, á quien por lo demás conozco: le he visto en todas las ventas; es un poste de esquinas; casi diariamente se le encuentra entre el puente de Saint-Michel y el Pont-Royal, de dos á cuatro.

Había yo emparejado con él al salir del Pont-Neuf, y había tenido la imprudencia de mirarle de alto abajo y de calcular con una ojeada inquieta la distancia que nos separaba de la tienda.

El había comprendido, había adivinado, y había apresurado el paso.

Y yo también.

Entonces él se había contenido.

Y yo también.

Había hecho ademán de querer examinar libros viejos.

Y yo también.

La guerra estaba declarada. Avanzábamos, ya á pasitos cortos, ya á largas zancadas, sin ventaja alguna por una ú otra parte, cuando se le ocurrió una astucia tan indigna, que por el honor del cuerpo de bibliófilos me avergüenzo de tener que descubrirla.

Aquel muelle es ordinariamente poco frecuentado por los coches, por más que ahora se están allí edificando magníficas casas. Un camión cargado de largos maderos daba la vuelta para descargar, en el momento en que llegaba un carro de piedra de sillería, produciendo esto un entorpecimiento que dos ó tres coches vinieron á agravar en seguida. Al verlo, dejé de vigilar la calzada, como había hecho antes por miedo de que se me escapase por aquel lado atravesando el muelle.

El se plantó inocentemente en el borde de la acera con el aspecto de un papanatas que se para á mirar. Al cabo de un minuto, se volvió hacia una de esas columnas que sabéis, y no le dió vergüenza de fingir que hacía una visita á aquel establecimiento municipal.

Mientras tanto, seguía yo andando alegremente, sin volverme.

Pero á los diez pasos me sobrecoge una vaga inquietud; vuelvo la cabeza, y veo á mi viejecillo que se escurre por entre los coches, salta por los maderos, llega á la fachada de las casas, coge la acera y echa á andar á trote corto.

Me creí perdido.

Quiero correr; pero en mi azoramiento tropiezo con un transeunte, se me cae el sombrero que rueda por la acera; me lanzo á recogerle...

¡Oh fatalidad! Pasa un coche, y me corta el camino.

Entre tanto, veía el viejecillo que trotaba, alargando el cuello y fro-tándose las manos.

Pero tuve una inspiración:

—¡Cochero! A escape, allí, al número 25. ¡Un franco de propina si llegas antes que aquel vejete del traje color de chocolate!

Me zampo en el coche, el auriga latiguea al caballo, llego, abro la puerta de la tienda, y digo al librero:

—¿1735? ¿El libro japonés? Curiosa muestra del arte tipógrafo en el Japón? ¿Tres francos? ¿Le tiene V. todavía?

—Se ha vendido — contesta el librero.

—¡Que no! — dijo su mujer.

—¡Que sí!

—¡Que no!

—Julio — dijo el primero á su dependiente — ¡1735, á ver!

—¿1735? Aquí está — dijo éste.

En aquel instante entró el viejecillo. A la primera ojeada lo adivinó todo, y aparentando la mayor indiferencia que pudo, y con voz entrecortada, que á él le parecía natural, preguntó:

—¿1735? ¿Lo tiene V.?

—Este caballero le está ajustando.

—¿V. se queda con él? — me dijo el pobre bibliófilo con voz llorosa.

—¡Sí, señor!

—¿V. sabe japonés?

—¿Yo? Absolutamente. ¿Y V.?

—Yo tampoco.

Y se marchó dirigiendo al libro una mirada que partía el alma, y sonándose ruidosamente en una sábana de percal á cuadros azules.

Ya estoy encerrado con él. El es el libro; ya lo habrá comprendido el lector. Le suelto respetuosamente sobre mi mesa, le abro al azar, y le contemplo.

¡Con que esto es un libro japonés! ¿Y un libro puede ser japonés? Jamás me había parado á pensar seriamente en esto, y ahora que veo éste, presente y real ante mí, comprendo la famosa frase: «¡Y se puede ser persa!»

Nunca he visto con tanta claridad qué diferencia hay entre ver y saber. Ya sabemos que hay por esos mundos de Dios personas que son persas, y libros que son japoneses;

pero hasta que los vemos con nuestros ojos, nuestra mente casi no los concibe sino como adjetivos, y la verdad es que no creemos en ello seriamente. Si así no fuese, ¿cómo explicar nuestra sorpresa cuando los vemos por primera vez?

Así, pues, le estoy mirando y no me canso de admirarle. Por primera vez en mi vida veo caracteres japoneses. Ahí, bajo esos extraños garrapatos yace el misterio augusto del pensamiento humano; una inteligencia como la mía, un corazón como el mío, han trabajado, han palpitado en la creación de esta obra. También él, el autor desconocido, soñaba con la gloria, cuando inclinado sobre su manuscrito dejaba correr su pluma. Ha tenido, como nosotros, sus momentos de entusiasmo y de fiebre y sus largas noches de desaliento. ¿Vive todavía? ¿Goza aún de todo el fuego de la juventud, ó la edad y los pesares han encanecido ya sus cabellos é inclinado hacia la muerte, que se aproxima, su frente destrozada por el pensamiento? ¿Ha muerto lleno de días, como Voltaire, ó hace mucho tiempo que murió de hambre, como Malfilâtre? Acaso era un hombre de genio, y yo no puedo ni aun saber su nombre.

Pero, ¿qué importa? Es un hombre, es un escritor; pertenece á la gran raza de los que piensan y tra-

bajan, y, sea el que quiera su nombre, ha sufrido lo que yo he sufrido, ha creído en lo que yo creo, ha amado lo que amo; no es un desconocido, es un hermano.

¿Y cuál puede ser el asunto de este libro? ¿Será una novela? ¿Será un poema? ¿Algunas páginas más que añadir á la eterna historia del corazón? ¿Es uno de esos libros en que el orgullo humano ostenta la vanidad de nuestro saber y la miserable enfermedad de nuestra inteligencia? ¿O uno de esos tratados de filosofía en que intentamos adivinar por el ensueño los misterios que buscamos más allá de las realidades visibles?

Todo eso es á la vez; siempre es el pensamiento, siempre es el hombre; y esto basta ya para interesarme por este libro, y sigo hojeando sus páginas interrogándolas.

A medida que recorro aquellos caracteres misteriosos, me parece verlos aclararse y animarse bajo mis miradas. La escritura es más que un dibujo y más que un signo; es el pensamiento revestido de un cuerpo visible. Y cuando sigo en sus evoluciones esos trazos negros que han fijado ahí para siempre la huella visible del paso y de los movimientos de un alma, no puedo creer que la figura de ese lenguaje no me hable, no deje escapar por lo menos algunas palabras de su secreto...

¿Por qué no había yo de intentar, como otro Champollion, descifrar los jeroglíficos de esta lengua desconocida? ¡Bien se han descifrado las inscripciones cuneiformes! Por otra parte, yo tengo una ventaja sobre los sabios que han hecho ese milagro, y es que conozco la lengua que se trata para mí de traducir. Es verdad que sólo la conozco de nombre, pero, en fin, sé y veo que es japonés, y «ver es tener», dice el proverbio. ¿Qué es lo que me separa del sentido oculto detrás de ese texto? Nada ó poca cosa, una miseria: algunas diferencias en la forma y en la disposición de los caracteres, y luego la significación de las palabras... Y eso es todo. Cuando me encuentro en presencia de un hombre de raza extranjera, en vano sus facciones, su voz, su lenguaje, su traje, causan en mí la impresión de lo desconocido. A despecho de esas diferencias de detalle, el conjunto permanece, y yo reconozco á uno de mis semejantes. Que sonría ó que llore, que sufra ó que goze, yo lo sabré. ¿Y cómo un libro, es decir, la cosa del mundo que más se aproxima á la naturaleza del alma, no había de conservar algo de su origen, el relámpago de una mirada, el calor de un hálito, el eco de un suspiro, el rastro furtivo de una lágrima?

En cuanto á la escritura, desde

luego esto no ofrece duda; ¿pero será lo mismo respecto á la tipografía? Que no se diga que los mismos caracteres de imprenta sirven para expresar millares de ideas y de palabras distintas; porque ¿no puede decirse lo mismo de los caracteres trazados por la mano? Ahora bien, el punzón que da su forma á los tipos de las letras, ¿no está también grabado por la mano del hombre, después de haber sido concebido por su pensamiento? ¿Y qué sabemos si esos tipos, por invariables que sean cada uno dentro de su propia forma, no tomarán, luego que se conviertan en materia parlante é inteligente, una expresión tan clara como la del rostro humano? Y siendo así, ¿por qué me había de estar prohibido, ya que no pueda leer una obra escrita en una lengua desconocida, interpretarla?

Esto es lo que resolví hacer al instante. Dejando á un lado pluma y papel, coloqué el libro sobre mi mesa, y después de haberle olfateado, contemplado, leído, meditado, y, en fin, examinado perfectamente de cabo á rabo; después de haber pesado atenta y concienzudamente todas las pruebas, semipruebas, probabilidades y presunciones; apoyándome en todos los indicios deducidos del aspecto material y aparente del libro, ilustrándome con las nociones que poseo sobre la historia

y las costumbres del Japón, he aquí el resultado de mis investigaciones.

Ante todo, y para prevenir toda objeción retrospectiva sobre este punto, tengo que examinar y resolver una cuestión previa; aunque, á decir verdad, no se haya presentado á mi mente sino en último lugar.

Es un tomo en 18.º tamaño Charpentier, de 25 hojas, ó sea, 50 páginas. Abierto, presenta la disposición y aspecto general de nuestros libros. Está impreso con tinta de imprenta; tiene márgenes, principio y fin, enteramente como los nuestros. Es, pues, un libro impreso; no tiene duda.

Hemos dado un gran paso. Pero antes de ir más lejos, hay que notar las particularidades que diferencian este libro de los nuestros. En primer lugar, el papel; papel de arroz, de tono crudo, con el aspecto de nuestro papel de seda, aunque más fuerte. Se distinguen los *corondeles*; prueba de que es de mano; pero no tiene *puntizones*, ó sea esas rayas perpendiculares á los *corondeles*, como se notan en nuestros papeles de tina, en el sellado, por ejemplo. Otra diferencia además, que cada hoja está doble; se ha impreso aisladamente, abierta del todo, por una sola cara, plegándola luego en el medio del margen exterior, de modo que cada página tiene la mitad de

este margen. Los signos de paginación están entre las dos páginas, en medio de la altura, sobre el mismo margen, y el doblez los corta en dos. La otra cara del papel no está impresa; el resto de las páginas pares y el verso de los impares están por dentro; el papel no sufriría dos tiradas; los caracteres están tan marcados por detrás como por delante. Un fino filete rodea el texto.

La encuadernación se diferencia también completamente de las nuestras. Las hojas no están reunidas por cuadernos; la imposición, como ya he dicho, se hace por hojas de dos páginas y como *galeradas*, es decir, imprimiendo por un solo lado. Plegadas las dos páginas de la primera hoja, se coloca la segunda, la tercera, y así sucesivamente. Se pone al principio, por un solo lado, una cubierta de una hoja sencilla, en que va el título, y al fin, una hoja doble de papel blanco de arroz. Después se cose.

El cosido consiste en cuatro puntos de hilván, reunidos por ambos lados del lomo por una vuelta del mismo hilo de seda.

Tal es el conjunto de la encuadernación. Después se recortan, pero sólo por el lomo y por los cantos superior é inferior, porque el papel de la margen exterior está doblado, y así debe quedar.

Estos detalles son preciosos, y

dan ya alguna luz sobre el problema que intento resolver. Todavía no es la luz, pero ya no es la noche; es, como si dijésemos, un débil resplandor dulce, como el que se entrevé por la noche en el fondo de un bosque en un cuento de hadas. Adelante.

No he querido anticipar los sucesos, dando á conocer al lector todos los recursos de que dispongo para la dilucidación del enigma que me propongo descifrar; necesitaba su confianza, y quería que fuese entera y absoluta, pura y simple, sin condiciones ni peros. Me la ha concedido, y yo se lo agradezco y quiero recompensárselo: es el momento de hacer la primera revelación.

La cubierta del libro, impresa en color, tiene el título de la obra y el retrato del autor ó del héroe.

Esto es de la mayor trascendencia, y ya se descubren los datos que puedo deducir al instante de este precioso documento.

El autor ó el héroe no es ni una mujer, ni un niño; es un hombre.

Lleva traje y sombrero como los japoneses; no es, por tanto, ni francés, ni inglés, ni turco, ni chino; es un japonés del Japón, japonés, japonante y japonizante.

Tiene nariz aguileña, ojos y cejas oblicuos, frente recortada, barba angulosa, labios finos, rojos como la sangre, y espesos y negros cabe-

llos. Es joven, y tiene vuelto hacia un lado, con aspecto amenazador, su pálido rostro, semejante á una máscara de Pierrot; pero en aquella mirada inanimada, en aquellos labios apretados, en aquellas narices abiertas y movidas por la cólera, hay un no sé qué que espanta y que no tiene nada de humano. No, aquel no es un poeta ni un filósofo.

Pero además, ¿puedo yo dudarlo? Tiene las mangas remangadas, y con sus desnudos brazos sostiene la vaina y la empuñadura de uno de esos sables japoneses cuyo sólo aspecto hace estremecer. ¡Es un asesino; estoy viendo que va á derramar sangre! Esta imagen representa, pues, al héroe, y no al autor del libro.

A no temer la acusación de paradójico, me atrevería á decir que en el punto á que he llegado, y sólo con lo que ya sé, me encuentro en estado de dar cuenta de este libro. Pero no quiero pasar por un aturdido, y aun cuando no fuese más que por respeto al público, no afirmaré nada sin pruebas. Antes, pues, de empezar mis investigaciones en el texto, tengo que hacer algunas aclaraciones indispensables.

Desde luego hay que prescindir de toda pesquisa respecto al nombre del autor ó del héroe; aunque le descubriéramos, á nada nos conduciría, por la gran razón de que

los japoneses cambian de nombres como de camisa. Dejando aparte las ocasiones en que se hace por un motivo determinado ó por simple capricho, es de rúbrica dejar el primer nombre al salir de la adolescencia, y tomar otro, que se cambia otra vez cuando se llega á viejo.

Descartado este punto, ¿no estaré próximo á conocer el argumento del libro si me hallo en disposición de conocer con cierta exactitud el carácter y las costumbres de los japoneses? Porque si «el estilo es el hombre», ¿no será el hombre el estilo? ¿Y qué es el estilo? La forma del pensamiento; pues quien ve la forma, ve el fondo.

¿Se me acusará de temeridad si declaro que la literatura de un pueblo no es más que la expresión fiel de su genio, y que la obra literaria de un hombre no es más que una parte de la literatura de su nación?

Si, pues, el autor de este libro es japonés, y el héroe también, ¿cómo puedo suponer que en aquél se referan anécdotas alemanas ó americanas? Es seguro que no: antes de abrir el libro, y sólo con ver la cubierta, puedo afirmar que aquí todo es del Japón.

Ahora bien, en el Japón nada se hace como en las demás naciones, y todo el mundo pasa allí su vida haciendo siempre lo mismo. Sí, los japoneses han simplificado la vida

hasta un punto inconcebible. Sólo conocen tres cosas: hacer el amor, ajusticiar personas y abrirse el vientre. Por lo demás, y en cuanto á respetabilidad, no puede imaginarse nada más apreciable. Una delicadeza, una intensidad extraordinaria de los sentimientos; buenos padres, incomparables esposos, modelos de piedad filial, amigos hasta dejarse hacer trizas por uno y machacar al que le ofenda en un mortero de hierro hecho ascua; al mismo tiempo, inteligentes, valerosos, importándoseles un ardite la muerte, y, sobre todo, no viviendo ni respirando sino por el honor y para el honor. Tienen defectos, ¿quién no los tiene? Son susceptibles como un demonio, recelosos, vengativos. Aunque son profundos filósofos y grandes moralistas, se dejan á veces arrastrar por sus pasiones, y en materia de mujeres no reconocen freno.

Por aquí puede comprenderse lo que será una obra literaria en el Japón. ¿Qué puede interesar en aquella tierra? Pues lo que constituye el fondo de la vida: amar, ajusticiar y abrirse el vientre. ¿Qué sucesos puede escoger un autor para interesar al público? Pues amores, suplicios y despanzurramientos.

Ahora abro el libro. Y téngase en cuenta que lo hago puramente por acallar la conciencia; lo hago,

sábelo Júpiter, tan sólo porque es posible que encuentre algunos detalles, que se me hayan escapado y puedan agrandar al lector completando mi trabajo, porque, por mi parte, tengo formado mi juicio. Abramos el libro.

¿Hay cosa que más anime y lisonjee al sabio que ver confirmarse, por algún descubrimiento inesperado y decisivo, la profundidad y perspicacia de sus intuiciones? Pues ese era el gozo que me estaba reservado, y era la recompensa que debía obtener al volver la segunda hoja. Un artista desconocido ha representado por medio de dibujos las principales escenas de la novela; ilustran el libro grabados en que cada personaje lleva en lo alto su nombre, y al pié las palabras que pronuncia. Está escrito en cuadritos largos, dispuestos para el efecto. Con el auxilio de los grabados podré, pues, comprobar las apreciaciones que me sugiera el aspecto del texto.

Ruego, por otra parte, al lector, que observe una cosa, y es que el dibujo de los japoneses es casi tan incomprendible como su escritura: ésta, imagen sorprendente y fiel de su genio, puede definirse diciendo que es una línea que una voluntad de hierro se esfuerza constantemente por trazar recta, y que siempre rompen ó tuercen pasiones volcánicas.

Todo el que ha perseguido un ideal sin lograr alcanzarlo, comprenderá lo que tiene de penoso esta escritura japonesa.

Pero el dibujo es otra cosa: me parece evidente por la manera de dibujar de estas gentes, que no ven como nosotros. ¿Depende esto de la oblicuidad de sus ojos, ó bien de que, siendo nuestros antípodas, viven con la cabeza abájo y los piés en el aire? No me atrevería á afirmarlo; pero lo cierto es que expresan la perspectiva como si todos los objetos se les apareciesen en un plano inclinado atrás 45 grados. Carecen del sentimiento del relieve, no saben lo que es la sombra proyectada; para ellos la naturaleza es una paleta de porcelana, manchada de abigarrados colores. No se aperci-ben tampoco de que los objetos representados deben expresarse con más ó menos detalles á proporción del puesto que ocupan en la perspectiva; de modo que dibujan una fila de árboles situada en el horizonte, exactamente igual que un árbol del primer término. En cuanto á las personas y á los animales, se diría que, antes de dibujarlos, el pintor ha empezado á aplastarlos contra la pared. De todo esto resulta un efecto antipático y grosero, que todo el mundo experimenta á la vista de los dibujos chinos ó japoneses, y que, á mi parecer, se encuentra en todos

los productos artísticos de esas naciones.

Esta observación es importante bajo otro punto de vista, porque nos demuestra que esos pueblos no se colocan para considerar el mundo en el mismo ángulo que nosotros; y así se explica uno, cómo sus sentimientos y sus ideas son bajo todos aspectos tan diferentes de las nuestras, y cómo pueden encontrar, por ejemplo, puros goces en despazurramientos ó en torturas en que nosotros no experimentaríamos sino sensaciones por lo menos importunas.

Sea de esto lo que quiera, ya he dicho bastante para que el lector no se equivoque, imaginándose que hago este relato por los grabados y no por el texto: que no crea tal cosa, porque no tendría excusa alguna después de la advertencia que acabo de hacer.

Creo que he tomado bastantes precauciones, y que puedo empezar. Empiezo, pues.

En primer lugar, hablemos del prólogo. Es notable; pero, vaya, notable de veras.

El autor empieza por declarar que es un gran hombre.

Y tiene razón.

En otro tiempo, los Montaigne, los Racine, los La Fontaine, los Molière escribían prólogos cortos y tan modestos, tan modestos, que

no había más remedio que hacerlos seguir de una manera maestra; porque están tan admirablemente escritos aquellos prólogos, inspiraban tanto respeto y confianza, que verdaderamente se les hubiera cogido la palabra, sin la obra maestra. Pero nosotros lo hemos arreglado de otra manera; la obra maestra está en el prólogo, y la modestia en el cuerpo de la obra. De este modo la gloria se hace más accesible. No todos pueden escribir *Don Juan* ó *Athalía*; pero cuál es el botarate bastante falto de imprudencia ó desprovisto del suficiente descaro para no saber garrapatear y notificar en ese estilo de notario y de pedante que todos conocemos una recomendación á la admiración pública.

Repito que este prólogo es lo que se llama una obra maestra. A lo que puedo conocer entre la oscuridad del giro de las frases, está impregnado de metafísica trascendental, porque veo en él pasajes y hasta páginas enteras, casi tan ininteligibles, como la *Crítica de la razón pura* de Kant. Empezaba á parecerme su lectura enojosa, lo confieso; me dolía un poco la cabeza, y unas gotitas de sudor principiaban á humedecer mi frente, cuando llegué á un pasaje en que el texto, completamente embadurnado, formaba una especie de mancha negra. Examinando atentamente

aquel pasaje, acabé por reconocer que representaba poso de café, y aquello fué para mí un rayo de luz. El autor tremola aquí su bandera; anuncia al mundo asombrado que pretende resolver todas las cuestiones morales, filosóficas, políticas y sociales por la inspección del poso del café, la *posocafemancia*.

Una vez bien establecido este punto de partida, explica al público con suma condescendencia que si ha creído deber tomar por héroe á un malvado, y hacer de esta novela un extracto triple de la quinta esencia de lo más repugnante del crimen y de lo más infame del vicio, es porque ejerce el sacerdocio del arte soberano y porque en nadie reconoce derecho para prohibirle que escoja éste ó el otro argumento.

Este prólogo es verdaderamente magnífico.

Ahora empieza la novela.

Mioxindono, porque hay que darle un nombre, es hijo de un señor japonés. Es joven, guapo, fuerte, sano, rico; tiene reservado el puesto de gobernador de una provincia para cuando muera su padre. Ha recibido esmeradísima educación, y se ha criado en los principios de la más elevada y más severa moral; no tiene nada que desear, ni nada que envidiar en este mundo.

Pero un día, pasa por la puerta de un comerciante que casa á su hija,

y por curiosidad pide que le enseñen la novia. Se la presentan, se enamora de ella, la coge del brazo y declara que se la va á llevar, porque le conviene. Entonces sale el padre, y declara al joven príncipe que si se lleva á la joven, no podrá cumplir el compromiso que ha contraído de entregársela á su futuro yerno, y que quedará deshonorado. El príncipe sigue adelante; el comerciante saca su sable y se saja el vientre. Llega el yerno, é informado de lo que pasa por su suegro, se hace también una incisión en cruz en el vientre y va á sentarse á su lado. Se abrazan, confunden sus lágrimas, su sangre y sus intestinos, y expiran en medio de la consternación general. El príncipe, después de haberse regodeado un instante con la contemplación de aquel espantoso espectáculo, se aleja tranquilamente llevándose á la joven que va muy emocionada.

¡Qué talento! ¡Qué habilidad en el efecto teatral! ¡Cómo resplandece una estética espeluznante en esos arroyos de sangre mezclados á cuanto de más noble tiene el sentimiento de la honra, y de más desgarrador el pesar humano! ¡Cómo hace vibrar las fibras y latir el corazón los gruesos borbotones de aquel bandedo reluciente!

En el segundo capítulo, la historia, siento decirlo, se hace un tanto sombría. Mioxindono padre, cuan-

do sabe la travesurilla de su señor hijo, lo toma muy á mal. Se retira á su gabinete, convoca allí á sus amigos y parientes, hace llamar á su hijo, le dirige una patética peroración para explicarle que ha deshonrado á la familia, y se abre el vientre.

Este padre es el último hombre honrado, que se encuentra en toda la novela, y es de admirar la prontitud con que el autor le ha eliminado desde el principio, porque en efecto, hubiera estorbado mucho para lo sucesivo. Hasta me había yo preguntado tímidamente si no hubiera sido mejor hacer de él otro malvado; pero pronto comprendí que su honradez era indispensable para dar, por un efecto de contraste de tintas, que es un rasgo de genio, más vigor y relieve á la plástica de la figura del hijo.

La historia, como digo, se va poniendo triste. Mioxindono, exasperado contra la sociedad, la declara la guerra. Hace aprender esgrima y equitación á su prometida Taico-Sama, la viste de hombre, y se la lleva á hacer vida de bandido con él á las montañas. Estos detalles son exactos, porque la primera estampa representa á Mioxindono y á Taico-Sama atacando á unos comerciantes en el camino real. Mientras que su amante lucha con uno de aquéllos, la joven coge á

otro por la cabeza, le echa boca abajo y le clava la nuca con un sable de seis piés.

Como esta feliz operación mejora algún tanto la situación económica de la pareja, Mioxindono y Taico-Sama compran una casita, un verdadero nido de tigres enamorados, y durante varios meses se entregan allí á las dulzuras de la luna de miel.

Confieso que esta parte de la novela es algo pesada, pero lo compensa el encanto de aquella pintura de la vida íntima en el Japón. Pájaros en una jaula, una flauta, una taza de té de cuando en cuando, un canastillo de labor, dos buenos sables, uno para él y otro para ella, tales eran los instrumentos de su felicidad, los utensilios de su dicha.

Pero ¿hay alguna exenta de nubes? Un día un señor ricamente vestido y terriblemente armado llega á pasar por delante de la casa en que Taico-Sama está asomada á su ventana. Coqueta, como todas las japonesas, se inclina y deja caer un tiesto de flores sobre la cabeza del joven señor, que le recoge, sube precipitadamente la escalera, y se prostra á sus piés, dejando en el suelo el tiesto. Ella se inclina graciosamente hacia él...

¡Santo Dios! Reconoce á su hermano que la anda buscando y á Mioxindono para hacerlos desollar vivos.

¿Qué hacer? Lo que cualquiera hubiera hecho en su lugar; coge su sable, le corta al hermano la cabeza y la tira por la ventana, cayendo sobre el vientre del magistrado de las buenas costumbres, que pasaba por allí á la sazón.

La sorpresa de este digno magistrado es extraordinaria. Entra, interroga á la joven, á quien toma por un muchacho; confiesa ella su crimen, y él la manda que se abra el vientre, á lo que contesta ella que no puede hacerlo porque es mujer y no hombre, y no estaría decente.

Pero al confesar el disfraz, que es un crimen sin nombre en el Japón, el magistrado da gritos; acuden y rodean la casa. Taico-Sama, que se defiende como una leona, está á punto de sucumbir, después de haber matado siete curiosos y quince soldados, cuando Mioxindono llega, atraviesa por entre la multitud, la liberta, pone en fuga al ejército, y ambos se vuelven á las montañas.

Entonces empieza una serie de acontecimientos tan complicados, que los límites de este trabajo no me permiten pensar ni siquiera en mencionarlos á la ligera, porque sólo para ello necesitaría veinte páginas. Básteme, para que se comprenda lo grandioso de la obra, que en los veinticinco años que dura la

serie de sus crímenes, Mioxindono y Taico-Sama, ya aislados, ya reunidos, no cometen menos de noventa y cinco asesinatos, cuatrocientos noventa y ocho robos á mano armada, mil ciento cuatro incendios y trescientos diez y siete envenenamientos. Cometan también, y en mucha mayor proporción, atentados contra las costumbres, pero se comprende que de esto yo ni siquiera pueda dar una ligerísima reseña. Porque está reconocido que se pueden tomar por héroes de una novela á envenenadores y presidiarios, y por argumento, robos, asesinatos, incendios, falsificaciones de documentos públicos y privados; pero todo el mundo conviene en que lo que toca á las buenas costumbres, debe estar severamente excluido del dominio del arte.

Acá, para inter nos, yo no he comprendido nunca esta distinción. Hasta confieso que me obstino en considerar el asesinato y el envenenamiento como mucho más inmorales que ciertas flaquezas de un corazón tierno, y que una novela compuesta sobre un asunto de este género es á mis ojos, no ya un horror, no ya una mala acción, sino un crimen, y en todo caso la explotación más abominable y más peligrosa al mismo tiempo de lo más corruptor que tiene la curiosidad y

el atractivo del mal... Pero soy casi el único que así piensa, y no lo digo delante de cualquiera, porque más de una vez me han mirado de soslayo por haber dicho:

—Mejor quisiera cometer diez adulterios que un asesinato.

Pero volvamos á la novela.

El autor no quiso prolongar por más de veinticinco años el período de impunidad de los crímenes de Mioxindono y de Taico-Sama. No cabe duda de que cuanto más hubiera durado aquél, más interés hubiera tenido la historia, y más saludable hubiera sido la enseñanza, según la teoría moral que acabo de combatir. El objeto moral del autor está conseguido si logra hacer que resplandezca esta verdad poco conocida, según parece, que en rigor, puede escaparse del castigo de un solo crimen, pero que si se cometen dos, tres, cinco, diez, veinte, ciento, lejos de aumentar las probabilidades de impunidad que se tenían después del primer crimen, se corre más bien riesgo de dejarse prender. Téngase entendido.

Por lo demás, hay que ser justo; convengo que eso es una gran enseñanza; porque cuanto más crímenes haya dejado acumularse la Providencia sin impedirlos, más impo- nente será su entrada en escena á la hora del castigo.

Hasta el año vigésimoquinto no

expían, pues, sus crímenes Mioxindono y Taico-Sama. La guardia civil japonesa los arresta en un combate contra las brigadas á caballo de Méaco, reforzadas por una brigada de infantería de Konangbat-se. El proceso verbal de arresto, cuyo texto da el autor por extenso, es una obra maestra, como lo es también el interrogatorio. Hay allí una figura de juez instructor de las más curiosas. Sin la habilidad de aquel magistrado, los culpados se escapan, y hubiera sido gran lástima, porque entonces nos quedamos sin el relato del suplicio.

¡El suplicio! Aquí es donde la obra se eleva hasta perderse de vista. Con un rastrillo, un tridente y una especie de araña de hierro sujetos al mango de largas pértigas, se ejecutan sobre la piel y las carnes del paciente una serie de operaciones capaces de hacer resucitar á un muerto. Luego, cuando todo su cuerpo no es más que una llaga, ó más bien, un picadillo, á duras penas colgante de sus huesos hechos mil pedazos, se comprime todo aquel amasijo en un puchero que se tapa sin dejar más que un agujero para que pase la cabeza, se unta la cara con miel para atraer á las moscas, y todo ello se coloca sobre un tablado al calor del sol.

Así acaba Mioxindono. En cuanto á Taico-Sama, se la hace presen-

ciar todas esas formalidades judicia-rias. Durante los preparativos de su suplicio, se la permite que vaya á rezar algunas oraciones sobre el puchero de picadillo donde la cabeza de su esposo hace los últimos gargarismos en la carne machacada. Acabada su oración, se la entrega á su verdugo.

Es costumbre en el Japón ajusticiar á las mujeres y á los niños con todos los miramientos y dulzura posibles. El verdugo coge pues á Tai-co-Sama por la cintura, la arrastra delicadamente y sonriendo hacia un banco de piedra rodeado de canali-llas para que corra la sangre, y la hace sentar sobre sus rodillas. Des-átala el pelo, se enrosca á una de sus manos la larga cabellera de la joven, y empuñando con la otra un cuchillito afilado como un puñal y puntiagudo como una aguja, empieza por cortarla delicadamente los dedos de las manos y de los piés, falange á falange; luego la desuella y la desarticula metódicamente, hasta no dejarla más que la cabeza y el tronco. En aquel instante llega un mensajero cubierto de sudor y de polvo, anunciando que el *Taicun* perdona la vida á la hermosa culpable. Inmediatamente se suspende el suplicio, se la venda y se la cura.

El último episodio, que podría llamarse la apoteosis moral de Tai-co-Sama, es realmente de los más

conmovedores. Pregúntanla qué quiere que se haga con lo que la han cortado, y contesta:

—Que lo dividan en trozos, lo machaquen lo más menudo que sea posible, y lo metan en la misma vasija en que pusieron el picadillo que fué mi adorado Mioxindono.

—Y con vuestros restos, ¿qué se hace?

—Dios mío, puesto que aún tengo una cabeza para comprender y un corazón para arrepentirme, deseo que lleven mis restos á un convento de bonzos, donde haré penitencia de mis pecados hasta el fin de mis días.

Así acaba la novela.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
AFRANCO BARCELONA

Mucho trabajo me ha costado; pero el placer de tantas dificultades vencidas me recompensa ampliamente. No ignoro lo mucho que puede dejar que desear mi trabajo, pero espero que el lector me agradecerá la buena voluntad. Se necesita cierta dosis de valor para emprender la traducción de un libro en idioma extranjero, sobre todo cuando se ignora éste en absoluto. Pero lo que me ha sostenido, y lo que me daba completa confianza en el valor de mi trabajo, es un principio en que me apoyo invariablemente, porque jamás me ha engañado. Este principio es el siguiente:

El único medio de juzgar imparcialmente de un libro es no leerle, porque la lectura inspira necesariamente prevenciones.

P. D. Escrito, compuesto y corregido este trabajo, pasaba yo casualmente por la puerta de un comerciante de objetos del Japón, cuando se me ocurrió enseñarle el libro y preguntarle lo que era. Me recibió una mujer joven, alta y bella, de negros cabellos, nariz aguileña y labios encarnados como el

coral; indudablemente, una japonesa.

—¿Tendría V. la bondad, señora, de indicarme qué es este libro, y qué puede valer?

—Es una colección de canciones populares. Valdrá 1,50 francos.

Eché á correr á la imprenta para retirar mi manuscrito; pero ya era tarde. En lo sucesivo, la novela de Mioxindono y de Taico-Sama añadirá un número más al catálogo de la literatura maleante.

EUGENIO MOUTÓN (MERINO).

UN ANIMAL SARNOSO

Un gato viejo con sarna echado sin duda por sus amos, había-se establecido en la calle sobre la acera de nuestra casa, donde aún le calentaba un poco de sol de Noviembre. Es costumbre en ciertas gentes de conmiseración egoísta enviar así á que se *pierdan* lo más lejos posible los animales á quienes no quieren cuidar ni ver sufrir.

Todo el día estaba lastimeramente sentado en algún alféizar de ventana, ¡con un aire tan sin ventura y tan humilde! Objeto de asco para los transeuntes, amenazado por los chicuelos y por los perros, en continuo peligro, de hora en hora más enfermo, y manteniéndose con no sé qué desperdicios atrapados á duras penas en el arroyo, arrastraba allí solo su vida, prolongándola como podía, esforzándose en retardar la muerte. Su pobre cabeza estaba toda

ella carcomida por la sarna, cubierta de costras y casi falta de pelo; pero sus ojos, lindos aún, parecían revelar profundos pensamientos. Ciertamente debía sentir con toda su horrible amargura aquel sufrimiento, el último de todos, de no poderse hacer ya su tocado, de no poder alisarse más la piel y atusarse como con tanto esmero lo practican todos los gatos.

¡Hacer su tocado! Creo que, para las bestias como para los hombres, esa es una de las más necesarias distracciones de la vida. Los muy pobres, los muy enfermos, los muy decrepitos, que en ciertas horas acicalanse un poco y tratan de componerse todavía, no lo han perdido todo en la existencia. Pero no ocuparse ya del propio aspecto, porque en verdad, no hay nada que hacer con eso ante la podedumbre final,

siempre me ha parecido el último grado de todo, la suprema miseria. ¡Oh, viejos mendigos que antes de la muerte llevan ya en el rostro tierra é inmundicias, seres corroídos por lepras visibles que ya no pueden lavarse, animales sarnosos de que ni siquiera se tiene ya conmiseración!

Dábame tanta pena mirar á ese gato abandonado, que después de echarle de comer en la calle, acabé cierto día por aproximarme para hablarle con dulzura. (Los animales llegan á comprender muy bien las palabras cariñosas, y encuentran consuelo en ellas.) Por la costumbre de ser perseguido, al principio tuvo miedo al verme parado delante de él; su primera mirada fué de desconfianza, llena de acusaciones y de súplicas: «¿También tú vienes á echarme de este último rincón donde tomo el sol?» Luego, comprendiendo muy pronto que había-me yo presentado por simpatía, y absorto por tamaña ventura, me dirigió en voz baja su pobre respuesta de gato: «¡Miau! ¡Murrumiau!» levantándose por urbanidad y hasta intentando una zalema, á pesar de sus costras, acaso con la esperanza de que le acariciase.

No llegaba hasta ahí mi conmiseración, aun siendo yo el único que sentíala por él. Es indudable que nunca más volvería á conocer esa

felicidad de ser acariciado. Pero, en compensación, imaginé darle muerte por mi propia mano, instantánea y de una manera casi dulce.

Así sucedió una hora más tarde en la cuadra, donde mi criado Silvestre, que antes había ido á comprar cloroformo, le había traído con dulzura y obligado á que se echara sobre heno bien caliente en el fondo de una canasta de mimbre que iba á ser su cámara mortuoria. Nuestros preparativos no le inquietaban lo más mínimo; arrollamos una tarjeta en forma de cono, como se lo habíamos visto hacer á los cirujanos en las ambulancias; él nos miraba con aspecto confiado y feliz, creyendo haber hallado por fin una yacija y gentes que tuvieran compasión, nuevos amos que le recogiesen.

Sin embargo de lo espantoso de su mal, me bajé á acariciarlo, habiendo recibido ya de manos de Silvestre el cucurucho de cartulina empapado en la mortífera sustancia. Sin dejar de hacerle caricias, traté de hacer que se estuviese allí tranquilo y metiera poco á poco la punta de la nariz en aquel adormecedor cartucho; sorprendido él al principio y husmeando con un vago espanto aquel olor desconocido, acabó, sin embargo, por dejarse llevar, con una sumisión tal, que vacilé en continuar mi obra. El

aniquilamiento de un animal, lo mismo que el de un hombre, es para confundirnos; pensando en ello, se advierte siempre el mismo misterio que subleva. Y, además, tiene en sí la muerte tanta majestad que es capaz por un instante de agrandar de un modo inesperado y desmedido las más ínfimas escenas, en cuanto está próxima á aparecer su sombra; en aquel momento me hice á mí mismo el efecto de algún sectario de la magia negra arrogándose el derecho de otorgar á los que sufren lo que cree ser el sosiego supremo, el derecho de abrir á quienes aún no se lo han pedido las puertas de la gran oscuridad...

Una vez levantó para mirarme fijamente su pobre cabeza, que muy presto moriría; cruzáronse nuestros ojos; los suyos, interrogantes y expresivos, con una extremada intensidad, me preguntaban: «¿Qué me haces? Tú, á quien me he confiado y á quien conozco tan poco, ¿qué me haces?» Y yo vacilaba todavía. Pero, dobló el cuello; su pobre cabeza asquerosa apoyábase entonces en mi mano, la cual no retiré; á pesar suyo invadíale cierto entorpecimiento, y esperaba yo que no me volvería á mirar más.

¡Sin embargo, así lo hizo por última vez! Los gatos, como dicen las gentes del pueblo, tienen siete

vidas. En un postrer sobresalto de la suya, me miró de nuevo á través de su semisueño mortal; hasta pareció haberlo comprendido entonces todo: «¿Conque esto era para matarme?... Ya ves que consiento... Es demasiado tarde... Me duermo...»

A la verdad, tenía miedo de haberme extraviado; en este mundo, donde no sabemos nada de nada, ni siquiera nos es lícito tener lástima de una manera inteligente. Su mirada, de infinita tristeza, poniéndose vidriosa con la muerte, continuaba persiguiéndome cual una acusación: «¿Por qué te has metido en mi destino? Sin ti hubiera podido ir tirando otro poco de tiempo, tener aún algunas pequeñas ideas lo menos durante una semana. Quedábame fuerza bastante para saltar al poyo de tus ventanas, donde los perros no me atormentarían demasiado, donde nunca tuve un frío excesivo; sobre todo por la mañana, cuando daba el sol en ellas, pasaba algunas horas mirando en torno mío el movimiento de la vida, interesándome por las idas y venidas de los otros gatos, por tener aún conciencia de algo; al paso que ahora voy á descomponerme para siempre, convirtiéndome en no sé qué otra cosa que ya no se acordará de nada; dentro de poco, *no existire' ya...*»

Hubiera debido acordarme, en efecto; los más valetudinarios gustan más de prolongar la existencia por todos los medios, hasta los límites más miserables; prefieren, no importa el qué, al terror de no ser nada, de *no ser ya...*

Cuando volví á verle por la noche, lo encontré rígido y frío en la postura de sueño con que le había dejado. Entonces mandé á Silvestre que cerrara el cestito mortuorio y lo llevase lejos de la ciudad, para tirarlo al campo.

PEDRO LOTI.

EL BABIECA DE LA SEÑA ANTOÑICA

*Nil habuit Codrus:
¿quis enim negat? Et tamen illud,
Perdidit infelix totum nihil.*
JUVENAL.

Cómo he sabido yo la historia que voy á contaros? ¿Qué os importa, con tal que os la cuente bien? Y estoy seguro de contarla bien; lo declaro de antemano, sin amor propio de autor, porque no tengo arte ni parte como autor en la tal historia, y he de limitarme á consignar simplemente los hechos según han llegado á mi noticia.

Había una vez una pobre abuela con el pobretín de su nieto, que no poseían en el mundo sino el cariño que recíprocamente se profesaban.

Esta abuela tenía setenta y siete años, y el nieto tenía ocho.

Vivían en el sexto piso de una casa de obreros situada en el callejón del Orillón, entre Belleville y Ménilmontant, un barrio donde no abundan gran cosa los ricos. Y, á pesar de todo, entre la misma po-

bretería del vecindario descollaban los dos por su miseria. Con eso está dicho á dónde llegaría.

Juzgad vosotros. El niño andaba mal; iba á hacer doce meses que guardaba cama, y la vieja estaba muy acabada, muy débil, casi inválida también; de forma que, con los mejores deseos del mundo, no podía hacer cosa mayor.

¡Gracias á que los míseros son buenos para sus semejantes! Los pobres del barrio daban limosna á esa pobreza más desdichada todavía que la suya; y su caridad, unida á algunos socorros de la Beneficencia pública, bastaban para la subsistencia de la abuela y del nieto.

A la vieja la llamaban la seña Antoñica, y al niño el babieca de la seña Antoñica. No se le daba otro nombre, porque jamás se le había visto correr y jugar por la calle con

los chicos de su edad, jamás se había oído á un compañero gritarle de acera á acera, acompañando su nombre, á la usanza popular, de algún asonante absurdo y sonoro:

—¡Anda abajo, Torcuato!

—¡Justo y cabal, Pascual!

—¡Mozo listo, Calixto!

—¡Aquí te quiero, Severo!

—¡No! Los vecinos no pasaban de decir de tarde en tarde:

—Pero, ¿y el babieca de la señá Antoñica, sabe V. cómo anda?

¡Ay! El babieca de la señá Antoñica iba de mal en peor. Hijo de una enferma del pecho y de una laceria, el pobrete era tísico y raquí-tico á la vez, y cuando no ponía el grito en el cielo con los dolores sordos de su coxalgia, se desencuadernaba con una tos seca y sanguinolenta que estampaba en sus mejillas dos ramitos de violetas de un tono sombrío.

Durante los primeros años, aunque andaba medio á rastra, y se pasaba muchos ratos tendido, no dejó de tener sus épocas buenas.

Entonces el abuelo, que trabajaba todavía á pesar de tener más de ochenta años, se lo llevaba á dar paseos al aire puro y al sol; y alguna que otra vez ganaba para comprarle medicinas que lo ponían como nuevo por espacio de algunas semanas. Pero desde que habitan en ese fementido zaquizamí del piso

sexto, con vistas á un patio de donde suben los más ingratos olores; desde que la vieja no encuentra modo de agenciar sino lo estrictamente necesario para no morir de hambre; desde Diciembre, en fin, del año último, el babieca de la señá Antoñica no ha vuelto á levantarse de la cama, y es probable que no se levante jamás.

La última vez que salió fué en la Navidad pasada.

Aquel día la señá Antoñica lo arropó como pudo con una bufanda que le hizo de su pañuelo viejo; le puso los dos únicos pares de medias que ella tenía para que llevase abrigados los piés dentro de sus flaman-tes zuecos, y lo paseó por los bulevares á lo largo de los puestos ates-tados de juguetes, de estampas y de muñecos, que formaban un mágico conjunto de esplendores y colorines.

No se ha borrado esa magia de los ojos y de la imaginación del enfermo; siempre ha hablado de ella desde entonces, agitándose á su recuerdo con el ansia de la posesión, abriendo extasiado la boca, y tendiendo los bracitos secos hacia el espejismo de todas aquellas maravillas entrevistas é inolvidables.

Había allá sobre todo, cerca de la plaza de la Gran Opera, un soberbio polichinela dorado y de mil colores, casi tan alto como el mu-

chacho mismo, y que, cuando se le tiraba de la cuerda, agitaba alegremente multitud de cascabeles y campanillas, alzaba los brazos, abría las piernas, y os miraba con su carota encendida, haciendo unos visajes que no parecía sino que estaba vivo.

—¡Ay qué cosa tan bonita! ¡pero qué bonita!—exclama á menudo el babieca—Di, abuelita, ¿un *porrichinela* así costará muy caro?

Y la vieja responde siempre:

—Calla, que te he de comprar uno, cuando seamos más ricos.

—¿Y cuándo vamos á ser más ricos?

—En seguida, cordero mío; dentro de nada.

—Entonces tendré yo un *porrichinela*, ¿eh?

—Sí que le tendrás, sí.

—Mira, abuelita, si lo tuviese, de fijo me ponía bueno al momento.

Y á todas horas le persigue esa idea como una obsesión. Y cuando empeora la pobre criatura, cuando la torturan más sus dolores, cuando la horrible tos le sacude como si fuese á arrancarle el postrer aliento, ¡oh!, entonces se avivan sus ansias hasta trocarse casi en un acerbo martirio. Se ve palpablemente que tales ansias aumentan sus sufrimientos, y que la posesión del juguete mitigaría, en realidad, la dolencia como por encanto.

¡Y eso lo comprendía la vieja! A fuerza de prometer el polichinela, acabó por creer que debía cumplir lo prometido, y que no tenía más medio que ese para prolongar un poco la vida de su querubín. ¡Sí, tendría su polichinela! ¡Y se curaría! También ella había concluido por abrigar esa loca esperanza.

¡Lo tendría, sí! Pero, ¿cómo? Según decía él mismo con lágrimas de codicia impotente, ¡un polichinela por el estilo debía costar muy caro! Era un juguete de ricos. Cuatro duros lo menos. Acaso más. ¿Dónde iba á encontrar eso ella, que ni siquiera veía ya el color del dinero si no es de tarde en tarde el de alguna calderilla que le solían dar en unión con las limosnas en especie? ¡Cuatro duros! ¡Vamos, una fortuna!

Vendió la ropa vieja que le daban á la entrada del invierno; vendió hasta los bonos de carne y de pan, que tanto le costaba obtener, y tan mezquinos. No reservó sino lo imprescindible para el chico. Ella ayudaba. Y cuando el nieto, comiendo solo, le decía:

—¿Pero es que no tienes hambre, abuelita?

—No—respondía ella;—me han hecho tragar un platazo de sopa en casa del ebanista.

Y así pasó la vieja días seguidos,

sin que á veces hubiera entrado nada en su estómago. ¡Qué importaba! ¡El niño tendría su polichinela!

Tres meses va á hacer que ahorra de ese modo, y anteayer por la mañana reunía en junto treinta y seis reales y seis cuartos.

—Me hacen falta dos duros—pensó—dos duros, por lo menos. Todavía hay que buscar veintiocho cuartos de aquí á mañana.

Aquel día no podía estar ya peor el babeiaca. ¡Demonio! Con el medio mes de invierno que acababa de pasar, cualquiera se hace cargo de la situación en que debía encontrarse el angelito. Y los pobres, muertos á su vez de hambre y de frío, no han podido correrse á muchas larguezas con la vieja. Se acabaron los trapos que vender. Todo lo que quedaba en la buhardilla eran tres bonos de pan y de leña.

Pero el niño está tan caído, tan caído, que ya no puede atravesar nada. Por consiguiente, ¿qué falta hace hoy el pan? ¿Para ella? ¿Tendría que ver! ¿Y mañana? ¡Ah! Mañana sabrá buscarlo. Lo que hace falta en este momento, lo necesario, lo indispensable, no es el alimento, es el polichinela. Si ahora lo tuviese él en sus manecitas temblorosas, á buen seguro que se pondría mejor.

—¡Qué cosa tan bonita!—exclama con un estertor ahogado.

Y se dilatan sus ojos; la nariz, afilada por la enfermedad, palpita de repente; afluye á la piel una oleada de calor, y torna la vida á aquellos labios tan descoloridos. ¡La vida, sí, la vida! Como su sueño se realice, ha de vivir aún.

—¡Qué bonito era!

—Voy á buscártelo, no te apures tú; voy en seguidita.

—¡Qué! ¿El *porrichinela*?

—Sí, el *porrichinela*.

—¿Entonces somos ricos, abuelita?

—Sí, cordero mío. Mira lo que tengo.

Enseña sus treinta y seis reales y seis cuartos. Un montoncito regular, porque todo está en calderilla.

El niño palmotea.

—Anda, abuelita, anda á escape—dice.—No tardes mucho.

La abuela ha salido. No, no tardará mucho. Con sus débiles piernas corre primero á casa de los vecinos para vender sus tres bonos, los últimos.

—Es para buscar un remedio al babeiquita — dice.

Y dice bien: un remedio es lo que va á buscar.

¡Dos duros! ¡Al fin los tiene! Ha necesitado perder en eso una media hora; pero los tiene. ¡Cómo se menea, á pesar de sus achaques, á pesar de lo resbaladizo del piso, á pesar del entumecimiento del frío que

le hiela los huesos; porque ayer no comió nada, ni hoy tampoco; y ha dejado todos sus trapitos en el camastro del enfermo! No lleva más que una mala saya y una chaquetilla muy delgada encima de la camisa. ¡Brrr! ¡Y andando va contra viento y marea! Y es lejísimo. Hay que ir allá, muy allá, cerca de la Gran Opera. Puede que el polichinela esté allí todavía este año, y quizá no cueste más de dos duros.

Si, el mismito era, y lo ha conseguido por dos duros á fuerza de regatear. Era el mismito; lo ha conocido al momento. Vuelve, estrechándolo contra su corazón, con precauciones de madre, como si temiese hacerle daño. Y también ella dice:

—¡Qué bonito es!

Abreviemos. El destino es el más terrible de los dramaturgos. Nadie inventa golpes teatrales al nivel de la realidad. Cuando se cuenta los que depara la vida, no hay sino decirlos en dos palabras.

La vieja había estado ausente dos horas largas. Al volver, encontró al niño muerto.

Ayer enterraron al babieca de la señá Antoñica.

Ella ha colocado en la cajita, sobre la sábana remendada que servía de sudario, el hermoso polichinela de brillantes colores, de sonoras campanillas y de maravillosos dorados; así ha tenido el pobre cadáver su aguinaldo de Noche Buena.

¡Que no tarde en venir el de la abuela Antoñica, la muerte!

JUAN RICHPIN.

MALACHKA Y AKULINA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

Aquel año cayó baja la Semana Santa. Apenas acababan de cesar los viajes en trineo, la nieve cubría aún los patios y deslizábanse los arroyos por la campiña.

En una calleja entre dos puertas se había formado un charco grande; y dos niñas de dos casas diferentes se encontraron en la orilla, una pequeña y la otra de un poco más edad. Llevaban traje nuevo, azul la menor, amarillo con dibujos la mayor. Ambas iban con pañuelo de seda á la cabeza.

Al salir de misa habían corrido al charco; se enseñaron los trajes y se pusieron á jugar. Querían divertirse haciendo saltar el agua. Como la menor se dispusiera á meterse en el charco con botitas y todo, la de más años la dijo:

—No hagas eso, Malachka, porque te reñiría tu madre. Yo voy

á quitarme las botas; haz tú lo mismo.

Las niñas se descalzaron, recogieron las sayas y fueron por dentro del charco al encuentro una de otra.

Malachka se metió en el agua hasta los tobillos, y dijo:

— ¡Qué hondo está, Akulina; tengo miedo!

— Eso no es nada — replicó la otra.— En ningún sitio estará más hondo. Ven á mi encuentro en derecha.

Cuando se acercaban una á otra, dijo Akulina:

—Ten cuidado, Malachka, cuidado de no salpicarme de lodo. Anda más despacio.

Pero, apenas acababa de hablar, cuando Malachka revolvió el pié dentro del agua, y salpicó de barro el traje de Akulina.

Y no sólo el traje de Akulina

quedó salpicado todo él, sino que le saltó el agua también á la nariz y á los ojos. Al ver manchas en su vestido nuevo, enfadóse contra Malachka, gritó diciéndola injurias y corrió detrás de ella con ánimo de pegarla.

Malachka tuvo miedo. Comprendió que había hecho una necedad, salióse á escape del charco y se dirigió á su casa al vuelo.

En aquel momento pasaba la madre de Akulina. Al ver la camiseta y el traje de su hija tan sucios, exclamó:

—¿Dónde te has manchado el sarafán, cochina?

—Malachka me lo ha salpicado de barro.

La madre de Akulina cogió á Malachka y la dió un cogotazo.

Malachka atronó á gritos toda la calle. Oyóla su madre y se precipitó fuera de casa.

—¿Por qué pegas á la mía?—dijo, insultando á su vecina.

Agravábase la disputa. Las madres iban á agarrarse del moño. Salieron de las casas los aldeanos y formáronse corrillos en toda la calle. Todo el mundo gritaba á la vez y nadie quería oír á su vecino. Dirigíanse improperios, era inminente venir á las manos, cuando una vieja, la abuela de Akulina, se arrojó en medio de los aldeanos para que se diesen á razones.

—¿Qué vais á hacer, amigos míos?—exclamó.—¡Y además, en un día como éste! ¡Pecar de esa manera, cuando debemos regocijarnos!

Pero nadie la hizo caso, y hasta poco faltó para que la tirasen al suelo. Y la vieja no hubiera podido apaciguarlos, sin Akulina y Malachka.

Mientras que las madres le daban al pico, Akulina se había limpiado el traje. Volvióse corriendo al charco, tomó un guijarrito y con él empezó á excavar la tierra para que corriese el agua por la calle.

Estando en esta tarea, se acercó por su parte Malachka, y armada con un palo la ayudó á hacer una canaleta.

Comenzaban ya los aldeanos á darse de golpes, cuando, escapándose el agua calle abajo por la canaleta, llegó precisamente al sitio donde la anciana abuela trataba en vano de separar á los aldeanos. Las niñas corrían por ambos lados del arroyuelo.

—El agua corre más que nosotras; atájala, Malachka—gritaba Akulina—atájala.

Malachka quiso decir alguna cosa, pero el exceso de alegría la cortó la palabra.

Las dos niñas no cesaban de correr, y se reían viendo las zambullidas de un palito en el agua del

arroyuelo. Así llegaron hasta en medio de los aldeanos. Las vió la anciana, y gritó:

—¡No tenéis temor de Dios! Precisamente á causa de esas niñitas comenzasteis á pegaros; ellas lo han olvidado todo hace mucho tiempo, y ahí las tenéis poniéndose á ju-

gar juntas en buena armonía. Son más sensatas que vosotros.

Los aldeanos miraron á las chiquillas, y les dió vergüenza. Burláronse de sí mismos, y cada cual volvió á meterse en su casa.

«Si no sois como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

LEÓN TOLSTOY.

MUERTE VOLUNTARIA

En otro tiempo me traté mucho con el poeta Luis Miraz en el barrio Latino, donde ambos tomábamos nuestros pisco-labis en una cremería de la calle del Sena, propiedad de una vieja polaca, á quien habíamos apodado «la princesa Choclawska» á causa del enorme brillo de crema de chocolate que exponía diariamente en el escaparate de la tienda. En rigor, podía comerse allí por diez sueldos, con *dos de pan*, un *ordinario de treinta céntimos* y una *chica de tinto*. Los delicados gastaban cinco céntimos más por tener una servilleta.

Aparte de algunos jóvenes que iban para *genios*, los habituales parroquianos de la polaca eran pobres compatriotas de la patrona, todos los cuales el que menos había mandado ejércitos. Había, sobre todo, un imponente y melancólico anciano, de barbilla gris, cuyo antiguo

gabán con alamares y las botas rezumantes y el sombrero, sobre el cual parecían haberse paseado los limacos, ofrecían un poema de miseria, y á quien los demás polacos trataban con marcada indiferencia por haber sido dictador durante tres días.

También conocí en casa de la princesa Choclawska á un raro loco que ganaba el pan dando lecciones de lengua alemana, y que declaraba haberse convertido á la religión búdhica. En la chimenea del mísero cuartucho donde vivía en concubinato con una modista del mercado de Saint-Germain, tenía su trono un Budha de piedra jade, bastante bien hecho, con los hipnotizados ojos fijos en su ombligo y con los pulgares metidos en el puño de las manos. El profesor de alemán demostraba la más profunda veneración al ídolo; pero cuando llega-

ba el vencimiento del inquilinato, veíase algunas veces obligado á empeñarlo en el Monte de Piedad. Entonces caía en un pesar sombrío, y no recobraba la serenidad sino cuando había podido reparar su sacrilegio. Por lo demás, nunca dejaba de renovar el empeño en tiempo hábil, y, finalmente, de libertar á su Dios.

En cuanto á Luis Miraz, tenía las ojeras, la palidez y las enmarañadas melenas de todos cuantos van en vagón de «tercera» á conquistar la gloria, gastan más en aceite para la lámpara que en biftecks, y, poseedores ya de varios manuscritos, han lanzado el clásico reto de Rastignac al gran París desde lo alto de alguna colina de los alrededores. Por aquellos tiempos, mi cabellera suficientemente merovingia manchaba de grasa el cuello de mi gabán. Así, pues, éramos á propósito para comprendernos; y bien pronto me condujo Luis Miraz á su elevada habitación de la calle de los Cuatro Vientos, donde me metió dentro del cuerpo dos mil alejandrinos.

Hablando con formalidad: eran unos versos jóvenes y hechiceros, de una inspiración primaveral, con el aroma de las primeras lilas. Y los *Pájaros sueltos* (título de esta colección de poesías, publicadas por Luis Miraz poco tiempo después de habérmelas leído) conservarán un lugar entre los libros predilectos de

los lectores escogidos, junto á los poetas de un solo tomo; por ejemplo, del Daudet de las *Amorosas*.

Porque Miraz no hizo otros versos. Joven aguilucho, enamorado de las alturas, fué á plantar su nido en el cerrillo de Montmartre, y durante bastante tiempo nos perdimos uno á otro de vista. Luego encontré su firma en los diarios y en las revistas, donde comenzaba á publicar los breves y exquisitos cuentos que fundaron su reputación. Transcurrieron cinco años; al fin, le encontré un día en la redacción de un periódico donde yo colaboraba.

*
* *

Tuvimos tanto gusto el uno como el otro en volvernos á ver. Y después de los primeros «¡Cómo! ¿Eres tú?... ¿Y tú?» permanecimos frente á frente, apretándonos la mano y, con una risa de cordial alegría, mostrándonos los dientes que en otro tiempo habían mordido el mismo pedazo de pan duro. No había cambiado en nada; ni siquiera había sacrificado sus largos cabellos, que echaba de continuo hacia atrás con el lindo movimiento de cabeza con que un caballo sacude las crines. Solamente tenía la tez fresca y los

ojos tranquilos de un hombre feliz, y su flexible talle iba oprimido por la levita más elegante.

—Ya no nos separamos, ¿no es así?— me dijo, pasando su brazo por el mío con un afectuoso ademán de camarada. Y me llevó al bulevard, donde el sol de Abril doraba las hojitas nuevas de los plátanos.

¡Ah, qué día tan feliz! Agotamos los «¿te acuerdas...?» ¿Te acuerdas de los huevos al plato, que olían á paja, y del horrible arroz con leche de la princesa Chokolawska? ¿Y de la melancolía del viejo dictador? ¿Y del alemán que llevaba su Dios á peñaranda cada tres meses? Al fin se habían acabado los malos días. El había aplaudido desde lejos mis buenos éxitos, yo conocía los suyos; pero ignoraba que se hubiese casado con una mujer á quien adoraba, y que tuviera una hijita, ¡una *alhaja!*...

—Ven á verlas, comerás en casa.

Accedí; y me llevó allá abajo, al Enclos-des-Ternes, donde habitaba en un pabellón entre árboles. Todo daba allí la bienvenida; y tan pronto como empujamos la puerta del jardinillo, se acercó un perrito saltando á nuestras piernas.

—¡Abajo, Gavroche!... Te va á manchar.

Pero al ruido de la campanilla, apareció en la escalinata la señora de Miraz con su niñita en brazos.

Era una frescachona y bella rubia, de magnífica pechera modelada bajo su peinador azul.

—Haz que pongan un cubierto más... es un antiguo camarada.

Y el feliz padre, conservando puesto el sombrero por haber cogido en brazos á su hijita, me hizo ver en seguida toda la casa: el comedor, alegre con sus claros azulejos; el gabinete de trabajo, lleno de libros, con la ventana abierta frente al follaje... tanto, que una racha de viento había cubierto de flores de castaño rosa las pruebas de imprenta desparramadas encima de la mesa.

—¡Atiende! ¿Sabes? Esto no es más que empezar... No hace tanto tiempo que se emborronaban cuartillas á quince céntimos línea.

Y mientras me extasiaba yo mirando un árbol de Judea, todo él en flor, que veía en el jardín, Miraz se había puesto á sus anchas, metiéndose la bata de trabajo y las zapatillas; y arrellanado en su gran sillón, cogía á su hijita Elena con los dos brazos para hacerla saltar: «¡Aúpala, aúpala!»

No creo haber experimentado nunca una sensación más perfecta de la felicidad. Comimos alegremente (dos platos fuertes, y se acabó), una comida sin ceremonias, en la que cada uno se servía á sí mismo la pimienta. La bella señora de Miraz la presidía con su luminosa

sonrisa, teniendo á su lado á la pequeña sentada en una silla alta. Hablaba poco, pero su mirada inteligente y dulce seguía nuestra loca y paradójica charla de literatos de buen humor; y á los postres, cogió una rosa del ramo que adornaba la mesa y se la puso en el pelo junto á la oreja, con imponderable gracia. Era la bella y silenciosa amiga necesaria al pensador.

Tomamos el café en el gabinete (pronto iban á amueblar el salón, con el precio de la novela que iba á publicar la casa editorial Lévy). Luego, como la noche estaba fresca, se encendió una fogata de ramitas y virutas; y mientras Miraz y yo fumábamos evocando antiguas memorias, la dueña de la casa, teniendo en el regazo á su Elenita en camisilla, hacía repetir un «Padre nuestro» y un «Ave María» que la niña pronunciaba á media lengua frotándose voluptuosamente los piecitos delante de la llama.

*
* *
*

Volvimos á vernos, primero bastante á menudo, después más de tarde en tarde; la vida, la difícil y complicada vida de los literatos de profesión, nos llevaba á cada cual por su lado. Pasaron años y años.

Nos encontrábamos y nos estrechábamos las manos. «¿Va bien todo?» «A las mil maravillas.» Y no había más. Luego, en los últimos tiempos, rara vez encontraba ya la firma de Luis Miraz en los diarios y revistas. «¡Hombre feliz! Descansa», decía para mí, acordándome de que pasaba por haber hecho una fortunita. Al fin, en el último otoño supe que estaba gravemente enfermo.

Corrí á verle. Continuaba viviendo en el Enclos-des-Ternes; pero en aquel tétrico día de fines de Noviembre la casita parecía tener frío, y estaba como desnuda entre los árboles sin hojas; me pareció encogida, achicada, como todo lo que en mucho tiempo no hemos visto. El perro había muerto sin duda, porque su ladrido no contestaba al sonido de la campanilla, al empujar yo el postiguello y penetrar en el jardín, alfombrado todo él de hojas secas, y en el que la helada de la noche había quemado los últimos crisantemos.

No fué la señora de Miraz quien me recibió (estaba ausente), sino Elena, convertida en una chicharroña de catorce años y aire montaraz. Me abrió el gabinete de su padre, levantando bruscamente el velo de sus grandes pestañas negras y echándome una mirada inquieta y tímida.

Encontré á Miraz acurrucado en una silla baja junto á la chimenea,

con vestidos de casa á lo viejo, con mechones grises en su larga cabellera. Y por la mano húmeda y fría que me alargaba, por la mirada mustia que me dirigió, comprendí que estaba perdido. ¡Cosa horrible! Encontraba en mi desventurado compañero aquel aspecto de ruina inminente que nos chocaba antaño en los pobres polacos de la cremería.

—¿Qué es eso, veterano, no va bien?

—¡Clavado, querido!—me respondió con una horrible sonrisa.—Me largo tontamente del pecho, como en un quinto acto... ¿sabes?... cuando el venerable doctor, con una cabeza á lo Béranger, pulsa á la dama joven y levanta al cielo los ojos exclamando: «¡Se acerca la agonía!...» La diferencia está en que en mí la agonía se prolonga, no acaba nunca... Fuma, no me molesta—añadió al verme tirar el cigarro; y le dió una tos que parecía un hipo estertoroso.

Traté de encontrar frases que le animaran. Le hablé cogiéndole la mano y dándole golpecitos en el hombro. Pero sentía yo sonar mi voz en el vacío como cuando se miente; y al mirarme, parecía tener Miraz lástima de mis esfuerzos. Me callé.

—Mira — dijo, enseñándomela — mira mi mesa de trabajo... Hace

seis meses que ya no puedo escribir.

Y era verdad. Nada tan siniestro como aquel montón de papeletes llenos de polvo; y en un platicillo antiguo de Rouen había una porción de plumas de ganso sucias de tinta y parecidas á esos trofeos de floretes herrumbrosos que cuelgan en las paredes de las casas de los antiguos espadachines.

Hice una nueva tentativa para reanimarle. ¡Morir, á su edad! ¡De ninguna manera! De seguro que no se cuidaba. Debía irse á pasar el invierno al Mediodía, tomar un buen baño de sol. Podía hacerlo... ¿No estaba desahogado?

Pero me detuvo, poniéndome la mano en el brazo.

—Escucha — me dijo con gravedad: — aunque no nos vemos, tú eres mi más antiguo y acaso mejor camarada... Me lo has probado con la pluma en la mano... Pues bien; quiero hacerte una confidencia que guardarás para ti, salvo el valerte de ella cuando llegue la ocasión, para desalentar á los jóvenes pinches literarios que sometan á tu examen manuscritos suyos, lo cual siempre es una acción loable... Sí, yo he tenido buen éxito. Sí, me han pagado á franco la línea. Sí, he ganado dinero; ahí dentro de esa gaveta tengo unos papeles amarillos, verdes y rojos, de los cuales se corta un pedacito cada seis meses,

que representan tres ó cuatro mil francos de renta... Esto es muy raro en la profesión; y para hacer tan pobres ahorros me ha sido preciso, á mí, poeta, imitar las más feroces virtudes de un burgués, saber negar una joya á mi mujer, un vestido á mi hija... En fin, tengo ese dinero... Y me decía á menudo: «Si muero, eso es su pan asegurado, una pequeña dote para Elena.» ¡Y estaba contento, orgulloso!... Porque conozco las historias de nuestras viudas y de nuestras huérfanas... Los socorros de veinte céntimos del ministerio, las expendedurias de tabaco con seiscientos francos en provincias... y si la hija es inteligente y bonita, como la mía, el autor dramático, antiguo amigo de papá, que la aconseja entrar en el Conservatorio y la convierte en una... ¡Demonio! ¡He ahí lo que no sucederá!... Mas para eso, querido, es preciso que yo no dure mucho. La enfermedad es una cosa cara; y ya hubo que vender dos ó tres de esos papeles con cupones que están en la gaveta... Para ir al sol, como tú dices, para hacer el lagarto en Cannes ó en Meuton, sería preciso largar otro... y al fin y al cabo ya no quedaría ni uno solo, si me retrasara aún siete ú ocho años, ahora que ya no puedo llenar cuartillas... Por fortuna, eso no es de temer... Pero espanta pensar lo que he su-

frido desde que soy incapaz de escribir, y siento fundirse aquel puñado de oro y disminuir dentro de mi mano, como la *piel de zapa* de Balzac... ¿Me has comprendido ahora? Ya no me aconsejarás que me cuide... Anda, y si aún sabes rezar á Dios misericordioso, dile que me envíe pronto los amortajadores.

*
* *
*

Quince días después íbamos una treintena tras del féretro que llevaba á Luis Miraz al cementerio de Montmartre. Había nevado la víspera, y el doctor Arnould, el veterano concurrente asiduo á los estudios de los pintores, el amigo y médico del difunto, me dijo con voz de ave de rapiña, andando á mi lado:

—Contraste bien común, pero terrible siempre... Un entierro en tiempo de nieve... Negro sobre blanco... Es cosa de no chunguearse del *entierro del pobre*, del malogrado Vignerón... ¡Birr, qué frío!

Al fin llegamos al borde de la fosa. El sitio y el momento eran lúgubres. Bajo un cielo sucio, los enanos cipreses sacudían al viento sus copos de nieve fundida. Los asistentes habían formado corro y

miraban á los sepultureros cómo dejaban resbalar al hoyo la caja sujeta con cuerdas. Junto á un sacristán con cruz alzada, cuya sobrepepliz, demasiado corta, dejaba ver la parte baja del pantalón, esperaba el sacerdote con un dedo entre las hojas del breviario; y después de sujetar el ala del sombrero con el brazo izquierdo doblado, el orador de la Asociación de Escritores tenía ya en la mano, calzada con guante negro, las cuartillas del elogio fúnebre, acabado de garrapatear, con ayuda de un camarada ante dos copitas, en un ángulo de una mesa de café.

De pronto, cuando el clérigo comenzaba las preces en latín, el doctor Arnould me agarró del brazo y acercó la boca á mi oído, diciendo en voz baja :

—¿No sabe V.? Se ha matado.

Le miré estupefacto. Pero me señaló con el dedo el negro grupo

formado por la señora de Miraz y su hija, que se ahogaban bajo sus largos velos y se estrechaban con un abrazo trágico, y añadió:

—¡Por ellas!... Sí; desde hace seis meses tiraba al fuego todos los medicamentos, cometía de propósito las mayores imprudencias... Antes de morir me lo ha confesado todo... Yo no comprendía nada; yo que con la creosota prometíame alargarle la vida lo menos tres años... En fin, la otra noche en que heló tan fuerte, dejó la ventana abierta como por olvido y pescó una fluxión de pecho... ¡Sí, por dejar pan á esas dos mujeres!... El cura no sospecha que está bendiciendo á un suicida. Pero anda, buen hombre, que Miraz está en el paraíso de los valientes... ¡Esta muerte en detalle, eh!... ¡Mucho mayor arrojo que pasar el puente de Arcole!

F. COPPÉE.

EL EMPERADOR CIEGO

Ó VIAJE Á BAVIERA EN BUSCA DE UNA TRAGEDIA JAPONESA



I

El señor coronel Sieboldt.

El Sr. de Sieboldt, coronel bávaro al servicio de Holanda, tan conocido entre los círculos científicos por sus notables obras acerca de la flora japonesa, vino á París durante la primavera de 1866, para someter al emperador un vasto proyecto de asociación internacional con objeto de explotar ese maravilloso *Nipon-Jepen-Japon* (Imperio de la salida del Sol), donde había habitado por espacio de más de treinta años. En espera de conseguir una audiencia en las Tullerías, el ilustre viajero (que había continuado siendo muy bávaro á pesar de su estancia en el Japón) pasaba sus veladas en una pequeña cervecería del arrabal Poissonnière, en compañía de una señorita joven de Munich que viajaba con él, y á quien presentaba como sobrina suya. Allí fué donde yo le encontré. Cuando entraba, volvíanse todos á mirar la fisonomía de ese anciano, firme y tieso con sus setenta y dos años, sus largas barbas blancas, su interminable hopalanda, su ojal lleno de cintas con los colores de todas las academias científicas, y aquel extraño aspecto, donde había á la par tanta timidez y desenvoltura. El coronel se sentaba muy serio y sacaba del bolsillo un gran rábano negro; luego, la joven señorita que le acompañaba, con todas las trazas de una alemana, de falda corta, chal de cenefa y sombrerito de viaje, cortaba ese rábano en rodajas delgadas, al estilo de la tierra, las espolvoreaba de sal, se las ofrecía á su «tío», como ella decía,

con su vocecita de ratón, y ambos se ponían á rumiar uno frente á otro, tranquila y sencillamente, sin sospechar siquiera que pudiese haber la más mínima ridiculez en conducirse en París como en Munich. Lo cierto es que formaban una pareja original y simpática, y conseguimos pronto llegar á ser buenos amigos. El bueno del hombre, viendo el gusto con que le escuchaba al hablarme del Japón, habíame pedido que revisara su Memoria; y yo me apresuré á aceptar el encargo, tanto por amistad hacia ese viejo Simbad, como por enfrascarme más y más en el estudio del hermoso país, el amor al cual me había transmitido. No dejó de costarme trabajo el hacer la tal revisión. Toda la Memoria estaba escrita en el estafalarío francés que hablaba el Sr. de Sieboldt: «Si yo *tendría* accionistas... si yo *reuniría* fondos...» esos defectos de pronunciación que le hacían escribir por lo regular: «Los grandes *botes* del Asia» por «los grandes *vates* del Asia» y «el *Jabón*» en lugar de «el *Japón*...» Unase á esto, frases de cincuenta líneas sin punto ni coma, sin ningún descanso para respirar, y, sin embargo, tan bien clasificadas dentro del cerebro del autor, que le parecía imposible suprimir ni una sola palabra; y, cuando me ocurría quitar una línea de un lado, inmediatamente la trans-

portaba él un poco más lejos... ¡Lo mismo da! El hecho es que ese demonio de hombre era tan interesante con su *Jabón*, que me hacía olvidar las fatigas del trabajo; y cuando llegó el día de la audiencia, la Memoria casi podía ir por su pié.

¡Pobre veterano Sieboldt! Aún le veo al irse á las Tullerías, con todas sus cruces en el pecho, con ese magnífico uniforme de coronel (grana y oro) que no sacaba del cofre sino en las grandes ocasiones. Aun cuando todo el tiempo estaba «¡brum! ¡brum!» irguiendo su elevada estatura, comprendí cuán conmovido estaba, por el temblor de su brazo sobre el mío, y, sobre todo, por la insólita palidez de su nariz, un narigón de sabihondo, de color carmesí por el estudio y por la cerveza de Munich. Cuando volví á verle, por la noche, estaba triunfante: Napoleón III le había recibido entre dos puertas, escuchado durante cinco minutos y despedido con su frase favorita: «Veré... pensaré en ello.» Sin más que eso, el cándido japonés hablaba ya de arrendar el primer piso del *Grand-Hôtel*, poner comunicados en los periódicos, lanzar prospectos; me costó mucho trabajo hacerle comprender que Su Majestad quizá se tomase mucho tiempo para reflexionar y que entre tanto lo mejor sería que se marchase otra vez á Munich, donde

la Cámara estaba precisamente á punto de votar un crédito para la compra de sus grandes colecciones. Mis advertencias acabaron por convencerle; y, en recompensa del trabajo que me tomé con su famosa Memoria, me prometió al partir enviarme una tragedia japonesa del siglo xvi, preciosa obra maestra absolutamente desconocida en Europa, y que había traducido ex profeso para su amigo Meyerbeer. Cuando murió el maestro, estaba disponiéndose á escribir la música de los coros. Como veis, el excelente hombre quería hacerme un verdadero regalo.

Por desgracia, algunos días después de su marcha estalló la guerra en Alemania, y no volví á oír hablar más de mi tragedia. Habiendo invadido los prusianos los reinos de Wurtemberg y de Baviera, era bastante natural que, con su ardor patriótico y el gran trastorno de la invasión, el coronel se hubiese olvidado de mi *Emperador ciego*. Pero yo pensaba en él más que nunca; y ¡á fe mía!, un poco por deseos de mi tragedia japonesa y otro poco por curiosidad de ver de cerca lo que era la guerra, la invasión (¡Dios mío, ahora la tengo con todos sus horrores en la memoria!), lo cierto es que una mañanita decidíme á partir para Munich.

II

Le Alemania del Sur.

¡Habladme de los pueblos de sangre pesada! En plena guerra, con ese sol abrasador de Agosto, el país entero de más allá del Rhin, desde el puente de Kehl hasta Munich, tenía su aspecto tan frío y tan tranquilo. Por las treinta ventanillas del vagón wurtenburgués que me conducía lenta y pesadamente á través de la Suabia, desplegábanse paisajes, montañas, torrenteras, quebradas de espléndido verdor en que se sentía la frescura de los arroyos. Por las pendientes que desaparecían girando según el movimiento de los vagones, había aldeanas tiesas en medio de sus rebaños, vestidas con sayas encarnadas y corpiños de terciopelo; y los árboles eran tan verdes en torno suyo, que parecía todo aquello una pastorela sacada de una de esas cajitas de abeto, que tan bien huelen á resina y á pino, de los bosques del Norte. De distancia en distancia, una docena de soldados de infantería vestidos de verde marcaban el paso en una pradera, con la cabeza alta y una pierna al aire, llevando sus fusiles á guisa de ballestas: era el ejército de cualquier principillo

de Nassau. A veces también pasaban trenes con la misma lentitud que el nuestro, cargados con grandes barcas, donde los soldados wurtenburgueses, apiñados como en una carroza alegórica, cantaban barcarolas á tres voces, huyendo ante los prusianos. Y nuestras paradas en todas las fondas, la inalterable sonrisa de los camareros, aquellas rechonchas caras tudescas ensanchadas, con la servilleta debajo de la barba, ante enormes tajadas de carne en salsa, y el parque real de Stuttgart lleno de carretelas, de galas, de cabalgatas, la música tocando valeses y cancanes alrededor de las fuentes, mientras se combatía en Kissingen; en verdad que cuando me acuerdo de todo esto y pienso en lo que he visto cuatro años después en ese mismo mes de Agosto, esas locomotoras delirantes corriendo sin saber á dónde, como si la insolación hubiese enloquecido sus calderas, los vagones parados en pleno campo de batalla, los carriles cortados, los trenes pasando apuros, Francia disminuida de día en día conforme se hacía más corta la línea férrea del Este; y en todo el trayecto de las abandonadas vías, el hacinamiento siniestro de esas estaciones, que se quedaban solas en un país perdido, llenas de heridos olvidados allá como bagajes..., comienzo á creer

que aquella guerra de 1866 entre Prusia y los Estados del Sur no era más que una guerra de farsa, y que, á despecho de cuanto nos hayan podido decir, «lobos con lobos no se muerden», si son de Germania.

Para convencerse de ello, bastaba con ver Munich. La noche que llegué, una hermosa noche de domingo llena de estrellas, toda la gente de la ciudad estaba fuera de sus casas. Flotaba en el aire un alegre rumor confuso, tan vago ante la luz como el polvo levantado por los pasos de todos aquellos paseantes. En el fondo de las bodegas de cerveza, abovedadas y frescas; en los jardines de las cervecerías, donde balanceaban sus mustias luces los farolillos de colores; por todas partes, mezclándose con el ruido de las pesadas tapaderas al caer sobre la boca de los jarros de cerveza, oíanse las notas de triunfo salidas de los instrumentos de metal, y los suspiros de los de madera...

En una de esas armoniosas cervecerías fué donde encontré al coronel Sieboldt, sentado con su sobrina, ante su eterno rábano negro.

En la mesa inmediata tomaba un *bock* el ministro de Negocios Extranjeros, en compañía del tío del rey. Alrededor, burgueses con sus familias, oficiales con gafas y estu-

diantes con gorritas rojas, azules, verdemar, graves todos y silenciosos escuchaban religiosamente á la orquesta de M. Gungel, y miraban subir el humo de sus pipas sin dárseles un ardite de Prusia, como si no existiese. Al verme el coronel pareció turbarse un poco, y creí advertir que bajaba la voz para dirigirme la palabra en francés. En torno nuestro cuchicheaban: *Frantzose... Frantzose...* Veía malquerencia en los ojos de todos. Salgamos — me dijo el Sr. de Sieboldt; — y una vez fuera, encontré en él su agradable sonrisa de otros tiempos. El buen hombre no había olvidado su promesa, pero estaba muy ocupado en colocar clasificada su colección japonesa, que acababa de vender al Estado. Por eso no me había escrito. En cuanto á mi tragedia, estaba en Wurtzburgo, en poder de la señora de Sieboldt; y para llegar hasta allá me era preciso una autorización especial de la embajada francesa, porque los prusianos se aproximaban á Wurtzburgo y ya no se entraba allí sino con suma dificultad. Tenía tales ganas de mi *Emperador ciego*, que hubiera ido aquella misma noche á la embajada, si no hubiese temido encontrar á M. de Trévise acostado...

III

En Droschken.

A la mañana siguiente, el fondista de la *Grappe-Bleue* me hizo montar temprano en uno de esos pequeños carruajes de alquiler que hay siempre en los patios de las fondas para enseñar á los viajeros las curiosidades de la ciudad, y desde donde se os aparecen como entre las hojas de una Guía los monumentos y las calles de primer orden. Entonces no se trataba de llevarme á ver la ciudad, sino de conducirme á la embajada francesa: *¡Frantzosiche Ambassad!* — repitió dos veces el fondista. — El cochero, un hombrecillo con traje azul y un sombrero gigantesco, parecía muy asombrado del nuevo destino que se daba á su coche, á su *droschken* (para hablar como en Munich). Pero yo me quedé más absorto que él, cuando le vi volver la espalda al barrio noble, tomar por una larga ronda de arrabal, llena de fábricas, casas de obreros y jardinillos, atravesar las puertas y llevarme extramuros de la ciudad...

— *¡Ambassad Frantzosiche?* — le preguntaba de vez en cuando, con inquietud.

— *Ya, ya* — respondía el hombre-

cillo, y continuábamos rodando.— Hubiera querido obtener algunos otros informes; pero lo endiablado es que mi conductor no hablaba francés, y yo mismo por aquella época no conocía de la lengua alemana más que dos ó tres frases muy elementales, en que se trataba de pan, lecho, comida, y en manera alguna de embajador. Y aun esas frases no sabía decirlas sino con música; he aquí por qué.

Algunos años antes, con un camarada tan loco como yo, había hecho á través de Alsacia, Suiza y el ducado de Baden un verdadero viaje de buhonero, con el saco á cuestas, á jornadas de doce leguas, rodeando las ciudades de las cuales sólo queríamos ver las puertas, y tomando siempre por sendas y atajos sin saber á dónde nos conducirían. Esto nos proporcionaba, con frecuencia suma, la sorpresa de pasar las noches á campo raso ó bajo el alero desmantelado de alguna granja; pero lo que acababa de hacer más llena de incidentes nuestra excursión es que ni uno ni otro sabíamos una palabra de alemán. Con ayuda de un diccionario de bolsillo, que compramos al pasar por Basilea, habíamos llegado á construir algunas frases muy sencillas, tan inocentes como *Vir vollen trinken bier* (queremos beber cerveza), *Vir vollen essenkæse* (queremos comer

queso); por desgracia, por poco complicadas que os parezcan, nos costaba mucho trabajo retener esas malditas frases. No las teníamos en la punta de la lengua, como dicen los cómicos. Entonces se nos ocurrió la idea de ponerlas en música; y tan bien se adaptaba á ellas la tonadilla que hubimos de componer, que las palabras penetraron en nuestra memoria en pos de las notas, y ya no podían salir de allí las unas sin arrastrar consigo á las otras. Era de ver la cara de los posaderos badeneses cuando por la noche entrábamos en el gran comedor del Gasthaus, y, en seguida de desatar nuestras mochilas, entonábamos con voz retumbante:

Vir vollen trinken bier (*bis*)

Vir vollen, ya, vir vollen

¡Ya!

Vir vollen trinken bier.

De entonces acá me he hecho muy fuerte en el alemán. ¡He tenido tantas ocasiones de aprenderlo!... Mi vocabulario se ha enriquecido con una multitud de locuciones, de frases. Solamente que las hablo, ya no las canto... ¡Oh, no; no me dan ganas de cantarlas!...

Pero volvamos á mi droschken.

Ibamos con paso muy reposado, por una avenida festoneada de árboles y casas blancas. De pronto, detúvose el cochero.

— ¡*Da!*— me dijo, enseñándome una casita oculta bajo las acacias, y que me pareció muy silenciosa y retirada para ser una embajada. En un ángulo de la pared relucían junto á una puerta tres botones de cobre superpuestos. Tiro de uno al azar, ábrese la puerta y penetro en un vestíbulo elegante y cómodo, con flores y alfombras por todas partes. En la escalera estaban colocadas media docena de camareras bávaras que acudieron al oír mi campañillazo, con aquel nada gracioso aspecto de pájaros sin alas que tienen todas las mujeres del lado allá del Rhin.

Pregunto: *¿Ambassad Frantzosiche?* Me lo hacen repetir dos veces y héte aquí que se echan á reír, pero á reír haciendo retemblar la baranda con sus sacudidas. Me vuelvo furioso hacia mi cochero, y trato de hacerle comprender á fuerza de gestos que se ha equivocado, que la embajada no está allí. *Ya, ya...*— contesta el hombrecillo, sin inmutarse— y regresamos á Munich.

Preciso es creer que nuestro embajador de por entonces cambiaba á menudo de domicilio, ó bien que por no alterar mi cochero las costumbres de su droschken, se le había puesto en la mollera hacerme visitar, que quieras que no, la ciudad y sus alrededores. Lo cierto es que transcurrió toda la mañana en

recorrer Munich en todos sentidos, en busca de aquella fantástica embajada. Después de otras dos ó tres tentativas, acabé por no apearme ya del coche. El cochero iba y venía, parábase en ciertas calles y hacía como que se informaba. Me dejé conducir, y ya no me ocupé sino en mirar en mi derredor... ¡Qué ciudad más aburrida y fría ese Munich, con sus grandes paseos, sus alineados palacios, sus calles demasiado anchas y donde resueñan los pasos, su museo al aire libre de celebridades bávaras tan muertas dentro de sus estatuas blancas!

¡Qué de columnatas, de arcos, de frescos, de obeliscos, de templos griegos, de propíleos, de dísticos en letras de oro sobre los frontones! Todo esto se esfuerza por parecer grandioso; pero parece como que siente el vacío y el énfasis de aquella aparente grandeza, al ver en todos los confines de las avenidas los arcos triunfales por donde sólo pasa el horizonte, los pórticos abiertos sobre el espacio azul. Así me represento esas ciudades imaginarias, mezcla de Italia y de Alemania, por donde Musset hace pasearse el incurable tedio de su *Fantasio* y la peluca solemne y necia del príncipe de Mantua.

Esta carrera en droschken duró cinco ó seis horas, al cabo de las cuales el cochero me volvió á con-

ducir triunfalmente al patio de la *Grappe-Bleue*, haciendo restallar su látigo, orgullosísimo de haberme enseñado Munich. En cuanto á la embajada, acabé por descubrirla dos calles más allá de mi fonda; pero esto de nada me sirvió. El canciller no quiso darme pasaporte para Wurtzburgo. Según parece, en aquel momento éramos muy mal vistos en Baviera: un francés no hubiera podido aventurarse sin peligro hasta los puestos avanzados. Así, pues, tuve que aguardar en Munich que la señora de Sieboldt encontrase ocasión de hacer llegar á mis manos la tragedia japonesa...

IV

El país de lo azul.

¡Cosa rara! Esos buenos bávaros, que tanto nos vituperaban por no haber tomado parte en pro de ellos en esa guerra, no sentían la más mínima animosidad contra los prusianos. Ni vergüenza por las derrotas, ni odio al vencedor. «¡Son los primeros soldados del mundo!...» me decía con cierto orgullo el fondista de la *Grappe-Bleue*, al día siguiente de la batalla de Kissingen; y ese era el sentir general en Munich. En los cafés arrancábanse de las manos los periódicos

de Berlín. Se reían hasta desternillarse con las cuchufletas del *Klad-deradatsch*, esas burdas chacotas berlinesas tan pesadas como el famoso martillo-pilón de la fábrica de Krupp, de cincuenta mil kilogramos de peso. No cabiendo dudas á nadie acerca de la próxima entrada de los prusianos, cada cual se disponía á recibirlos bien. Las cervecerías almacenaban provisión abundante de salchichas y de cochinitos de leche. En las casas particulares preparaban alojamientos de oficiales...

Los museos eran los únicos que manifestaban alguna inquietud. Un día, al entrar en la Pinacoteca, encontré desnudas las paredes, y á los celadores clavando grandes cajones llenos de cuadros prontos á partir hacia el Sur. Temíase que el vencedor, muy escrupuloso respecto á la propiedad particular, no lo fuese tanto con las colecciones del Estado. Por eso, de todos los museos de la ciudad, sólo continuaba abierto el del Sr. de Sieboldt. En su calidad de oficial holandés y condecorado con la cruz del Aguila de Prusia, pensaba el coronel que nadie se atrevería á tocar su colección en presencia suya. Y mientras esperaba la llegada de los prusianos, no hacía más que pasearse con su uniforme de gala á través de los tres largos salones que el rey le había

concedido en el jardín de la corte, especie de Palais-Royal más verde y triste que el nuestro, rodeado de claustrales muros pintados al fresco.

Esas curiosidades expuestas con rotulatas en ese gran palacio tétrico constituían, en efecto, un museo, conjunto melancólico de cosas venidas de muy lejos, separadas de su medio ambiente. El mismo veterano Sieboldt parecía por su aspecto formar parte de él. Todos los días iba yo á verle, y pasábamos juntos largas horas hojeando esos manuscritos japoneses adornados con láminas, esos libros científicos ó históricos, unos tan inmensos que era preciso ponerlos en el suelo para abrirlos, otros tan largos como una uña, solamente legibles con un cristal de aumento, dorados, finos, preciosos. El Sr. de Sieboldt me hacía admirar su enciclopedia japonesa en noventa y dos tomos, ó me traducía una oda del *Hiah-nin*, maravillosa obra publicada bajo los auspicios de los emperadores japoneses, y donde se encuentran las vidas, los retratos y fragmentos líricos de los cien poetas más famosos del Imperio. Después colocábamos en orden su colección de armas, los cascos de oro con anchas carrilleras, las corazas, las cotas de mallas, y esos grandes sables de mandoble que requieren su caballero templario y con los cuales se abre tan bien el vientre.

Me explicaba las divisas de amor pintadas sobre las áureas conchas, me introducía en los hogares domésticos japoneses enseñándome el modelo de su casa en Yeddo, una miniatura de laca donde todo estaba representado, desde las cortinillas de seda de las ventanas hasta las grutas artificiales de rocalla del jardín, un jardinillo liliputiense adornado con plantas enanas de la flora indígena. Lo que también me interesaba mucho era el ver los objetos del culto japonés, sus pequeños dioses de madera pintada, las casullas, los vasos sagrados y esas capillas portátiles, verdaderos teatros de muñecas, que cada uno de los fieles tiene en un rincón de su casa. Los pequeños ídolos rojos están alineados en el fondo; hacia delante cuelga una cuerdecita con nudos. Antes de comenzar el japonés su plegaria, se inclina y toca con este cordón un timbre que brilla al pié del altar, llamando así la atención de sus dioses. Tenía yo un placer infantil en hacer sonar estos timbres mágicos y en dejar que mis ensueños volasen en alas de esas ondas sonoras hasta el fondo de esas Asias de Oriente donde el sol que nace parece haberlo dorado todo, desde las hojas de sus grandes sables hasta los cantos de sus pequeños libros...

Las calles de Munich me produ-

cían singular efecto al salir de allí con los ojos deslumbrados por todos esos reflejos de laca y jade, por los chillones colores de los mapas geográficos, sobre todo los días en que el coronel me había leído una de aquellas odas japonesas de una poesía casta, distinguida, tan original y profunda. El Japón y Baviera, estos dos países nuevos para mí, que conocía casi al mismo tiempo, viendo cada uno al través del otro, se mezclaban y confundían dentro de mi cabeza, convertidos en una especie de paisaje vago, en el país de lo azul... Aquella línea azulada de los viajes que acababa de ver representando en las tazas japonesa los rasgos de las nubes y el boceto de las aguas, acababa de encontrarla en los azulados frescos de los muros... ¡Y esos soldados azules que hacían el ejercicio en las plazas, con sus cascos japoneses; y ese cielo despejado y tranquilo, azul como la flor del *Vergiss-mein-nicht*; y ese cochero azul, que me llevaba á la fonda de la *Grappe-Bleue*!

V

Paseo sobre el Starnberg.

Y también era propio del país azul ese lago centelleante, que espejea en el fondo de mi memoria.

Nada más que con escribir ese nombre de Starnberg, he visto de nuevo cerca de Munich la gran sábana de agua, tersa, llena de cielo, familiar y viva por el humo de un vaporcillo que costeaba sus orillas. Alrededor suyo, las oscuras masas de los grandes parques, separadas de sitio en sitio y como rotas por la blancura de las casas de campo. Más arriba villorrios con los aleros apiñados, nidos de casas puestos encima de los ribazos escarpados; más arriba aún las montañas del Tirol, lejanas, del color del aire en que flotan, y en un rinconcito de ese cuadro un poco clásico, pero tan encantador, el viejo, viejísimo batelero, con sus largas polainas y su chaleco rojo con botones de plata, quien me paseó un domingo entero y parecía tan orgulloso de llevar un francés en su barca.

No era la primera vez que tenía semejante honor. Acordábase muy bien de haber hecho pasar en su juventud el Starnberg á un oficial. Hacía de esto sesenta años, y por el respetuoso modo con que me hablaba el buen hombre, comprendí la impresión que debió de hacerle aquel francés de 1806, algún lindo Oswaldo del primer imperio, con su pantalón colán, sus botas con arrugas en la caña, un gigantesco *schapska* é insolencias de vencedor... Si el barquero del Starnberg

vive aún, dudo que profese tanta admiración á los franceses.

Los ciudadanos de Munich pasean sus alegrías del domingo sobre ese hermoso lago y dentro de los abiertos parques de las residencias que lo rodean. La guerra no había alterado esta costumbre. El día que yo pasé en él, al borde del agua, estaban llenos de gente los merenderos; gordas señoras sentadas en corro ahuecaban sus faldas sobre las praderas. Por entre las ramas que se cruzan sobre el lago azul, pasaban grupos de «Gretchen» y de estudiantes, envueltos en una aureola de humo de las pipas. Un poco más lejos, en un claro del parque Maximiliano, una boda de campesinos, estrepitosa y vistosa, bebía delante de largas tablas colocadas en banquillos; mientras que un guarda de monte, con traje verde y escopeta en mano, en la actitud de un hombre que dispara, enseñaba el manejo de ese maravilloso fusil de aguja de que con tanto éxito se servían los prusianos. Necesitaba yo verlo, para acordarme de que se batallaba á pocas leguas de nosotros. Y, sin embargo, era de creer que se combatía, puesto que aquella misma noche, al regresar á Munich, vi en una plazuela, abrigada y recogida como una capilla de iglesia, cirios ardiendo en torno de una *Marion-Saule*, y mu-

jerer arrodilladas, cuyos largos sollozos interrumpían las plegarias.

VI

La Bavaria.

A pesar de todo cuanto se ha escrito desde algunos años ha sobre la patriotería francesa, nuestras necedades patrióticas, nuestras vanidades y nuestras fanfarronadas, no creo que haya en Europa un pueblo más jactancioso, más vano, más infatuado consigo mismo que el pueblo de Baviera. Su pequeñísima historia, diez páginas sueltas de la historia de Alemania, se ostenta en las calles de Munich, gigantesca, desproporcionada, toda en pinturas y en monumentos, como uno de esos libros de aguinaldo que se regalan á los niños: poco texto y muchas estampas. En París no tenemos más que un arco de triunfo. Allá tienen diez, el pórtico de las Victorias, el pórtico de los Mariscales, y qué sé yo cuántos obeliscos erigidos «*Al valor heroico de los guerreros bávaros*».

Conviene ser grande hombre en este país; se está seguro de tener grabado su nombre por todas partes en mármoles y bronces, y, á lo menos una vez, su estatua en medio de una plaza ó en lo alto de al-

gún friso entre victorias de mármol blanco. Esa chifladura por las estatuas, las apoteosis y los monumentos conmemorativos, llega hasta tal punto entre estas buenas gentes, que en las esquinas de las calles tienen puestos pedestales vacíos, preparados para los desconocidos grandes hombres del mañana. En este momento deben de hallarse ocupados ya todos ellos. ¡Les ha suministrado la guerra de 1870 tantos héroes, tantos episodios gloriosos!...

Me gusta figurarme, por ejemplo, al ilustre general *von der Than* ligero de ropas (á la antigua), en medio de un verde jardinillo, con un hermoso pedestal adornado con bajo-relieves representando por un lado los *Guerreros bávaros incendiando la aldea de Bareilles* y por el otro los *Guerreros bávaros asesinando heridos franceses en la ambulancia de Wæerth*. ¡Qué espléndido monumento debe constituir!

No satisfechos con tener desparrramados de esta suerte por la ciudad sus grandes hombres, los bávaros los han reunido en un templo situado á las puertas de Munich, y al cual denominan la *Ruhmeshalle* (la sala de la gloria). Bajo un amplio pórtico con columnas de mármol que dan vuelta formando tres lados de un cuadrado, están puestos en repisas los bustos de los elec-

tores, de los reyes, de los generales, de los jurisconsultos, etc... (El catálogo se vende en la portería.)

Algo delante yérguese una estatua colosal, una *Bavaria* de noventa y dos piés de altura, enhiesta sobre el último rellano de una de esas grandes escalinatas tan tristes que ascienden al descubierto entre el verde follaje de los jardines públicos. Con su piel de león al hombro, su espada en una mano, y en la otra la corona de la gloria (¡siempre la gloria!), cuando vi aquella inmensa mole de bronce, al fin de uno de esos días de Agosto en que las sombras se alargan de un modo desmedido, llenaba la silenciosa llanura con su actitud enfática. Entorno de ella, á lo largo de la columnata, los perfiles de los hombres célebres hacían guiños al sol poniente. ¡Y todo aquello tan desierto, tan tétrico! Al oír resonar mis pasos sobre las losas, encontraba otra vez aquella impresión de grandeza en el vacío que me perseguía desde mi llegada á Munich.

Una escalerilla de fundición sube dando vueltas por el interior de la *Bavaria*. Tuve el capricho de subir hasta lo más alto y sentarme un momento dentro de la cabeza del coloso, un saloncito redondo iluminado por dos ventanas, que son los ojos. A pesar de esos ojos abiertos

en dirección al horizonte azul de los Alpes, hacía mucho calor allá dentro. El bronce, caldeado por el sol, me envolvía en un calor pesadísimo. Me vi obligado á bajar más que á escape... Pero, lo mismo da. Eso me había bastado para conocerle, ¡oh gran *Bavaria* finchada y sonora! Había visto tu pecho sin corazón, tus rollizos brazos de cantante inflados y sin músculos, tu espada de metal repujado, y sentido dentro de tu hueca cabeza la embriaguez pesada y el aplanamiento cerebral de un bebedor de cerveza... ¡Y decir que, al embarcarnos en esa insensata guerra de 1870, habían contado contigo nuestros diplomáticos! ¡Ah, si se hubiesen tomado también ellos el trabajo de subir por dentro de la *Bavaria*!

VII

¡El emperador ciego!

Diez días llevaba yo en Munich, y aún no tenía noticia alguna de mi tragedia japonesa. Comenzaba á desesperar de lograrla, cuando una noche, en el jardín de la cervecería donde acostumbrábamos á comer, vi llegar á mi coronel con la cara radiante.

—¡La tengo en mi poder!—me dijo;—venid mañana por la mañana al museo... La leeremos juntos. ¡Ya veréis que magnífica es!

Aquella noche estaba muy animado. Sus ojos relucían al hablar. Declamaba en alta voz pasajes de la tragedia, pretendía cantar los coros. Dos ó tres veces vióse obligada su sobrina á hacerle callar: «¡Tío... tío!» Atribuía yo aquella fiebre, aquella exaltación á un puro entusiasmo lírico. En efecto, me parecían bellísimos los fragmentos que me recitaba, y sentía prisa por tomar posesión de mi obra maestra.

Al siguiente día, cuando llegué al jardín de la corte, quedé muy sorprendido de hallar cerrada la sala de las colecciones. La ausencia del museo era tan extraordinaria en el coronel, que corrí á su domicilio con una vaga inquietud. La calle en que vivía, una calle de arrabal apacible y corta, con jardines y casitas bajas, me pareció más agitada que de costumbre.

Había corrillos hablando delante de las puertas. La de la casa de Sieboldt estaba cerrada, pero las persianas no.

Entraban y salían gentes con aspecto de tristeza. Presentíase allí una de esas catástrofes demasiado grandes para caber dentro del hogar, y que se desbordan hasta la calle... Al llegar oí gemidos sollo-

zantes. Salían del fondo de un pequeño corredor, de dentro de una gran estancia atestada y clara como una sala de estudios. Había allí una larga mesa de madera blanca, libros, manuscritos, anaqueles con colecciones, álbums encuadernados en brocado de seda; en la pared, armas japonesas, estampas, grandes mapas geográficos, y entre ese desorden de viajes y de estudios, el coronel extendido encima de su cama, con sus largas barbas rectas sobre su pecho, y la pobrecilla «Tío» llorando arrodillada en un rincón.

El Sr. de Sieboldt había muerto de repente por la noche.

Salí de Munich aquella misma tarde, sin tener ánimos para perturbar toda aquella desolación nada más que por un antojo literario; y así fué como de la maravillosa tragedia japonesa nunca llegué á saber sino el título: *¡El Emperador ciego!*... Después hemos visto representar otra tragedia, á la cual hubiera venido de perillas este título traído de Alemania: tragedia siniestra, preñada de lágrimas y sangre, y que no era japonesa.

ALFONSO DAUDET.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX

(*Conclusión.*)

Hay un gran egoísta que nos engaña: la naturaleza ó Dios: esta es la idea fija que vuelve sin cesar, que oprime el espíritu del autor y llena su libro de la más lúgubre poesía. Las manio- bras de un poder oculto, la malicia que emplea para llegar á sus fines valiéndose de nosotros, á nuestro pesar y contra nosotros mismos, forman el gran drama que se representa en el mundo, y en que somos los actores y las víctimas. Siempre es ese poder sin nombre, que engaña á los individuos, por un interés que les es extraño, en lo que se refiere á sus instintos, á la generación, al mismo amor: «Todo deseo es una ilusión, pero las cosas están dispuestas de modo que no se ve la sinrazón del deseo hasta que se ha cumplido... Nunca alcanzamos un objeto deseado sin reconocer en seguida su suprema vanidad. No ha fallado esta regla una sola vez desde el principio del mundo. Pero los que lo saben lo desean, sin embargo, y aunque el eclesiástico predique eternamente su filosofía de castidad y todo el mundo le dé la razón, todo el mundo deseará.» Estamos explotados, esa es la última palabra del libro. «Algo se organiza contra nosotros; somos el juguete de un egoísmo superior... El anzuelo es evidente, y, sin embargo, le muerden y le morderán siempre.» Unas veces es el placer, cuyo equivalente hay que pagar en dolor, «otras es la visión de quiméricos paraísos, cuyo parecido no encontramos nunca en el mundo, ó es esa de decepción suprema de la virtud que nos hace sacrificar á un fin extraño á nosotros nuestros más sagrados intereses».

¡La virtud una decepción! No era de esperar ese concepto de un filósofo que en el naufragio universal de las ideas metafísicas, á pesar del oleaje y del huracán, había mantenido con mano tan firme, como en una arca santa, la idea del deber. El imperativo categórico sufriría la suerte de los principios de la razón pura, y el privilegio de mandar á la voluntad en vez de mandar á la razón, que á los ojos de Kant y de sus

discípulos debía salvarle del escepticismo, ese privilegio sería la última ilusión que habría que destruir. Una crítica más penetrante y más sutil quita la máscara que se coloca la naturaleza al obrar sobre nosotros: «Tiene evidentemente interés en que el individuo sea virtuoso... Esto es un engaño bajo el punto de vista personal, porque el individuo no saca ningún provecho de su virtud: pero la naturaleza necesita la virtud de sus individuos... Estamos engañados sabiamente para el fin trascendental que se propone el universo, que es infinitamente superior á nosotros.» De modo que el mismo deber es uno de los engaños del tirano que nos hace servir á sus fines, que nos son ajenos y desconocidos; pero por una extraña é inesperada consecuencia, crea el escepticismo especulativo, al extenderse en la esfera moral, un tipo nuevo de la virtud, una virtud más hermosa que la de Kant, más desinteresada que la suya, á pesar de que el gran moralista se niega á reconocer la virtud, cuando á ella se mezcla algún elemento extraño al deber. Aquí se trata de una virtud heroica, porque el sacrificio de la persona á un fin desconocido no es, como en Kant, la moralidad del hombre, sino una cosa de la cual no tenemos idea; una virtud caballescaca, puesto que se mantiene por el sentimiento del humor, y se tributa á un objeto absurdo en sí. Es preferible ser virtuoso sabiendo que se está engañado. Por este rasgo característico se distingue de Kant el autor de los *Diálogos*; éste re-

conoce claramente que la moralidad, que lo era todo á los ojos de Kant, no es nada para el hombre, no es más que un medio de que se vale la naturaleza para un fin que desconocemos y que nada tiene que ver con nosotros. En esto se distingue también de Schopenhauer, que ha penetrado y puesto á luz las intrigas de la naturaleza, pero que á causa de ello se niega á someterse. «Yo me resigno—dice Filatethe—no hago como Schopenhauer. De este modo la moral se reduce á la sumisión. La inmoralidad es la rebelión contra un estado de cosas en que se ve el engaño manifiesto. Es preciso destruirla y al mismo tiempo someterse á ella.»

¿Y por qué someterse? No comprendo cómo se puede seguir obedeciendo á órdenes cuya farsa se conoce, cuando basta un acto de voluntad para rebelarse contra ellas. Es un heroísmo de sumisión superior á mis fuerzas y á mi entendimiento. A mi modo de ver tiene razón Schopenhauer en atacar esta caballescaca que se admira con motivo cuando es la del ideal, pero que deja de admirarse cuando se sacrifica á ese orden de un tirano que los engaña. El pensamiento que nos ha robado la ilusión, nos ha libertado del deber. Schopenhauer hace bien en hablarnos de la rebelión, si nos engañan. No queremos ley intelectual ni moral que nos pueda imponer el sacrificio para un fin que no se relaciona de ningún modo con nosotros. No existe el deber sino cuando se cree en él; no creyendo, pensando que el deber es un engaño, cesa toda obligación. Si es verdad, como se nos

dice, que el hombre, por el progreso de la reflexión, pone en claro todas las far-
sas que se llaman religión, amor, bien,
verdad, el día en que la crítica ha ma-
tado estos engaños de la naturaleza, ha
prestado un servicio inmenso á la hu-
manidad: la religión, el amor, el bien,
la verdad, todas estas cadenas invisibles
que nos ligaban han caído; no he-
mos de imponérselas de nuevo para
dar gusto «á un gran egoísta que nos
engaña.» Se han burlado de nosotros y
ya no se burlarán; el hombre es libre,
y si quiere emplear, como Schopen-
hauer, su libertad reconquistada en des-
truir al maligno encantador que nos
tenía encadenados, debemos bendecir-
le por su intención. Y si quiere pronun-
ciar las mágicas palabras que Scho-
penhauer le enseña y que deben poner
fin á esta triste fantasmagoría; si pre-
tende sujetar la voluntad que ha des-
plegado su poder bajo la forma del uni-
verso y obligarla á replegarse en sí
misma, á volver á la nada, ¡gloria al
hombre que haya destruido con la crí-
tica las ilusiones y que con valor haya
agotado la fuente del veneno! ¡Gloria
á él por no haber hecho voluntariamen-
te el papel del eterno juguete del uni-
verso! Todo esto es lógico, desde el
momento en que soltamos la última
amarra que nos retiene á ese «mar in-
finito de ilusiones», y esta amarra úl-
tima es el deber, sujeto á su vez á lo
absoluto.

Esperemos que esto no sea más que
una crisis momentánea en la historia
del espíritu francés y en la historia del
espíritu brillante que ha parecido pa-

decerla un día. Lo que nos hace pensar
que esta esperanza no es vana, es que
el autor marca una fecha precisa á sus
sueños, y que esa fecha, asociada á los
más tristes recuerdos, es una revela-
ción del estado moral en que fueron
escritos esos diálogos. En los primeros
días de Mayo de 1871, se paseaban Eu-
tyfron, Eudoxe y Filalethe, y entriste-
cidos por las desgracias de su patria,
conversaban en uno de los sitios más
recónditos del parque de Versailles. Era
después de la guerra extranjera y du-
rante la guerra civil; esto explica lo
demás. París era víctima de tales lo-
curas, que comprendo que despertasen
ciertas ideas pesimistas. Versailles es-
taba tranquilo, pero guardaba el recien-
te y amargo recuerdo del largo tiempo
que lo habían habitado los vencedores:
los pesimistas de casco de Bismarck.
Flotaba aun en el aire el contagio, y
Filalethe se sintió atacado. Pero cuan-
do publicó el libro parecía que se repo-
nía de la indisposición que padeció al
escribirlo. En él promete, por medio de
una nota, que publicará pronto un en-
sayo, compuesto en otra época y bajo
influencias diferentes, más consola-
dor—añade—que este libro. A los lecto-
res que pudiesen conmoverse demasia-
do por sus cuadros desconsoladores, les
cuenta en el prefacio una anécdota sin-
gular, que nos ofrece como un antídoto
infalible; si alguno se entristeciese con
exceso con la lectura de ese libro, ha-
bría que decirle lo que dijo aquel cura
que hizo llorar demasiado á sus feli-
greses al predicarles la pasión: «Hijos
míos, no lloréis tanto; hace mucho

tiempo que ha ocurrido todo esto, y además puede que no sea cierto.»

Sospecho que si se ha dicho eso en el púlpito, ha sido en Meudon, cuando oficiaba Rabelais, ó en Ferney, en el famoso día en que el «buen cura» Voltaire predicó en la iglesia.

Sea de ello lo que fuere, basta que la figura de Voltaire aparezca en el prefacio de los *Diálogos*, para que sea inofensiva la sombría visión del libro, y no inquiete al lector sino como una fantasía de artista. La sonrisa del autor ha matado al monstruo, el pesimismo no es más que una pesadilla. Con todo ocurre, generalmente, lo propio en Francia, en que no han tenido éxito la filosofía ni la literatura de las pesadillas. Los cuentos fantásticos de Hoffmann no han podido aclimatarse bajo nuestro cielo y en nuestra lengua; Schopenhauer y Hartmann no serán entre nosotros más que objetos de curiosidad.

Volvamos al pesimismo alemán, examinémoslo en su verdadera patria de adopción, donde ha florecido en nuestros días como si encontrase un clima propicio y una cultura conveniente.

Hemos visto que Leopardi resume con rara sagacidad casi todos los argumentos de experiencia propiamente dicha, y de los cuales es la teoría de la *infelicità* un programa anticipado. Este poeta enfermo llevaba sobre sí, y describía de un modo apasionado, la extraña enfermedad que había de apoderarse de parte del siglo XIX. El pesimismo está en el estado de experiencia en Leopardi; en Schopenhauer y en

Hartmann está en estado de razonamiento. ¿Cuáles son las pruebas de análisis y de teoría expuestas por ambos en la demostración del dolor universal? Nos reduciremos lo más que podamos en las tesis que merezcan ser examinadas con alguna atención, dejando de propósito la metafísica, de la que se proponen que dependan, porque en el fondo no es más que un conjunto de construcciones arbitrarias y personales. Añadiré que no hay realmente ningún enlace lógico entre las teorías especulativas y la doctrina moral que les es anexa. Podría quitarse toda la moral del pesimismo de esas dos obras, *El mundo como voluntad y representación* ó *La filosofía del inconsciente*, sin disminuir un átomo su valor especulativo. Son concepciones *à priori*, más ó menos bien enlazadas, sobre el principio del mundo, sobre el Uno-Todo y sobre el orden de evoluciones en que se manifiesta; pero es muy difícil ver por qué la consecuencia de esas evoluciones es necesariamente el mal absoluto de la existencia, por qué el querer vivir es al mismo tiempo el atractivo irresistible del primer principio y la más patente sinrazón. Esto no se ha explicado jamás, es el eterno postulado del pesimismo.

Basta citar un ejemplo. ¿En qué se fundan las conclusiones pesimistas de la *filosofía del inconsciente*? ¿En qué medida dependen de las especulaciones metafísicas que llenan la mayor parte de la obra? ¿Qué enlace puede concebirse entre esta filosofía de la nada y la profunda teoría de la finali-

dad universal, que constituye el interés y el atractivo de la gran obra de Hartmann? En otros términos, ¿cuál es el principio metafísico del mal, según esta nueva filosofía? Sólo con esfuerzos complicadísimos llega Hartmann á esa concepción del nacimiento del universo por el golpe de una trágica fatalidad y por su lenta evolución hacia el conocimiento del mal á que ha sido condenado al nacer. En este asunto limitado puede apreciarse la fecundidad original de esas imaginaciones que pretenden imponerse á todos en nombre de una fantasía muy ingeniosa, que juega con las cosas, con las ideas y con las palabras, inventando principios y seres, según le conviene, y creando para su uso una especie de mitología.

Hartmann ha comprendido que la teoría del *Monismo* era lógicamente incompatible con la existencia del mal absoluto. El mal en sí es una contradicción en la doctrina de la unidad, y para que se produzca una contradicción de ese género, se necesita la presencia de dos principios. En ese sentido ha corregido Hartmann el monismo de su maestro Schopenhauer, y aunque pretende que sigue profesando la teoría de la unidad, veremos con qué resolución introduce el dualismo en el seno del Todo-Uno. Su filosofía se resuelve en una especie de maniqueísmo que nos muestra la oposición fundamental entre la voluntad de Schopenhauer y la idea de Hegel, reunidas al menos si no reconciliadas. Nada más romántico que el juego alternativo de

estos dos principios antagonistas y contemporáneos en el seno del mismo principio que los ha producido y que los contiene. Toda esta metafísica es una verdadera caja mágica, gracias al doble fondo que encierra: en uno de ellos está la voluntad, la voluntad que explica el ser, el deseo de la felicidad, el instinto de vivir; en el otro está la idea, que no explica el hecho de la existencia, sino el concepto del mundo, su esencia, y trata de organizarlo de la manera más sabia y mejor posible, aunque el hecho sólo de su existencia le haya condenado á la más absoluta desgracia. De este modo se concilia, si las palabras bastan para conciliar las cosas, el optimismo más inesperado con el más desesperado pesimismo. La idea que representa á la razón soberanamente sabia, se esfuerza en sacar el mejor partido posible de la locura de la existencia, que sin consultarla le ha sido impuesta por el principio ciego: la voluntad. De ahí nace una lucha titánica que sólo acabará, cuando acabe el mundo, entre los dos principios: en el terreno de la idea domina la lógica, la razón; la voluntad por su parte es tan extraña á la razón como lo es ésta al deseo ciego é irracional del ser á la vida. Por eso debe esperarse que la idea, en cuanto haya conquistado el grado necesario de independencia, condene el principio irracional que descubra en la voluntad, y se esfuerce en aniquilarla.

Pero la idea inconsciente no tiene por sí misma ningún poder sobre la voluntad; no puede oponerle ninguna

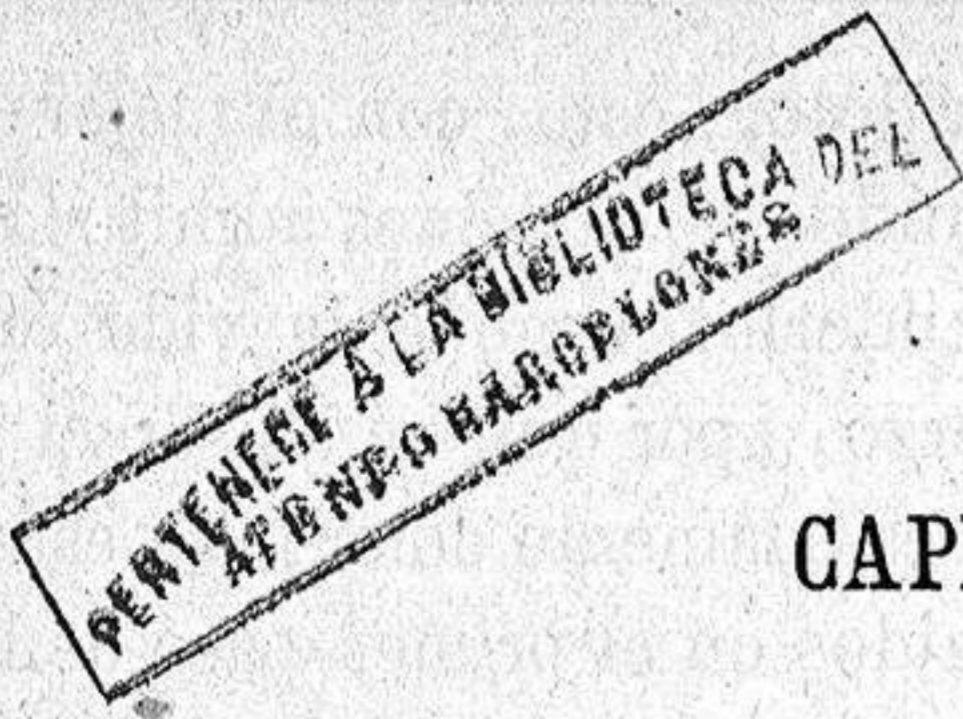
fuerza propia, se ve obligada á recurrir al ardid. Consigue que la voluntad cree por medio del individuo una fuerza independiente, capaz de oponerse á la voluntad, y de este modo comienza el conflicto trágico, cuyo desenlace necesario sólo puede consistir en llevar á la voluntad, esclareciéndola, al anulación. Esta es la obra de la conciencia, que debe destruir sucesivamente todas las ilusiones del instinto, y quitar la máscara de la sinrazón del deseo de vivir, demostrar la impotencia de los fuerzos de la voluntad para alcanzar el bien positivo, reducirla poco á poco á esta convicción: de que todo deseo conduce á la desgracia, y que sólo el renunciar á la felicidad conduce al mejor estado que puede alcanzarse, que es la ausencia de toda sensación.

No puede dudarse, pues, que el *Inconsciente*, ó, mejor dicho, el *Sobre-consciente*, en su ciencia absoluta que abraza á un tiempo los fines y los medios, ha creado la conciencia para libertar á la voluntad de su ciego deseo del cual no podría librarse por sí sola. El fin del proceso universal será la realización de la mayor felicidad posible, que sólo consiste en dejar de existir.

¿Debe tomarse en serio ese personaje fantástico del *Inconsciente*, dotado de sabiduría y de razón, pero sin conciencia, obligado á engañar á una parte de sí mismo, creando al individuo y á la conciencia, que debe con el tiempo libertarle? Hubiera valido más que el

primer principio, adivinando con su intuición absoluta la desgracia y la sinrazón de la vida, no molestase su reposo y no crease nada, y no que se entretenga en crear una á una las lentas evoluciones que traen la liberación, á menos que el todo haya sido tiranizado por la voluntad, que no es más que parte de él mismo, ó que haya sufrido una retracción que no se comprende absolutamente.

¡Cuántos misterios y cuántas complicaciones! Esta formidable y detallada teoría se parece á un aparato gigantesco, movido penosamente por multitud de pesos y contrapesos, de rodajes y de muelles, que se han creado para vencer todas las dificultades que se presenten, que se emplean en las grandes circunstancias, que se detienen en los tiempos normales, y que se olvidan por la costumbre de vivir; tan extraño y tan complicado es el sistema. Hartmann representa á un tramoyista de ópera, que pone en escena una magia gigantesca y pesada, llena de abstracciones dramáticas. Falta todavía el acompañamiento necesario, que nos procurará, sin duda, la música del porvenir; yo espero que Wagner, el compositor predestinado del pesimismo, halle un día asunto para una ópera en el drama del *Inconsciente*, y lo traduzca en lúgubres sinfonías, dignas del mundo que va á nacer y á desarrollarse ante nosotros con tan trágica historia.



CAPÍTULO IV

LOS ARGUMENTOS DE SCHOPENHAUER CONTRA LA VIDA HUMANA.—LA IDENTIDAD DE LA VOLUNTAD Y DEL DOLOR, LA TEORÍA DE LOS PLACERES NEGATIVOS Y EL MAQUIAVELISMO DE LA NATURALEZA.

Abandonemos esta metafísica del sueño; abordemos directamente los argumentos que han impresionado tanto á las imaginaciones alemanas, y con los cuales pretenden Schopenhauer y Hartmann demostrar la verdad del antiguo pensamiento de Cakya-Mouni: «el mal es la existencia». Evitaremos con cuidado lo que toque á la esencia del mundo, la cuestión teológica y trascendental de saber si el universo es en sí bueno ó malo, y si hubiera valido más que no existiese. Nos limitaremos á la vida humana. Yo opino que los argumentos del pesimismo, despojados de la gruesa armadura que los cubre y de los accesorios inútiles que arrastran tras de sí, pueden reducirse á tres: una teoría psicológica de la voluntad, la concepción de un poder burlón que envuelve á todo ser viviente, y especialmente al hombre, de ilusiones contrarias á su felicidad, y, por fin, el balance de la vida que se liquida con un déficit enorme de placer y con una verdadera bancarrota de la naturaleza. Los dos primeros argumentos pertenecen del todo á Schopenhauer, el tercero ha sido desarrollado por Hartmann.

Todo es voluntad en la naturaleza y en el hombre; por eso tiene todo que sufrir; este es el axioma fundamental del pesimismo de Schopenhauer. La voluntad-principio es un deseo ciego é inconsciente de vivir, que despierta del fondo de la eternidad por un capricho extraño, se agita, determina lo posible á ser, conduce al ser á todos los grados de la existencia hasta llegar al hombre. Después de haberse desarrollado en la naturaleza inorgánica, en el reino vegetal y en el reino animal, llega la voluntad al hombre y á la conciencia. En este momento se completa la desgracia incurable, empezada ya en el animal con la sensibilidad. Ya existía el dolor, pero sentido y no conocido; en este grado superior se siente y se conoce el sufrimiento; el hombre comprende que la esencia de la voluntad es el esfuerzo, y que todo esfuerzo es dolor. Este descubrimiento robará al hombre su reposo, y al hacerle perder la ignorancia, le condenará á un suplicio que no hallará término más que en la muerte, llegada á su hora ó provocada por el cansancio de vivir. Vivir es querer, y querer es

sufrir; la vida es, pues, en su esencia un dolor. El esfuerzo nace de la necesidad; mientras no está satisfecha esa necesidad resulta de ella dolor, el esfuerzo se convierte en cansancio; cuando la necesidad está satisfecha, es ilusoria esa satisfacción, de tal modo es pasajera; resulta una nueva necesidad y un nuevo dolor. «La vida del hombre no es más que una lucha por la existencia, con la seguridad de ser vencido.»

De esta teoría de la voluntad, resultan dos consecuencias: la primera es que todo placer es negativo, sólo es positivo el dolor; la segunda es que cuanto más crece la inteligencia, es el ser más sensible al dolor; lo que el hombre llama en su locura el progreso, no es más que la conciencia más íntima y más penetrante de su propia miseria.

¿Qué debemos pensar de esa teoría? Todo reposa sobre la identidad ó la equivalencia de esos términos que juntos forman una especie de ecuación; voluntad, esfuerzo, necesidad, dolor. ¿Es la observación la que establece la recíproca dependencia de los diferentes términos de esta ecuación? Seguramente no; es un raciocinio abstracto y sistemático que no se comprueba por la experiencia. Consentimos, dando una latitud desmesurada al sentido ordinario de la palabra para permitirle que contenga un sistema, en que esas fórmulas elípticas, muy discutibles, porque devoran las dificultades con los problemas, demuestren que la vida sea toda voluntad, pero que toda voluntad

sea dolor; esto, con el mejor deseo del mundo, no podemos admitirlo ni comprenderlo. Aunque la vida sea un esfuerzo, ¿por qué ha de ser el esfuerzo necesariamente dolor? Ya estamos detenidos en el primer paso de la teoría. ¿Es cierto, después de todo, que todo esfuerzo nazca de una necesidad? Y si somos esencialmente una actividad, el esfuerzo que es la manifestación de esta actividad, el esfuerzo que es la fuerza en acción, en conformidad completa con nuestra naturaleza, ¿por qué ha de resolverse en pena?

Lejos de nacer de una necesidad, es el esfuerzo la primera necesidad de nuestro ser, y se satisface desarrollándose, lo cual es indudablemente un placer. Encontrará, sin duda, obstáculos, tendrá que luchar contra ellos, y con frecuencia será vencido. Ni la naturaleza ni la sociedad están en perfecta armonía con nuestras tendencias, y en los encuentros de nuestra actividad con el doble medio que la rodea, los fenómenos físicos y los fenómenos sociales, hay que confesar que predomina el conflicto. De ahí nacen muchas penas y muchos dolores, pero éstas son consecuencias y no hechos primitivos. El esfuerzo en sí, en un organismo sano, es una alegría; constituye el placer primitivo más puro y más sencillo: el de sentir la vida; él nos da ese sentimiento, y sin él no llegaríamos á distinguarnos de lo que nos rodea, no apercibiríamos nuestro propio ser, perdido en la inmensa y vaga armonía de los objetos que existen. Que haya cansancio por el abuso de la acti-

vidad que nos constituye, que haya dolor por el efecto natural de esta actividad contrariada, son cosas evidentes; pero ¿qué derecho hay para decirnos que la actividad es en su esencia un tormento? Y este es, sin embargo, el resumen de la psicología del pesimismo.

Un instinto irresistible conduce al hombre á la acción y por la acción al placer vislumbrado, á la felicidad esperada ó al deber que se impone. Este instinto irresistible es el instinto de la vida, la explica y la resume. Al mismo tiempo que desarrolla en nosotros el sentimiento del ser, mide el verdadero valor de la existencia. La escuela pesimista desconoce estas verdades elementales; repite en todos los tonos que la voluntad, en cuanto llega á conocerse, se maldice al comprender que es idéntica al dolor, y que el trabajo, al cual está el hombre condenado, es una de las más duras fatalidades que pesan sobre su existencia.

Sin exagerar las cosas en un sentido opuesto, sin desconocer el rigor de las leyes bajo las cuales se desarrolla la vida humana y la aspereza de los medios en que está reducida, ¿no podría oponerse á esta psicología fantástica un cuadro que formaría con ella armónico contraste, representando en él las alegrías puras de un grande y sostenido esfuerzo, venciendo obstáculos y dirigiéndose á un fin grande y noble, con una energía que se hiciese dueña de la naturaleza, domando la mala voluntad de los hombres, triunfando de las dificultades de la ciencia ó de las

resistencias del arte, del trabajo, en fin, el verdadero amigo, el verdadero consuelo, el que levanta al hombre de todos sus desfallecimientos, le purifica y le ennoblece, le salva de las tentaciones vulgares, le ayuda eficazmente á llevar su carga á través de las largas horas y de los tristes días, y ante el cual ceden por algunos momentos los más agudos dolores? En realidad el trabajo, cuando se han vencido los primeros cansancios y la primera repugnancia, es por sí mismo, y sin apreciar los resultados, uno de los más vivos placeres. Es desconocer su encanto y sus dulzuras, es calumniar á ese dueño de la vida humana que sólo es duro en apariencia, el tratarle como le tratan los pesimistas, como á un enemigo. Producir con la mano, contemplar la obra en el pensamiento, identificarse con ella, como decía Aristóteles, bien sea la mies del labrador, ó la casa del arquitecto, ó la estatua del escultor, ó un poema, ó un libro... Crear fuera de sí mismo una obra y dirigirla, poniendo en ella su propio esfuerzo y su huella, y verse de ese modo representado de una manera sensible, ¿no compensa esta alegría todas las penas que ha costado, el sudor vertido sobre los surcos de la tierra, las angustias del artista ansioso de perfección, el abatimiento del poeta, las meditaciones á veces tan penosas del pensador? El trabajo ha sido el más fuerte, la obra ha vivido, vive, lo ha compensado todo, y lo mismo que el esfuerzo contra el obstáculo exterior ha sido la primera alegría de la vida al despertar, que se

siente y se rehace contra sus límites, así el trabajo, que es el esfuerzo concentrado y dirigido, llegado á la plena posesión de sí mismo, es el más intenso de nuestros placeres, porque desarrolla en nosotros el sentimiento de nuestra personalidad que lucha con el obstáculo, y porque consagra nuestro triunfo parcial y momentáneo sobre la naturaleza. Ese es el esfuerzo, ese es el trabajo en su realidad.

Estamos en el corazón del pesimismo. Si está probado que la voluntad no es necesariamente y por su esencia idéntica al dolor; si, por el contrario, es evidente que el esfuerzo es el origen de los mayores placeres, no tiene el pesimismo razón de ser. Continuemos, sin embargo, el examen de las tesis secundarias que se agrupan alrededor de este argumento fundamental.

Todo placer es negativo, nos dice Schopenhauer, solo es positivo el dolor. El placer no es más que la suspensión del dolor, puesto que según la definición es la satisfacción de una necesidad y que toda necesidad se traduce por un dolor; pero esta satisfacción negativa tampoco dura, y empieza otra vez la necesidad con el dolor. Es el círculo eterno de las cosas, una necesidad, un esfuerzo que suspende momentáneamente la necesidad, pero crea otro dolor, el cansancio, después la reparación de la necesidad y de nuevo el dolor; el hombre se consume y se pasa la existencia deseando siempre la vida sin un motivo razonable, contra el propósito de la naturaleza que le hace la guerra, contra el deseo de la

sociedad que no la evita; siempre sufrir, siempre luchar, y morir después, esta es la vida; apenas ha comenzado cuando se acaba, sólo ha durado para el dolor.

Esta tesis del carácter puramente negativo del placer es un grado de paradoja en que Hartmann no ha seguido á Schopenhauer. Hace buen efecto el ver que los jefes del pesimismo se combaten entre ellos; así se tranquiliza la conciencia del crítico. Hartmann hace notar con mucho acierto que su maestro cae en la misma exageración en que cayó Leibnitz. El carácter exclusivamente negativo que Leibnitz atribuye al dolor, lo atribuye Schopenhauer al placer. Los dos se engañan de igual modo, aunque en sentido inverso. No negamos que el placer pueda resultar de la cesación ó de la disminución del dolor, pero opinamos que es además otra cosa. Hay muchos placeres que no tienen su origen en la suspensión de un dolor y que suceden inmediatamente al estado de completa indiferencia. «Los placeres del gusto, el placer sexual, en el sentido puramente físico é independientemente de su significación metafísica, los placeres del arte y de la ciencia, son sentimientos de placer que no tienen necesidad de ser precedidos por un dolor, ni de proceder de otro estado que el de la completa indiferencia ó perfecta insensibilidad.» Hartmann concluye así: «Schopenhauer se engaña en la característica fundamental del placer y del dolor; estos dos fenómenos sólo se distinguen como el positivo y el negativo en matemáticas;

puede escogerse indiferentemente para el uno ó para el otro los términos de positivo ó de negativo.» Quizá sería más exacto decir que el uno y el otro son estados positivos de la naturaleza sensible, que tienen en sí algo real y absoluto, que son actos, como decía Aristóteles, que ambos son expresiones igualmente legítimas de la actividad que nos constituye.

¿Hay más verdad en la otra proposición, de la cual hace Schopenhauer la prueba de su axioma fundamental, á saber: que cuanto más elevado es el ser más sufre, como resulta del principio de que toda vida es dolor? En un sistema nervioso perfeccionado en que está más acumulada la vida, más sentida por la conciencia, debe crecer el dolor en proporción. La lógica del sistema lo exige y Schopenhauer pretende que los hechos están de acuerdo con la lógica. En la planta no llega la voluntad á sentirse á sí misma, por eso no sufre la planta. La historia natural del dolor empieza con la vida que se siente; los infusorios y los radiados ya sufren; los insectos sufren más, y la sensibilidad dolorosa no hace más que crecer hasta el hombre; en el hombre mismo es muy variable esta sensibilidad, no llega á su más alto grado sino en las razas más civilizadas, y en esas razas en el hombre de genio. Como él es el que concentra en su sistema nervioso mayor cantidad de sensación y de pensamiento, ha adquirido, por decirlo así, más órganos para el dolor. Ahí se ve lo quimérico que es el progreso, puesto que á pesar de su nombre misterioso, no es

más que la acumulación, en el cerebro agrandado de la humanidad, de una cantidad mayor de vida, de pensamiento y de dolor.

No tenemos inconveniente en reconocer que algunos hechos de observación psicológica y fisiológica parecen dar la razón á esta tesis del pesimismo. No puede dudarse que el hombre sufre más que el animal, el animal que tiene sistema nervioso más que el que no lo tiene. Tampoco se puede dudar que al añadirse el pensamiento á la sensación aumenta el dolor. El hombre no sólo percibe como el animal la sensación dolorosa, sino que la eterniza con el recuerdo y la anticipa con la previsión, la multiplica de un modo incalculable con su imaginación; no sólo sufre como el animal con lo presente, sino que le atormenta lo pasado y lo porvenir: añádase á esto el inmenso contingente de penas morales, que son patrimonio del hombre, y que el animal apenas percibe y olvida en el acto. He ahí un estudio de fisiología comparada sobre el dolor, que concluye formalmente en el mismo sentido. «Es probable que haya, según los individuos, las razas y las especies, notables diferencias en la sensibilidad. Así sólo pueden explicarse las diferencias que presentan esos individuos, esas razas y esas especies en su manera de obrar contra el dolor.» Conviene decir algo sobre lo que se llama vulgarmente valor para sufrir. La diferencia en la manera de obrar contra el dolor físico, no depende tanto de un grado diferente de voluntad como de un grado diferente de sensibilidad;

el dolor puede ser diferente siendo idéntica le causa. Un médico de marina asegura que ha visto á negros que andaban sobre úlceras que tenían en los piés sin sentir dolor alguno, y los ha visto sufrir operaciones terribles sin gritar. No creamos que será por falta de valor por lo que grita un europeo durante una operación que un negro resistiría sin quejarse, sino porque sufriría diez veces más que el negro. Todo esto tiende á establecer que hay entre la inteligencia y el dolor una relación tan estrecha, que los animales más inteligentes son los que más capacidad tienen para sufrir. En las diferentes razas se observa exactamente la misma proporción. La ley parece ser esta: «El dolor es una función intelectual tanto más perfecta cuanto más desarrollada está la inteligencia.»

Parece que la tesis de Schopenhauer encuentra en esto una especie de confirmación. Hartmann se valdrá á menudo de este argumento y lo desarrollará en todas sus fases. La conclusión es siempre la misma: el hombre vulgar es más feliz que el hombre de genio, el animal más feliz que el hombre, y en la vida, el instante más feliz, el único feliz, es el sueño, el sueño profundo y sin ensueños, cuando no se siente la vida. Ya tenemos el ideal invertido. ¡Piénsese en el bienestar de un buey ó de un cerdo! ¡Recuérdese la felicidad proverbial del pez en el agua! Más envidiable aún que la vida del pez debe ser la de la ostra, y la de la planta es muy superior á la vida de la ostra. Descendemos poco á poco

del nivel de la conciencia y con ella desaparece el sufrimiento individual.

Esta conclusión lógica contiene lo que puede llamarse la refutación *ad absurdum* de la tesis pesimista. Llevada á sus últimas consecuencias, nos repugna esta tesis y nos sugiere una contestación muy sencilla. ¿Quién no ve que la ley de la vida formulada de este modo no es completa? Falta una parte esencial. Convengo en que crece con la inteligencia la facultad de sufrir; pero ¿puede dudarse que la capacidad para un orden nuevo de placeres negado á las naturalezas inferiores, se revela al mismo tiempo, y que los dos términos crecen exactamente en la misma proporción? Si la fisiología del placer estuviese tan adelantada como la del dolor, estoy seguro de que la ciencia positiva nos daría la razón, como ya lo ha hecho la observación moral.

La inteligencia ensancha la vida en todos los sentidos, esa es la verdad. El hombre de genio sufre más que el hombre vulgar, pero tiene placeres que están á la altura de su capacidad. Supongo que Newton al encontrar la fórmula exacta de la atracción, condensó en un solo momento más alegría que la que todos los obreros de Londres reunidos puedan sentir en un año entero, en sus tabernas, ante su pastel de liebre y su pale-ale. Pascal sufrió durante los treinta y nueve años de su vida estrecha y pobre. Pero la visión clara y distinta de los dos infinitos que nadie había notado hasta entonces con tan firme mirada en su misteriosa analogía y en su contraste, ¿no habrá lle-

nado á ese espíritu superior de una felicidad proporcionada á su grandeza, de una alegría cuya embriaguez dejase atrás á las alegrías vulgares y que compensase sus penas? ¿Quién no preferiría ser Shakespeare á ser Falstaff, ser Molière á ser un hombre vulgar lleno de dinero y de estupidez? Y no vaya á suponerse que en esta elección nos engañaría el instinto. Este no es más que la expresión de la razón; nos dice que vale más vivir como hombre que como cerdo, aunque se oponga Hartmann, porque el hombre piensa y el pensamiento, que es la fuente de todos los tormentos, es también la fuente de las alegrías ideales y de las contemplaciones divinas. El colmo de la desgracia no es el ser hombre, sino siendo hombre, despreciarse lo bastante para dolerse de no ser un animal. Yo no afirmo que este sentimiento no haya existido; puede ser la expresión grosera de una vida vulgar que quiere librarse de la pena de vivir, conservando la facultad de gozar, y en ese caso es el último grado del envilecimiento del hombre: ó bien es un grito de desesperación bajo el peso de un dolor demasiado fuerte, un desarreglo ó una sorpresa momentánea de la razón; de todos modos no es la expresión filosófica de un sistema. Una paradoja semejante, sostenida con sangre fría por los pesimistas, rebela la naturaleza humana que después de todo es, en esa materia, la única autoridad y el único juez. ¿A quién puede apelarse de semejante jurisdicción?

Se ha intentado, sin embargo. Scho-

penhauer ha comprendido que ese era el punto débil del sistema, y por eso se ha valido de la maravillosa invención que ha tenido tanto éxito en la escuela y cuya huella hemos encontrado en el autor de los diálogos filosóficos: no podemos—dice—fiarnos en este orden de ideas, del testimonio de la naturaleza humana, que es juguete de una inmensa ilusión organizada contra ella por poderes superiores. El instinto es el instrumento con que se representa esta comedia á nuestra costa; es el hilo por el cual nosotros, miserables fantoches, decimos lo que no queremos decir, deseamos lo que deberíamos detestar, y obramos de un modo palpable contra nuestro interés. Schopenhauer es realmente el inventor de esta explicación que contesta á todo. Invocáis contra las teorías pesimistas la voz de la conciencia, el impulso de nuestras inclinaciones; y es precisamente esa imperiosa y falaz claridad de la conciencia, que atestigua contra la evidencia de nuestros intereses, la que nos prueba que es ella el órgano de algún poder exterior, que le roba la voz y la figura para convencernos mejor. Acudís á las inclinaciones: ¿no veis que cada inclinación es como una pendiente secreta, preparada dentro de nosotros por un artífice misterioso para llevarnos hacia su fin, enteramente distinto al nuestro, opuesto á los fines que debiéramos perseguir, contrario á nuestra verdadera felicidad?

Estos son los engaños del *Inconsciente* de Hartmann, las burlas de la voluntad de Schopenhauer. Es el «dios

malo» de Descartes que ha reemplazado al dios-providencia de Leibnitz. Lo que no había sido más que un juego de lógica provisional, una hipótesis del momento para Descartes, desechada en seguida por su elevada razón, se convierte en una teodicea, en una metafísica, en una psicología. No voy á hacer más que una objeción sencilla. Debemos asombrarnos de que «este fraude, que es la base del universo», sea tan fácilmente conocido. Se nos ha dicho que á pesar de nosotros, nos engañará siempre la naturaleza, que lo ha dispuesto todo admirablemente para alcanzar su fin, que es el de engañarnos. Esto es lo que nos dicen, pero nos prueban lo contrario. ¡El juego ha tenido éxito durante diez mil, quizá cien mil años, y ahora de pronto nos denuncian que la naturaleza se vale contra nosotros de la trampa! Yo no puedo admirar un juego tan torpemente llevado, que un hombre de ingenio descubra y señale en él la trampa. Este gran poder, oculto y malhechor, que dispone de tantos medios, que se vale de tantos artificios y tiene tantas máscaras á su disposición, se deja sorprender con tanta facilidad por algunos de esos seres que trata de engañar. Hay que suponer entonces que no son simples mortales los que escapan á sus redes tan sabiamente tendidas, que las describen y las denuncian á los demás. Si fueran hombres, tendrían que sufrir como los demás ese maquiavelismo que los rodea, que penetra en ellos hasta el fondo de su ser, en su conciencia y en sus instintos. Librarse de él es obrar

fuera de esa naturaleza de que forman parte. Para conseguirlo es menester ser una cosa diferente y superior al hombre, un dios, algo, en fin, que esté en estado de luchar contra ese tirano anónimo y enmascarado que nos explota para su fin.

Todo esto es una serie de contradicciones manifiestas, de combinaciones ingeniosas, de pura motología; y admitiendo la contradicción en la base de la teoría, todo se explica y se deduce con facilidad. Si es verdad que estamos engañados, nada más fácil que la demostración del pesimismo; se apoya precisamente sobre esa contradicción fundamental de nuestros instintos y de nuestros intereses, de nuestros instintos que nos llevan de un modo irresistible á sentimientos y á actos funestos, como aquellos con que tratamos de conservar una vida tan desgraciada ó de perpetuarla transmitiéndola á otros seres que serán más desgraciados todavía. El interés supremo del *Inconsciente* es opuesto á nuestro propio interés: el nuestro sería el de no vivir, el suyo es de que vivamos y de que otros vivan por nosotros. El *Inconsciente* quiere la vida—dice Hartmann, desarrollando el argumento favorito de su maestro;—debe, por consiguiente, mantener entre los seres vivientes todas las ilusiones capaces de hacer que encuentren la vida llevadera, y hasta procurar que sientan placer en guardar la fuerza necesaria para cumplir su cometido. Hay que volver á las palabras de Juan Pablo Richter: «Amamos la vida, no porque sea hermosa, sino porque debemos

amarla; por eso hacemos el siguiente razonamiento falso: puesto que amamos la vida, es que es hermosa.» Los instintos no son en nosotros sino diversas formas bajo las cuales se desarrolla este deseo irracional de vivir, inspirado al ser viviente por el que le emplea en su provecho. De ahí la energía que gastamos locamente en proteger esta existencia, que no es más que el derecho á sufrir; de ahí también los falsos juicios que hacemos sobre el valor medio de las alegrías y de las penas que se derivan de ese amor insensato por la vida. Las impresiones que deja en nosotros el desencanto del pasado se modifican siempre por las ilusiones de nuestras nuevas esperanzas. Esto ocurre en todas las excitaciones violentas de la sensibilidad: el hambre, el amor, la ambición, la avaricia y todas las demás pasiones de ese género. A cada una de estas excitaciones corresponden diferentes ilusiones que nos prometen un exceso de placer sobre la pena.

A la pasión del amor es á la que el pesimismo hace una guerra más encarnizada. Diríase que es un duelo á muerte entre Schopenhauer y las mujeres que son las intermediarias del insigne engaño de que es juguete el hombre, los *instrumenta regni aut doli* en las manos del gran farsante. En el amor es en el que más se manifiestan la mentira del instinto y la sinrazón del querer. «Imagínese un instante—dice Schopenhauer—que el acto generador no resulta ni de las excitaciones sensuales, ni de la voluptuosidad, y sea

un acto de pura reflexión; ¿subsistiría la raza humana? ¿No se compadece-
rían todos del porvenir de la nueva generación, y no tratarían de librarla de la carga de la existencia, y no se negarían por lo menos á aceptar la responsabilidad de haberle procurado semejante carga?» Para vencer estas vacilaciones que pondrían término al deseo de vivir, ha vertido la naturaleza sobre los fenómenos de ese orden toda la riqueza de que dispone. El gran interés del principio de las cosas, de esa voluntad embaucadora, es la especie, fiel guardadora de la vida. El individuo sólo está encargado de transmitir la vida de una generación á otra; pero es necesario que se cumpla esta función, aunque al individuo le cueste su reposo, su felicidad, su misma existencia. El principio inconsciente quiere vivir á toda costa, y sólo por este medio miserable consigue sus fines: se apodera del individuo, le maltrata á su capricho, después de haberle escogido en condiciones especiales. De ahí ha nacido el amor, una pasión *específica*, que para hacerse aceptar se viste de pasión individual y persuade al hombre de que será feliz con ella, cuando en el fondo sólo es el esclavo de la especie, cuando se agita, y sufre, y, por último, muere por ella.

Este es el principio de la *Metafísica del amor*, una de las partes más originales del *Mundo como voluntad y como representación*, del cual dice modestamente Schopenhauer (1) que lo considera como

(1) En los *Memorabilien*.

una «perla». Vuelve á menudo á esta teoría, que le era en extremo simpática en otros escritos, en *Parerga*, en conversaciones de inagotable gracejo que nos han sido transmitidas.

A decir verdad, no es cosa fácil poner á la luz esta «perla». Schopenhauer trata esta cuestión delicadísima más como fisiologista que como filósofo, con una riqueza de detalles, con una jovialidad lúgubre, que se complace en descubrir todos los velos, en desconcertar todos los pudores, en asustar á todo el mundo, con la intención de convencer al hombre de la locura de amar. Al través de las escentricidades de una ciencia á un tiempo técnica y rabelaisiana, que no se detiene ante ningún escrúpulo, llega á pintar con un vigor asombroso, y [bajo su punto de vista exclusivo, esa lucha dramática del genio de la especie contra la felicidad del individuo, ese antagonismo cubierto de sonrisas y de flores, escondido bajo la pérfida imagen de una felicidad infinita, de donde resultan todas las tragedias y también todas las comedias del amor.

Considérese—dice—el papel que hace el amor no sólo en el teatro y en las novelas, sino también en la vida real; se nos presenta al lado del amor á la vida, como el más enérgico y el más poderoso de los estímulos; produce los perjuicios más enormes á nuestros más graves intereses; absorbe la mitad de la fuerza de los pensamientos de la humanidad; suspende las ocupaciones más importantes, aturdiendo las cabezas más fuertes, mezclando la frivoli-

dad en los trabajos del hombre de Estado y del sabio; coloca descaradamente en la cartera del ministro y entre los manuscritos del sabio las cartas amorosas, los rizos de la mujer amada; todos los días urde nuevos enredos; rompe los más sólidos y los más sagrados lazos; exige y obtiene de sus esclavos el sacrificio de la vida, de la salud, de la posición, de la felicidad; expone al hombre delicado á faltar á sus escrúpulos y convierte en traidor al amigo fiel; desquicia el mundo y todo lo vuelve del revés. No es, sin embargo en el fondo más que un instinto: el instinto sexual; este es el verdadero nombre de toda pasión amorosa, por etérea y pura que parezca. ¿Y por esta bagatela, se dirá, se está armando tanto ruido en el mundo, en la vida y en la historia? No es bagatela. El objeto de toda intriga de amor, lo mismo si se resuelve en tragedia que si resulta comedia, es el objeto más importante de todos los que pueda proponerse el hombre: es la formación de la generación futura: *meditatio compositionis generationis futuræ, equa iterum pendent innumeræ generationes*. Lo que llamáis una intriga frívola es la determinación positiva, en su existencia y en su naturaleza, de los seres futuros, los verdaderos personajes de la comedia, *dramatis personæ*, que aparecen en la escena cuando nosotros nos retiramos entre bastidores. Esto es lo que hace la gravedad y la importancia del trabajo preparatorio y misterioso que se llama el amor: no se trata aquí, como en otro interés cualquiera, de un

placer ó de un dolor puramente individuales, sino de la existencia y de la esencia de los seres que nacerán, es decir que se trata nada menos que del porvenir de la especie humana. En estas circunstancias la voluntad del individuo se convierte en la voluntad de la especie entera y se encuentra por este hecho en la mayor altura de su poder. De esa altura nace lo patético y lo sublime del amor, como lo infinito de sus alegrías y de sus dolores. Todo esto no es más que el instinto impersonal: cuando se aparece á la conciencia como un deseo detenido sobre un objeto determinado, es en su esencia el *amor á la vida* individualizado. Pero ese amor á la vida de la especie sabe cubrirse hábilmente con la máscara de la admiración hacia tal ó cual persona y engañar á la conciencia y al individuo. Así lo ha querido la naturaleza, que necesita de esa estratagema para conseguir su fin. Por eso impone al individuo cierta ilusión que le hace ver como su propio bien lo que en el fondo no es más que el bien de la especie, y le persuade de que obra en su propio interés, cuando sólo se trata del interés de la humanidad. El encanto que siente el hombre al hallarse en presencia de la mujer cuya belleza responde á su ideal, es precisamente el *sentido de la especie*, que reconoce en tal ó cual persona la huella de un tipo, y quiere perpetuarlo por medio de esa unión. Gracias á esta predilección por la belleza, se conservan en toda su pureza las razas, y esto explica el papel importante que hace el amor. De ahí las consideraciones que

determinan nuestra elección, las que se refieren á la belleza física, las del carácter ó de la inteligencia, las que resultan, en fin, de la necesidad que tienen los individuos de corregirse mutuamente y de neutralizarse en bien de la especie, limando las imperfecciones y los defectos de su naturaleza. De ahí también los desencantos del amor. Cuando el afán de vivir nos ha conducido, engañándonos, á sus fines, ya no tiene empeño en proseguir el engaño, no lo necesita: por eso el amante, después de haber gozado del quimérico placer en que cifraba su felicidad, se asombra al caer tan rápidamente á tierra de lo alto de sus ensueños. Este deseo que era á los demás deseos como lo infinito á lo finito, llenaba y absorbía todo su ser. La satisfacción, por el contrario, sólo aprovecha á la especie; ésta está enteramente fuera de la conciencia; es evidente que el fin perseguido por el infeliz mortal, al precio de tantos sacrificios, no era el suyo. Por eso, después de haberlo conseguido, se encuentra con la desilusión. No ha trabajado para él sino para un fin impersonal. Platón dice con gran acierto que la voluptuosidad es el más vano de todos los placeres.

Esta serie de consideraciones que no perdería nada si se expresase con mayor sencillez, se resume en una sola idea: el hombre es en la pasión el juguete y el esclavo de la especie por la cual se agita, sufre siempre, y á veces muere. El amor más puro no es más que el trabajo de la generación futura, que quiere vivir á costa de la genera-

ción presente y la obliga á sacrificarse á su irresistible y ciego deseo. Esto es lo que un poeta contemporáneo, expresaba con tan salvaje energía:

«Esos delirios sagrados, esos deseos sin medida, desencadenados como enjambre sin colmena, ese desvarío, es la humanidad futura que se agita en vuestro seno.»

Los que aman no saben lo que hacen. Ciegos, arrastrados por el instinto que los deslumbra, no sólo trabajan para su propia desgracia (pues no hay amor que no termine en catástrofes y en crímenes, ó por lo menos en un tedio sin consuelo ó en un prolongado martirio), sino que además al sembrar la vida, perpetúan la simiente imperecedera del dolor. «¿Veis á esos enamorados que se buscan tan ardientemente con la mirada? ¿Por qué guardan tanto misterio y sienten un temor parecido al de los ladrones? Esos amantes son unos traidores, que se conjuran en la sombra para perpetuar el dolor en el mundo: sin ellos se detendría; pero ellos lo impiden, como lo han hecho ya sus padres con ellos. El amor es un gran criminal, porque al transmitir la vida, inmortaliza el sufrimiento.» Su historia se resume en dos ilusiones que se encuentran, dos desgracias que se comparten, y otra desgracia que se prepara. ¡Romeo y Julieta—de ese modo explica el filósofo de Francfort, en pleno siglo XIX—con los aplausos de la sabia y docta Alemania, vuestra poética leyenda! No ve bajo el velo mentiroso del instinto que os engañaba más que la fatalidad fisiológica. Cuando

cambiasteis la primera mirada que os perdió, el fenómeno que se verificaba en vosotros no era en el fondo más que el resultado «de la meditación del genio de la especie», que trataba de restablecer con vuestra ayuda el tipo primitivo «por la neutralización de los contrarios», y que, satisfecho sin duda de su examen, desencadenó en vuestros corazones esa locura y ese delirio. Fué un simple cálculo de química. El genio de la especie juzgó que los dos enamorados «se neutralizaban como el ácido y el álcali se neutralizan en una sal»; desde entonces se decidió la suerte de Romeo y de Julieta. La fórmula química los condenaba á amarse; se amaron á pesar de todos los obstáculos y de todos los peligros, y se unieron á pesar del odio y de la muerte. Murieron á consecuencia de ese amor. No hay razón para apiadarse de ellos; si hubiesen vivido, ¿hubieran sido más felices? La especie hubiera ganado con ello, pero ellos no. Un tedio larguísimo hubiera sucedido á la embriaguez primera y hubiera vengado al pesimismo. ¡Romeo envejecido y desilusionado, Julieta fea y de mal humor, que cuadro, Dios mío, tan horrible! Dejemos á los dos amantes de Verona en la tumba que guarda su juventud, su amor y su gloria.

En toda esta química y esta fisiología del amor, no se ocupa Schopenhauer del verdadero fin que eleva y legitima el amor humano, pagándole con creces sus sacrificios y sus penas, la formación de la familia y la creación del hogar. Puede medirse esta felicidad

por el dolor que embarga el alma cuando la muerte extingue la llama del hogar y rompe para siempre sus piedras. El mismo exceso de la desgracia prueba en este caso la inmensidad de la dicha que se ha conocido por un momento.

También olvida Schopenhauer la forma más pura que puede revestir el amor en el alma humana, gracias á la facultad de idealizar, sin la cual no se explicará jamás ni la ciencia, ni el arte, ni el amor. Del mismo modo que basta una sensación para excitar todas las energías del pensamiento y hacerle producir, en determinadas circunstancias, las más admirables obras de genio, en las cuales ha desaparecido toda huella de la primitiva sensación; así es propio del hombre transfigurar lo que no es más que un instinto animal, convertirlo en un sentimiento desinteresado, heroico, capaz de preferir la persona amada á sí mismo, y la felicidad de esa persona á la realización apasionada del placer. Esta facultad de idealizar

todo lo que le toca, la ejerce el hombre en lo que está bajo su imperio; por ella se transforma el amor, cambia en su esencia y pierde en su metamorfosis casi todo el recuerdo de su humilde punto de partida. La ciencia encuentra lo universal en una sensación limitada, el arte crea tipos que sugieren pero no contienen las formas reales, el amor se emancipa del instinto que le ha hecho nacer y se eleva hasta la abnegación, hasta el sacrificio. Esto distingue al hombre; de este modo se libra de la naturaleza, ó más bien crea una naturaleza nueva en que termina su personalidad.

Tal es, en todas las cuestiones que tocan á la vida humana, el lado débil del pesimismo: suprime lo que la eleva y ennoblece; es un ejemplo característico por el cual puede juzgarse la estrechez y la inferioridad del punto de vista en que se coloca esta escuela, para apreciar el valor de la vida y declarar después de un maduro examen que la mejor vale menos que la nada.

CAPÍTULO V

LOS ARGUMENTOS DE HARTMANN CONTRA LA VIDA HUMANA.—EL BALANCE DE LOS BIENES Y DE LOS MALES.

Hartmann se dedica con gran habilidad á resolver este problema propuesto por Schopenhauer: «Dados el total de bienes y el de males que existen en el mundo, establecer la balanza.» Hace un extenso análisis de las condiciones

y de los estados de la vida, con relación al placer y al dolor; esto es objeto de un capítulo importante y largo titulado *La sinrazón del deseo de vivir y la desgracia de la existencia*. Daremos de él una idea.

Ya sabemos que hay tres formas posibles de la ilusión humana sobre la felicidad: ó la concibe el hombre como un bien que puede alcanzarse en el presente estado del mundo, realizable sobre la tierra bajo determinadas condiciones, para el actual individuo; ó como un bien realizable para el individuo en una vida transcendental después de la muerte; ó, por último, como un bien realizable por el progreso del porvenir de la humanidad, como el fin del proceso del mundo. Hartmann se fija principalmente en la primera forma de ilusión, tratando de demostrar que la imaginación del hombre es víctima de una mistificación enorme en el aprecio que hace de los bienes de la vida actual. Añade que esa ilusión es la más tenaz y la más arraigada, y es la que se propone combatir con toda la fuerza del análisis y de la dialéctica. Porque es un hecho incontestable que el hombre, aun el desgraciado, ama la vida, que no sólo la aprecia en un porvenir vago y en un orden transcendental, sino en sus condiciones actuales, tan miserables y tan precarias como son. Sobre ese misterioso instinto dará, pues, el pesimismo su golpe decisivo; hay que demostrar á toda costa la locura del deseo de vivir.

Es inútil acudir á la autoridad de los filósofos antiguos ó modernos, Platon ó Kant, Schelling ó Hegel. No inspiran confianza esas opiniones de espíritus superiores, porque están casi siempre impregnadas de esa tristeza peculiar al genio. La humanidad debe ser apreciada con su propia medida y no con la del genio.

Además, el mundo no puede en su conjunto ser juzgado con suficiente exactitud, más que ciñendo el juicio al término medio de las existencias que le componen.

Aquí se produce un hecho curioso que parece contener una contradicción si no se resuelve con un análisis más profundo. Pregúntese á todos los seres; todos preferirán su vida á la nada, pero preferirán la nada á una vida inferior á la suya. Si se pregunta á un europeo, á un hotentote y á un orangután qué prefiere, la nada ó una vida nueva en el cuerpo de un hipopótamo ó de un cangrejo, todos contestarán que prefieren la nada; pero no dudarán en preferir su propia vida á la nada, y el hipopótamo y el cangrejo á su vez contestarán lo mismo. ¿De donde proviene esta diferencia en el juicio comparativo que hace cada ser sobre su propia vida y sobre los grados inferiores de la vida de los demás seres? Proviene de que cada ser interrogado, en el momento de contestar, se coloca con su inteligencia en el lugar ó en el cuerpo del ser inferior. Es natural que le parezca insoportable la existencia de ese ser, y lo sería efectivamente en otras condiciones, con un grado de inteligencia más desarrollado. Pero se olvida al pensar de esa manera, que si se viviese bajo una forma inferior de existencia, seno tendría para juzgarla más que la inteligencia del mismo grado. La diferencia entre el juicio que hace el cangrejo de su propia condición y el que hago yo sobre la vida del cangrejo, procede únicamente de que el cangrejo tiene

ilusiones groseras de las que yo no participo, y de que esas ilusiones le dan un exceso de felicidad imaginaria, del todo subjetiva, que le hace preferir su vida á la nada. No piensa mal el cangrejo; evidentemente tiene razón; el precio de la existencia no puede medirse para cada ser más que con su propia medida; y en ese sentido vale para él tanto la ilusión como la verdad.

Sáquese la moralidad de esta ingeniosa apología; está saltando á la vista. A cada forma de ser corresponde una cantidad de ilusiones proporcionada á la elevación y á la perfección relativa de esa forma. La inteligencia del ser superior puede juzgar la vida inferior porque está colocada por encima de ella y fuera de las condiciones que le son propias; pero no puede juzgar la suya. Puede disipar la atmósfera de ilusiones que envuelve al ser inferior, y no puede sustraerse á las condiciones de ilusión que le pertenecen á ella; sólo lo consigue con gran trabajo, á fuerza de dolorosas meditaciones y en circunstancias excepcionales, como ocurre con el genio. En este rasgo se ve la acción misteriosa y constante del *Inconsciente*. El es el verdadero autor de todos estos juicios falsos que se han formado sobre la vida; él que ha creado los seres con determinados instintos y con determinada sensibilidad, debe obrar también por esos instintos y por esa sensibilidad sobre el pensamiento consciente y determinarlos en el sentido de su deseo de vivir. El es el que queriendo la vida, y para conseguir determinados fines, tal ó cual vida particular, mantiene en los

seres vivientes todas las ilusiones capaces de hacer que encuentren soportable la vida, y hasta de que les guste y entusiasme el trabajo.

Por eso cada ser, al absorber su propia vida, condena la vida inferior á la suya: incapaz de juzgar la propia, juzga la vida del ser inferior tal como es y sin hacerse ninguna ilusión. Al subir la escala de los seres, de los inferiores á los superiores y de éstos á los seres posibles que pueden suponerse superiores á los seres reales que conocemos, una inteligencia total y absoluta condenaría la vida entera como nuestra inteligencia relativa condena la vida parcial. Lo que con seguridad haría una inteligencia absoluta, podemos hacerlo nosotros en cierta medida. Podemos, hasta cierto punto, desembarazarnos de la ilusión por medio de la ciencia; el genio ya se ha librado de ella y ese es el secreto de su melancolía incurable. Hay otra consecuencia de gran alcance: si el desarrollo de la inteligencia lleva al hombre á convenirse de la sinrazón del deseo de vivir, el desarrollo progresivo de la inteligencia en el mundo llevará infaliblemente á todos los hombres á reconocer la absoluta vanidad de todas las cosas por la ruina insensible de todas las ilusiones. La humanidad llegará á elevarse en su término medio á un grado de inteligencia y de ciencia que sólo alcanza en la actualidad un pequeño número de individuos. El mundo será, pues, tanto más desgraciado cuanto mayor sea el grado de inteligencia á que llegue al envejecer. Lo más razonable se-

ría detener el desarrollo del mundo, y lo mejor hubiera sido aniquilarle en el momento de su aparición; y aun hubiera sido mejor que el deseo vago del ser no hubiese jamás turbado el reposo eterno de lo posible.

De estas consideraciones preliminares que tienen gran importancia en el pensamiento de Hartmann, pasaremos al examen comparado de los bienes y de los males de la vida.

Hemos visto que Hartmann se separa de Schopenhauer en la cuestión del carácter puramente negativo del placer, opuesto al carácter positivo del dolor. Concede á su maestro que el placer es con frecuencia un fenómeno indirecto y negativo, la cesación ó la disminución del dolor, pero pretende que no es eso solo el placer, que es otra cosa, que algunas veces es *positivo* (aunque fundado en la ilusión), como el amor, ó es *real*, como el arte y la ciencia. Pero hay que saber á qué precio se compran esos bienes, y aunque tuvieran alguna realidad, sería preciso saber si podían compensar los males. Aunque se separa en este punto esencial de la opinión de Schopenhauer, en la práctica y en la aplicación llega Hartmann á consecuencias que no son sensiblemente diferentes de las de su maestro sobre el papel predominante del dolor. Puede reducirse todo este razonamiento á algunos argumentos principales, separándolos de las múltiples digresiones y de las discusiones que los acompañan:

1.º El filósofo no puede en realidad llamar placeres sino á los que provienen de una satisfacción inmediata y di-

recta de la voluntad, y no á los que provienen de la cesación de un sufrimiento ó de la desaparición de un dolor.

2.º La naturaleza de la vida orgánica, especialmente de las funciones nerviosas en que descansa la conciencia, conduce al necesario resultado de que el placer debe tener un término, como el dolor. La excitación, el cansancio de los nervios hacen nacer esa extraña necesidad de la cesación del placer. Un goce demasiado prolongado se convierte en un suplicio intolerable. ¿Pero se convierte en placer un dolor que no cesa? No, nos exalta y nos irrita contra la suerte que nos le ha deparado, y es menor que ese enfado el agradecimiento á la suerte que nos ha librado de él. En estos dos casos contrarios hay, pues, un exceso de mal sobre el bien.

3.º Numerosas circunstancias fisiológicas y de otro género interceptan ó disminuyen la conciencia del placer, mientras que la pena despierta inevitablemente la sensación ó el sentimiento correspondiente.

4.º La satisfacción dada á la voluntad es muy corta; la conciencia del placer apenas dura un momento, mientras que el disgusto que sufre la voluntad dura tanto como el acto de la voluntad; y puesto que no hay apenas momento en que no obre la voluntad realmente, puede decirse que la contrariedad es eterna y que sólo se interrumpe por rápidas y falsas alegrías que debemos á la esperanza.

5.º Por último, y este es un punto capital, no es cierto que el placer sea

una compensación suficiente del dolor, y con este propósito expone Hartmann el problema bajo la siguiente forma matemática: ¿Qué coeficiente ó exponente debe fijarse á un grado de placer para que sea equivalente á un grado de dolor? De seguro no es igual ese coeficiente á la unidad. Probablemente se necesitan muchas unidades de placer para hacer la exacta compensación de una unidad de dolor. Así pensaba Petrarca: *Mille piacere non vagliono un tormento*. Schopenhauer, al comentar esta melancólica frase, deduce que un mundo en que es tan general el dolor, cualquiera que sea la cantidad de placer que nos ofrezca, vale menos que la nada. Hartmann, á su vez, desarrolla de un modo ingenioso la teoría de los coeficientes, propios para disminuir siempre el placer y para dejar el dolor en toda su fuerza, aumentándolo á veces en proporción considerable. Si me dan á escoger entre no oír nada ó escuchar durante cinco minutos estridentes y desafinados acordes, y después una música hermosa también durante el mismo tiempo; si tengo que elegir entre no oler y oler primero un objeto infecto y después un perfume; si puedo escoger entre no gustar ó gustar un manjar repugnante y después una comida sabrosa, prefiero no oír, no oler, no gustar nada, aunque las sensaciones contrarias que deban sucederse sean del todo iguales. Es verdad que Hartmann confiesa de buena fe que es muy difícil demostrar esa igualdad. Pero aunque no se pueda, en el estado actual de la ciencia, determinar matemáticamente

esa igualdad, no puede dudarse que el placer debe ser sensiblemente superior en vivacidad al dolor de la misma especie, para que se equilibren los dos en la conciencia. Si este hecho es exacto, resulta un argumento terrible en favor del predominio del mal en el mundo. Admitiendo que las sumas del placer y del dolor fuesen iguales, su combinación en el seno del individuo daría un estado inferior al de la pura indiferencia: habría un excedente considerable de mal sobre el bien. El mundo parece una lotería: los dolores representan la postura del jugador, los placeres representan su ganancia; pero el jugador no recoge sus premios sino con un descuento correspondiente á la diferencia que existe entre los coeficientes del placer y los del dolor. Suponiendo, pues, una suerte igual, le resultará un déficit al jugador al fin del día; porque el banquero que maneja las cartas le paga en moneda de título inferior, y en el caso de que el jugador gane tantas veces como pierda, habrá jugado un juego de desventaja, habrá perdido. Es verdad que no tenía libertad para negarse á jugar; como decía Pascal, eso no es voluntario, le han embarcado á su pesar.

Estas leyes, sacadas de la constitución de la sensibilidad, prejuzgan la cuestión y la resuelven antes del examen detallado de los supuestos bienes de la vida. Sigamos, sin embargo, á Hartmann en el análisis que va á hacer de ellos, y veamos los principales resultados.

Empieza por establecer que hay un

estado de indiferencia que podría representarse por el cero del termómetro. Todo fenómeno, para ser apreciado y sentido, debe elevarse por encima ó descender por debajo de ese nivel, que es el de la perfecta insensibilidad. Este estado de insensibilidad absoluta, es la nada en la vida. El que coloca en este estado la felicidad decide la cuestión, prefiere la nada. Los que prefieren la vida, la agitación, el movimiento, la variedad de las sensaciones, y esto es lo más frecuente, son aquellos en quienes el termómetro marca un grado superior ó inferior á cero.

Hay, en primer lugar, estados de sensibilidad que se aprecian como los mayores bienes de la vida: la salud, la juventud, el bienestar, la libertad de acción. Hartmann demuestra que esos estados no procuran por sí mismos ningún placer positivo, excepto el momento en que suceden á los estados dolorosos opuestos. Mientras nada turbe su curso, sólo producen el estado de pura indiferencia. En este estado no existe sensación; pero todo lo que baja de este nivel produce amargo dolor, como ocurre con la enfermedad, la vejez, la pobreza y la dependencia. No se siente un miembro más que cuando está enfermo; hay que estar nervioso para aperebirse de que se tienen nervios, hay que tener mala la vista para recordar que se tienen ojos. Lo mismo ocurre con la juventud: es la única edad de la vida en que se reúnen la perfecta salud, y el libre ejercicio del espíritu y del cuerpo. En cuanto desaparece, llegan el cansancio, las mo-

lestias de todo género, y la capacidad de gozar disminuye sensiblemente. De donde resulta que la juventud, como el resto de los bienes negativos, sólo es una aptitud, una condición propicia, la capacidad de gozar, la posibilidad y no la posesión del placer. El bienestar sólo se siente por su ausencia; la certidumbre de estar al abrigo de la necesidad y de las privaciones, es la condición *sine qua non* de la vida indiferente, que aún espera las condiciones que han de enriquecerla. Una vida saturada de bienestar es un tormento, si ninguna otra sensación llena el vacío: ese tormento se traduce por el tedio que puede llegar á ser insoportable en medio del mayor bienestar. El trabajo es un gran recurso; pero es en sí una pena, y se decide uno por él como por el menor de dos males, bien para escapar á males positivos, la necesidad, la ambición, el fastidio, ó en vista de bienes positivos superiores que puede procurar, como por ejemplo, la satisfacción de hacer la vida más agradable á sí mismo ó á las personas queridas, ó bien para producir obras meritorias. Todos estos supuestos bienes, como la libertad de acción, la paz del alma, no valen más que porque nos libran de un dolor; ¿y qué es esto sino un estado de pura indiferencia? No lo conseguimos, sin embargo, más que parcialmente, por poco tiempo y por casualidad. La vida vale, pues, menos que el no ser, que es la indiferencia absoluta é inmutable.

Examinemos ahora los dos grandes impulsores de toda actividad: «Mientras la filosofía no gobierne la máquina del

mundo—dice Schiller—serán el hambre y el amor los principales motores que aseguren el movimiento.» Veamos, pues, cuáles son las satisfacciones que consiguen. Los sufrimientos del hambre son infinitos; ella reina de un modo absoluto sobre gran parte de la tierra, produce con frecuencia la muerte, y en todas partes la pobreza física é intelectual de la raza, la mortalidad de los niños, las enfermedades especiales que reconocen por causa el hambre de un individuo ó de una familia. Compárese con tanto sufrimiento la satisfacción de un individuo que acalla su hambre. ¿Puede compararse con el dolor del que no la satisface? Los placeres de este género no elevan la sensibilidad animal sobre el estado de pura indiferencia. Recordemos la terrible frase de Schopenhauer: «Para averiguar si en el mundo es superior el placer al dolor, ó al menos si se equilibran, basta comparar la sensación de la fiera que devora á su semejante con las sensaciones de la fiera devorada.»

Después del hambre viene el instinto sexual que no puede confundirse con el amor, pero que contiene, sin embargo, según asegura Hartmann, «todo el placer real que hay en el amor, no siendo más que pura fantasía lo que no se refiere á la materialidad del acto». Hay en él, efectivamente, algo real, pero es una sensación ciega y fugitiva, aun en los animales superiores. En casi todo el reino animal, no se refiere este instinto á ningún individuo; tiene un carácter puramente genérico. En los vertebrados hay un goce físico, capaz de

interesar el egoísmo del individuo, pero en las especies inferiores es extraño el placer á la reproducción, y depende el acto de impulsiones irresistibles, que no carecen de fin, pero sí de intención. El fin está en la naturaleza y es extraño al animal. Al ver las maneras diferentes é indirectas con que se lleva á cabo este acto, es fácil concluir que el goce es vago, casi insignificante. En las especies superiores es otra cosa; se libran sangrientas batallas entre los machos, que hacen pagar muy caro este placer fugaz. La continencia forzada de la mayor parte de los machos que forman el rebaño del macho vencedor, los sufrimientos y la rabia de los vencidos, forman sumadas una cantidad mayor que los placeres amorosos del macho favorecido por la suerte. En la especie humana, sobre todo en las razas civilizadas, son mayores para la mujer los dolores de la maternidad que los placeres correspondientes. Tenemos en esto un ejemplo elocuente de las ilusiones que el instinto impone al juicio. Recuérdese esa mujer que después de haber sufrido varias operaciones cesáreas, no se decidía á renunciar al placer del amor. Esta es una gran prueba del poder del inconsciente. En cuanto al hombre, sólo entre los veinticinco y los treinta años está en estado de fundar una familia. ¿Cómo puede pasar—dice Kant en su *Antropología*—tanto tiempo en esa continencia *contra natura*? Casi siempre en el vicio, y esos vicios destruyen la idea de la belleza, corrompen la delicadeza del espíritu y producen á la larga el peor de los males: la inmoralidad.

El amor es una creación del hombre; lo deriva del hecho de que la unión de los sexos está subordinada al capricho por tal ó cual persona, y á que la imaginación, cuyo poder es infinito, promete con la posesión de ese objeto una felicidad ilimitada. ¡Qué contraste en la realidad! Supóngase una muchacha pobre, costurera ó criada, que apenas gana para vivir. Sucumbe una noche al poder irresistible de lo que supone que es amor, y que en el fondo no es más que el ardid del *Inconsciente* que quiere la vida. Ya es madre; ¡cuántos sufrimientos y que pocos goces! Después del parto, está sola con ese hijo que no deseaba. Sólo puede elegir entre matarle ó decidirse á trabajar para los dos, cuando apenas podía sostenerse ella misma, ó lanzarse al vicio para asegurar á su juventud los fáciles recursos que le procuraran una vejez ignominiosa y una miseria horrible. «¡Todo eso por un poco de amor!» Otro hecho y en un orden diferente: el amor que tiene por fin la familia. Este cae de lleno, bajo el golpe de Schopenhauer, de la terrible sentencia que ya conocemos, á saber: que el acto de la generación sería imposible si no fuese resultado de las excitaciones del instinto ó el irresistible efecto de una especie de embriaguez momentánea que crea la lujuria. Cometido con sangre fría, resulta un crimen contra la nueva generación á que da vida. Semejante responsabilidad es capaz de hacer retroceder á todos los que no hayan perdido la razón.

Después de tanto como se ha censu-

rado el amor en todas las lenguas y en todas las literaturas; después de las invectivas satíricas de Schopenhauer, era difícil ser original. Hartmann ha conseguido, sin embargo, agrupar en un cuadro siniestro todas las miserias y todas las decepciones del corazón. No cae ningún rayo de luz celeste sobre ese cuadro sombrío. Todo es duro y cínico. ¡El amor ilegítimo es contrario á la sociedad, á la opinión y á las leyes, y entonces son grandes los peligros y los sufrimientos, sin contar el vicio y la degradación; en cambio el amor legítimo dura tan poco!... En la mayor parte de los casos, se elevan entre los dos amantes obstáculos invencibles, de donde nace la desesperación irremediable; y en los casos favorables que son muy escasos, ¡qué ilusoria es la felicidad! Aquí es, sin embargo, donde el deseo de vivir resiste más y se venga con mayor crueldad cuando se le contraría, de suerte que se ve uno colocado entre dos males extremos, teniendo que elegir uno de los dos. Compárense además los sufrimientos del amor engañado con las alegrías del amor satisfecho. ¡Cuánto más grandes son aquéllos que estas en intensidad y en duración! Casi siempre ocurre que uno de los amantes quiere más que el otro. El que quiere menos se aleja el primero, y el otro, al sentirse abandonado, muere de dolor y de pena por esa traición. El sufrimiento de la mujer es incalculable, porque es la víctima predestinada de los engaños del *Inconsciente*, y se sacrifica más completa y más profundamente que el hombre al objeto amado.

El amor que se llama feliz, ¿lo es realmente? Aun aquí descansa la felicidad sobre una serie de ilusiones. Buena prueba de ello es que la alegría de la posesión está en proporción directa de los obstáculos vencidos; por lo cual no es la posesión en sí misma la que causa esa alegría, sino la dificultad de vencer los obstáculos exteriores. Y cuando se han vencido esas dificultades, ¿puede compararse el placer con las penas que se han sentido? La idea en que descansa esa alegría es en sí también una última ilusión; la satisfacción sería la misma si pudiese sustituirse, durante la noche ó de otro modo cualquiera, la persona que el amante cree poseer por otra persona con la cual se avergonzaría de unirse (1). Pero la mejor prueba de que es uno juguete de una ilusión al esperar del amor una felicidad infinita, es la rapidez con que se desvanece esa alegría. Cuando se recuerda el animal humano pintado por Lucrecio con tan enérgicos rasgos, se le ve triste después de ese relámpago de alegría. Esa decepción que sigue tan de cerca al entusiasmo, se agranda más cada día y acaba por llenarlo todo. La desilusión se hace gradualmente en la conciencia; se revela por dos juicios consecutivos, el uno sobre la cosa en sí reducida á la

(1) Este argumento parece que se lo ha inspirado á Hartmann la lectura de la novela de M. Cherbuliez: *Ladislav Bolski*, en la cual se refiere y analiza una aventura de ese género; en el caso de que la idea hubiese sido original de Hartmann, hay que reconocer en ello una coincidencia singular entre dos hombres de imaginación.

nada, el otro sobre la persona amada. Cuando la posesión asegurada le devuelve claridad de juicio, no ve ya el amante en el objeto ideal que ha creado su deseo, más que un miserable ser humano, con sus vicios, con sus debilidades y con todos sus defectos. Entonces comprende que su sueño ha sido el sueño de un tonto, pero su amor propio le hace hipócrita. No quiere ser engañado de un modo tan horrible; trata de ocultar su decepción al mundo; querría ocultársela á la persona amada, ante la cual se sonroja de las insensatas palabras de cariño que le ha dirigido; procura engañarse á sí mismo y esto agrava su dolor. Comprende que mienten sus ilusiones, y padece por haber amado, por no seguir amando y por no atreverse á confesárselo á sí mismo ni á comunicarlo á los demás.

Después de verificada esta prueba dolorosa, está advertido para no empezar de nuevo. Por eso sólo el primero es verdadero amor; el segundo y los siguientes están contrariados por el recuerdo de la primera experiencia. Por eso dice Goethe en *Verdad y poesía*, refiriéndose á Werther: «Nada contribuye más al hastío de la vida que un segundo amor. El carácter de eterno y de infinito que eleva el amor por encima de todo se ha desvanecido; el amor parece efímero como todo lo que concluye.» Y á pesar de todos los argumentos que le hace la razón, no se deja destruir el instinto; sus reclamaciones son tan enérgicas, que sólo nos queda la elección entre dos males. Como decía Anacreonte: «es difícil no amar; pero es

igualmente difícil amar.» Queda un tercer partido que tomar, el de Orígenes, no en el sentido en que lo tomaba Orígenes, ó sea en nombre de un bien superior al cual quería dedicarse sin reservas, sino como hombre convencido de que bajo el punto de vista del egoísmo vale más desarraigar en sí físicamente la necesidad que sufrir por ella de dos maneras, cediendo á ella y resistiéndola. Digna conclusión de esta filosofía, que produce lógicamente los eunucos.

El casamiento está juzgado por una frase que Hartmann toma de Lessing: «No hay más que una mujer mala en el mundo; pero desgraciadamente es ésta para cada cual la mujer propia.» Lo que solo era una genialidad más ó menos ingeniosa en Lessing se convierte en un argumento enfático y pedante en Hartmann.

Los sentimientos de la familia, el amor á los hijos, la amistad, la compasión, todo lo trata con la misma desenvoltura, todo cae bajo el golpe del mismo dogmatismo, ligero y duro á la vez. El sentimiento del honor, el aprecio público, la ambición, la mansión de la gloria, dependen de la opinión de los demás y no tienen, por consiguiente, más fundamento que nuestra imaginación; mis penas y mis alegrías sólo existen en mi cerebro, no en el cerebro de los demás. La opinión de mis semejantes sobre mí no tiene más que un valor imaginario y convencional; no tiene valor efectivo alguno sobre mí. ¿Serán, quizá, exceptuadas de este análisis las opiniones religiosas? De nin-

gún modo; no habría razón para que tuviesen ese privilegio. Esa exaltación del ser relativo que pretende sentir al ser absoluto, que le persigue en el infinito vacío de un cielo imaginario como el objeto de una sensación y de un goce, toda esa falsa felicidad, irrealizable en sí se corrompe en su misma ilusión por los profundos dolores, por el espanto del alma piadosa asustada de su iniquidad, por su miedo al juicio de la otra vida, por sus lamentaciones sobre los pecados que su imaginación ha creado á su capricho. El devoto se engaña á sí mismo; es á la vez la víctima y el verdugo: Hartmann lo asegura; hay que darle crédito. Todo tiene el mismo valor en este análisis, superficial y autoritario.

Acabamos de examinar dos especies de bienes, los unos que sólo son estados negativos, condiciones de un estado de indiferencia, como la salud; los otros, que son formas de placer *subjetivamente real*, fundadas en un excedente de felicidad inútilmente esperado y por consiguiente ilusorio, como el amor. Hay, finalmente, otra categoría, la de los placeres *objetivamente reales*, producidos por el arte y por la ciencia. «Estas—exclama Hartmann—son los oasis del gran desierto.» ¡Y aún hay que reducir tanto de estas alegrías! Si separamos de estos placeres que se fundan en la contemplación estética y en el conocimiento científico lo que sólo es apariencia, afectación ó cálculo positivo, todo lo que obedece á razones extrañas al arte ó á la ciencia, se desvanecerá casi por completo esta última forma y

este supremo recurso de la humana felicidad. En cuanto á los verdaderos goces que permanecerán inscritos en el imperceptible haber de la humanidad, ¡cuestan tanto dolor! Han sido comprados con el sufrimiento, con el estudio, con el trabajo, con la necesidad de aprender la parte mecánica de cada manifestación del arte ó de ser siempre iniciado en la ciencia anterior. No hay más que un momento feliz, el del descubrimiento ó de la concepción; pero casi enseguida suceden á ese delicioso instante las largas horas de la ejecución mecánica y técnica de la obra. Después vienen las decepciones, las luchas contra la envidia, los fracasos ante el público. Añádase á esto la organización nerviosa de los artistas y de los sabios, más viva, más impresionable al choque menor que la de los demás hombres, y se verá que los goces privilegiados de una minoría reducida se expian por una capacidad para el dolor infinitamente más grande. En esto, como en todo lo demás, se concluye que el sentimiento guarda exacta proporción con el desarrollo de la conciencia. La felicidad sólo existe en el mundo mineral: ese es el estado inmóvil y fijo, el cero puro de la sensibilidad, por encima del cual nos agitamos inútilmente.

Los supuestos bienes de la vida humana pueden clasificarse del siguiente modo: 1.º Los que corresponden al estado de pura indiferencia y sólo representan la ausencia de determinadas especies de dolor, como la salud, la juventud, el bienestar. 2.º Los que no sir-

ven más que para realizar fines extraños y que son ilusorios desde el momento en que se les toma por fines verdaderos, como el deseo de la fortuna y del poder ó el sentimiento del honor. 3.º Los que por término medio causan más sufrimiento que placer, como el hambre, el amor físico. 4.º Los que se fundan en ilusiones que el progreso de la ciencia debe disipar, como el amor sentimental, la piedad, la esperanza. 5.º Los que están claramente reconocidos como males y que se aceptan para evitar otros mayores, como el trabajo, el matrimonio. Y 6.º Los que procuran más placer que pena, pero cuyo placer está más ó menos ligado al dolor y comprado por él, y que sólo puede repartirse entre un número reducido de individuos, como el arte y la ciencia.

Tal es el balance de la vida, trazado por una mano que no ha temblado de emoción un solo instante. Yo he tratado de exponer con fidelidad esta dialéctica que palpa las raíces del corazón humano para romperlas y secarlas. He seguido hasta el final este teorema que se desarrolla con una rigidez inflexible á través de todo lo más profundo y más íntimo de las razones que tiene el hombre para vivir, y que no deja penetrar por el espeso tejido de su lógica, ni una emoción, ni un grito, ni un acento que denuncie la compasión y el arrepentimiento. Sólo hay un sentimiento, el del afán calculado y frío de destruir la vida y de conducirla, quitándole todas las ilusiones, á la nada. No perdemos el tiempo al refutar este análisis, al mostrar que en todo hay exceso ó de-

fecto en este cuadro. Sabemos que la atracción de la actividad resistirá siempre victoriosamente á la fascinación de la muerte; nos parece inútil demostrar que hay muchísimo mal en el mundo, pero que el peor de los males es la maldición del ser, es la abdicación de la vida.

No examinaremos, pues, los elementos arbitrarios y la fantasía que se hacen entrar en esta balanza de la vida humana. Pero quisiéramos marcar la distinción de estas dos cuestiones diferentes, que el pesimismo siempre confunde: la del valor de la existencia para cada uno de nosotros y la del valor de la existencia considerada en sí, el valor relativo y el valor absoluto de la vida. La primera cuestión no es susceptible de una contestación general, y todas las consideraciones destinadas á convencernos de que debemos ser desgraciados, son trabajo y tiempo perdidos. No hay medida común ni entre los bienes comparados los unos con los otros, ni entre los males comparados entre sí, ni entre los bienes y los males: no es posible compararlos ni en el sujeto, ni en el objeto, ni en el acto que los constituye. Aquí es quimérico todo ensayo de análisis cuantitativo; la calidad de los bienes y de los males es el único punto de vista de una comparación factible; y la calidad no se puede reducir á números. No hay, pues, método preciso de determinación, no hay tarifa posible, ni signo matemático ó de fórmula que expresen el valor del placer y de la pena, por lo cual la idea de formar el balance de la vida huma-

na es una quimera. Hay placeres tan vivos, que un relámpago de esas alegrías devora una vida de miseria; hay dolores tan intensos, que devoran en un instante y para siempre una vida feliz. Además, el placer y el dolor contienen un elemento subjetivo de apreciación, una parte personal de sensación ó de sentimiento que destruye todos los cálculos, que escapa á toda evaluación, á toda apreciación exterior. Como decía con mucho ingenio un crítico inglés: V. prefiere que le arranquen una muela dolorida, yo prefiero soportar el dolor de muelas; ¿quién podrá juzgar de nuestras apreciaciones? El uno prefiere casarse con una mujer hermosa y tonta, el otro con una mujer inteligente y fea; ¿quién tiene razón? La soledad es una pena insoportable para V. y constituye un placer inmenso para mí; ¿quién tiene peor gusto de los dos? Ninguno. Podrían citarse infinitos ejemplos que sugieren el buen sentido y la experiencia de la vida. Un marinero de Londres prefiere su ginebra al vino más delicado y aromático del mundo; ¿podrá demostrársele que comete un error? Tal amigo mío se entusiasma con mil canciones de zarzuela y se duerme oyendo las sinfonías de Beethoven. Se le podrá decir que no tiene gusto; pero nada le importará á él. Seguirá gozando con sus canciones. Un hombre que ha nacido con un organismo fuerte, con un cerebro bien constituido, con facultades bien equilibradas, le gusta la lucha y el ejercicio de su voluntad contra los obstáculos, hombres ó cosas; otro que es enfermizo, tímido, con una imagi-

nación y con unos nervios predispuestos á las impresiones exageradas, enemigo de la lucha, en éste y no en el otro tendrá razón Hartmann al decir que el esfuerzo es una pena y la voluntad un trabajo cansado. ¿Quién decidirá si ese estado es en sí una pena ó un placer? El sentimiento del placer ó de la pena es el placer y es la pena en sí; el sentimiento de la felicidad se confunde con la misma felicidad. ¿Se juzga que mi vida es mala? ¿Qué me importa si yo la encuentro buena? ¿Hago mal en ser feliz? Puede que sí; pero lo soy si creo serlo. No ocurre con la dicha como con la verdad; la dicha es subjetiva: si se soñase siempre y el sueño fuese siempre feliz, se hubiera conseguido la eterna felicidad. Todo balance de la vida humana formado sobre el examen comparativo de las penas y de las alegrías, es falso por su punto de partida, que es la apreciación individual del que lo establece. La falsedad del sistema pretende imponer la razón como una necesidad contra los hechos.

Queda la otra cuestión, la del valor de la existencia considerada en sí, ó sea su valor absoluto. Esta cuestión, única importante, la han abandonado por completo los pesimistas; merece, sin embargo, ser estudiada, pero no puede tratarse si no se establece un orden diferente de consideraciones. En

todo el análisis de Hartmann reina un error fundamental sobre la significación y el sentido de la vida. Si el objeto de la existencia es la mayor suma de placeres, es posible y aun probable que la existencia sea una desgracia. Pero si tiene razón Kant; si el mundo entero no tiene más que una explicación y un fin, realizar la moralidad; si la vida es una escuela de experiencia y de trabajo en que el hombre tiene que llenar su cometido aparte de la dicha de que pueda gozar; si esta tarea es la creación de la personalidad por el esfuerzo, lo cual constituye la más alta concepción que puede formarse de la existencia, cambia por completo el punto de vista, puesto que la desgracia es un medio y tiene su utilidad, sus consecuencias ordenadas y previstas en el orden universal. En ese caso el sistema de la vida, tal como lo desarrolla Hartmann, es radicalmente falso. Si hay, realmente, un excedente de dolor en la existencia humana, no hay que concluir por eso que el pesimismo tiene razón, que el mal del ser es absoluto, que es urgente y necesario convencer á la humanidad de la sinrazón del deseo de vivir y precipitarla en la nada. Si existe ese excedente de dolor, es un título para el hombre. La vida desgraciada vale la pena de vivir, y el dolor vale más que la nada: crea la moralidad y garantiza un derecho.

CAPÍTULO VI

EL FIN DE LA EVOLUCIÓN DEL MUNDO: LA NADA, ÚLTIMO TÉRMINO DE PROGRESO.

Réstanos averiguar cómo pretenden combatir el mal radical de la existencia los apótoles de esta nueva religión del pesimismo que ya tiene sus fanáticos y sus mártires, y con qué procedimientos esperan destruir ese mal. También conoceremos el principio de acción que se nos propone como el único digno de la nueva humanidad. Aquí se opera el paso de las teorías puras del pesimismo á la filosofía práctica. Después de haber hecho *tabula rasa* en la razón y en la conciencia del hombre, después de habernos desposeído de todos los fines ilusorios en torno de los cuales se agitaba nuestra incurable miseria, debe remplazarlas asignándonos un motivo razonable de vivir, un fin hacia el cual podamos dirigir útilmente nuestra vida errante en el vacío, ocupada en la inutilidad sacrificada á quimeras. De la consideración del *processus universalis* y del fin á que tiende, se deducirá el fin positivo que en adelante debe regular á la acción humana. La lógica exige que el hombre no separe su causa de la del universo y que haga, como dice Hartmann, «de los fines del *Inconsciente* los fines de su conciencia.» Bajo dos aspectos es el mismo

problema: renunciar al ser por sí mismo, llevar el Todo á la nada.

Tal es en su vaga y abstracta generalidad el importante concepto de la redención, que ocupa un lugar tan grande en la filosofía de la voluntad y en la del *Inconsciente*. Se trata nada menos que de compensar los sufrimientos de este Prometeo cósmico, del ser único que vive en la humanidad, pero que también vive en el resto de la naturaleza. Siendo el supremo mal la existencia, la ley del sufrimiento es universal; no tiene ni excepciones ni límites, se extiende tanto como se extiende el ser, bastante más allá del punto oscuro en que nace la conciencia, más allá de aquel en que aparece la forma orgánica; resuena vagamente en las últimas vibraciones del eter. Pero aunque todo lo que existe sufre, sólo conoce su sufrimiento la humanidad, y ella sola puede trabajar para su redención; gracias á ella debe cesar este tormento sin tregua que se impone á sí mismo lo absoluto con su constante esfuerzo hacia la existencia que siempre se renueva y se ve siempre castigada por el dolor. Es verdad que el remedio no es de fácil aplicación.

Para conseguir que la humanidad lo conciba, para convencerla de su eficacia, para decidirla á su aplicación, se necesitará mucho tiempo, largos esfuerzos, y numerosas generaciones de pesimistas tendrán que emplearse en esta tarea. Pero también será enorme la gloria de conducir al mundo al término supremo, al desenlace de esta tragedia lamentable en que trabajamos á nuestro pesar, mezclados los espectadores y los actores, y en la cual nos han precedido tantos siglos silenciosos, las innumerables y lentas evoluciones de la vida orgánica y de la naturaleza inorgánica, mudas víctimas de la misma fatalidad, personajes oscuros de este drama infinito y misterioso de las cosas.

El enigma del dolor, que es el mismo enigma del universo, es, pues, el hombre que está destinado á descubrirlo por el pensamiento y por la acción. En este punto concuerdan Hartmann y Schopenhauer. Seductor y místico es el acento con que ambos nos convidan á la obra de nuestra salud. Diríase que se está oyendo á unos profetas ó á unos místicos, siempre inspirados. «Sabemos — exclama Schopenhauer, imitando á San Pablo, que toda criatura suspira como nosotros por su redención, pero la espera de nosotros que somos los primogénitos del espíritu.» «Sí — repite Hartmann con un entusiasmo sombrío; — estamos en el mundo como los hijos preferidos del espíritu, y debemos combatir valerosamente. Si la victoria abandona nuestro campo y esteriliza nuestros

esfuerzos, no tendremos al menos nada que echarnos en cara. Sólo si estuviésemos hechos para vencer y perdiésemos la batalla por nuestra cobardía, recibiríamos nosotros (es decir el ser del mundo que vive dentro de nosotros), el castigo de soportar durante más tiempo el tormento de la existencia. Adelante, pues; trabajemos para el progreso universal, como los obreros de la viña del Señor.» Estos filósofos exhortan á las voluntades indecisas en un tono religioso, animándolos á despojarse de todas las formas del egoísmo que no es más que la perversidad obstinada en vivir contra su propio interés, contra el interés del mundo entero; al son de los cánticos y de los himnos pesimistas se libra la gran batalla de la muerte contra la vida.

Tratemos de hacernos cargo, siguiendo estas teorías, de la evolución del mundo y del fin que persigue. Sólo el pesimismo, según se nos asegura, ha podido apreciar este fin absoluto de las cosas á la luz siempre creciente de su principio, con el maravilloso instrumento de su lógica implacable, indiferente á todas las reclamaciones del sentido individual, sorda á las voces del instinto. La atenta lectura de un capítulo de la obra de Hartmann nos pondrá en estado de poder resolver esta grave cuestión, de la cual depende la de la redención del mundo.

Hay un fin supremo en la evolución del universo. Es un axioma más bien que un principio demostrado, que no puede ser infinita la serie de fines, y que cada uno en su serie no es más que

un medio con relación á la serie siguiente, que es necesario que haya un fin último y supremo, al cual se dirijan todos los fines intermediarios. Aceptemos el axioma en lo que es y en lo que vale. Si la serie de fines es necesariamente finita, ¿cual es la de todos los fines propuestos y que puede considerarse como la última explicación y el término del movimiento del universo?

¿Es la felicidad positiva? Toda la argumentación de la filosofía pesimista se ha dirigido contra esta solución. Recuérdense «los tres estados de la ilusión» recorridos instintivamente por la dolorosa experiencia de Leopardi, y descritos científicamente en el reflexionado análisis de Hartmann. El primer estado de ilusión nos ha conducido á esta verdad, que la existencia presente es mala; en el segundo estado se ha reconocido que la vida futura es una ilusión; por último, el tercer estado nos lleva á renunciar á la felicidad positiva, aun bajo la forma del progreso. Ningún período de evolución nos presentará la felicidad positiva realizada; todas las edades concuerdan en descubrirnos que sus contrarios, la desgracia y el sufrimiento, son los únicos que se producen en el universo, y que el progreso del mundo, al destruir la ilusión y desarrollar la conciencia, no hace más que acrecentar el mal.

Por otra parte, ¿puede creerse, sin divagar, que la evolución del mundo es su propio fin y que no se propone otra cosa, en las laboriosas vicisitudes del ser, que el juego pueril de un es-

pectáculo variado que se procura á sí misma? Evidentemente no. Esto sería contrario á la sabiduría absoluta que reconoce Hartmann al *Inconsciente*. Hay contradicción en admitir que la evolución sin un término ideal ó real y por sí misma constituye un bien absoluto. La evolución no es más que la suma de los momentos sucesivos que la componen: si cada uno de esos momentos no tiene ningún valor ó representa una cantidad negativa, la evolución total no tiene sentido. ¿Será la libertad, como algunos pretenden, el fin del *processus* del mundo? ¿Pero de qué libertad se trata? ¿De la del individuo? ¿Cómo puede su aislamiento y su separación del Todo constituir un bien absoluto? Y si se trata de la felicidad del Todo, ¿qué significa esto? Si el *Inconsciente* es el Uno-Todo, nada puede desde fuera ejercer sobre él influjo alguno.

¿Podría, como ha sostenido Kant, ser la moralidad el único fin racional de la evolución? Hartmann discute varias veces esta cuestión y la resuelve negativamente. Según él, la moralidad sólo tiene significación bajo el punto de vista de los individuos, es decir, que no pertenece al mundo de los fenómenos, ni al ser verdadero. El instinto de la individualidad es la conservación de su propio ser, y su forma necesaria es el egoísmo. Egoísmo é individualidad son términos inseparables; con el egoísmo nace el desprecio de los derechos ajenos, cuando están en conflicto con nuestro interés, es decir, la injusticia, el mal, la inmoralidad. Para ha-

cer contrapeso á los males necesarios del egoísmo, ha puesto el *Inconsciente* otros instintos en el corazón del hombre, como la piedad, el agradecimiento, el sentimiento de la equidad y el deseo de devolver bien por mal, sin los cuales la sociedad, ahogada por el egoísmo, no podría subsistir. Pero los maravillosos efectos de la moralidad y de la justicia no deben engañarnos en lo que á su naturaleza se refiere: no representan en el fondo más que ideas abstractas, que sólo se aplican á las relaciones de los individuos, entre sí ó con asociaciones de individuos, pero que no tienen ningún sentido con relación al ser verdadero, al Uno-Todo. «No son más que formas de relaciones entre fenómenos; no pueden tener un valor teológico absoluto.» Además, está demostrado que mientras la injusticia aumenta el sufrimiento en el mundo, es impotente la justicia para disminuirlo. No hace más que trabajar en el mantenimiento del *statu quo*; no edifica nada: su obra es de reparación, no de construcción. El bien que la caridad hace en el mundo no es nada comparado con los males que produce la violación de la justicia. «De todos modos, la moralidad positiva del hombre caritativo debe sólo considerarse como un mal necesario que previene otro mayor. Es más triste que haya personas para aceptar las limosnas que ventajoso que haya personas que las den.» Por último, si fuese la moralidad, según la doctrina de Kant, el fin absoluto del *processus*, se la vería sin duda aumentar con el tiempo, elevar su nivel, extenderse en

superficie y ganar en profundidad en las diferentes clases sociales. Hartmann pretende que esa es una pura ilusión de los filántropos y de las almas sensibles. Realmente, sólo ha cambiado la forma de la inmoralidad: la misma relación existe, con corta diferencia, entre el egoísmo y la caridad. Si nos extrañan la crueldad y la brutalidad de los tiempos pasados, no hay que olvidar que la rectitud, la sinceridad, el sentimiento vivo de la justicia, el respeto á la santidad de las costumbres caracterizan á los pueblos antiguos, mientras que vemos reinar en el día la mentira, la falsedad, la perfidia, el espíritu de burla, el desprecio de la propiedad, el abandono de la probidad instintiva y de las costumbres honradas, cuyo valor con frecuencia no se comprende ya. La perversidad ha quedado la misma, pero ha dejado los zuecos y se viste de frac. Nos acercamos al tiempo en que la injusticia tomará formas aún más pronunciadas, en que el robo y algunos otros fraudes condenados por la ley, se despreciarán como faltas vulgares, como torpeza inferior resultando sólo más hábil el que respete el texto de la ley, violando al mismo tiempo el derecho de los demás. La injusticia no se convertirá: quedará igual á sí misma, y la moralidad no aumentará un punto porque no sufrirá la legalidad. Habrá siempre, bajo distintas apariencias, el mismo fondo de egoísmo y de avidez: la suma de la inmoralidad es invariable en el mundo.

Esta falta de verdadero progreso en la realidad, basta, como dicen algunos,

para refutar la ilusión de los que pretenden con Kant, que el universo no tiene fin más elevado que el reino de la justicia sobre la tierra. Hay que buscar este fin en otra parte, en la dirección en que encontremos realmente un progreso determinado y constante, un perfeccionamiento gradual. Pero un signo semejante no se encuentra más que en el desarrollo de la conciencia del universo, es decir del pensamiento en que reflexiona el ser. Aquí vemos realizarse el progreso con mucha claridad y sin interrupción, desde la aparición de la primera célula, hasta la humanidad en su estado actual, y probablemente seguirá todavía mientras subsista el mundo. Todo contribuye á producir y á aumentar la conciencia, no sólo la perfección del sistema nervioso que le sirve de órgano, sino las condiciones mismas de la individualidad, el deseo de la riqueza, que aumentando el bienestar, da mayor libertad al espíritu, la vanidad, la ambición, la pasión de la gloria, estos estimulantes de la actividad intelectual, el amor de los sexos que lleva al perfeccionamiento de las aptitudes; en una palabra, todos los instintos útiles á la especie, que cuestan al individuo más sufrimientos que placeres, se convierten en ganancia pura y siempre creciente para la conciencia.

El continuo desarrollo de la conciencia marca la dirección en que debemos encontrar el fin de la evolución universal. Pero la conciencia en sí misma no es más que un medio para conseguir otro fin. Es sin duda el fin más elevado

que existe en el mundo; pero no puede ser ni un fin absoluto ni tampoco el fin de sí misma. Esto es lo que hay que comprender bien: «Está engendrada en el dolor, no prolonga su existencia más que en el dolor; y al precio del dolor compra su desarrollo. ¿Qué compensación hay aquí para tantos males? No es más que el espejo en que el ser se satisface mirándose. Si el mundo fuese bueno y hermoso, podríamos aprobar esa satisfacción. Pero un mundo absolutamente desgraciado, que no puede tener ningún placer en contemplar su propia miseria, que debe maldecir su existencia, desde el momento en que sabe juzgarla, ¿cómo puede un mundo tal considerar el agrandamiento aparente y puramente ideal de la personalidad en el espejo de la conciencia como el fin racional, el fin absoluto de su ser? ¿No hay bastantes sufrimientos en la realidad? ¿Es necesario reproducirlos como en una linterna mágica? No; la conciencia no puede ser el fin supremo de un mundo cuya evolución está dirigida por la sabiduría inmensa del *Inconsciente*.» Hay que buscar, pues, en otra parte el fin absoluto del cual el desarrollo de la conciencia sea sólo un medio.

Este fin sólo puede ser la felicidad. No sirve darle vueltas á la cuestión: no hay otro principio á que pueda atribuirse un valor absoluto, que podamos considerar como un fin en sí, nada que toque tan profundamente á la naturaleza propia, á la esencia interna del mundo. Todo lo que vive tiende á la felicidad: sobre ese principio descan-

san, á pesar de sus diversas formas, todos los sistemas de filosofía práctica. La aspiración á la felicidad es la esencia misma de la voluntad que busca el medio de gozar. ¿Pero no se ha declarado ya que es imposible la felicidad? ¿No ha demostrado el pesimismo que es insensato ese deseo, que todo es ilusión, decepción, sufrimiento en este trabajo, que el desarrollo progresivo de la conciencia sólo llega á un resultado negativo y á una conclusión triste, la locura del deseo de la felicidad? Aquí se nos presenta una antinomia: por una parte, el único desarrollo real que es sensible en el mundo es el de la conciencia, pero este desarrollo de la conciencia no es un fin en sí mismo, exige otro fin. Este fin absoluto no puede concebirse fuera de la felicidad; la felicidad es la única cosa que representa la fuerza de un motivo y la realidad de un fin. Por otra parte, no puede haber felicidad bajo ninguna forma real ni posible de la existencia; este es un punto sobre el cual no admite el pesimismo contradicción.

¿Cual será, pues, la solución de esta antinomia que presenta á la felicidad á la vez como necesaria y como imposible? La solución es muy sencilla en sí, aunque muy inesperada: no puede haber felicidad positiva, y la felicidad es, sin embargo, necesaria; puede haber, pues, ó mejor dicho debe haber una felicidad *negativa absoluta*, que es precisamente la negación misma del ser, la anulación total, el mejor estado que pueda conseguirse; es la ausencia de todo sufrimiento, la más alta felicidad

es la de no ser. La felicidad negativa de dejar de ser, ese es el fin supremo, el único fin lógico de las cosas, la explicación del *processus* universal, la fórmula soberana de la redención. No puede dudarse que este triunfo de la idea sobre el deseo de vivir ha de realizarse con el tiempo. Fuera de esta solución no habría más que una evolución sin fin, un *processus* que la necesidad ó las circunstancias detendrían algún día ciegamente. La vida sería una continua desesperación como un infierno sin salida. «Para nosotros—dice Hartmann—que reconocemos en la naturaleza y en la historia el movimiento grandioso y admirable de un desarrollo progresivo, que creemos en el triunfo final de la razón cada vez más esclarecida, nosotros confesamos nuestra fe en la realidad de un fin, que será la redención de todos los sufrimientos de la existencia; y debemos contribuir por nuestra parte, bajo la dirección de la razón, á terminar esta obra suprema.» De este modo se llega, por medio de un concepto razonado de la evolución, á suprimir la misma evolución.

Schopenhauer llegaba más rápida y más directamente á la misma conclusión, por una deducción de la naturaleza de la voluntad, que en cuanto se realiza no puede ser más que esfuerzo, cansancio y actividad contrariada.

Todo ser sufre, decía, puesto que no es más que un grado de *objetivación* de la voluntad; toda vida es tanto más dolorosa cuanto más se siente, y como la vida humana representa en su grado

más intenso el deseo de vivir, representa el máximo de dolor en ese máximo de conciencia. Nuestro mundo es, por la naturaleza misma de su principio, el peor de los mundos posibles: de ahí se deduce inmediatamente y sin tantos rodeos la necesidad científica de la nada.

De ese modo se encuentran, en las mismas consecuencias, el pesimismo resuelto y absoluto de Schopenhauer

con el pesimismo mixto y contradictorio de Hartmann, que sostiene que este mundo es el mejor de los mundos posibles, dado el hecho de su existencia, que es la peor de todas las cosas.

Una sinrazón lógicamente organizada, eso es para él el mundo actual; una locura administrada racionalmente y conducida hasta el punto en que ella misma se convenza de que es una locura, eso es la redención.



CAPÍTULO VII

LOS EXPEDIENTES Y LOS REMEDIOS PROPUESTOS POR SCHOPENHAUER CONTRA EL MAL DE LA EXISTENCIA.—EL BUDHISMO MODERNO.

La redención del mal de la existencia es el fin de toda filosofía pesimista; ¿con qué medios se obtiene este resultado? Antes de emprender el estudio del gran remedio, del que, finalmente, debe aplicarse al mal de la existencia, indiquemos algunos de los remedios provisionales que han sido propuestos por los filósofos pesimistas, no para destruir el mal, sino para reducirlo, para suspender momentáneamente su terrible acción sobre la conciencia. Estos expedientes, imaginados contra la sensación actual del mal, se reducen á dos: la ciencia y el arte. Por la ciencia y por el arte puede el sujeto de la voluntad, el individuo, el desgraciado esclavo de la vida, escapar durante algunos instantes á la conciencia de su individualidad y alcanzar un grado

superior de libertad, de paz y de serenidad, capaz de prometerle una redención futura.

Examinemos bajo este punto de vista el arte, sobre el cual Schopenhauer, siguiendo de cerca á Kant y comentándole, por decirlo así, ha desarrollado algunas ideas notables. ¿Cuál es el efecto más seguro del placer estético? Es la supresión momentánea de todo lo que constituye el cansancio de vivir, la supresión del egoísmo, un estado de completo desinterés en la contemplación pura de la idea. En este estado se despoja el espíritu de todo interés personal y de la miseria de la voluntad, como la idea del objeto se despoja á los ojos del artista de las imperfecciones del objeto particular y se idealiza en nuestro pensamiento. Por

una parte es la redención del sujeto que contempla, por otra parte, la redención de la cosa contemplada, que se eleva al estado de idea pura, de idea platónica, deshaciéndose de las condiciones del tiempo, del espacio y de la casualidad. «Mientras nos abandonamos á la inmensidad de nuestros deseos, de nuestras esperanzas y temores continuos, estamos sujetos á la voluntad y no tendremos ni placer ni reposo duraderos; el sujeto de la voluntad permanece bajo la rueda inexorable del Ixión. Pero cuando una circunstancia exterior ó una disposición interior nos eleva de pronto por encima del torrente infinito de la voluntad, cuanto el conocimiento redimido se apodera de las cosas redimidas de toda relación con la voluntad, es decir, fuera de todo interés personal, abandonándose por completo á ellas como á representaciones puras y no como á motivos, entonces el reposo, inútilmente buscado en otras partes, penetra en nosotros y nos llena de bienestar (tanto al menos como es posible, no pudiendo ser el bienestar la supresión del sufrimiento). Es el estado sin dolor que Epicuro apreciaba como el mayor bien y como la manera de ser habitual de los dioses. Nos vemos libres del árido esfuerzo de la voluntad. Es como el reposo del *sabbat* que celebramos al sentirnos por un instante libertados del trabajo en la prisión correccional de la voluntad. Por un momento se detiene la rueda del Ixión.»

Feliz estado aquel en que el espíri-

tu se abandona á la intuición, se sumerge en ella por completo, se deja llenar por la contemplación natural del objeto de arte que tiene delante, sea un paisaje, un árbol, ó bien un cuadro admirable. «El espíritu se pierde entonces con la conciencia de sí mismo, no subsiste más que como un sujeto puro, libre de toda relación con la voluntad, como un espejo claro del objeto, de modo que parece que el objeto está sólo sin que haya nadie para percibirle... El que tiene la intuición no se separa más de ella, formando ella con él un solo todo.» El objeto ya no existe, sólo existe la idea, es la forma eterna, por la cual se ha elevado el sujeto, se ha redimido; se ve libre del tiempo, libre de la voluntad, libre del esfuerzo, libre del deseo, libre del dolor; participa de lo absoluto, de la eternidad de la idea; ha muerto para sí mismo, sólo existe en lo ideal. ¿Qué importan entonces las condiciones y las formas de su individualidad pasajera? ¿Qué importa en ese estado de absoluto desinterés, que sea del fondo de una cárcel ó de un palacio de donde se contemple una puesta del sol? Ya no hay prisionero, ya no hay rey; no hay más que una intuición pura, una visión libre del ideal, una participación momentánea de la *idea* de Platón, un *noumène* de Kant, olvidado de la vida transitoria y del tormento diario, por un instante suspendido.

Seria la gloria ese estado si pudiese durar; pero es imposible que se prolongue un reposo tan ideal. Tanto para el que contempla la naturaleza, como

para el artista, es pasajera esta concepción objetiva del mundo y de las cosas. La tensión de espíritu exigida para ello, es artificiosa y está fuera de las condiciones de existencia; la naturaleza misma del deseo se opone á que se prolongue. El curso de la vida y del mundo, olvidados un instante, se renuevan para el artista y para el sabio, perdido en la contemplación de las leyes, y para el filósofo, absorbido por la meditación de lo absoluto. «Pronto vuelve el momento en que cada uno debe obrar con sus semejantes en la gran comedia de la vida y en que el hombre ensimismado, llamado bruscamente á su papel, sentirá el hilo del cual está suspendido y que le comunica el movimiento.» Luego no es más que una redención momentánea la que nos ofrecen la ciencia y el arte. Además, el empleo de esos medios no está al alcance de todos en la ruda batalla por la vida que libran la mayor parte de los hombres, para los cuales el pan de cada día es el más importante problema. Privilegio de pocos, no pueden consolar estos remedios á la inmensa muchedumbre humana, ni disminuir el peso de su miseria; son provisionales y relativos, no sirven más que un instante, y el sufrimiento llena pronto la existencia de los más favorecidos por el ideal. Todo esto es insignificante, comparado con la cantidad de desgracia y de sufrimiento que llena el mundo. Contra un mal universal y absoluto, se necesitan otras armas mejor templadas, que estén al alcance de todos los hombres, que hieran al mal

profundamente en su raíz y le destruyan.

¿Existe un remedio universal y absoluto como lo es el mal de la existencia á que debe combatir? ¿Es de una eficacia segura, es de fácil aplicación? Ya veremos que no es tan sencillo como se cree el convertir en la nada al ser; el ser resiste á todas las tentaciones de este género por una fuerza indomable, cuyos dos tipos son, en el orden físico, la indestructibilidad del átomo, en el orden moral, la persistencia del deseo de vivir. ¿Cómo se podrá, pues, verificar «ese paso de la sensibilidad y de la voluntad, á la insensibilidad del no ser absoluto?» Esto es lo que pregunta Hartmann, sin desconocer la dificultad del problema. Pero trata de franquear ese paso formidable, siguiendo á Schopenhauer, y veinticuatro siglos después de una tentativa análoga, la que en la historia religiosa del Oriente está marcada con el nombre de Buda. ¿Ha tenido más éxito Hartmann que sus predecesores en este extraño y peligroso esfuerzo de la razón? Nuestros lectores lo juzgarán. Nos ha parecido curioso presentar las tres soluciones propuestas para la conversión del ser á la nada con los comentarios y con las críticas que han levantado cada una de ellas, la de Cakya-Mouni, rectificada por Schopenhauer, la de Schopenhauer destruida y reemplazada por Hartmann. Veremos si la solución que nos ofrece la nueva filosofía del *Inconsciente*, presenta menos dificultades que las otras dos, y levanta menos objeciones. Después de

todo, cuando se trata de atacar á todas las energías de la voluntad humana, á todas las fuerzas de la naturaleza, de separarlas de su aspiración al ser y de hacerlas volver á la nada, no es de extrañar que se muestren indóciles los espíritus, y puede concedérsenos que haya derecho de ser exigentes en esta materia. Al final de este examen comparado, se nos impondrá una conclusión: que es en definitiva muy difícil que muera el universo, sea porque no se hayan encontrado razones convincentes para determinarle á ello, ó medios de hacerle comprender la razón, sea porque el procedimiento práctico no sirva para procurarle el bien de esta anulación. Es cosa fácil demostrar los sufrimientos del ser y la necesidad de que terminen; este es el proyecto, cuya ejecución tiene aún tantos lunares, después de tres tentativas tan grandes.

Hay que fijar bien los puntos: no se trata aquí, ni para el budista ni para el pesimista cansado de la vida, de morir pura y simplemente; matarse es una verdad demasiado fácil y nada resuelve. En primer lugar el suicidio destruye al individuo y no á la especie, y menos aún destruye á la naturaleza; bien mirado tampoco resuelve la cuestión del individuo. Una muerte de ese género, completamente material, no ataca á la esencia de la voluntad, que sobrevive á esta forma efímera, destruida por un golpe de desesperación sin consecuencia filosófica, sin resultado útil para el porvenir. De modo que no es la existencia momentánea la que

hay que extinguir, es el principio de esta existencia, lo que llama Schopenhauer el deseo de vivir, destruyendo la mentira de las formas y de los fenómenos que mantienen la absurda tenacidad del deseo. Esto es lo que importa suprimir en nosotros; el resto sólo es un calmante que no tiene valor alguno, un accidente de poca monta. Como dice Schopenhauer, fiel intérprete del pensamiento de Çakya-Mouni, el suicidio, lejos de ser la negación del deseo de vivir, es la afirmación de esta voluntad en su más alto poder. Lo que determina este acto, es el amor de la vida llevado hasta el odio de su contrario el dolor. El hombre que se mata, desea en realidad la vida de un modo exclusivo, quiere la vida feliz; no puede sobrellevar la privación de la felicidad. Si le quitasen el sufrimiento, se precipitaría con ansiedad en la alegría de la vida. El suicida no rechaza, pues, más que una forma accidental de la vida, no la vida misma. Lo único que importa, lo único que tiene carácter moral, es la negación filosófica que consiste en negar la vida, no sólo en sus dolores, sino en sus placeres y en su falsa felicidad, en reconocer la nada, en penetrar la sinrazón.

Sólo con esta condición puede esperarse que se atacará á la raíz de la existencia cortándola para siempre. Mientras no se dé fin al principio del deseo de vivir, suscitará otras formas que sucederán á las primeras, y el círculo de la miseria humana comenzará de nuevo. El fondo de la filosofía primitiva y nacional de la India es el dog-

ma de la metempsícosis, la creencia de que el efecto de nuestras buenas y de nuestras malas obras nos sigue, no se separa de nosotros, y que resucita con nosotros á través de las existencias ulteriores, y al mismo tiempo el temor, el horror de que esas existencias sucesivas que no son más que una pesadilla ó un suplicio, continuen sin detenerse jamás. Esa pesadilla es la que hay que terminar á todo precio, pero esto no puede hacerse sino rompiendo el encanto del sueño y convenciéndose uno de que realmente lo es. Este suplicio, oculto bajo las formas del deseo y del placer, hay que hacerlo cesar, y esto no se conseguirá sino deshaciendo el prestigio que le envuelve y que nos atrae irresistiblemente al dolor. La obra que hay que emprender es, pues, del orden intelectual y moral, no físico. No es una puñalada que destruye el encanto, es la meditación, es el ascetismo. Schopenhauer llega por medio de un razonamiento análogo á la misma conclusión, á la condenación del suicidio físico. Pero en el siglo XIX no se atreve nadie á hablar de metempsícosis, se nos habla de palingenesia. La diferencia no es grande. Para Schopenhauer como para Buda, para Kapila, para todos los filósofos indios sin excepción, hay un principio de ser indestructible. Schopenhauer llama la Voluntad lo que los filósofos indios llaman Brahma, el fondo misterioso de todo ser, la fuerza universal. Por virtud de este principio, nada de lo que ha sido puede dejar de ser. De ahí nacen dos consecuencias, el renacimiento in-

definido del ser que ha dejado de vivir, menos la inteligencia y el recuerdo, que se extinguen con el sujeto *cognoscente*, y la reaparición de las cualidades buenas ó malas, resultado de las costumbres contraídas en las existencias anteriores, lo cual constituye la vida anterior, el carácter innato de todo hombre que viene á este mundo. Sea la metempsícosis, sea la palingenesia admitida, el resultado es el mismo: el suicidio no es un remedio, es un calmante del mal; el que se mata es un loco, lega á su sucesor, que será él mismo, una voluntad violenta, llena de ilusiones de la vida, por las cuales se ha matado estúpidamente; no ha resuelto nada, todo queda en el mismo estado que antes. Lo que importa no es morir, sino vivir, extinguiendo gradualmente en sí mismo la llama de la vida, persuadiendo con inflexible dulzura al principio del ser de que se quiere renunciar á la existencia; es el suicidio moral el que importa, lo demás no es nada.

Casi en los mismos términos proponía Çakya-Mouni, el antecesor filosófico de Schopenhauer, el problema de la redención. Lo que no dejaba de recomendar con su ejemplo y con sus teorías, era que no se suprimiese el accidente de la vida, necesario para procurarnos el tiempo y la materia de la meditación, sino que se destruya el deseo imperecedero que sostiene la existencia y la renueva bajo otras formas; elevarse á la conciencia plena y entera de la desgracia del ser y de la sinrazón de todo deseo, con el objeto de

encontrar la fuerza necesaria para morir, para entrar después de la muerte en la nada, para dejar de renacer á la vida. «La verdadera sabiduría consiste en comprender la nada de todas las cosas, en desear la nada, extinguirse, entrar en el nirvana.» La rendición se obtiene por la extinción completa. «Si la existencia hace la desgracia, la no existencia hace la felicidad»; todos estos términos son equivalentes. Cualquiera que sean las diferentes opiniones que se hayan sostenido sobre la interpretación del nirvana, parece cierto que aquella es la verdadera interpretación, al menos en el pensamiento de Çakya-Mouni, antes de adaptarse y de descender al nivel de las creencias populares. La expresión más precisa de esta doctrina se encuentra en las *Svabhavikas*, traducidas por primera vez por M. Eugenio Burnouf: «*Sunyata* (el aniquilamiento) es nn bien (podría decirse el mayor bien), á pesar de no ser nada; porque fuera de él está condenado el hombre á pasar eternamente á través de todas las formas de la naturaleza, condición á la cual es preferible la de la nada.» Parece establecido por la etimología de la palabra, que el alma humana, en el nirvana, no está absorbida, como dicen los bramanes, á la manera de una gota de agua en el Océano, pero que al llegar á la perfección se extingue como una lámpara, según la expresión consagrada de los budistas en la célebre estancia que ha guardado la tradición de la muerte de Çakya-Mouni: «Con un espíritu que no desfallecía, ha

sufrido la agonía de la muerte; como la extinción de una lámpara se ha verificado la redención de su inteligencia.» La redención es en este lugar la nada: ¿qué le queda á la llama cuando se ha extinguido?

La preparación al nirvana es el ascetismo, y es también la práctica de la simpatía universal por todo lo que vive. La individualidad no es más que una ilusión. «Tú eres esto, tú eres aquello, tú lo eres todo»—decía Buda;—de ahí sus consejos: «mucha mansedumbre, mucha compasión»; y después añadía: «muchísima indiferencia.» Mientras recomendaba la dulzura para con los demás seres, aconsejaba á todos que fuesen implacables consigo mismos. Las reglas de su enseñanza moral, resumidas en los diez mandamientos destinados á sus discípulos, son de un rigor ejemplar; los preceptos impuestos á los religiosos y á las religiosas son de una austeridad terrible. Les estaba prescrito que sólo se vistiesen de harapos recogidos en los cementerios; no podían poseer nada, tenían que vivir de los residuos que les echaban en sus vasijas de madera; tenían que vivir en los bosques, sin más abrigo que las ramas de los árboles; podían extender su alfombra al pié del árbol que habían escogido para refugiarse, y sentarse sobre ella; pero no les estaba permitido echarse encima, ni siquiera para dormir. De vez en cuando tenían que pasar una noche en los cementerios para meditar allí sobre la vanidad de todas las cosas. El mismo Buda igualaba y dejaba atrás ese género de vida

que imponía á sus discípulos. No debe verse en esto algo como el principio de la preparación á la vida eterna ó como un medio de ganar el cielo: es el principio de supresión gradual de todo deseo, el aprendizaje de la nada.

En las *cuatro verdades* completa Buda su enseñanza dándonos las últimas fórmulas de la redención y las operaciones psicológicas que la realizan. Podemos resumirlas con el ejemplo del mismo Buda, recogido por sus discípulos, y que nos presenta en actos la teoría que había enseñado. El sabio pasa del primer grado de la contemplación cuando ha llegado á conocer la naturaleza de todas las cosas, y que no tiene más deseo que el del nirvana; pero ahí existe aún un sentimiento de placer, el juicio y el racionio. En el segundo grado cesan el racionio y el juicio; en el tercer grado desaparece el sentimiento vago de satisfacción, que proviene de la perfección intelectual; en el cuarto grado se desvanece la conciencia confusa del ser: aquí se abren las puertas del nirvana. Ahora son otras esferas, donde la palabra y el pensamiento no pueden apenas adaptarse á lo ininteligible. Cuatro esferas se escalonan delante de Buda: la región de lo infinito en espacio, la región de lo infinito en inteligencia, después la tercera esfera, donde nada existe; por último, la cuarta, donde desaparece la idea de la nada. El nirvana se ha realizado; la peregrinación ha sido ruda y larga: en esta última región está el vacío de toda forma y de todo ser, así como también de todo concepto: ni hay

ideas ni ausencia de ideas. La ausencia sentida de las ideas sería una idea; aquí ya no hay nada, ni siquiera el sentimiento de la nada, que sería algo: es la nada absoluta.

De esta región ya no se vuelve á otra. El nirvana no abandona su presa. Tal es la vertiginosa altura á que se ha elevado la inteligencia contemplativa de ese asceta indio; esto es lo que ha imaginado para escapar al horror de la transmigración, para romper el eterno círculo de las existencias en que el bramismo encerraba al alma miserable, condenada durante una eternidad á los duros trabajos de la vida; esto es lo que ha intentado su audacia para extirpar en el hombre la última raíz del ser. Que esta locura metafísica, esta embriaguez de la muerte, este objetivo apasionado del no ser; que todo esto haya sido inventado y propagado, por una especie de contagio irresistible, entre razas soñadoras, en numerosas poblaciones aniquiladas por la servidumbre y por la miseria, y que encontraban en esta esperanza desesperada el único remedio al horror de revivir siempre para ser presa del hambre, de la sed, del trabajo implacable bajo un clima de fuego, todo puede concebirse en esos siglos de enervante misticismo y de absoluta ignorancia frente á una naturaleza hostil, cuyas fuerzas no se habían medido aún y cuyos resortes eran desconocidos. Podía creerse que se era dueño de la vida y de la muerte, que bastaba renunciar al ser para dejar de existir, y creían conjurar el eterno espectro de la existencia por una

especie de magia inocente del alma, que suprimía gradualmente en sí todas las energías, destruyendo uno á uno todos los fenómenos. Pero en pleno siglo XIX, en la edad de la ciencia experimental; cuando los dominios de lo real, de lo posible y de lo imaginario están tan deslindados; cuando se ha conquistado ese criterio tardío, que no sirve para saberlo todo, pero sí para distinguir lo que se sabe de lo que se ignora; que un hombre tan perspicaz, tan poco susceptible de engañarse y de ser engañado, tan sabio como Schopenhauer, quiera volver á la teoría del nirvana, pretenda destruir, no sólo la vida, sino el ser, que empiece de nuevo con la seriedad de un Buda esta obra irracional, la deificación de la nada, esto supera á toda creencia; y, sin embargo, lo hemos visto en nuestros días. Merece que se exponga á los ojos del público como uno de los fenómenos más sorprendentes de una edad y de una raza científicas.

En el fondo hay poca originalidad en «el concepto de la redención», tal como nos lo propone Schopenhauer. El budismo es, con una forma religiosa, la expresión anticipada de su filosofía y de su moral. Sólo en dos puntos podrían señalarse algunas diferencias, más, sin embargo, en la intención que en el hecho, entre las dos doctrinas del nirvana, la del asceta indio y la del filósofo de Francfort. Schopenhauer procede, en su opinión al menos, de un modo lógico y filosófico. Mientras que el místico—dice (Buda sin duda)—*empieza desde adentro*, parte de su ex-

periencia interna, individual, en la cual se reconoce como esencia eterna, universal, imponiendo todo lo que dice como si debiese ser creído bajo palabra, porque no le es posible probar nada, el filósofo, al contrario, parte de lo que es común á todos, del fenómeno objetivo, del hecho de conciencia, tal como se encuentra en cada cual. Su método es la reflexión sobre los hechos del mundo exterior; se vale de la intuición, tal como la encuentra en nuestra conciencia, y pretende que prueba sus asertos. El místico forma una teología, el filósofo completa una cosmología.

En otro punto pretende el filósofo alemán que difiere de Buda, porque aspira á la redención de la especie humana entera, de toda la naturaleza, mientras que el nirvana de los budistas es la recompensa y el privilegio de los sabios, de los que han abrazado la moral de los diez mandamientos y el sistema de las cuatro verdades. Schopenhauer tiene la ambición de extender la mágica influencia de sus operaciones más allá del individuo, hasta la misma humanidad, más allá de la humanidad, al universo entero. En el hombre es donde más se eleva la voluntad, que considerada en sí misma, es un deseo ciego é inconsciente de vivir y que ha atravesado todos los grados de la naturaleza inorgánica, el reino vegetal y el reino animal, antes de llegar, en el cerebro humano, á la conciencia de sí misma. Este es el último término conocido de la ciencia de la voluntad: sólo en ese grado se pro-

pone la alternativa que ha de decidir de su suerte, su eterna desgracia ó su reposo definitivo; la afirmación ó la negación del deseo. No es natural suponer que la voluntad alcance más allá, y, además, no lo necesita, porque en ese grado se presenta la alternativa con perfecta claridad. De la decisión del hombre dependerá, pues, no sólo su porvenir, sino el porvenir del universo. El hombre es el que realmente es el redentor de la naturaleza; es, á la vez, el sacerdote y la víctima.

En cuanto á los procedimientos de la redención, se parecen mucho á los que ya hemos visto en la obra de las operaciones psicológicas y fisiológicas de Çakya-Mouni, el despojo gradual de todas las formas y de todos los fenómenos de la individualidad, la renuncia metódica á sí mismo, el ejercicio de la penitencia y del sacrificio. Si la voluntad, en la terrible alternativa que se le presenta, ha escogido el negarse á sí misma, «entrámos, como dicen los místicos, en el reino de la gracia: es el mundo verdaderamente moral en que empieza la virtud por la compasión y por la caridad; se completa por el ascetismo y se propone la perfecta redención».

La base de la moral que conduce á la redención es la simpatía, es la compasión, es la caridad. Parece que se está oyendo á un discípulo de Buda:

«El que ha reconocido una vez la identidad de todos los seres ya no distingue entre su persona y los demás; goza de las alegrías ajenas como de las suyas propias; sufre con los dolo-

res de sus semejantes; al contrario de lo que ocurre con el egoísta, que abriendo un abismo entre su persona y la de los demás, y considerando su individualidad como la única real, niega prácticamente la realidad de las demás... La compasión es ese hecho asombroso, por el cual vemos que se borra la línea de demarcación, y que el no yo se convierte en cierto modo en el yo... La misma justicia es un primer paso hacia la resignación: bajo su verdadera forma es un deber tan pesado, que el que quiere cumplirlo por completo debe sacrificarse á ella; es un medio de anularse y de anular el deseo de vivir.» De modo que las virtudes sólo son virtudes por ser medios directos ó indirectos de renunciar á sí mismo; toda la moral comprendida en su verdadero sentido, es una abdicación metódica del sentido propio, una extinción racional de todas las formas del deseo, un sacrificio perseverante de la voluntad que es el fondo del ser, una negación filosófica del mismo ser.

Esta teoría de las virtudes es esencialmente budista; Çakya-Mouni no vacilaría en reconocer en su autor á uno de sus adeptos preferidos, á uno de sus religiosos favoritos. Mas para nosotros, que hemos conocido íntimamente á Schopenhauer, gracias á las confidencias de sus entusiastas y de sus amigos, particularmente de Frauenstaedt y de Gwinner, no podemos evitar una sonrisa á la lectura de esas teorías; comparamos involuntariamente esa predicación de la *gran mansedumbre* con la violencia de sus

odios, con la injusticia y con la sabia brutalidad de sus anatemas contra sus adversarios, especialmente contra los hegelianos y los profesores de universidad, á los cuales acusa de ser «unos criados que están de rodillas ante el poder, unos farsantes, mogigatos, hipócritas». Léanse todos sus sermones sobre la renuncia al sentido propio, sobre la humildad necesaria que es una forma del despojo de sí mismo, sobre la dulzura universal y sobre la compasión hacia todo lo que vive, y compárense con ese rumor crónico que le anima contra el público ingrato, contra la estupidez humana, contra la «canalla soberana». Ese dulce asceta, que parece que rebosa simpatía universal, era el hombre más fogoso, un misántropo exasperado, un misionero rabioso. Frauenstaedt trata de distinguir, porque así conviene á sus propósitos, entre una misantropía desinteresada y una misantropía egoísta: la primera objetiva y moral, nacida del conocimiento de la maldad en general y del horror al vicio; la segunda subjetiva é inmoral, que se dirige directamente á los hombres. Todas estas distinciones son muy sutiles y no impiden que una moral tan desinteresada pierda su efecto en la boca de un hombre cuyo corazón está enamorado de sí mismo, embriagado por la exaltación de su sentido propio, lleno de desprecio para los demás.

La moral es la iniciación necesaria á la renuncia. Pero el procedimiento más activo de esta negación del deseo de vivir, es el ascetismo, la mortifica-

ción regular de este deseo ciego por las prácticas que doman la carne bajo los golpes de la disciplina ó por las más duras privaciones, extinguiendo la llama corruptora y malsana de la vida hasta que se extinga voluntariamente y por sí misma. Después de la moral viene el aprendizaje necesario de la redención, que es como el segundo grado del noviciado en la busca del nirvana: «Siendo el cuerpo la voluntad visible, negar el cuerpo es negar la voluntad.» En todos tiempos se ha presentado este ejemplo en el mundo, sin que el mundo haya comprendido su significación, sin que los mártires voluntarios hayan comprendido el valor y la belleza de esas sangrientas mutilaciones que los penitentes indios y los fakires ofrecen aun en el día á los ojos del mundo, ó de esas prácticas rigurosas más difíciles porque no las sostiene la exaltación del espectáculo por las cuales los anacoretas del cristianismo y los santos probaban su fuerza moral sobre el cuerpo herido y humillado.

Todo esto se comprende aunque no es muy práctico; pero menos lo es el procedimiento que recomienda Schopenhauer, y que llama la muerte por inanición. Ya sabemos que reconoce que el suicidio violento y directo es un acto inútil y absurdo, porque no asegura la negación de la Voluntad; pero admite que la muerte voluntaria por inanición es la forma más perfecta que puede adoptarse para realizar esta negación. Hartmann, familiarizado con el pensamiento de Schopenhauer, declara que

no comprende bien lo que ha querido decir el Buda moderno. ¿Podrá uno renunciar á tomar alimento para matar el cuerpo? Esto sería un caso particular de suicidio, y el que se matase por hambre voluntaria demostraría, lo mismo que el que se mata con un puñal, que no está en estado de negar y de suprimir directamente en sí el deseo que le sujeta á la vida. Puede que haya querido decir Schopenhauer que por un esfuerzo de la voluntad puede producirse momentáneamente la suspensión de todas las funciones que dependen de esa voluntad, bajo forma inconsciente, como las pulsaciones del corazón, la respiración, la digestión, todos los actos fisiológicos y los movimientos reflejos que constituyen y garantizan nuestra vida orgánica, y que entonces el cuerpo se descompondría como un cadáver. Pero esto es materialmente imposible, y es pura quimera el creer que podrá destruirse así.

¡Cuánto más claro, más eficaz, más directo es el procedimiento del ascetismo, que consiste en la obligación de mantenerse en una pureza voluntaria y absoluta! A ese ascetismo invita Schopenhauer á la humanidad en términos seductores, incisivos, que no admiten réplica ni aplazamiento. Nos invita á una extinción en masa de la humanidad futura por una resolución unánime y gloriosa, por una especie de suicidio genérico y colectivo que no sólo niega la forma y la voluntad individualizadas en el cuerpo, sino el principio de la voluntad en la especie,

agotando de una vez la fuente de la vida y el flujo de las generaciones. Schopenhauer despliega sobre este punto una elocuencia y una abundancia maravillosas de argumentos y de exhortaciones, bien sea que sintiese instintivamente que en ello encontraría la mayor resistencia y una indocilidad invencible, aun en los sectarios más fieles.

Bajo este punto de vista de la castidad obligatoria, juzga los sistemas religiosos, según los encuentra más ó menos propicios á la próxima supresión de la humanidad. Exceptuando las religiones optimistas como el helénismo y el islamismo, todas las demás han recomendado, según Schopenhauer, esta forma excelente y superior del ascetismo. «En este sentido, no tiene el cristianismo más rival que el budismo, y entre las comuniones cristianas el catolicismo, á pesar de sus tendencias supersticiosas, tiene el mérito de mantener rigurosamente el celibato de los sacerdotes y de los monjes. Los protestantes, al suprimirlo, han destruido la esencia misma del cristianismo para llegar á un racionalismo, religión muy buena para los pastores pero que no tiene ya nada de cristiana. Ha sido un mérito del cristianismo primitivo el haber tenido la clara intuición de la legación del deseo de vivir, aunque haya dado erradas razones en apoyo de una tesis excelente.» Y aquí emprende Schopenhauer con profunda erudición un examen de los Padres de la Iglesia. Cita autoridades de todas las categorías,

ilustres y oscuras; al lado de San Agustín y de Tertuliano, recuerda el evangelio de los egipcios: «El Salvador ha dicho: Yo he venido para destruir las obras de la mujer; de la mujer, es decir, de la pasión; sus obras, es decir, la generación y la muerte.» Se apropia los textos, los comenta con pasión, goza como si viese en ellos la fórmula de la salvación.

Esto es, sin embargo, lo más claro de su teoría: la supresión del comercio sexual; el resto no es más que palabras y pura quimera. Suprimir la vida directamente, destruir su principio y su fuente, no en las categorías especiales de los monjes, de los sacerdotes ó de los célibes laicos, sino en la humanidad entera, por un acuerdo espontáneo de todas las inteligencias, de todas las voluntades; concertar este acto grandioso de abstención voluntaria que burlará todos los ardides del genio de la especie; convertir de un solo golpe en la nada todos los siglos futuros y todas las generaciones que suscitamos, sin consultarlas, á la vida, al sufrimiento; detener la historia en la hora actual del globo y no dejar herederos de nuestras miserias, poder, en fin, decir como el poeta:

«Ya no hay hombres bajo el cielo, somos los últimos.»

¿Qué sueño más hermoso, que la determinación de los hombres podría convertir en realidad! ¿Qué hombre no se obligaría con entusiasmo y sin vacilar á este programa, á celebrar ese *sabbat* universal de la redención, cuando la

razón esté más esclarecida y haya llegado el reino de Schopenhauer sobre la tierra? A esta decisión del hombre se añadirá, por efecto de la solidaridad de todos los seres, la redención de la naturaleza entera. «Yo creo poder admitir — exclama Schopenhauer — que todas las manifestaciones fenomenales de la Voluntad se sostienen entre sí, que la desaparición de la humanidad, que es la manifestación más alta de la Voluntad, arrastraría la del animal, que no es más que un reflejo debilitado de la humanidad, y también la de los demás reinos de la naturaleza que representan los grados inferiores de la Voluntad. De este modo se desvanece el fenómeno del sueño ante la brillante claridad del día.»

Tal es la apocalipsis. Esperando el fin del mundo y con intención de prepararle, dicen que hay en Alemania, y particularmente en Berlín, una especie de secta schopenhauerista que trabaja activamente en la propaganda de estas ideas y que se reconoce por ciertos ritos, por determinadas fórmulas, como una francmasonería consagrada por juramentos y por prácticas secretas á la destrucción del amor, de sus ilusiones y de sus obras. Se nos asegura que esta secta publica folletos misteriosos, llenos de informes y de instrucciones del mayor interés bajo el punto de vista de la patología moral, pero de un efecto muy cómico sobre los lectores que no están iniciados. El apostolado de algunos prosélitos llega á un grado tal, que no puede la pluma describirle. Cuando la teoría de una

castidad de este género, completamente negativa, se produce en espíritus y en corazones que no son castos, en vista de fines quiméricos como la destrucción del mundo, conduce en la práctica á un sistema de compensaciones que no son otra cosa sino desarre-

glos horribles. Nada se gana con querer detener la naturaleza que desea vivir, que debe vivir y que se rebela contra esos frenos imaginarios. Pervierte las imaginaciones, causa la depravación de los sentidos, y esa es su venganza.

CAPÍTULO VIII

LA REDENCIÓN DEL MUNDO POR SUPRESIÓN VOLUNTARIA, SEGÚN HARTMANN.
UN ENSAYO DE SUICIDIO CÓSMICO.

La teoría de Schopenhauer se resume en el ascetismo y en algunos procedimientos prácticos, como la muerte voluntaria por inanición y la supresión del comercio sexual. Hartmann ha criticado severamente á su predecesor en el pesimismo. Sobre todo por el desacuerdo entre el concepto de la redención y los principios esenciales del sistema Schopenhauer; y también por la inutilidad de sus procedimientos bajo el punto de vista de la redención final.

La Voluntad es la esencia universal y única del mundo; el individuo no es más que una apariencia subjetiva. Pero aunque fuese un fenómeno meramente objetivo del Ser, ¿cómo podría suprimir por su autoridad propia la voluntad individual, como un todo distinto, si no es más que un rayo de la voluntad universal? ¿Qué derecho puede tener el hombre, que no es más que el fenómeno, sobre la existencia de ese fenomé-

no que sólo emana de su principio? Admitamos, sin embargo, que se realice esta imposibilidad; ¿que sucedería? Sea; se muere un hombre, un hombre, es decir, una de las formas múltiples bajo las cuales se ha objetivado la voluntad del Uno-Todo. ¿Qué sucede después? No sucedería ni más ni menos que lo que ocurre siempre que muere un individuo, cualquiera que sea la causa. El caso sería exactamente el mismo que si una teja al caer hubiese matado á ese individuo. La Voluntad inconsciente continua después como antes, sin haber perdido nada de sus fuerzas, sin que se haya disminuido en nada su deseo infinito é insaciable de vivir; continua desarrollando la vida dondequiera que pueda realizarla. El esfuerzo para anular la voluntad de vivir, mientras sólo se trate del individuo, es tan estéril como el suicidio y más insensato aún que éste, por-

que al precio de largos sufrimientos llega al mismo resultado. El *Inconsciente* no se instruye por experiencias individuales. Supóngase que ha desaparecido la humanidad renunciando á reproducirse. El mundo, como mundo no dejaría de vivir y se encontraría en la misma situación que la que ocupaba inmediatamente antes de la aparición del primer hombre sobre la tierra. El *Inconsciente* aprovecharía la primera ocasión para crear un hombre nuevo ó una especie análoga, y todas las miserias de la vida emprenderían otra vez su curso.

Lo que se necesita para procurar al universo el beneficio de la redención final, es un medio de obrar, no sobre la voluntad individual de un hombre ó sobre la voluntad genérica de la especie humana, lo cual es todavía muy insignificante, sino sobre la voluntad universal, sobre el principio mismo de las cosas. Aquí se eleva y se generaliza la cuestión; ya no se trata del suicidio del hombre ó de una especie; se trata del suicidio de un mundo. Hartmann tiene la buena fe de confesarnos que esta operación es difícil, y nosotros le creemos bajo palabra. Este acto pondrá término al *processus* del universo; «será el acto del último momento, después del cual no habrá ni voluntad ni actividad, después del cual, como dice San Juan, el tiempo habrá cesado de existir.» ¿Será capaz la humanidad de este grandioso desarrollo de conciencia, que debe preparar ese acto supremo, la renuncia absoluta de la voluntad? ¿O bien apare-

cerá una raza superior de animales sobre el globo para emprender de nuevo la tarea interrumpida por la humanidad y conseguir su fin? ¿O bien, en fin, está destinada nuestra tierra á ser el teatro de nuestros abortos para aumentar más tarde el número de los astros helados, legando la espléndida herencia del esfuerzo y del éxito á algún planeta invisible? Todo esto es incierto, pero lo que sí es verdad, es que en cualquier sitio en que el drama se termine, el fin y los elementos del drama serán los mismos que en el mundo actual. Puede suponerse, pues, para mayor claridad, que es la humanidad la destinada á conducir el *processus* del mundo á su coronamiento, la anulación final. Hartmann ha tratado de darnos una idea de este fin de la evolución del mundo, en el caso en que fuese el hombre y no otra especie desconocida, quien estuviese llamado á resolver el gran problema. En los caminos extraños que nos abre aquí la fantasía colosal del pensador, procuraremos seguirle lo más cerca posible, cerrando nuestro espíritu á las objeciones y tratando de comprenderle. No es fácil la tarea.

La primera condición para alcanzar el término de la evolución, es que llegue un día en que la humanidad concentre en su seno tal cantidad de inteligencia y de voluntad cósmicas, que la voluntad y la inteligencia repartidas en el resto del mundo, parezcan insignificantes en comparación. Esto no es absolutamente imposible, nos dicen, pues la manifestación de la vo-

luntad en las fuerzas atómicas es de una especie muy inferior, relativa á la que se manifiesta en el vegetal, en el animal, y con mayor razón en el hombre. Puede, pues, legítimamente suponerse que la mayor parte de la voluntad en acto ó de las funciones del espíritu se capitalizará un día en la humanidad, á consecuencia de la elevación progresiva de la población del globo. Pues bien, ese día bastaría que la humanidad no quisiese vivir para que el mundo entero desapareciese, porque ella representaría sola más voluntad que el resto de la naturaleza. Esta parte de la voluntad que se niega á sí misma, destruiría al destruirse, la parte más débil y menos grande que se expresa en el reino inorgánico. En esta balanza gigantesca en que pesan los destinos del universo, se inclinaría el platillo del lado de la voluntad humana, que arrastraría hacia la nada la voluntad ciega que del fondo de sus tinieblas aspira todavía al ser. La cosa es clara: sólo se trata para el hombre, agente de salud del universo, de *atraer* á él la mayor cantidad de voluntad cósmica ó de adquirir con dulzura, poco á poco y como por infiltración, y cuando sea el amo, esa voluntad, y decidirla á que se aniquile. Nada más sencillo, en verdad.

La segunda condición para que este suicidio gigantesco del mundo pueda realizarse, es que la conciencia de la humanidad se penetre profundamente de la locura de la voluntad, que se deje arrastrar por un deseo absoluto de reposo, que se haya convencido de

tal modo de la vanidad de los motivos que sujetan hasta el presente al hombre á la existencia, que la aspiración á la nada se convierta sin esfuerzo alguno en el único y en el último motivo de su conducta. Se nos asegura que esta condición se realizará en la vejez de la humanidad. La certidumbre teórica de la desgracia de la existencia se admite ya como una verdad por los pensadores; con el tiempo seguirá triunfando sobre las resistencias instintivas de la sensibilidad y sobre los prejuicios de la multitud. Pasará quizá mucho tiempo antes que esta idea, que no ilumina actualmente más que á las cumbres de la conciencia humana, se extienda por las regiones inferiores y adquiera el poder universal de un motivo. Pero esa es la suerte de todas las ideas que conducen al mundo; empiezan por nacer en la cabeza de un pensador, bajo una forma abstracta; acaban por penetrar en forma de un sentimiento en el corazón de las masas y por ejercer sobre su voluntad una acción tan profunda que engendra con frecuencia el fanatismo. Ninguna idea tiene mejores condiciones que el pesimismo para convertirse en sentimiento; ninguna está llamada con más naturalidad á triunfar sin violencia, á ejercer sobre las almas una acción pacífica, pero profunda, duradera, que asegure el éxito de su misión histórica. La experiencia nos prueba todos los días que una voluntad individual que llega á negarse á sí misma, basta para triunfar sobre el amor instintivo de la vida; ha conducido á la muerte á mu-

chos místicos y ascetas, y, sin embargo, esta negación individual de la voluntad está en desacuerdo con los fines del *Inconsciente*; además es completamente estéril para la especie humana y para la naturaleza, no puede producir ningún resultado metafísico. Lo que un individuo puede hacer para sí mismo, ¿no lo podría hacer la masa de la humanidad, cuando se trata de una negación universal, conforme al fin supremo del *Inconsciente*? ¿No podría esta negación colectiva destruir el deseo instintivo de vivir, cuando puede hacerlo un acto individual de renuncia? Piénsese solamente que toda empresa difícil se ejecuta mejor con el concurso de mayor número de voluntades.

Hartmann abunda en argumentos para hacernos comprender la facilidad y la verosimilitud de este acto de renuncia suprema. La humanidad dispone aún de bastante tiempo para alcanzar ese fin antes de que comience el período del enfriamiento del globo que marcan los sabios para la extinción completa de la vida sobre la tierra. Que trate de emplear bien el tiempo que le queda para vencer las resistencias que el egoísmo, ciego por su propio interés, opone al sentimiento pesimista y al deseo de la eterna paz. Verá que se dulcifican y ablandan poco á poco esas pasiones refractarias bajo la lenta acción de la costumbre, verá que se extiende y que crece, por el efecto irresistible de la herencia, la cantidad de disposiciones pesimistas de cada generación, concentradas prime-

ro en número reducido de corazones y de inteligencias privilegiadas. Hoy se pretende ya que la pasión, á pesar de su natural energía y de su poder diabólico, ha perdido gran parte de su imperio en la vida moderna, ¿y qué es la pasión, sino el atractivo ilusorio que crea en nosotros el deseo de vivir? Pues bien; se nos asegura que las pasiones bajan sensiblemente entre nosotros bajo las influencias políticas y sociales que tienden á igualar y á suavizar los caracteres. Esta enervación de los instintos egoístas, será más sensible cuanto más se haga sentir el progreso de la razón y de la conciencia.

Ese será uno de los signos que anunciarán la vejez de la humanidad; la humanidad envejecerá como envejecen los individuos, como envejecen las naciones. Madura para la contemplación, reunirá ante su vista todos los sufrimientos y todas las locas agitaciones de la vida pasada, reconociendo la vanidad de los fines que hasta entonces perseguía. A diferencia del individuo cuando llega á la vejez, no tendrá hijos ni nietos para turbar con las ilusiones del amor paternal la seguridad de su juicio y para hacer renacer con una generación nueva las ilusiones desvanecidas. Caerá entonces en esa melancolía superior que los hombres de genio y los ancianos de grande entendimiento sienten habitualmente. Se la verá flotar como por encima de su propio cuerpo, como un espíritu desligado de la materia, ó como Edipo en Colonia, disfrutar anticipadamente la paz

de la nada y asistir á los sufrimientos de su propia existencia, como á males extraños. Es aquella claridad celeste, aquella paz divina que se extiende en toda la ética de Spinoza; las pasiones se han desvanecido en las profundidades de la razón, y se han resuelto en ideas ante la pura claridad del pensamiento... Sin embargo, el dolor, la pena, no habrán cesado. Esta última forma de la desgracia es la que hay que hacer desaparecer, después que hayan muerto todas las ilusiones, que se haya extinguido la esperanza, que esté asegurada en adelante la convicción de que todo es vanidad, y la más vana de todas las vanidades, la de la ciencia, desterrada para siempre del corazón humano. Todavía queda la vida, y esto es demasiado. La humanidad está cansada de vivir; está cansada también de morir tan lentamente. Sigue siendo frágil y débil, condenada á trabajar para vivir y sin saber por qué vive. Como todo anciano que se da cuenta de su estado, no formula más que un deseo: el reposo, la paz, el sueño eterno sin ensueños y sin despertar. ¿Y qué es esto, sino la sensibilidad absoluta, la nada, siempre el nirvana?

Queda una tercera condición indispensable para que el gran acto de la renuncia al ser, se realice con el poder de una sentencia sin apelación; es menester que todos los pueblos de la tierra se comuniquen entre sí con suficiente facilidad, para que sea posible que en un mismo momento, en todos los puntos en que el hombre se encuentra, pueda tomarse una resolución

única y común. Conviene que esto se haga sin esfuerzo, sin vacilación, sin resistencia, para que el efecto se realice sin obstáculos, para que toda voluntad positiva, vencida y arrastrada, se anule inmediatamente en la nada absoluta, para que al mismo tiempo que deje de existir la humanidad, abdicando de su ser, toda forma de lo que llamamos la existencia sea anulada, la organización, la materia, etc., etc., para que en fin se desvanezca el cosmos todo entero con sus archipiélagos, sus nebulosas, sus mundos en formación, y que el universo caiga hecho polvo en la tumba en que el hombre se haya acostado voluntariamente. Este sí que será un suicidio grandioso, absoluto, definitivo, sin amanecer posible; será el suicidio cósmico realizado por la humanidad. En cuanto á los detalles que permitirán al hombre que entonces viva, participar de esta resolución común que destruirá el mundo, no debe preocuparse la especulación filosófica, habituada á esas alturas; es tarea esa de la invención científica; para ello cuenta con los perfeccionamientos indefinidos en la aplicación de los agentes físicos como la electricidad, y además, cuando sólo se trata de los medios prácticos de orden inferior, hay que dejar ancho campo abierto á la imaginación. Cada cual es libre de representarse á su manera este acto último del *processus* universal y del anulamiento final. Baste al filósofo el haber mostrado que es posible y que es necesario.

Hemos expuesto tan fielmente como

nos ha sido posible la serie de estas extravagantes concepciones. Nos falta valor para discutir las: ¿y para qué habíamos de emprender esta tarea? Los que sean capaces de dejarse seducir por semejantes quimeras, que se parecen á las escenas de una pesadilla, serían insensibles á los procedimientos de la lógica vulgar y del raciocinio. Además, reina tal independendencia de sentido propio, tal fantasía de especulación en ese drama metafísico, que falta base para una argumentación seria. ¿Cómo probar á Hartmann que su *Inconsciente* es una pura invención, como el dualismo de la Idea y de la Voluntad que introduce en el seno del Uno-Todo, uno de esos dos principios, irracional y ciego, aspirando al ser, el otro, el racional, reaccionando contra la miseria de la existencia, cada vez más sentida? ¿Cómo probarle que todo esto no puede ser sólo porque á él le plazca que así sea y porque ese maniqueísmo le alegre el espíritu, llenándole de poderosas emociones, sin contar el éxito de la representación pública y la celebridad que ha valido á su autor? En regiones tan vagas, tan poco consistentes, tan nebulosas, no puede uno apoyarse en nada, y una discusión sería resultaría insoportable y pedantesca. Debíamos á la curiosidad del público esta muestra de la sorprendente imaginación de uno de nuestros contemporáneos. Una vez analizado el conjunto, sería perder el tiempo y el trabajo el criticarlo. Ha interesado ó no, esta es la cuestión: vayan en buena hora á silbarla ó á aplaudirla en el teatro en que se representa, quiero decir, en el libro de su autor.

En cuanto á los procedimientos de la redención final que indica Hartmann, no hay que temer que se pongan demasiado pronto en práctica y que se procure al mundo la desagradable sorpresa de anularle, cuando lo que él desea es seguir viviendo. Lo que debe tranquilizarnos sobre el alcance de este remedio, es su misma ineficacia. Es muy poco probable que, á pesar de hermosos razonamientos, se deje convertir la humanidad y se decida por la nada; y yo apuesto que si, por un imposible, se convenciese la humanidad de lo conveniente de esta triste empresa, habría siempre incorregibles refractarios que resistirían hasta el final á la aplicación del remedio. Esto significaría por su parte un mal gusto, igual á su ceguera; pero esta indocilidad sistemática bastaría, según confesión de Hartmann, para que no se realizase la operación, y no es desagradable el pensar que de cada uno de nosotros depende el que se aplace el éxito de la experiencia. Esperemos á que obre la gracia del pesimismo, y mientras tanto vivamos en paz. Pero aunque la humanidad hubiese tomado esta hermosa resolución de hacer en un momento y en la debida forma acto de renuncia al ser, yo me imagino que esto no cambiaría mucho la marcha del mundo ni la evolución de los fenómenos que arrastra tras de sí. Depende hasta cierto punto de la humanidad el detener el flujo de las generaciones humanas, y en esto nos parece Schopenhauer mil

veces más práctico que su discípulo. ¿Pero á quién podrá convencerse de que la conexión sea tal entre los diversos órdenes de fenómenos que el suicidio metafísico de la humanidad detenga la marcha de los planetas ni la misma revolución del humilde globo terrestre, teatro de tan grandiosa experiencia?

Además, suponiendo que no haya más que una fuerza única, repartida en proporciones diferentes entre las diversas regiones del ser y que constituye su unidad, ¿qué es la masa de las fuerzas físicas, como se dice; es decir, la inteligencia y la voluntad, concentradas en el seno de la humanidad, comparada con la masa total de las fuerzas físicas distribuidas en el resto del mundo, en el infinito cósmico, sin hablar de las otras fuerzas físicas, análogas á las que nos animan, que pueden estar esparcidas en los mundos innumerables que no conocemos? ¿Qué lazo de solidaridad ó de subordinación puede existir entre esta pequeña cantidad de fuerza cósmica, transformada en humanidad bajo la forma de una millonada de hombres, y esos espacios llenos de especies vivas ó de formas animadas, ó de conjuntos orgánicos ó de átomos de éter? Esas regiones ilimitadas, esas formas del ser, de las que ha dicho Pascal que «la imaginación se cansaría de concebir antes que la naturaleza de proveer», ¿cómo puede uno figurarse que todo eso obedece en un instante á la orden expedida en una parte pequeña del globo, emanada de los labios expirantes del último hom-

bre, y que á la consigna de este ser miserable que no ha podido combatir en sí mismo la enfermedad y la muerte, va á desplegar la naturaleza su obra, como una decoración de teatro, y enviar á la nada la riqueza infinita, la variedad de sus fenómenos, el esplendor de su incesante creación? Todo esto es pura fantasmagoría. El orden eterno de las cosas nos envuelve y nos sujeta por todas partes. Puede crecer sin cesar nuestro poderío; sólo ejercerá su actividad en los límites de la tierra; para el resto es pasiva: el hombre recibe la luz y el calor del sol; los modifica de mil maneras diferentes, pero nada puede sobre la fuente de donde emanan, y que los niega ó los da sin obedecer á sus mandatos: por mucho que adelante la ciencia, los límites de su acción serán los de nuestra atmósfera. Más allá no alcanza, sólo observa los fenómenos, no puede producirlos ni modificarlos; ya no manda, obedece. Y aun sobre esta tierra en que manda, ¿á quién manda? ¿A la vida? ¿A la muerte? Seguramente no: combina fuerzas y crea nuevos efectos; no ha creado un solo ser; no ha librado á uno solo de la muerte.

Es una lucha absurda la que se emprende contra la vida universal y la fuerza del ser. Ni Schopenhauer ni Hartmann han encontrado la fórmula que ponga en la mano del hombre la virtud mágica de la destrucción del mundo. Hay que tomar un partido: la rebelión contra el ser es insensata, es el último término del orgullo intelectual y el producto más estéril de la

arrogancia metafísica. Con relación al orden universal en que nos vemos comprendidos, perdidos como átomos, pero como átomos pensadores, no hay más que una actitud digna del pensamiento que no se enamora de sí mismo: la resignación.

Esta sola palabra, sublime y altiva en su tristeza, más grande que todas las quimeras de la rebelión, esta palabra puede comprenderse de dos maneras diferentes. Hay entre los resignados los que habiendo comprendido la inutilidad de la lucha contra la fuerza de las cosas, se vengan con el desprecio de su impotencia: así Leopardi, por ejemplo, sintiendo que es vana su lucha y renunciando á ella, no esperando nada de la vida, ni de Dios, ni de los hombres, viviendo en una especie de estoicismo altivo y representando con una amargura apasionada esta queja que resume su poesía: «¿Para qué sirve la vida sino para despreciarla?» Hay entre los que piensan en la muchedumbre humana, otra clase de resignados; son los que sin comprenderlo todo, no niegan nada; los que sin esperar demasiado de la vida, tratan de mejorarla, si no para ellos mismos, al menos para los demás y para aquellos que vendrán después de ellos; que obran como si sus acciones debieran tener una continuación, esforzándose en hacerlo lo mejor posible, persuadidos de que los resultados de la acción buena no serán anulados y se convertirán en simiente de acciones mejores y en gérmenes de progreso; que esperan que nada se destruirá en

el mundo moral ni en el mundo físico, considerando á cada uno de los hombres como á un humilde obrero de este mundo moral que crece sin cesar; aquellos, en fin, que creen que el ideal que regula el movimiento de su inteligencia no es sólo una quimera hermosa, y que esta fuerza misteriosa obra tan profundamente sobre la conciencia y sobre el corazón de la humanidad porque emana de un principio vivo de orden y de armonía que presentan bajo las nubes de la vida, que buscan en las veladas profundidades del universo como en la marcha misteriosa de la historia. Hay, pues, dos especies de resignación muy diferentes: la que niega el progreso y la realidad del ideal, proclamando la soberanía de la fuerza y de la casualidad en todas las regiones del ser, y la resignación viril á la vida porque puede mejorarse, á la acción porque puede ser fecunda, á la moralidad y al progreso porque la humanidad, como el universo, debe tener un fin divino. ¿Tienen razón la desesperación y la muerte, ó la vida y la esperanza?

Harmann satiriza en algunos puntos, con una dureza implacable, la vanidad de esas esperanzas y proclama muy alto la soberana indiferencia de la filosofía con relación á la queja humana. «La filosofía—nos dice—no debe ningún consuelo al hombre, ni ninguna esperanza: esas necesidades encuentran su satisfacción en los manuales piadosos. La filosofía no debe preocuparse de saber si lo que encuentra gusta ó no al juicio sentimental de la

muchedumbre instintiva. Es insensible y dura como una piedra. No vive más que en el éter del pensamiento puro, sólo persigue el conocimiento frío de lo que es, de las causas de la esencia de las cosas. Si el hombre no es bastante fuerte para soportar este régimen del pensamiento puro; si su corazón se hiela de horror ó se rompe de desesperación ante la verdad vislumbrada; si su voluntad se disuelve en el desfallecimiento, registrará la filosofía estos hechos preciosos entre sus riquezas psicológicas. La filosofía no observa con menos interés las disposiciones más enérgicas y contrarias con las cuales otros espíritus aceptan la verdad: la indignación y la cólera que hacen fruncir el ceño, la rabia fría y contenida que inspira el carnaval insensato de la vida, el furor mefistofélico que se traduce en epigramas fúnebres sobre la disolución de la vida y extiende una ironía soberana sobre las víctimas entusiastas de su ilusión; ó bien el esfuerzo de los que luchan contra la fatalidad para salir de este infierno por una suprema tentativa de evasión. En cuanto á la filosofía en sí misma, queda impasible, sin ver en la deplorable desgracia de la existencia más que la manifestación de la locura del deseo de vivir, más que un momento transitorio del desarrollo teórico del sistema.»

Sí, diremos, la filosofía sin duda no debe cuidarse más que de la verdad, pero de la verdad entera, no parcial, falseada, no ficticia y atormentada por hábiles manos para hacerla entrar en

el estrecho recinto de un sistema. Si pensamos (y tenemos el derecho de pensarlo) que la realidad es más amplia y más comprensiva, más profunda, y sin embargo, más clara que todos esos sistemas, no podemos considerar como una filosofía definitiva la que suprime estas advertencias, estas reclamaciones enérgicas de la naturaleza y de la vida. No es enternecimiento banal ni compasión vulgar, sino afán de verdad. Antes de burlarse con tanta altivez de las aspiraciones y de las esperanzas del corazón humano, es preciso demostrar que son engañosas.

Pero admitámoslo que desprecie el filósofo la queja humana: ese es su deber, si tiene la certidumbre de que esa queja no emana de la conciencia de la humanidad que siente la injusticia de su dolor, que protesta contra la violación de su derecho y que confía en un porvenir desconocido que justifique la justicia. Es su deber el combatir esa queja, si sabe con seguridad que ha de estrellarse contra un cielo vacío y que no tendrá eco en una conciencia superior que la recoja; pero antes que nada hay que demostrar que esas son ilusiones. Necesítase, sobre todo, que teorías tan extrañas como el pesimismo pongan especial cuidado en establecerse más sólidamente ante la razón y la lógica que no se contentan con fantasías artísticamente combinadas; hay que probar esa historia inverosímil del *Inconsciente*, dividido en dos principios independientes, aunque idénticos en el fondo, de donde ha salido un día la vida para romperse con-

tra mil escollos en el mundo, reflejarse en la conciencia, apercibirse, arrepentirse de haberse conocido y sumergirse con sus propias manos en la nada. Todo esto necesita quedar bien probado. ¿No es resolver la cuestión con la cuestión misma el condenar *à priori* las aspiraciones de la humanidad? Decís que son ilusiones puras ó engaños del *Inconsciente* para ligarnos á la vida con lazos imaginarios. ¿Son ilusiones todas esas ideas, todos esos sentimientos que renacen sin cesar en el corazón del hombre, aun después de tantas tentativas de destruirlas? ¿Engaños del *Inconsciente* decís? ¿Pero qué es el *Inconsciente* que trabaja contra sí mismo, que se aplica con tanto ingenio en engañarse víctima eterna de su propio fraude? Todo esto es mas inteligible que lo que pretendéis destruir. Allí donde sólo veis gigantescos fraudes, creemos que hay

grandes hechos psicológicos, permanentes, llenos de vitalidad, indestructibles. Esas son bases de inducción para una filosofía sin criterio. ¿Quién se engaña, vosotros ó nosotros? Nos dicen: ¡No son más que puras quimeras! El hombre ha creído siempre lo que ha deseado; la fuerza de su deseo crea el objeto que desea. ¿Pero de dónde viene ese deseo y su fuerza siempre renaciente, y el vuelo invencible de nuestras pasiones más nobles, y qué es una filosofía que no las tiene en cuenta? En este orden de problemas, ni la cólera ni el desprecio resuelven nada, y si la naturaleza es más grande, más alta, más profunda que el sistema, pues tanto peor para el sistema. No hace nada á las cosas el enfadarse contra ellas, y si hay desacuerdo entre la realidad humana y las teorías, con seguridad no es la realidad la que se engaña.



CAPÍTULO IX

EL PORVENIR DEL PESIMISMO.—CONCLUSIÓN

¿Cuál es el porvenir reservado al pesimismo? Para contestar á esta pregunta, no basta hacer resaltar la exageración violenta de las tesis que contiene, el estupor del sentido común, ante una doctrina que quiere convencer á la humanidad de que acabe lo más pronto posible con la vida y al

mundo mismo, de abandonar esta broma lúgubre que se permite prolongando su existencia. No basta repetir lo que decía Pascal del pirronismo exagerado: «La naturaleza sostiene la razón impotente é impide que se extravíe hasta ese punto.» ¿A qué concurso de circunstancias debe esta filo-

sofía de la naturaleza su éxito y los ardientes prosélitos con que cuenta? ¿Durarán esas circunstancias? ¿Hay motivos para creer que esta fortuna de un sistema, tan contrario á la naturaleza humana, se detenga, y que esta propaganda irracional se agote por la indiferencia de los unos y la resistencia de los demás?

Mr. James Sully ha ensayado en el libro que hemos citado, hacer una definición y clasificación de las fuentes de esta filosofía. Expone lo que llama con un nombre muy en boga «el génesis del pesimismo», enumera con gran lujo de divisiones y subdivisiones «los elementos y los factores externos é internos». Según él, hay que considerar la concepción optimista y la concepción pesimista de la vida como efectos de multitud de causas más ó menos escondidas en la constitución íntima de cada uno de nosotros. El pesimismo es á la vez un fenómeno patológico y un fenómeno mental. Cuando se le lleva á la exageración, revela una alteración grave en el sistema nervioso: se convierte en una verdadera enfermedad. El optimismo y el pesimismo son, pues, antes que nada, cuestión de temperamento, herencia mórbida, de humor y de nervios. Hay que atribuir también su influencia al carácter propiamente dicho, aunque el temperamento entre como un elemento esencial, y también al ejercicio y al desarrollo de la voluntad, más ó menos dispuesta á luchar con el exterior, á sufrir la pena, á contemplarla de frente y sin miedo. Re-

sulta, pues, que hay temperamentos optimistas y temperamentos pesimistas, caracteres felices y caracteres desgraciados, sensibilidades más ó menos temerosas ó propensas al dolor; naturalezas de espíritu, en fin, dispuestas á apreciaciones del todo contrarias sobre los mismos hechos. Los acontecimientos y las situaciones de la vida revisten dos aspectos muy diferentes; toman dos modos de ser opuestos, según se presentan á los unos ó á los otros; los unos preparados anticipadamente á interpretaciones favorables, los otros dispuestos á encontrar siempre el lado defectuoso en los hombres y en la vida (*fault-finding*).

Son estas observaciones muy justas y muy discretas. Voy á citar la de un químico ilustre, delante del cual hablamos sobre esta cuestión de pesimismo y que la resumió del siguiente modo: según él, esta filosofía con sus tristes visiones, es la filosofía natural de los pueblos que no beben más que cerveza. «No hay cuidado—añadía—de que se aclimate nunca en los países de la viña y menos en Francia; el vino de Burdeos aclara las ideas, y el vino de Borgoña destierra las pesadillas.» Esta es la solución química de la cuestión, al lado de la solución filosófica de Mr. James Sully.

Estas explicaciones tienen su valor; pero quedan muchas oscuridades todavía. Ha habido en todo tiempo temperamentos tristes, caracteres desgraciados; también ha habido siempre bebedores de cerveza; lo que no ha existido siempre, son las doctrinas pesimistas,

es este afán terrible por una filosofía absolutamente desesperada. Dudo, además, que este género de explicación sirva para la inmensa población del extremo Oriente, que piensan y que sueñan con Buda; era menester modificar mucho las fórmulas para aplicarlas allí. Pero no salgamos de Occidente, y tratemos de no complicar una cuestión bastante compleja en sí. Yo presto la atención que merecen á las observaciones del anatomista Henle en sus *Lecciones de antropología*, cuando busca las causas del temperamento melancólico. Este temperamento resulta, según él, de una desproporción entre la fuerza de las emociones y la de los movimientos voluntarios; cuando las impresiones son muy vivas y muy numerosas, se aglomeran, por decirlo así, en el sistema nervioso, no pudiendo salir al exterior ni gastarse en una medida conveniente. También oigo con curiosidad á Sully cuando nos dice que donde se reúnen un sentimiento exagerado del mal de la vida con una imaginación ardiente para los bienes ideales, y al mismo tiempo una debilidad relativa de los impulsos activos y del sentido práctico: hay grandes probabilidades de que la falta de equilibrio se traduzca en un concepto pesimista de la existencia. También me interesa el estudio de Seidlitz sobre *Schopenhauer bajo el punto de vista médico*, y comprendo muy bien que Schopenhauer haya sido el terrible misántropo que hemos conocido. Yo me aprovecho de todas estas observaciones de detalle, arrojadas en

la corriente de la ciencia. También observo que de este modo se explica el pesimismo subjetivo é individual, pero no el pesimismo objetivo, el impersonal, el que se expresa por un sistema y se traduce por la popularidad del sistema. Este es el hecho que hay que comprender en su contraste terrible con los sentidos y con los instintos más enérgicos de la naturaleza humana que quiere vivir, que está ligada á la vida, hasta el punto de exclamar, si sólo se escuchase á sí misma: «Llévao todo, pero dejadme la vida.» Se acerca uno más á una explicación plausible cuando se aborda el lado etnológico y social del problema, las afinidades y los temperamentos de las razas, los medios en que se desarrollan, las grandes corrientes que modifican la vida intelectual y moral de los pueblos.

Hay también causas morales de esta fortuna del pesimismo; es, en primer lugar, el efecto natural de una reacción «contra el optimismo vacío del último siglo», después la depresión que se produce por el efecto de una ley tan verdadera en la historia como en la psicología, después de un período de tensión extraordinaria en los sentimientos, y de confianza exaltada en los fines ideales con que nos habían engañado. Se ha producido en Alemania, como observa Sully, en estos últimos veinticuatro años, una especie de desfallecimiento de los espíritus, que resulta del fiasco de las grandes esperanzas intelectuales, de la pérdida de un ideal político y social, del de-

rrumbamiento de las ambiciones extravagantes de algunas escuelas estéticas y filosóficas. El ideal militar que ha brillado á los ojos de Alemania, no es, ni con mucho, el que ha soñado; lo que le prometía la filosofía de la historia, construida para su gloria y para su uso, era la conquista del mundo por las ideas, más bien que por las armas. Añádase á esto la destrucción gradual por la crítica de las tradiciones y de las creencias religiosas, que al retirarse parece que se llevan consigo todo lo que constituía la belleza y el valor de la vida. La ciencia, es verdad, está en plena floración, y sus progresos debieran consolar al hombre; pero todavía no ha provisto á la masa del género humano de una fuente nueva de inspiración, de nuevas formas que puedan traducir sus emociones. La ausencia de todo impulso y de toda renovación en el arte, una especie de aniquilamiento que es probablemente algo más que un fenómeno pasajero, deja sin satisfacción la necesidad de entusiasmo que existe dentro de nuestro ser. El único arte que parece conservar una vitalidad suficiente y fecunda, es la música, que en las vías particulares que ha emprendido, tiende á convertirse en la expresión del temperamento pesimista, como lo prueban los lazos secretos, casi místicos, que unen á Wagner y á la música del porvenir con la escuela de Schopenhauer.

Hay que tener también en cuenta un elemento literario que no carece de importancia: el esplendor con que ha

ofuscado tan vivamente el nombre de Schopenhauer la atención de la Alemania entera, desde que sobre él cayo el primer rayo de luz, esa locuacidad de escritor satírico, esa crítica de filósofos de universidad, esas diatribas brillantes contra Hegel y su escuela, esa crítica acerba de las costumbres pedantescas y del sentimentalismo, esa justicia vengadora, más cómica que terrible, contra las mujeres, instrumentos del amor que maldice, secretos agentes del genio de la especie que combate. A la voz de los pesimistas ha despertado después el antiguo fondo de romanticismo germánico. Hay cierto orgullo secreto en tomar la actitud de un mártir de lo absoluto, en sentirse encadenado y sin esperanza por la naturaleza misma de las cosas y en deleitarse con el ruido de sus propias cadenas. «En realidad—dice ingeniosamente Mr. Sully—el pesimismo halaga al hombre presentándole un retrato suyo en que aparece como otro Prometeo, un Prometeo vencido, torturado por la mano implacable de un nuevo Júpiter: el universo que nos ha engendrado y nos contiene, el universo que nos hastía y que, sin embargo, no puede poner fin á nuestra resistencia ni á nuestra desconfianza. El pesimismo coloca á su secuaz sobre el pedestal de una divinidad ultrajada y paciente, y le expone á su propia admiración, á falta de admiración de los espectadores que le rodean.»

Una de las causas más activas del éxito de esta filosofía, es que da una impresión, una voz á los sordos queji-

dos, á los rencores ó á las reivindicaciones de toda especie que agitan á la sociedad alemana, bajo su disciplinada superficie, oficial y militar. Los estudiantes de las universidades y parte de las clases burguesas aprenden en la escuela y con el pretexto del pesimismo á preguntar en alta voz si las desigualdades monstruosas en las condiciones del bienestar entran como un elemento eterno y necesario en el plan de la naturaleza. Se maldice la vida tal como está ordenada, y siempre la misma historia, esperando á que la cambie el que sea el más fuerte. Sábese que los síntomas de desafecto casi universal se han multiplicado en una proporción considerable, desde hace algunos años sobre todo. Un escritor muy concienzudo y de mucho talento, Karl Hillebrand, hacía constar, en un artículo de la *National Zeitung*, el hecho siguiente: «Nuestros soldados (y nuestros soldados son la nación) se han visto en contacto, durante su residencia en Francia, con una civilización más antigua y más rica, han vuelto á sus casas con necesidades y aspiraciones que recuerdan de un modo asombroso las necesidades y las aspiraciones de las legiones romanas cuando volvían del Oriente.» La burguesía alemana parece preocuparse menos por la gloria desde que se ha apercebido de que la ha pagado tan cara, al precio de impuestos siempre crecientes y del rudo sistema de milicia nacional á que está sujeta; y en cuanto á las clases obreras—esto ha podido verse en las últimas elecciones

de Berlín—están impregnadas de socialismo.

Más de una vez nos ha ocurrido asombrarnos de que la filosofía del nirvana, rejuvenecida por la ciencia moderna, haya tenido un renacimiento inesperado en el siglo XIX y en el pueblo alemán, en el momento mismo en que ese pueblo descendía de lo alto de sus sueños para pisar la tierra firme, y cuando extendía sobre la realidad terrestre una mano necesitada y dura. En el fondo, vemos ya cómo se explica este fenómeno; es una especie de reacción de determinados instintos de esa raza, oprimidos y contrariados por el militarismo exagerado y por la vida de cuartel que esa gloria le impone. El antiguo idealismo alemán, maltratado bajo una disciplina de hierro en una batalla sin tregua que ha remplazado los idilios de otros tiempos y las epopeyas metafísicas, se refugia en una filosofía amarga que protesta contra la dura ley de la lucha por la existencia, que condena el esfuerzo, que maldice la vida, que mide la vanidad de la gloria por el cansancio que cuesta, por la sangre que hace verter, por los resultados que son siempre ó conquistar ó mantener por la fuerza. El pesimismo es lo contrario del triunfo en un pueblo que no es belicoso por naturaleza, á quien obligan á hacer el papel de un conquistador á su pesar, y que en medio de su triunfo tiene visiones de su vida tranquila de otro tiempo y una especie de nostalgia de reposo. Si no puede descansar en otra parte, aspirará á la nada. Esos serán accesos y

crisis, se dirá, sea; pero hay que hacerlos constar.

Entre todas esas influencias, la más importante, la más decisiva, la que con demasiada frecuencia se olvida, es una influencia de un orden completamente filosófico, es la evolución que se ha realizado durante estos últimos treinta ó cuarenta años, el progreso constante de la filosofía crítica que ha destruido los ídolos *metafísicos* con la misma mano segura y hábil con que había minado «los ídolos religiosos». La metafísica gobierna el mundo, sin que éste se aperciba de ello, por una acción de presencia ó de ausencia. No puede desaparecer momentáneamente ni eclipsarse sin que se produzca un profundo desequilibrio en el espíritu humano. Indiquemos con un rasgo las negaciones y las supresiones que se han hecho en la filosofía, ó si se prefiere, las simplificaciones radicales que la han reducido á su más simple expresión, y veremos, á medida que se operan estas supresiones, disminuir el valor de la vida hasta igualarle á cero, y después por debajo del cero, de modo que sólo pueda apreciarse por cantidades negativas, como lo hace el pesimismo.

El cristiano, el deísta, el discípulo de Kant encuentran la razón de vivir, aunque la vida sea desgraciada. Tiene ella en sí misma su valor absoluto, determinado por la idea de la prueba, por la educación de la persona humana que vence el obstáculo y el sufrimiento, por la certidumbre de un orden trascendente. Pero suprimamos

esas ideas y veremos cómo se empobrece la vida. Queda el deber, que bastará todavía al estoico para pensar que vale la pena de vivir: trabajaba para el fin ideal del universo que concibe aun fuera de toda idea de sanción. Cree en lo absoluto bajo la forma del bien; también esto basta para que viva, basta para que muera satisfecho de una existencia que no habrá sido inútil, con la mirada y el pensamiento fijos sobre ese bien abstracto que venera sin poderlo definir. La crítica prosigue haciendo su obra, juzga que el deber en sí mismo no tiene más que un valor relativo; ó bien, como se nos ha dicho, «es la forma de las relaciones de los fenómenos», ó es un engaño para hacernos obedecer á costa nuestra á las aspiraciones de la especie que necesita nuestro sacrificio. Otra ilusión destruida: cuando se descubre el engaño, nos hacemos indiferentes ó nos rebelamos. El progreso queda, sin embargo, como razón suficiente para vivir. Pero la ciencia demuestra que no hace más que desarrollar nuestra miseria, y que el infortunio humano crece con todo lo que conquista el hombre en el tiempo, en el espacio y en las formas de la naturaleza.

Sólo queda como fin de esta pobre existencia, despojada sucesivamente de todos sus móviles y de todos sus fines: la misma ciencia; pero la ciencia sólo está al alcance de un corto número de individuos, que no encontrarán todos en ella un valor absoluto. La ciencia es un *medio* para des-

arrollar la conciencia, para mejorar la suerte de los hombres sobre la tierra; si sus fines se declaran quiméricos, caerá con ellos el medio, y perderá su valor. ¿Los afectos? Los afectos no son en la vida, tal como nos la pintan, más que razones de sufrir, ó por la traición que nos los arranca, ó por la muerte que nos separa de ellos. ¿El placer? ¿Quién no está convencido de que sería pagar demasiado caro, al precio de tanta angustia y de tanta pena de todo género, algunas sensaciones recogidas de paso y desvanecidas en el acto? ¿Para qué encadenarse, á través de esta dolorosa aversión á la vida, á tan grandes trabajos y disgustos como los que envenenan su corriente? ¿A nosotros mismos, al yo humano?

Nos enseña el último progreso de la filosofía, que la idea del yo «no es más que una apariencia producida en nuestro cerebro, y no contiene más verdad que la idea del honor y del derecho, por ejemplo. La única realidad que responde á la idea que me hago de la causa interior de mi actividad es la del ser que no es un individuo, el Uno-
Todo inconsciente». Nada, pues, nada más que ese principio único, absoluto, anónimo, ese inconsciente lúgubre, que encontramos en el fin y en el fondo de todo, un principio ciego que ha sido obligado á vivir por no sabemos qué resorte incomprensible, pero que sufre á consecuencia de ese movimiento que él mismo se imprime, de esa actividad que se impone, y que siente vergüenza y miedo ante su propio ser;

cuando se encuentra cara á cara con su imagen en su conciencia, siente horror por lo que ve y se rechaza arrojándose á la nada, de donde ha salido, no se sabe cómo, de donde no debiera haber salido jamás para dar tan triste espectáculo y procurar al mundo ese tormento sin razón, sin tregua y sin fin. Bajo ese punto de vista se nos aparece el pesimismo como el último término de un movimiento filosófico que todo lo ha destruido: la realidad de Dios, la realidad del deber, la realidad del yo, la moralidad de la ciencia, el progreso, y con él el esfuerzo, el trabajo, cuya inutilidad absoluta proclama esta filosofía.

El exceso mismo de estas negaciones y de estas destrucciones nos tranquiliza, probándonos lo artificial y momentáneo de la influencia de esta filosofía. Podrá producirse de vez en cuando en la historia del mundo, como un síntoma del cansancio de un pueblo trabajado por el esfuerzo industrial ó militar, de una miseria que sufre y se agita sin haber encontrado todavía su fórmula económica ni el remedio, como una confesión de desfallecimiento individual ó propio de una clase en las civilizaciones antiguas, una enfermedad de la decadencia. Pero todo esto no dura.

La actividad útil y necesaria, el deber de cada día, el trabajo, salvan y salvarán siempre á la humanidad de esas tentaciones pasajeras y disipará sus pesadillas. Si por un imposible existiese un pueblo contagiado de ese mal, la necesidad de vivir, que no su-

primen esas vanas teorías, le levantaría pronto de ese letargo y le conduciría de nuevo hacia su fin invisible, pero cierto. Esos estados son un entretenimiento de los que nada tienen que hacer, ó una crisis demasiado violenta para ser larga. El carácter del pesimismo nos revela su porvenir: es una filosofía de transición.

En el orden político, es como en Alemania, la expresión de una laxitud momentánea de la acción, ó profundos sufrimientos que se agitan secretamente; denuncia una especie de socialismo vago é indefinido que sólo espera un momento favorable para estallar, y que mientras tanto aplaude con todas sus fuerzas esos anatemas románticos contra el mundo y contra la vida. En el orden filosófico, representa el estado y el espíritu como suspendido sobre el vacío infinito entre sus antiguas

creencias que han sido destruidas una á una y el positivismo que se resigna á la vida y al mundo tal como son. También hay aquí una crisis y nada más.

El espíritu humano no se mantendrá mucho tiempo en esta trágica actitud: ó bien renunciará á esta postura violenta y desesperada de luchador, cansado de insultar á los dioses ausentes ó al destino sordo á sus gritos teatrales, bajará la frente y volverá á la sabiduría de Cándido, que le aconseja que «cultive su jardín», ó bien, haciendo un esfuerzo para volver á la luz, recobrará el antiguo ideal abandonado por promesas ilusorias, al que ha destruido el positivismo sin poder reemplazarle y que renacerá un día de sus ruinas, más fuerte, más vivo, más libre que nunca, en la conciencia del hombre.

E. CARO.

EL MOVIMIENTO PEDAGÓGICO EN ESPAÑA

I. El Congreso pedagógico hispano-portugués-americano.—II. Composición del Congreso.
III. Discusiones y conclusiones.—IV. Libros de pedagogía.

El primer signo de que un pueblo comienza á regenerarse, ó siente á lo menos el deseo de hacerlo así, es que convierta su atención, en movimiento reflexivo y serio, al estudio de sus propias cualidades y faltas, para conocerse tal cual es y plantear, sobre este dato positivo, el problema de los remedios que deben allegar para aquel fin.

Tal es el sentido íntimo y la grande importancia que debe verse, como fondo común, en las diversas iniciativas que, lo mismo en el terreno de la pura historia que en el de la antropología, la sociología, el derecho, etc., inclinan con preferencia el ánimo de los estudiosos al conocimiento del sujeto nacional (en vez de perderse en vagas generalidades ó en diletantismos de ciencia extraña), y con intento de aprovecharlo como base del plan de reformas que se requieren.

Pues quizá es de todos estos movimientos el que más directamente toca

ese propósito común, el movimiento pedagógico: y consuela un tanto ver que, en medio de nuestro deplorable atraso, y, lo que es peor, suicida indiferencia y atonía, van de momento en momento multiplicándose las voces que en la escuela, en los institutos, en la propia Universidad (tan cerrada por tradición á tales preocupaciones, que, sin embargo, le interesan de lleno) y en la masa general del país, denuncian paladinamente los defectos de nuestra educación nacional, y piden con espíritu generoso, sin mezquindades de bandería, llamando á todas las puertas para huir del terrible *regnum divisum*, que se ponga fin á tan hondo y trascendente daño.

No es ya, en efecto, la pedagogía, ni disciplina que se concreta á un solo grado de la enseñanza, á un solo tiempo de la edad del hombre, ni culto privativo y como heteróclito de un corto grupo de gentes, sino que abraza todos los grados y todas las edades de uno y

otro sexo, y por ella se interesan gentes de diversos campos, categorías y sentido. Por esto mismo, es decir, por formar ya *serie* la corriente pedagógica, parécenos llegado el momento de señalarla al público, para que de una vez aprecie éste la intensidad de su fuerza, la razón con que va calando en el fondo del alma nacional y las características de orientación que ofrece.

La ocasión no puede ser más propicia, aun en el orden de los hechos externos y visibles, sin los que muchos hombres no se dan por avisados del eterno y constante latir de las energías sociales: ya que en corto plazo han coincidido la publicación de algunos libros de gran interés y la celebración de un Congreso pedagógico. Con referencia á estos hechos, principalmente, trazaremos la presente reseña crítica.



En 1882 se celebró en España el primer Congreso nacional pedagógico, comprensivo solamente de la primera enseñanza y debido á la iniciativa de la benemérita sociedad de Madrid, «El Fomento de las Artes». En 1888, con motivo de la Exposición universal de Barcelona, se repitió la experiencia, también limitada al primer grado de la enseñanza oficial. Ahora, con ocasión del Centenario del descubrimiento de América, hubieron de manifestarse á la vez y en diferentes grupos,

vivos deseos de convocar un tercer Congreso con programa más amplio que los anteriores, á semejanza del convocado en 1870. Estos deseos se concretaron muy luego en dos iniciativas fundamentales, la de «El Fomento de las Artes» y la de algunos profesores primarios de Madrid, iniciativas que al cabo se fundieron en una sola, publicando juntas el programa de un Congreso pedagógico hispano-portugués-americano, comprensivo de todos los grados de enseñanza y abierto á todas las opiniones y tendencias. Con este objeto, la comisión organizadora solicitó la cooperación de todos los elementos que se interesan ó pueden interesarse en el progreso de la educación nacional, y justo es decir que todos ellos aparecen representados en las adhesiones, aunque en la efectividad de cooperar activamente á la obra del Congreso hayan predominado los hombres de un sentido liberal más ó menos acentuado.

La comisión de bases formuló su programa, que fué aprobado por la organizadora, y en virtud de él quedó establecido que formarían parte del Congreso todas las personas de España, Portugal, las Repúblicas hispano-americanas y el Brasil que lo desearan, y enviaran su adhesión, rompiendo así con la estrechez que representaría la exigencia de un título académico ó de una representación oficial. A la vez, se invitó á las corporaciones, sociedades y centros docentes, para que nombrasen representantes; habiendo respondido todos, lo mismo

los administrativos que los técnicos, públicos y privados, al buen deseo de la comisión.

Se acordó igualmente que el Congreso se dividiría en las cinco secciones siguientes:

- 1.^a Enseñanza primaria.
- 2.^a Enseñanza secundaria.
- 3.^a Enseñanza técnica.
- 4.^a Enseñanza superior.
- 5.^a Enseñanza de la mujer.

Los temas correspondientes á cada una, se formularon del siguiente modo:

1.^a *Sección*. — Bases capitales para un buen sistema de educación primaria, y medios prácticos de desenvolverlas.

2.^a *Sección*. — Principios á que debe obedecer la organización de la segunda enseñanza.

3.^a *Sección*. — Carácter y extensión de la enseñanza técnica y de los estudios de aplicación.

4.^a *Sección*. — Bases fundamentales de la organización universitaria.

5.^a *Sección*. — Concepto y límites de la educación de la mujer, y de la aptitud profesional de ésta.

La comisión organizadora recomendó el siguiente programa, que desarrolla los anteriores temas:

1.^a *Sección*.

1. Carácter y organización que corresponden á las Escuelas normales y manera de restablecer las prácticas de la enseñanza que necesitan hacer los alumnos de ellas. ¿Cómo ha de proce-

derse para que las Normales continúen ejerciendo su influencia sobre los maestros que formen y las escuelas que éstos regenten?

2. Organización que deba adoptarse para la inspección de la primera enseñanza, á fin de que pueda ejercer una constante y eficaz acción pedagógica sobre las escuelas. ¿Debe encomendarse á la mujer la inspección de las escuelas de niñas?

3. Requisitos que deben exigirse para el ejercicio de la primera enseñanza pública y privada. ¿Por quién, cómo y de qué manera deben nombrarse y pagarse los maestros públicos?

4. Bases en que debe descansar la organización pedagógica de las escuelas, y materias y ejercicios que debe comprender el programa para que resulte una educación completa. Necesidad y modo de establecer relaciones entre las escuelas y las familias de los alumnos.

5. Medios de promover la educación física en general y de implantarla en las escuelas. Ejercicios corporales más adecuados en éstas. Información acerca de los juegos infantiles en los países que concurren al Congreso.

6. Elementos que deben concurrir á integrar en las escuelas un buen régimen higiénico, y modos prácticos de utilizarlos. Manera más adecuada de proceder, respecto de la enseñanza de la higiene, para que los escolares se la asimilen y la practiquen.

7. Medios más adecuados para la educación y cultura de los sordo-mudos y los ciegos.

2.ª Sección.

1. Relación de la segunda enseñanza con la primaria. ¿Son ambos períodos de un mismo grado de cultura?

2. Relación de la segunda enseñanza con los demás grados de la instrucción pública. ¿Cómo debe entenderse?

3. Unidad ó pluralidad de sistemas de segunda enseñanza. La segunda enseñanza especial.

4. Programa de la enseñanza secundaria.

5. Carácter que debe darse á la segunda enseñanza para que influya en la cultura popular.

6. La educación física en la segunda enseñanza. Juegos y otros ejercicios corporales más adecuados y más en uso en los países convocados al Congreso, para los alumnos de este grado de cultura.

7. Formación y elección del profesorado de segunda enseñanza. Procedimientos más adecuados.

3.ª Sección.

1. Organización más conveniente de las Academias ó Escuelas de esta clase. Escuelas de Artes y Oficios, de Industrias artísticas, de Comercio y de Bellas Artes. ¿Como deben establecerse estas escuelas, desde el punto de vista de su necesidad y de las condiciones especiales de cada comarca?

2. Enseñanzas teóricas y manuales que pueden introducirse en las escuelas primarias, como preparatorias

de la enseñanza técnica. El establecimiento de talleres en las escuelas, ¿puede responder á este fin?

3. Procedimientos más adecuados para la enseñanza de un oficio á los sordo-mudos y los ciegos.

4. Modo de combinar con la enseñanza técnica la educación física de los jóvenes que á ella se dediquen. Ejercicios corporales más propios al efecto.

5. Formación y elección del profesorado de las diferentes enseñanzas técnicas. Procedimientos más convenientes.

4.ª Sección.

1. Carácter de los estudios universitarios. Relación entre las enseñanzas facultativas y profesionales.

2. ¿Debe existir separación entre las enseñanzas de las Facultades de Letras y de Ciencias?

3. Modos como pueden contribuir las Universidades á la cultura general.

4. Organización del trabajo científico. Clases prácticas y establecimientos auxiliares.

5. Pensiones y Asociaciones escolares.

6. Juicio acerca del sistema general de exámenes.

7. Procedimientos más adecuados para la formación y la elección del profesorado de la enseñanza superior.

8. La educación física en relación con este grado de la enseñanza. Ejercicios corporales más á propósito. Información acerca de los juegos físicos

propios de este grado, en los países que concurren al Congreso.

9. Relación internacional de las Universidades. Validez de los estudios y grados académicos.

5.ª Sección.

1. Relaciones y diferencias entre la educación de la mujer y la del hombre.

2. Medios de organizar un buen sistema de educación femenina y grados que ésta debe comprender. Cómo pueden utilizarse los organismos que actualmente la representan en punto á la cultura general.

3. Aptitud de la mujer para la enseñanza. Esferas á que debe extenderse.

4. Aptitud de la mujer para las demás profesiones y límites que conviene fijar en este punto.

5. La educación física de la mujer.

Nótese la importancia concedida, muy justamente, al problema de la educación de la mujer, que constituye hoy una de las preocupaciones más salientes de los pensadores europeos, y no sólo de los propiamente pedagogos, sino de los políticos como Gladstone y Bebel, de los filósofos y de los experimentadores como Mosso, D'Aguzzo y Le Bon. Y conviene decir muy alto que esta nota del Congreso, enteramente nueva en España, por lo cual pudiera parecer atrevida, ha obtenido el éxito más franco y espontáneo que cabía imaginar, dado el estado de nuestra cultura; promoviendo, no sólo

la concurrencia de gran número de hombres interesados en aquel problema, sino también la de muchísimas mujeres que con sus trabajos han ofrecido la primera prueba de la razón que asiste á los que defienden su aptitud para la cultura y la necesidad de promoverla ampliamente, como principal elemento de la dignificación del sexo que una inveterada tradición sensual y despreciativa ha venido llamando por antonomasia «bello» y «débil».

Todavía interesa advertir que, si esta importancia dada á una cuestión especial y la extensión del Congreso á todos los grados de enseñanza, han obtenido el asentimiento general de los convocados, no ha sucedido lo propio con el carácter de internacional (aunque limitado) que se dió á aquél desde un principio: pensando algunos que, no obstante las razones de fraternidad y aun las de comunidad de problemas que nos unen al pueblo portugués y á los hispano y luso-americanos, parece atrevida la idea de convocarlos á una reunión de este género, cuando es tal el estado de nuestra patria, por su atraso, que no nos permite ofrecer á los extranjeros sino el espectáculo de un país pobre y desgraciado, que tiene la organización pedagógica y la administración de su enseñanza en una situación de que han salido ya, hace mucho, todos los pueblos cultos. Sin embargo de esta reflexión, los propios que la hacían han concurrido al Congreso, movidos por la esperanza de que siempre había de ser útil, en cuanto habría, mediante él, ocasión de

consultar nuestros problemas pedagógicos con grandes autoridades en este orden, oyendo saludables consejos, y, especialmente, aprovechándolo para establecer la comunicación, de que tan necesitados estamos, con las personas que en los demás países se preocupan por estas cuestiones. Algo también de estas prudentes y modestas reservas se expresaron en la circular de la comisión organizadora del Congreso.

Queda, en fin, por señalar dos aspiraciones de esta comisión. Aparte de las Memorias que con el carácter de ponencias habían de servir para la exposición de los temas del programa y como base de las discusiones, se acordó admitir todas las que se quisieren enviar sobre los mismos temas; solicitando á la vez informaciones, dictámenes, notas estadísticas, etc., referentes á la ciencia pedagógica y sus relacionadas, los resultados de ensayos de métodos, procedimientos y medios auxiliares de enseñanza y el estado de ésta en los países llamados al Congreso. Este deseo, así como el de celebrar una Exposición pedagógica, no han podido cumplirse sino en parte, en virtud de dificultades surgidas, y, en especial, por la falta de tiempo.

II

El criterio amplísimo é imparcial que la comisión organizadora había tenido (deseosa de hacer del Congreso una obra común de todos los que se

interesan por las cuestiones pedagógicas) en las invitaciones particulares y en la general de sus circulares, produjo la concurrencia de personas de todas las ideas y de todos los partidos políticos, cuyos principales nombres, combinados, figuraron luego en la mesa efectiva del Congreso, en la de honor y en las de secciones.

Prescindiendo ahora de la representación portuguesa, hispano-americana y brasileña de que luego hablaré especialmente, creo de justicia citar los nombres españoles más caracterizados que han formado parte de las citadas mesas, á cuya actividad y celo se debe gran parte del éxito alcanzado.

Para la presidencia, fué elegido don Rafael M. de Labra, del cual no es preciso enumerar los bien conocidos títulos que le hacen acreedor á la consideración y gratitud de todos los que se preocupan por el progreso de la enseñanza en España. Vicepresidentes de la mesa efectiva han sido los señores Sardá, profesor de la Escuela Normal Central de Maestros, y Morán, director en Madrid de un colegio privado de primera y segunda enseñanza; y de la secretaría fueron encargados el distinguido y popular escritor y antropólogo Sr. Salillas, el Sr. Díaz Ocaña, el Sr. Aguilera Garrido, ilustrado maestro de instrucción primaria de Madrid, y (lo que constituye otra de las grandes novedades de este Congreso) una señora, doña Matilde García del Real, Inspectora de las escuelas de niñas y autora de libros muy interesantes sobre asuntos pedagógicos.

En la mesa de la sección primera han figurado: como presidente, D. José M. Pontes, profesor en la «Asociación para la enseñanza de la mujer»; como vicepresidentes, doña Carmen Rojo, directora de la Escuela Normal Central de Maestras, y D. Hilario Sánchez, maestro de Madrid, y como secretarios, D. Pedro Izquierdo y Ceacero, maestro; doña Concepción Sáiz, profesora de la Normal; D. Eugenio García Barbarín, maestro, y doña María Carbonell, maestra de instrucción primaria de Valencia.

La mesa de la segunda sección estaba compuesta por D. Ricardo Becerro de Bengoa, profesor del Instituto de San Isidro, presidente; D. Enrique Serrano Fatigati, profesor del Instituto del Cardenal Cisneros, tercer vicepresidente; y secretarios, los Sres. D. Agustín Caballero, maestro primario; D. Blas Valero, profesor del Instituto de Tarragona, y la señorita doña María Goyri, maestra superior é institutriz.

De la tercera sección han sido: presidente, el conocido hombre público D. Manuel Becerra; vicepresidentes segundo y tercero, D. Jenaro Alas, cuyos estudios sobre la organización de la enseñanza militar son bien conocidos, y D. Manuel Luxán, ingeniero militar, y secretarios, D. Horacio Bental, ingeniero civil, y D. Eusebio Jiménez, ingeniero militar.

De la cuarta sección ha sido presidente D. José Rodríguez Carracido, catedrático de la facultad de Farmacia, y vicepresidente tercero D. Manuel Torres Campos, profesor en la Univer-

sidad de Granada. Las secretarías han estado desempeñadas por D. Adolfo Posada y D. Aniceto Sela, profesores en la Universidad de Oviedo, la doctora doña Matilde Padrós y el que firma esta crónica.

Por último, la quinta sección, la dedicada á la enseñanza de la mujer, ha tenido esta brillantísima mesa:

Presidente, D. Manuel Ruiz de Quevedo, que lo es de la «Asociación para la enseñanza de la mujer».

Vicepresidente 1.º, doña Emilia Pardo Bazán, cuyo nombre, por conocido de todos, no necesita adjetivos.

Vicepresidente 2.º, doña Berta Wilhelmi de Dávila, iniciadora, en Granada, de las colonias escolares de vacaciones y autora de una Memoria sobre este generoso medio de educación.

Vicepresidente 3.º, D. Rafael Torres Campos, profesor en la Escuela Normal Central de Maestras.

Secretarios: D. Luis Ballesteros, maestro de Madrid; doña Asunción Vela, secretaria de la «Asociación para la enseñanza de la mujer»; doña María Fernández y doña Concepción Alexandre, doctora en Medicina.

Constituidos de este modo, y con el concurso que se dirá luego de los elementos portugueses é hispano y lusamericano, los organismos directores del Congreso, se celebró el día 12 de Octubre último la sesión preparatoria, en la cual los señores congresistas nombraron las mesas de honor en la forma siguiente, que revela una vez más el juego libre y amplio que han

tenido todas las tendencias científicas y sociales.

Mesa de honor del Congreso en pleno:
Excmo. Sr. Ministro de Fomento.

General Riva Palacio, ministro de Méjico.

Sr. Rector de la Universidad de Madrid.

Sr. Rector de la Universidad de Coimbra.

Señora doña Concepción Arenal.

Sr. D. Manuel María José de Galdo.

Señora doña Soledad Acosta de Sampedro, escritora venezolana.

Señora doña Amalia Vaz de Carvalho, distinguida escritora portuguesa.

Sr. Theophilo Braga.

Dr. J. Berra, ilustre pedagogo del Uruguay.

D. Mariano Carderera, escritor de pedagogía.

D. Francisco Giner de los Ríos, profesor en la «Institución libre de enseñanza».

D. Adolpho Coelho, pedagogo portugués.

Presidencia de las secciones:

1.^a (Enseñanza primaria): D. Santos María Robledo, inspector general de las escuelas públicas.

2.^a (Enseñanza secundaria): Don Francisco Commelerán, profesor en el Instituto del Cardenal Cisneros.

3.^a (Enseñanza técnica): D. Francisco Coello, presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid.

4.^a (Enseñanza superior): D. Manuel María Piernas, ex-profesor de la Universidad Central.

5.^a (Enseñanza de la mujer). Don

Juan Facundo Riaño, ex-director general de Instrucción pública y ex-profesor en la Escuela de Diplomática.

Constituido ya definitivamente el Congreso, el día 13 se celebró la sesión inaugural, presidida, en nombre del Gobierno, por el señor ministro de Fomento.

En los cuatro días sucesivos discutieron sus temas separadamente las cinco secciones, y el 17 empezaron las sesiones generales, prolongadas más de lo usual hasta el 27, en que tuvo lugar la de clausura. Téngase en cuenta que, tanto las secciones como el Congreso en pleno hubieron de reunirse, en un mismo día, dos y aun tres veces: dato que bastará para formar idea del número de sesiones celebradas, muy superior al cálculo que la propia mesa directiva se había hecho.

No quiere esto decir que la aglomeración de gente haya sido excesiva. Pudiera ayudar á creerlo el número respetable de congresistas inscritos: 2.475; pero el dato á que verdaderamente hay que atender es al de los congresistas que han asistido, y no se puede negar que el número de éstos es bien inferior al de aquéllos, como sucede siempre en todo género de Asambleas libres.

Descompónese la cifra antes expresada, del siguiente modo, según los datos que obran en secretaría:

España.

Cargos superiores de la Administración.	30
Universidades y profesores de enseñanza superior.....	93

Institutos y profesores de segunda enseñanza.....	107
Escuelas especiales.....	78
Juntas é inspectores de primera enseñanza.....	60
Escuelas normales.....	153
Maestros y maestras de enseñanza pública.....	688
Idem íd. privada.....	288
Profesiones diversas.....	480
Corporaciones y asociaciones.....	138
Otros cargos.....	59
Periódicos, escritores é indefinidos.....	153
Adheridos de Ultramar.....	18
Portugal.....	51
América latina.....	60
Otros países.....	19

Nótese, en primer lugar, que, no obstante ser este Congreso el primero que se celebra en España comprensivo de todos los grados oficiales de la enseñanza y aun de problemas ajenos á ella, el contingente mayor de adheridos lo da la enseñanza primaria. El hecho es de lógica explicación. El único cuerpo académico que tiene alguna tradición pedagógica es el de maestros primarios, y el problema de la educación nacional ha empezado á verse y á preocupar en todas partes con relación á la escuela primaria. Los maestros tienen, además, á su favor el precedente de dos Congresos nacionales (1882 y 1888) y alguno regional; mientras que los profesores de los demás grados, para quienes el problema es, en tesis general, nuevo, no se han reunido nunca para cambiar ideas acerca de él y romper el aislamiento y desorganización individualista que les

aqueja. Esto se vió muy bien en las tareas del Congreso.

No son muchos los profesores de enseñanza superior que han tomado parte en las discusiones de su sección, siendo de notar que, entre los que faltaron, no obstante haberse adherido espontáneamente, figuran algunos residentes en Madrid y caracterizados por sus ideas expansivas; pero si se tiene en cuenta las condiciones antes expresadas, todavía parecerá un triunfo, muy interesante sin duda, que la primera reunión celebrada por el profesorado superior para tratar de cuestiones de educación y enseñanza haya rido relativamente numerosa, y tan animada y de buen resultado como luego ha de verse.

No ha respondido mejor el profesorado secundario, en que se notaron bastantes huecos, sin embargo de ser muchos los catedráticos adheridos. En cuanto á las personas ajenas á la enseñanza oficial que han concurrido al Congreso, justo es decir que suben á respetable número, formado en su mayor parte por profesores privados, escritores de pedagogía y señoras. El cuerpo escolar ha tenido igualmente representación muy superior á lo que podía esperarse.

Esto, en cuanto á España. De las demás naciones convocadas, corresponde el primer puesto á Portugal. Las Repúblicas hispano-americanas y el Brasil, aunque se adhirieron al Congreso y nombraron sus representantes, no han contribuido tan activamente como era de su deseo á los trabajos de aquél; debido, de una parte, al retraso

con que llegaron las invitaciones y los programas, y de otra, á los temores que la aparición del cólera en algunos puntos de Europa hubo de despertar en América, muy justamente. Por esto, salvo la representación diplomática que concurrió á las sesiones de apertura y clausura, el Congreso no ha oído más voz americana que la del profesor y delegado costarricense Sr. Ferraz. También han sido escasas las Memorias enviadas, aunque entre éstas las haya tan importantes como la del pedagogo uruguayo Sr. Berra, y la de la escritora doña Soledad Acosta de Samper. El Congreso, no obstante, reservó varios puestos de honor á la representación americana, según se hace notar en párrafos anteriores.

Portugal ha concurrido de una manera espléndida, con 39 Memorias impresas, cincuenta y tantas manuscritas y una interesante colección de libros, fotografías y documentos de que se formó una exposición pedagógica especial. La mayoría de estos objetos ha pasado luego al Museo pedagógico á título de donativo. La representación personal ha sido numerosa y escogida, figurando en ella el Dr. Bernardino Machado (verdadero director y organizador de la sección de su país en el Congreso), y los Sres. Pinheiro Chagas, Simões Raposo y Vasconcellos, presidente de la Asociación académica de Lisboa, todos los cuales han intervenido en las discusiones. Entre los adheridos y firmantes de las Memorias se destacan los nombres de Th. Braga, Rocha Peixoto, Serpa Pimentel, Abreu,

Freire, Rodrigues, Sousa Pinto, Ferreira, Almeida y Cincinato da Costa.

Trazadas estas líneas generales, vengamos á determinar los caracteres y resultados científicos del Congreso.

III

Según la mente de la comisión de bases, los trabajos habían de tener dos periodos: uno, que se consideraba como el principal, dedicado á la reunión de las secciones declaradas autónomas, las cuales discutirían sus temas respectivos con toda la amplitud que fuese necesaria y formularían las conclusiones; otro, en que estas conclusiones se llevarían á la asamblea general del Congreso para ser allí ratificada ó no su aprobación. El peligro de este régimen fué advertido bien pronto; y ante la consecuencia casi segura de que las discusiones del Congreso en pleno no fueran más que repetición de las ocurridas en las secciones, con el aditamento de la mayor retórica que las grandes reuniones suelen provocar, hubo algunos elementos de la comisión organizadora, y aun de la de bases, que pensaron sería lo mejor dejar en plena libertad á las secciones para que éstas llevaran al Congreso, no todas las conclusiones votadas, sino tan sólo las que pareciera necesitaban, ó de más amplio debate, ó de la superior sanción de la asamblea general para su mayor fuerza. Con ser esta opinión más con-

forme con el discreto deseo de los que trataban de cortar los excesos oratorios, tan frecuentes y perjudiciales en reuniones deliberantes, todavía no expresaba la nota más radical, y á nuestro parecer más razonable, de algunos congresistas; á saber: que sólo se celebrase una sesión de Congreso en pleno, en la cual se diese meramente cuenta y se votasen (si se creía preciso) las conclusiones ampliamente discutidas y aprobadas por las secciones. Prevaleció, no obstante, un aparente término medio, que consistió en nombrar una comisión de conclusiones cuyo objeto era presentar al Congreso, concretadas y resumidas en pocas, todas las votadas parcialmente por las secciones. El efecto de esta medida no se hizo esperar. Ha habido ocho secciones de Congreso en pleno, sin contar la última, dedicada á la presentación de mociones y adopción de acuerdos sobre la votación, y la de clausura; y en ellas se ha repetido punto por punto el debate, con más aparato, pero quizá con menos provecho que en el primer período.

En cuanto á la votación, se comprendió en seguida que era muy difícil hacerla por signos convenidos, é imposible nominalmente, tratándose de una asamblea tan numerosa. Se adoptó, como medio más adecuado, la votación por escrito, en la forma realizada por otros Congresos. Las conclusiones así votadas las redactó la comisión correspondiente (de acuerdo con los ponentes y oradores de las secciones y en vista del giro de la discusión en la asamblea general), y no invalidan las

que cada sección aprobó antes especialmente, distinguiendo así entre el Congreso en pleno y aquéllas. El resultado no es aún conocido.

* * *

Los temas que más parece haber interesado á los congresistas son los de las secciones quinta (educación de la mujer) y primera (enseñanza primaria). Son, en efecto, los que han atraído mayor concurrencia y suscitado más viva discusión.

En la primera han intervenido exclusivamente los maestros primarios, algunos profesores de las Normales, contado número de funcionarios administrativos de la enseñanza y un solo profesor extranjero, el Sr. Simoes Raposo; circunstancia debida quizá á la división de secciones, que ha impedido estuviesen en cada grupo las personas más directamente interesadas en los problemas especiales correspondientes, como sucedió en el Congreso de 1882, ceñido á la primera enseñanza.

Se discutieron todos los temas, dando más importancia á los de carácter administrativo y deteniéndose quizá demasiado en pormenores de organización burocrática. El criterio predominante acusa cierto progreso en las cuestiones técnicas, pero ninguno en las de organización, notándose más bien recrudescimiento del formalismo tradicional. Así, en las conclusiones del tema tercero se incluye la exigencia

del título de maestro, no sólo para la enseñanza pública, sino también para la privada, para la Inspección y para todos los cargos técnicos ó administrativos del ramo: manteniendo á la vez la forma de oposición para ingresar en las escuelas en lugar del nombramiento hecho por las propias Normales en que se educa el maestro, según propuso el ponente del tema Sr. Herrainz (director de la Normal de Maestros de Segovia); y en las del tema segundo se exige como condición para ser inspector haber desempeñado escuelas públicas por oposición y poseer título de la mayor categoría que se expida en la Escuela Normal Central (es decir, ser profesor normal).

En cambio de esta exageración formalista, se ha votado la unificación de título; el aumento de sueldos, siendo el mínimun de 1.000 pesetas; la atribución de las escuelas de párvulos á las maestras, exclusivamente; el pago de las atenciones de primera enseñanza por el Estado; la ampliación del programa hasta hacerlo integral, introduciendo en él estudios nuevos como el Derecho, el Arte, la Sociología y la Antropología general; el establecimiento de excursiones, visitas y de colonias escolares, aunque en estas últimas parece haber error de expresión, puesto que las conclusiones hablan de colonias agrícolas, industriales, artísticas, etc.; la necesidad de atender á la educación física mediante los recreos al aire libre en los intermedios de clase á clase; el emplazamiento de los edificios escolares en el campo y cercanías de

las poblaciones, construyéndolos según los dictados de la higiene en punto á iluminación, ventilación, desinfección, etc.; el establecimiento de registros antropológicos, con observaciones antropométricas, según se practica ya en alguna escuela pública; algo de reconocimiento del sistema cíclico; el carácter eminentemente profesional de las Escuelas Normales; la unión de éstas con la Inspección de modo que formen un solo organismo; la separación de las escuelas de sordomudos y las de ciegos, y la reducción del número de alumnos á 50... Quedaron, sin embargo, por discutir cuestiones tan importantes como el modo de dar carácter técnico á las funciones de inspección; la manera cómo pueden seguir influyendo las Normales en la cultura de los maestros que regentan escuelas, y la relación entre éstos y las familias de los alumnos; y se rechazaron proposiciones como la de formación de grupos escolares y la de organización de las prácticas en las Normales, que merecían por su buen sentido mejor acogida.

* * *

La quinta sección (educación de la mujer) ha excedido á todas en movimiento, en concurrencia y en el interés despertado por sus discusiones. Nótese que es la primera vez que en España se trata, en reunión pública y numerosa, de aquel importantísimo problema; y ciertamente, el empeño

con que se ha debatido, da buena muestra de que empieza á preocupar á las gentes de cultura, y, sobre todo (lo que más importa), á las mismas mujeres. Estas, en efecto, han concurrido con grande y altísima representación. Las Memorias principales sobre el tema á ellas se deben, y bastará citar la general suscrita por la ilustre escritora doña Concepción Arenal; la de doña Emilia Pardo Bazán (cuyo nombre es bien conocidos de todos), sobre el tema primero; la de doña Berta Wilhelmi, sobre el cuarto; la de doña Carmen Rojo, sobre el segundo, y la de una señora americana de gran reputación en el mundo de las letras, doña Soledad Acosta de Samper. De las Memorias presentadas por hombres deben mencionarse la citada del señor Berra (tema primero), las de los señores Sama y Pulido (tema quinto) y la de D. Rafael Torres Campos (tema cuarto.)

Regla general: las conclusiones de los firmantes han sido radicales, abogando por la igualdad de la educación del hombre y de la mujer, ó, cuando menos, por una mayor amplitud en la educación de ésta, pidiendo, juntamente, la libertad de ejercer todo género de profesiones, y en especial las de la enseñanza, medicina, farmacia, ingeniería y sus análogas, ciertos destinos de la administración pública (como los de Museos, Bibliotecas, etc.), y los del comercio y la industria. También ha sido nota de una de las ponencias (la del Sr. Torres Campos) abogar por la enseñanza mixta, es decir, por la

unión de ambos sexos en todos los establecimientos educativos.

Semejante conformidad en las conclusiones no debe inducir á error en punto al estado de la opinión pública respecto de estos problemas. Los firmantes de las Memorias son precisamente aquéllos á quienes interesa la cuestión de la enseñanza de la mujer y de su dignificación, y, por esto mismo, se hallan inclinados á resolverla amplia y favorablemente; pero la gran masa del Congreso y del país—aunque empieza á preocuparse por el problema mismo—está lejos de llegar á una resolución satisfactoria. Bien es verdad que, no obstante haberse discutido y combatido mucho las mencionadas conclusiones, pareció al fin que el Congreso cedía bastante en favor de la mujer; pero esto que, á lo sumo, representa una cierta victoria formal, satisfactoria en una primera campaña, no asegura, por desgracia, de la inclinación interna y convencida del público que, por otra parte, sería locura pretender conseguir de golpe, contra la inmensa fuerza de la tradición y la rutina.

Justo es decir que las mismas interesadas han predicado con el ejemplo, tomando parte en la discusión, no sólo las señoras citadas anteriormente como autoras de las ponencias, sino también otras muchas, la mayor parte en pro de las conclusiones expansivas. En igual sentido han hablado no pocos profesores, médicos y publicistas, como los Sres. Vidart, Sela, Sardá, Espina, Pulido, San Martín, Ferraz, Sama, To-

rres Campos (D. R.) y Salillas. No se votaron conclusiones, volviendo á discutirse en la Asamblea general todas las Memorias, lo cual reprodujo, en mayores proporciones, el debate.

*
* *

La segunda sección (enseñanza secundaria) ha tenido menos público, compuesto, casi exclusivamente, de profesores oficiales de provincias. Las Memorias presentadas ascendían á trece, la mayor parte comprensivas de todos los temas. La sección se ha pronunciado en sentido muy restrictivo y estrecho en punto á casi todos los problemas discutidos. En las conclusiones se mantienen los exámenes en la misma forma actual, y la oposición, como medio de ingresar en el profesorado, si bien á la vez se recomienda la creación de un Centro pedagógico para los aspirantes á él.

La diferencia entre este criterio y el de otras secciones merece notarse, tanto más cuanto que, considerando la segunda enseñanza como una cosa particularísima y totalmente diferente de los demás grados, ha habido profesor que ha votado la supresión de los exámenes en la Universidad y su sostenimiento en los institutos.

Semejante rigor rutinario apenas si bastan á templarlo otras conclusiones en que se consigna el reconocimiento del carácter educativo de la segunda enseñanza (como las demás secciones

lo han reconocido en sus respectivos grados, siendo esta una conquista en que se muestra unánime el Congreso); la necesidad de subir la edad escolar; la condición experimental y práctica de los estudios secundarios, y el mantenimiento de la unidad de éstos, sin bifurcaciones, ponderando la representación en el programa (aunque sin decir en qué forma) de las disciplinas literarias y las científicas. También acordó la sección que cada dos años se celebrasen asambleas de profesores, para discutir los problemas relativos á la segunda enseñanza. De esperar es que esta práctica, si arraiga, influirá mucho en la clase profesional, y hará progresar su sentido pedagógico en provecho del grado de educación á que pertenece.

*
* *

La cuarta sección (enseñanza superior) ha sido una de las más familiares y menos retóricas, animada constantemente de un elevado espíritu progresivo y mantenedora del criterio de resolver por sí las cuestiones puestas á discusión, sin renovar el debate en la Asamblea general. Por este motivo redujo todas las conclusiones votadas á seis, que se presentaron al Congreso en pleno, y que fueron bien recibidas por éste. Son como sigue:

1.^a En su sentido más genuino, constituyen la Universidad la universalidad de las enseñanzas de la cien-

cia pura, con carácter de alta investigación, para lo cual habrán de organizarse en ella los trabajos con arreglo á los principios realistas é intuitivos, y mediante la condición previa de la reducción del número de alumnos en cada clase.

2.^a Reconociendo en lo exterior la superioridad del Estado, en el gobierno interior será autónoma la Universidad, principalmente en lo que se refiere al número y calidad de las enseñanzas, distribución y aplicación de los fondos y elección del personal que ha de desempeñar aquéllas y dirigir la vida del Centro docente. Para realizar esta aspiración, se adoptarán temperamentos prudentes que preparen sin violencia el cambio respecto de la organización actual.

3.^a El fin de la Universidad no se limita á la instrucción, sino que se dirige á la educación total de la juventud, mediante la intimidad de vida entre alumnos y profesores, a intervención de los primeros en el gobierno de la Universidad, la formación de asociaciones escolares y demás medios oportunos.

4.^a En el supuesto de la reducción de los alumnos de cada clase, de la organización del trabajo científico y del carácter educativo de la Universidad, el examen por asignaturas se sustituirá por el juicio personal de cada profesor, formado en vista de la conducta constante del alumno durante el curso.

Respecto de los alumnos no oficiales, se organizarán, para prueba de su aptitud, ejercicios conformes con el espí-

ritu general de los trabajos á que alude la conclusión primera.

5.^a El profesorado de las Universidades se formará en el período del doctorado, organizando éste, á la vez que como escuela de altos estudios, como escuela normal, con lecciones y prácticas de carácter pedagógico. El ingreso en el doctorado será por oposición.

6.^a La Universidad atenderá á la educación física de sus alumnos, mediante la reforma de los locales y mobiliario, de modo que reúnan condiciones higiénicas; la habilitación de salas para descanso y para ejercicios gimnásticos adecuados; la libre entrada en sus jardines, si los posee, y el aprovechamiento de terrenos propios, ó de otras corporaciones que los prestan, para formar campos escolares de juegos. Para la obtención de estas mejoras se constituirá, en cada establecimiento, un comité de educación física.

Estas conclusiones, que muestran claramente, sin necesidad de comentarios extensos, el criterio relativamente avanzado del grupo importante de profesores que ha trabajado en la sección, fueron añadidas con el acuerdo siguiente, que demuestra solícito interés hacia las cuestiones pedagógicas relativas á la Universidad. «Cada dos años se celebrará una reunión de catedráticos y personas que se interesan en la reforma y progreso de la enseñanza superior, para estudiar los problemas propios de la misma. Para este fin, se nombra una comisión permanente organizadora, compuesta de

los individuos de la Mesa de la sección y de los ponentes que residen en Madrid.»

Se notará que faltan declaraciones concretas respecto de los temas primero y noveno. El segundo se discutió conforme á la ponencia del profesor de la Universidad de Zaragoza, D. Eduardo Ibarra, pero sin que se tomara acuerdo alguno, en razón al escaso número de congresistas que en el momento se hallaban presentes. La sección se limitó á consignar en el acta que la tendencia predominante era favorable á una mayor relación é intimidad de la que hoy día existe, entre las Facultades de Letras y de Ciencias. El tema noveno no se llegó á discutir.

La concurrencia á esta sección ha estado principalmente formada por profesores españoles de Universidad de todas las Facultades, predominando la de Derecho; algunos de distinto grado (segunda enseñanza, Escuela Normal de Maestras y Museo pedagógico) y representantes de corporaciones privadas, como la de «antiguos alumnos de la Institución libre de enseñanza». En la discusión del tema relativo á «Pensiones y Asociaciones escolares», intervinieron algunos estudiantes de la Universidad, y en la de los temas primero y cuarto el profesor de Coimbra, Dr. Machado, que también presidió algunas sesiones.

Fuera de las ponencias encomendadas, por el orden de los temas, á los Sres. Carracido, Ibarra, Sela, Posada, Altamira, Cossío, Torres Campos (D. M.) y San Martín, no ha habido

más Memorias que una española general del Sr. García de Galdeano, otra americana del Sr. Carrasquilla, y dos de los Sres. Soler y Torres Campos (D. R.) sobre puntos especiales de los temas cuarto y tercero.

* * *

La sección tercera (enseñanza técnica) ha discutido muchas más cuestiones concretas de las que aparecen en el programa. Ha habido, en efecto, ponencias acerca de los temas primero, segundo, tercero y quinto, y Memorias especiales sobre la enseñanza de la música, el comercio, la astronomía, la ingeniería, la agricultura, el arte naval, interviniendo en la discusión crecido número de profesores, ingenieros y militares. También figura entre las Memorias una de doña Concepción Arrenal, sobre «La instrucción del obrero». El espíritu dominante en la sección se expresa en las siguientes conclusiones presentadas al Congreso en pleno por el ponente D. Eusebio Jiménez, ingeniero militar.

«1.^a La enseñanza técnica, en su acepción más genuina, debe ser educativa, intuitiva, esencialmente práctica y progresiva.

2.^a Deben considerarse cinco grados en la enseñanza técnica, que son:

a) Escuelas de aprendices.

b) Escuelas de capataces y maestros de taller.

c) Escuelas de sobrestantes y contra maestros.

d) Escuelas de ayudantes, peritos y maestros de obras.

e) Escuelas de ingenieros y arquitectos.

3.^a La enseñanza técnica en la escuela de instrucción primaria se considerará como preparación de la que se dé en las escuelas especiales.

4.^a Las escuelas técnicas elementales, ó sea, las que forman los tres primeros grados, se organizarán teniendo en cuenta la índole de cada oficio ó profesión y las industrias y cultivos propios de cada región.

5.^a Las carreras de ingeniero y de ayudante se considerarán como dos grados sucesivos de la enseñanza técnica superior y no como carreras independientes.

6.^a Se organizará en las escuelas de ayudantes y sus análogas la enseñanza libre y voluntaria de las matemáticas superiores, en tal forma, que todo alumno pueda, si su aplicación y sus facultades se lo permiten, estudiar la ciencia de aplicación que corresponde al cuarto grado de la enseñanza técnica, y adquirir al mismo tiempo los conocimientos científicos necesarios para ingresar en la carrera de ingeniero y todos los demás que están comprendidos en el quinto grado.

Quedaron por discutir algunas Memorias, como la del Sr. García Aréñal, ingeniero jefe del puerto de Vigo.

Las cuestiones más debatidas en esta sección han sido la de organización de las Academias y Escuelas técnicas; la relativa á Escuelas preparatorias y la del carácter de los estudios de este or-

den. La sección pide que se creen Escuelas de Artes y Oficios para sordomudos, y se inclina á la adopción del método modal para la enseñanza de la música.

Tal es, en resumen, la crónica de los trabajos hechos y de los resultados obtenidos por el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano.

IV

Sean cuales fueren los resultados del Congreso pedagógico, lo que importa sacar de él es la prueba que ofrece del interés que van despertando las cuestiones de educación en nuestra patria, y la consecuencia positiva que desde luego ha producido, á saber: un intenso movimiento de opinión, una agitación ideal que, seguramente, dará sus frutos beneficiosos.

Prueban también la existencia efectiva y normal de esa opinión que va formándose, y que no es pasajero fenómeno más lleno de luz que de calor, las publicaciones pedagógicas. Sólo quiero hablar de cuatro de ellas, las más importantes y todas del presente año; debiendo notar á los que tuviesen por escaso el número, que no puede conceptuarse así, antes al contrario, en un país como el nuestro, donde al cabo de doce meses no se registra la publicación de más de dos libros científicos (dejando á un lado los de texto, que no siempre son de ciencia) y escasamente tres novelas que no sean tra-

ducidas del francés. Considerando este dato general y el de la novedad que los empeños pedagógicos tienen aquí para el gran público—lo cual hace difícil la producción—ya no parecerá tan exiguo el número antes apuntado, al cual, además, habrá luego que añadir algunas citas, en cuyo desarrollo no me puedo detener.

Empiezo por el libro más antiguo, dentro del año: el que lleva el título de *Estudios de economía social* y la firma de D. Rafael M. de Labra. En rigor, el contenido de estos *Estudios* es propiamente pedagógico. Bastará ver los títulos particulares de tres de ellos que llenan casi el volumen: *La escuela contemporánea*, *La educación popular*, *La dignificación de la mujer*.

En el primero estudia el Sr. Labra el carácter de la escuela moderna, los principios de la reforma pestalozziana y de la froebeliana y la difusión posterior de éstos, deteniéndose mucho en la parte española, de la cual da numerosos é interesantes datos, bastantes á formar una breve pero completa historia de las ideas pedagógicas en nuestra patria durante el presente siglo: género de trabajo cuyo interés y actualidad parece ocioso encarecer.

En el segundo, examina el autor los presupuestos europeos de Instrucción primaria, fijándose luego especialmente en las Escuelas de Artes y Oficios y en las asociaciones que tienen por objeto la educación popular y el mejoramiento de las clases trabajadoras, con motivo de la Asamblea verificada en el «Fomento de las Artes», y cuyo resul-

tado fué crear una *Liga* de sociedades (1).

El tercer estudio—que considero el más importante—comprende todo el problema de la educación de la mujer y de su puesto social; é interesa sobre todo—aparte del sentido, que es muy sano y favorable á la causa femenina—por los innumerables datos que contiene acerca de la situación jurídica, profesional, religiosa, política, etc., de la mujer, en todas las naciones europeas y americanas. Esta reunión de datos importa tanto más, cuanto que por ella vendrán en conocimiento muchos que contrarían lo que se ha dado en llamar «la emancipación de la mujer», de que lejos de ser gran parte de sus pretensiones que rechazan quiméricas y abonadas á graves peligros, tienen ya efectivo cumplimiento en algunos países, sin que perturben en lo más mínimo el orden social.

Otro de los libros que deben citarse es la Memoria que con el título de *Los trabajos manuales en la escuela primaria*, ha dirigido el maestro D. Miguel Porcel y Riera á la Excm. Diputación provincial de las Baleares. No se trata de un estudio teórico, es decir, hecho sin la vista directa y la experimentación del objeto. El Sr. Porcel fué comisionado por la citada Diputación—caso único en España—para seguir en el célebre *Seminario de Slójd* establecido en Nääs (Suecia) un curso de trabajos manuales; y lo siguió efectivamente,

(1) Se han publicado las *Actas* de las sesiones y las Bases acordadas.

en el verano de 1890, bajo la dirección de los profesores Otto Salomon y John Damelson. No se limitó el Sr. Porcel á este objeto concreto de su misión, sino que, además, completó su estudio visitando varias escuelas suecas, noruegas, dinamarquesas, alemanas y belgas, para apreciar en ellas, no sólo el desarrollo y carácter dado al trabajo manual, sino también la organización general pedagógica.

Con estos antecedentes, se comprenderá el valor de información que tiene el libro del Sr. Porcel, que ojalá sea punto de partida para un movimiento en este sentido en las escuelas españolas. Por su parte, la Diputación de Baleares, queriendo completar la obra, encargó al propio Sr. Porcel que diese, en Palma de Mallorca, un curso de trabajo manual. Empezó éste en 1.º de Marzo último y acabó en 9 de Abril. En la publicación que nos ocupa, figura el informe acerca de la marcha y de los resultados obtenidos.

Los maestros españoles tienen, pues, ya un libro español que—aparte de los extranjeros de Salomon, Sluys, Dautzat, etc.—les podrá informar, con datos seguros y prácticos, acerca del mejor modo de establecer el trabajo manual en las escuelas. Tanto esos libros como los propios modelos en madera del Seminario de Nääs existen, á disposición del público, en el Museo pedagógico de Madrid.

* * *

D. Adolfo Posada, cuya firma cono-

cen ventajosamente los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, ha reunido, con el título de *Ideas pedagógicas modernas*, varios interesantes estudios sobre los que llama *pedagogos filósofos* (Guyau, Fouillée y González Serrano), sobre varios establecimientos de enseñanza extranjeros (Oxford, Bruselas, Estrasburgo, Lausana y Bolonia), y sobre otros diferentes asuntos de educación profesional y general.

El Sr. Posada pertenece á ese grupo de profesores de la Universidad de Oviedo en que figuran los nombres de Aramburu, Buylla, Alas, Sela y otros, que representa un sentido acentuado y práctico en favor de la reforma educativa de la enseñanza superior. Todos ellos—incluso el Sr. Alas, que ha entrado resueltamente en el cultivo de la pedagogía, como lo demuestran su discurso de 1891 y el prólogo que pone á este mismo libro de Posada—han escrito varios trabajos en que exponen sus ideas sobre los problemas de educación; pero no se han contentado con la propaganda ideal, sino que ofrecen el ejemplo de la práctica de sus principios. Así puede verse, en punto á la organización de los trabajos de clase, en la Memoria documentada que presentaron los Sres. Posada y Sela al Congreso pedagógico (1).

Esta significación da al libro que ahora nos ocupa la importancia, no de una obra individual, sino de una representación de obra colectiva.

(1) Se ha publicado en el número de 15 de Noviembre del *Boletín de la Institución libre de enseñanza*.

En cuanto á su contenido, debo señalar, en primer término, el estudio sobre Guyau, que es quizá el trabajo más sentido, de mayor ideal y de más amplio horizonte que ha escrito el señor Posada, cualidades que se reflejan en el propio estilo y frase empleados. El que se refiere á Fouillet es muy completo, y no puede menos de recomendarse á los que deseen formar concepto del laborioso y desigual autor de *Las ideas-fuerzas*. El que se refiere á González Serrano, tiene, para todo español, una importancia que huelga encarecer.

Del resto de los capítulos no he de hablar. Dejo esta tarea al crítico de la conocida *Revue internationale de l'enseignement*, cuyas palabras traduzco:

«La segunda parte de la obra no es menos atractiva: encuéntrase en ella páginas penetrantes y llenas de simpatía sobre Oxford y la vida universitaria inglesa; sobre A. Sluys y la escuela modelo de Bruselas; sobre la Universidad de Estrasburgo; sobre las Universidades suizas; sobre las fiestas de Bolonia, etc. El informe dirigido al ministro por el Consejo general de las facultades de París, en Diciembre de 1890, acerca de la situación de los establecimientos de enseñanza superior en la Academia de París, está analizado y comentado con gran suma de datos. Se leerán con provecho é interés los dos capítulos concernientes á la reforma de la enseñanza del Derecho en las Universidades prusianas y la información hecha sobre el estado de estos mismos estudios en la patria del señor Posada. Interesantes consideraciones

sobre las tendencias actuales de la juventud estudiosa, sus aspiraciones, sus ideas y las doctrinas políticas que predominan en ella, completan este libro, que merece leerse con atención, puesto que suministra—aparte de cierta cantidad de datos muy útiles—un juicio tan halagüeño y benévolo como es posible, y dicho por un español culto y competente, acerca del estado actual de la enseñanza superior francesa.»

Después de esto, no tengo nada que añadir en punto á crítica. Me limitaré á observar que el criterio predominantemente francés que usa el redactor de la *Revue internationale de l'enseignement*, no debe inducir á engaño respecto del carácter del libro. Las cuestiones que en él se plantean—aunque sea con motivo de un hecho extranjero—están discutidas con sentido general á todos aprovechable, y especialmente á naciones atrasadas como la nuestra, con relación á lo mucho que aquí hay que hacer (y por deshacer) todavía en punto á ideas y organismos educativos.

Para terminar, dos palabras sobre el prólogo. Es de Leopoldo Alas y está escrito con la originalidad y agudeza de pensamiento que caracterizan las críticas serias de *Clarín*. Lo recomiendo á todos los que hablan á tontas y á locas del krausismo español, sin conocer, ni su historia, ni sus propósitos característicos, ni sus efectos en la cultura nacional. A lo menos, después de leerlo, ya no tendrán sus gratuitos juicios la disculpa—poco razonable además—de la ignorancia.

Otro libro del cual debo hablar, es el publicado con el título de *Estudios pedagógicos* por el profesor de la Escuela normal central de maestros, don Agustín Sardá. Ofrecen estos *Estudios* un carácter especial que los hace muy recomendables, habida consideración al estado de nuestra cultura en punto á los problemas educativos. No son disertaciones teóricas (en el mal sentido de la palabra) dichas con esa elevación de tono que no puede ser nunca popular y que resulta baldía para los pueblos atrasados, sino exposiciones sencillas, sobrias, que van derechas al fin de hacer resaltar una observación esencial, un punto de vista nuevo, ligándolas siempre al dato de la experiencia alcanzada en España y en otros países.

El programa de asuntos que comprende el libro es variado é importante. Puede dividirse en tres grupos: uno de temas doctrinales, otro de informes sobre establecimientos y organización de la enseñanza primaria en Francia y

en nuestro país y el tercero formado por modelos de lecciones.

Con estas condiciones, cabe decir sinceramente que la propaganda de las ideas pedagógicas ha de hallar en el libro del Sr. Sardá un eficaz é inteligente instrumento.

Añádanse á estas cuatro publicaciones el discurso sobre la *Educación moral en la Universidad*, leído por el profesor de Oviedo, Sr. Sela, en la apertura del presente curso; el del profesor Sr. Buylla en la Escuela de Artes y Oficios de la capital de Asturias, y el éxito creciente de la revista titulada *La Escuela moderna*, que, dirigida por el Sr. Alcántara García, se dedica á estudiar las cuestiones pedagógicas que interesan á la enseñanza primaria, y se tendrá idea de la fuerza que va adquiriendo entre nosotros la opinión en punto á los problemas á que se refiere esta *Crónica*.

Felicitémonos de ello, y confiemos en que el movimiento ha de crecer de día en día, para bien de la patria.

RAFAEL ALTAMIRA.

LA CANTINERA

(DOLORA)

I

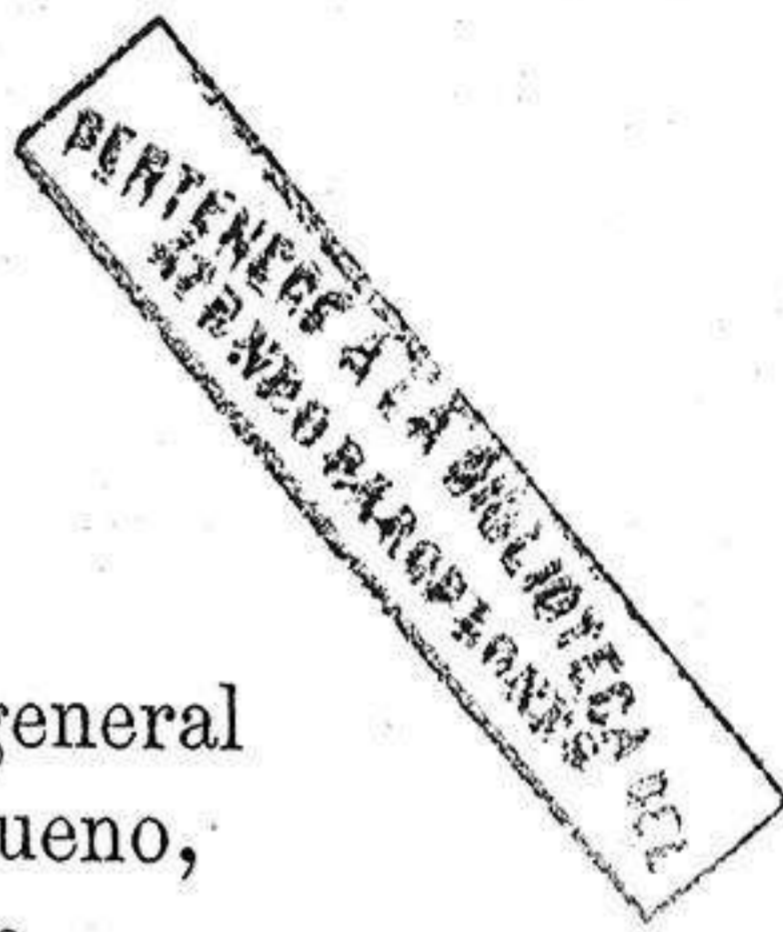
Fué Lersundi un general
discreto, galante y bueno,
en los peligros sereno,
y en sus acciones leal.

Este tipo del honor,
recordando por su historia
que tanto, ó más, que la gloria
nos electriza el amor,

En un terrible momento
mostrando á una cantinera
que por sus hechizos era
alma de su regimiento,

«Ea, á morir ó á vencer»,
dijo—á Napoleón copiando—
«ved que os están contemplando
los ojos de una mujer.»

Y haciendo correr la voz
de que una mujer los mira
hasta al más tibio le inspira
una arrogancia feroz.



Todos á luchar se lanzan,
honrando á mujer tan bella,
y al pasar por cerca de ella
miran, se cuadran y avanzan.

—

¡Hermosa enseña de amor!
por ella cada soldado
siente el aire saturado
de un aroma embriagador.

—

Entre descargas cerradas
mirando hacia la bandera
les manda la cantinera
hurras, besos y miradas.

—

Y aunque parezca locura
pudo más que los cañones
la rompiente de pasiones
que promovió la hermosura.

II

¡Gran victoria! Al terminar
aquella función de guerra,
todo era paz en la tierra,
y melodía en el mar.

—

Sólo al final de la acción
la cantinera lloraba
porque murió el que ella amaba
con todo su corazón.

CAMPOAMOR.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Perturbación de las fiestas.—Detención forzosa de la corte en Sevilla.—Cambio de estación.—Asonada en la plaza de Madrid.—Estatuas en peligro.—Ejercita el alcalde los derechos constitucionales.—Escándalos en Granada.—Contraste con la manifestación en otras ciudades.—Lápidas fijadas en Valladolid y en Lebrija.—Monumento á Colón en Canarias.—Cortejos en la Habana.—Cabalgatas en Madrid.—Visita de los Reyes de Portugal.—Congresos.—Nota cómica.—Exposición de Bellas Artes.—El monumento erigido en Granada.—Música.—Poesía.—Historia.—Infortunio de Colón.—Publicaciones.—Castigo á los detractores del Almirante.—Necesidad de una bibliografía del Centenario.—Exposición histórica.—Oráculo espantoso.—Las famosas carabelas corriendo por todo el mundo.

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS DEL

Sufren los planetas perturbaciones en la marcha constante por sus órbitas; no es mucho que los hombres encuentren tropiezos impensados al moverse por propia voluntad en la ruta que mejor les parece. El viaje de la corte, que desde Huelva había de continuar á través de las provincias andaluzas según el plan acordado, hubo de interrumpirse en Sevilla por indisposición del Rey, no sería por fortuna, pero prolongada lo bastante para que se iniciara el cambio de estación con lluvias y malos tiempos. Trastornó la forzosa detención los programas dispuestos en las poblaciones del itinerario: aguáronse las fiestas en varios conceptos y acepciones, cambiando en los ánimos la satisfacción, por el disgusto que produce siempre el desengaño.

Contribuían en Madrid al descontento

los muchos forasteros, que pensando estar pocos días mal acomodados en alojamiento provisional, veían pasar el tiempo ociosos, prorrogados los espectáculos y sin cumplimiento los anuncios que les hacían ir de un lado á otro, ávidos de diversiones. Las de carácter popular, á todos parecieron estar reñidas con el buen gusto, con la novedad, y, sobre todo, con el orden preventivo de excesos en la aglomeración de gentes, ya mal dispuestas contra el municipio, acusado de incapacidad organizadora, y objeto de la burla y de la sátira de los periódicos.

Una noche en que los avisos mal redactados ó no bien entendidos llevaron á la masa de curiosos hacia el paseo del Prado, esperando escuchar la música de bandas militares y orfeones en competencia, produjo el chasco la explosión del mal humor reprimido. Preci-

samente se había puesto el tablado en la plaza de Cibeles (que ahora llaman de Madrid), punto en blanco de la censura general por el desbarajuste con que los obras de transformación se hicieron y el caprichoso empeño de adornarlas con estatuas, que el público calificó epigramáticamente de monigotes, por la ejecución material, tanto como por la elección de asuntos; observando, sobre todo, la sinrazón de dedicar al dramaturgo Lope de Vega una, teniendo á doscientos metros de distancia otra bastante mejor en Recoletos.

Volviéndose en la función las cañas lanzas, como en otros tiempos, trató la turba disgustada de esgrimirlas contra los inocentes figurones de yeso, é hiciéralo de prestarse el temple de la noche á parlamentos; lo desapacible incitó á los más bullangueros á convertir en calentador y luminaria al candalso de los músicos, exceso que dispersó á los espectadores pacíficos. Algunos de otra especie, se encaminaron desde la plaza hacia la vivienda del presidente del Ayuntamiento en manifestación tumultosa, vociferando y destruyendo al paso lo frágil que encontraban, con befa del buen sentido y escándalo de la cultura. Por algunas horas ofrecieron las calles de Madrid en grande escala, las escenas de grosera expansión que se ensayan y perpetúan en las plazas de toros, tronando contra el alcalde, que por resultado se vió en la necesidad de usar de los derechos constitucionales, haciendo dimisión del cargo, ya que no pu-

diera ejercerlo como el funcionario tradicional de su clase en Zalamea, cuando tales derechos no existían.

Las asonadas tienen algo de común con las enfermedades epidémicas; son contagiosas, y bástales la comunicación telegráfica para propagarse. Sin la noticia de las ocurrencias de Madrid, la de las causas que privaban á los reyes de recibir más ovaciones, obligándoles á regresar á la capital desde Sevilla, se hubiera recibido en Granada lo mismo que en Málaga, en Córdoba y en otras poblaciones: con el sentimiento de la contrariedad inevitable. En la ciudad del Genil, más que otras favorecida por la Junta directiva del Centenario, se extendió el contagio madrileño con la intensidad correspondiente á la materia maleable, que no se satisfizo con quemar los arcos, banderolas y tribunas; puso fuego también á los fielatos de consumos, divirtiéndose á solas y á su gusto con actos tan conformes con la naturaleza primitiva de las gentes esculpidas en la base de su monumento americano, que sirvieron de diversión al mundo civilizado de paso que llevaban al concierto de la solemnidad española la nota discrepante.

Después de todo, ha servido el despecho irracional de la hez del pueblo de Granada para realzar por contraste el espíritu patriótico á que, por el momento, se han subordinado en los pueblos las ideas que pudieran menoscarlo, cuando de la glorificación de España se trataba, esforzándose cada cual por dar á los festejos el sello de su

especialidad. Así como en Huelva sobresalió el elemento naval en obsequio de los marinos extranjeros concurrentes, así en Sevilla ha preponderado el militar, sirviendo la ocasión para dar muestra gallarda de la instrucción y buen porte de las diversas armas del ejército, así como de lo que su concurso vale, por la organización de las maniobras, y retreta con farolas y carrozas artísticas, tan del gusto de la concurrencia.

Barcelona, una vez más, ha dado á conocer la fecundidad de sus recursos con la variedad de diversiones á que el adorno de la catedral, el del paseo de Colón ostentoso y las cabalgatas, iluminaciones y conciertos musicales en el puerto, atraían. En los banquetes se dió la natural preferencia á los comisionados del municipio de Génova, huéspedes ilustres que dejaron á la ciudad por memoria una medalla de oro de las que se han grabado para el Centenario.

Valladolid, debiendo recordar que en su recinto pasó de este mundo el que más ha contribuido á su conocimiento, esmeró las funciones religiosas sin perjuicio de las generales de regocijo popular y asociados al conjunto los huéspedes, por más que esté plenamente probada la falsedad de la tradición que señala la casa mortuoria, no conociéndose cuál fué, ni si en pie se mantiene todavía, algunos costearon é hicieron colocar una lápida que dice:

Los americanos residentes en Valladolid, dedican este recuerdo á la memoria

del inmortal Cristóbal Colón, en el IV centenario del glorioso descubrimiento de América. — Valladolid 12 de Octubre de 1892. — José Pintó. — Antonio Pintó. — Pablo Muñoz. — Narciso Urdanibia. — Cándido Pequeño. — José Nieto.

Dió carácter en Salamanca la presencia de comisiones del profesorado y de los estudiantes extranjeros, acompañándolas otras de Madrid, y no hay que decir cómo fraternizaron los jóvenes, y cuánta enseñanza se desprendió de los discursos y de los brindis cosmopolitas de los catedráticos más viejos. Dícese que antes de la visita á los monumentos, se veló la leyenda abundosa recientemente puesta en San Esteban, que los lectores de LA ESPAÑA MODERNA conocen. En opinión de personas ilustradas, mayor severidad requieren, el concepto de la ciudad universitaria y el desagravio de la epigrafía, la historia y la gramática.

Los amigos de pormenores tendrán que reunir las crónicas locales, si desean formar idea de las variantes discurridas en las capitales de provincia ó de partido, mientras cronista general voluntario no aparezca que se tome el trabajo de describir y comentar tantas veladas literarias ó artísticas, de resumir oraciones, de catalogar bailes, concursos, serenatas, comidas, procesiones, y de copiar versos. En lo que no ha tenido mutación el prurito de los pueblos, es en levantar monumentos grandes ó pequeños al insigne marino genovés. Las Palmas de Canarias cuenta ya con el suyo, brillantemente inaugurado, y si una excepción hay

ahora que registrar, procede de ajeno impulso que no era razonable detener. En el Congreso de americanistas de la Rábida, se trató de la fijación de una memoria que tomaba á su cargo don Justiniano Carranza, auditor de marina y delegado de la República Argentina, y por resultado, este señor, concurriendo el rector de la iglesia parroquial de Lebrija con las autoridades civiles, presidió á la ceremonia de colocar en el templo lápida con esta leyenda:

Al intrépido navegante, hijo de Lebrija, Juan Díaz Solís, descubridor del Río de la Plata; 20 de Enero de 1516, consagra esta memoria en nombre de la República Argentina, su delegado en el Congreso de la Rábida.—MDCCCXCII.

Es de advertir que muchos años ha, desde que el panteón de marinos ilustres tuvo fundamento, dedicó la marina militar, en su recinto, inscripción honrosa á Juan Díaz de Solís, como su muerte desdichada merecía.

Tanto interés como en las provincias de la Península ha habido en las de Ultramar por el realce de las fiestas, resaltando las de la Habana en cuatro días de continuada demostración. Se organizaron dos cortejos cívicos de gran espectáculo: el uno en representación de los progresos de la isla desde su descubrimiento, con carrozas alegóricas y atributos de las artes y oficios. Formaban serie la canoa del indio y el vapor trasatlántico, intercalados los tipos que han servido á la navegación en cuatro siglos; la carreta y la locomotora, la choza y el pala-

cio, el humazo de los indígenas y el tabaco selectamente elaborado al presente, y así los demás productos del suelo. A la otra procesión concurrieron compañías de los institutos del ejército y la armada, voluntarios y bomberos, con músicas y banderas; el comercio, la industria y las sociedades de cualquier índole, presentando grupos de jinetes con variados trajes y carrozas ricas. Hércules en una, en actitud de escribir la divisa *Non plus ultra*; Colón, destruyéndola, en otra; los dos continentes unidos por los hilos eléctricos, acompañándolas personajes de la conquista, representaciones de las provincias y de las colectividades que contribuyeron á la gran obra de la civilización.

Con la vuelta de la corte á Madrid puede decirse que empezó aquí la segunda parte de las alegrías populares; salió también á las calles formación muy lucida del comercio, rivalizando los gremios en el lujo de los estandartes de agrupación como en el número de individuos que á cada cual guiaba, sirviéndoles de enseñas comunes las carrozas en que se mostraban simbolizadas la agricultura, la navegación, la industria.

La cabalgata organizada por el Ayuntamiento de la villa, sin reunir acaso tanto personal como alguna de las otras, por la homogeneidad del plan, la propiedad y buen gusto de los trajes, por la exactitud con que los modelos se han copiado y la acertada dirección del conjunto, resultó espectáculo digno de la capital, muy grato,

muy aplaudido por la concurrencia, que, eso sí, excedía considerablemente á la que presenciaron las enumeradas antes, por componerse de gran masa forastera en aumento de la ordinaria.

Generalmente desluce la multitud semejantes actos invadiendo la carrera y estrechando el paso, por el afán natural con que quieren todos formar la primera fila. Esta vez, las disposiciones adoptadas mantuvieron expedito el camino, con beneficio de la comodidad general, ganando también el efecto de la cabalgata. Muy bien parecieron los Reyes Católicos, rodeados de los dignatarios de la corte; el infortunado Boabdil con la suya, los arqueros, espingarderos y piqueros á pié y á caballo; los indios del Nuevo Mundo; los capitanes, marineros y soldados de las carabelas; muy bien la figura de estas embarcaciones, tan exacta como en general lo era la de las armas, monturas y guiones; muy bien la carroza de apoteosis que cerraba la comitiva. Reciba la corporación municipal felicitaciones justas, ya que hasta ahora no se las acordó el público por otros actos.

Ha dado esplendor á las funciones la presencia de los reyes de Portugal, huéspedes obsequiados por los nuestros con las galas palatinas que tan bien supieron siempre disponer, y recibidos por el pueblo con la respetuosa deferencia debida á monarcas de una nación hermana y la simpática consideración que personalmente merecen. Doña Amelia (*vox populi*) se adorna

con las coronas de la belleza y de la distinción al mismo tiempo que con la de brillantes; es tres veces soberana.

También hemos tenido entre nosotros eminencias en las esferas del saber, que aceptando la invitación, han pasado el Atlántico para asistir á los Congresos del Centenario y dejar en la obra duradera de las conclusiones votadas el contingente valioso de su cooperación. Sucesivamente han discutido en el geográfico, el pedagógico, el jurídico, el literario, el mercantil, el militar, con elevación de miras y elocuencia magistral, señaladamente en el de los jurisperitos, en el de los amantes de las bellas letras, y en el pedagógico, que por privilegio contaba con algunas señoras deliberantes y muchas oyentes. El privilegio no fué, sin embargo, exclusivo; tuvo más notable el Congreso de espiritistas, en que actuaron como secretarias ciertas distinguidas señoritas, con contento del público, presuroso en acudir á las sesiones como espectáculo de los más entretenidos y apropiados para tentar la risa.

Toda medalla tiene reverso; convenía á la seriedad de las reuniones de notables el contraste de la nota cómica, y aun el de la trágica, ofrecido en la parodia del Congreso de librepensadores con universal representación, según los que lo anunciaron, y tan generalmente aceptado, que hasta el gremio de faquines, ó sea mozos de cordel de Barcelona envió mantenedores de la inverecundia de lenguaje, de la intransigencia de opinión, de la rudeza

de modales, á que hubo de poner término la autoridad judicial mandando cesar el escándalo que daban, con satisfacción general un tanto mezclada con el sentimiento egoísta, porque, en verdad, no deja de ser divertida la aberración del espíritu que lleva á los actores de las escenas del Circo (en el Circo se verificaron las sesiones) á preconizar el sistema persuasivo del apostolado de Omar, para que los que yacen en las tinieblas del oscurantismo abran los ojos y gocen de la dicha de su liberal beatitud. El programa está perfectamente sintetizado en la copla:

«El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera el que no piense
igual que pienso yo.»

La Exposición de Bellas Artes que por las circunstancias del Centenario, ha tenido esta vez un carácter internacional, no ha sido afortunada en la concurrencia del exterior, pues aunque en las obras haya firmas de artistas de Baviera, Francia, Rusia, Austria, Portugal, Brasil, Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos y Suecia, no llegan los envíos á doscientos cuadros, ni son todos ellos de los que detienen la vista de los inteligentes. Por los trabajos de artistas nacionales, no se ensalza tampoco su fortuna. Se ha censurado la benevolencia ó el criterio del jurado de admisión, más inclinado á lo mucho que á lo bueno, estimando que pareciera mejor la muestra de las facultades de nuestros pintores con solos 400 de los

1.300 lienzos expuestos, si bien de cualquier modo es unánime la opinión de que ni por conjunto ni por selección había de resultar el concurso con nivel tan alto como han tenido exposiciones anteriores.

Veinticinco de las obras entran de lleno en la materia de esta reseña; es decir, obedecen á la memoria del suceso histórico del Centenario, agrupadas en el catálogo (1) de forma que corresponden 10 á la sección de pintura, 7 á la de escultura, 4 á la de grabado y 4 á la de arquitectura. En la primera, separadas dos copias de retratos de Colón, y uno de los cuadros que por la fecha figura en la sala de la historia de la pintura, quedan siete dedicados á la vida del Almirante, y aun dos de manera indirecta, pues que representan el convento de *Santa María de la Rábida* (2) é *Isabel la Católica orando por la empresa de Colón* (3). Los asuntos de los restantes son éstos.

Primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Colón (4).

Colón exponiendo su proyecto á los Reyes Católicos (5).

Llegada de Cristóbal Colón á la isla de Guanahani (6).

Los últimos días de Colón (7).

(1) *Catálogo de la Exposición internacional de Bellas Artes, 1892. Edición oficial.* Madrid, 1892, R. Alvarez, 8.º, 258 págs.

(2) Número 418 del Catálogo.

(3) Número 828 ídem.

(4) Número 425 ídem.

(5) Número 765 del Catálogo.

(6) Número 1.114 ídem.

(7) Número 1.193 ídem.

Colón comulgando en la isla descubierta (1).

En la sección de escultura:

Proyecto de sarcófago á Colón (2).

Colón, estatua (3).

Isabel la Católica, busto (4).

Agonía de Colón (5).

Cristóbal Colón, boceto (6).

Alegoría del descubrimiento de América, barro cocido (7).

Hernán Cortés, estatua (8).

En grabado en hueco hay tres proyectos de medalla conmemorativa del Centenario, con busto de Colón y una medalla acuñada en bronce con el mismo objeto (9).

En arquitectura:

Proyecto de monumento á Colón (10).

Proyecto de arco monumental (11).

Proyecto de monumento á Colón (12).

Idem id. (13).

Desde luego se advierte por la relación, que los artistas, como la mayoría de de los españoles, no aceptan, ó más bien desconocen la significación

(1) Este título es arbitrario: El cuadro, pintado por D. Eugenio Teixeira, en París, se halla en la sección francesa y no tiene número ni descripción en el referido Catálogo.

(2) Número 1.342 del Catálogo.

(3) Número 1.349 ídem.

(4) Número 1.408 ídem.

(5) Número 1.411 ídem.

(6) Número 1.414 ídem.

(7) Número 1.416 ídem.

(8) Número 1.426 ídem.

(9) Números 1.332, 1.373 y 1.388. La medalla de bronce está expuesta en la sección extranjera y no la incluye el Catálogo.

(10) Número 1.435 del Catálogo.

(11) Número 1.442 ídem.

(12) Número 1.443 ídem.

(13) Número 1.444 ídem.

que el Centenario tiene á juicio de pocas pero significadas inteligencias, juicio condensado por el Rdo. P. Mir en este apotegma: «El descubrimiento de América debe ser solemnizado, no ya como hazaña de un hombre particular, sino como el resultado del desenvolvimiento de la historia y de la grandeza de la nación que lo llevó á cabo (1).» Los artistas se atienen al concepto más estrecho y vulgar de que el suceso se sintetiza en la figura de Colón. No sólo en la Exposición actual de Bellas Artes, antes lo habían demostrado al presentar en diferentes concursos proyectos de monumentos conmemorativos.

Bien lo enseña el que se ha erigido en Granada con absoluta libertad del autor, después que la Academia de San Fernando desechó los que optaron al premio. En la ciudad arrancada á la Media Luna ocupa el conquistador lugar de figura decorativa secundaria, en el pedestal, cediendo el puesto primero al navegante, que figura decorativa debiera ser allí. Ha separado el escultor á los que ni la historia ni la razón separar pueden, precisamente á la vista de la sepultura en que reposan juntos, como unidos vivieron, y á tanto más alcanza aquel concepto erróneo preponderante que todavía en otro de los relieves del basamento aparece el Colón exaltado, firmando de igual á igual con los Reyes la capitulación,

(1) *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, por D. Miguel Mir, de la Real Academia Española. Palma de Mallorca, 1892, pág. VIII.

documento en cuyo original se lee: «*Place à Sus Altezas.—Juan de Coloma.*»

«La generalidad de nuestros artistas no lee (ha dicho un eminente crítico de la Exposición) (1), y al pueblo español, siempre preocupado con la política, le sucede lo mismo.»

Podrá ser el monumento de Granada joya del arte, si se quiere apreciar el mérito aislado que tengan las figuras; pero es á todas luces monumento histórico infeliz, aun por el descuido de los nombres esculpidos.

El jurado de la Exposición, elegido por sufragio de los artistas interesados, declara lo que las obras colombinas han parecido, con el veredicto de adjudicación de premios. Ni una sola ha alcanzado siquiera el de mención honorífica.

La música, lo mismo que las otras artes bellas, ha inspirado en las fiestas del Centenario himnos, sinfonías, cantatas, composiciones múltiples en loor del inmortal descubridor de las Indias, interpretadas en los concursos de bandas y de orfeones, en que, dicho sea de paso, se ha oído con mucho gusto á la orquesta militar del octavo regimiento de caballería de Méjico, que de tan lejos vino á alegrar nuestras funciones con su concurso. Prestó el teatro el adorno de las decoraciones, los trajes y las luces, á las escenas de la vida del marino que se representaban, y no obstante, la reunión de atractivos con que la voluntad buscaba el éxito, no ha logrado

(1) D. Pedro de Madrazo.

conseguirlo, pasando á duras penas en el teatro Carlo Felice de Génova la ópera *Cristoforo Colombo* del maestro Franchetti, produciendo tempestad y naufragio en Barcelona la partitura *Cristóbal Colón* de D. Francisco Vidal, haciendo bostezar en Madrid la del mismo nombre de D. Antonio Llanos.

Ha publicado el Sr. D. R. Mitjana un curioso estudio titulado *Cristóbal Colón y la música* (1), analizando las grandes composiciones producidas en todos tiempos por la consideración de la gloria del genovés insigne, y aunque enumera catorce más de las contenidas en la bibliografía colombina de la Academia de la Historia, con lo cual se eleva considerablemente la cifra, asienta la sensible conclusión de que no existe ninguna que conmoviera al auditorio é hiciera grabar las notas en el repertorio clásico.

Parecidas deducciones se obtendrían registrando las obras dramáticas; si se han admitido á beneficio de á propósito las que por virtud del Centenario se han puesto en escena, no solamente en España desaparecerán con las fiestas, sufrirán probablemente desdén igual la tragedia del Dr. Wolf, *Columbus*, aplaudida en Hamburgo el 12 de Octubre; el drama en cinco actos de Giacomo Poletto *Cristoforo Colombo* (2); *El triunfo de Colón*, de Pratt, representado el mismo día en *Carnegie Hall* de Nueva York.

(1) *La Correspondencia de España*, Madrid, 10 Noviembre 1892.

(2) S. Benigno Canavese, Tip. Salesiana, 1892, 32.º, 96 págs.

Tampoco en la poesía épica ó lírica ha producido el asunto, que es único en la historia de la humanidad, ni menos la figura con que quiere simbolizarse, los destellos del genio. Los versos por millares han surgido, más de la calidad juzga uno de tantos autores, bien que en número le achique la rima, escribiendo (1):

«Colón, cuatrocientos vates
Celebran tu Centenario,
Diciéndote disparates
Con arrojo extraordinario.
Así á tu costa se exhiben;
Pero no te desazones...
No saben lo que se escriben,
Y es justo que los perdones.»

¿Sabránlo mejor los prosistas? Fácil sería averiguarlo reuniendo los llamados *pensamientos* que con firmas en facsímile por mayor solemnidad, han llenado las columnas de revistas y diarios en los momentos álgidos de la manifestación del entusiasmo. ¡Qué cosas tan peregrinas se han impreso! ¡Qué colección harían, escogidas!

Cualquiera pensara que la esterilidad de las artes y de las letras en las épocas de su mayor lustre al igual que en las de decadencia, cada vez que se empeñaron ó se empeñan en asunto tan digno de la inspiración sublime de unas y otras, procede de causa inexplicable. Cualquiera, admitiendo el sentir supersticioso con que los italianos presumen en determinadas personas maligno espíritu, dijera que el

que torcía los pasos del virrey de las Indias se trasmite á través de los siglos, y afecta á cuantos quieren identificarse con él ó penetrar en el arcano de su existencia.

Sea como se quiera, continúan aumentando los libros colombinos con enorme proporción entre los que produce el Centenario. Uno nuevo muy notable se debe al Rdo. P. Feuillette, de la Orden de Santo Domingo; bella oración pronunciada en la catedral de París, mostrando á los fieles como objeto de reverencia al Colón soñado por Roselly de Lorgues, con agravantes consideraciones originales relativas al concepto de los españoles de aquel tiempo, derivadas de los *pensamientos* de los antedichos entusiastas compatriotas nuestros (1).

Italia nos supera en publicaciones destinadas á divulgar las generalidades de la vida y viajes del preclaro ligur (2), sin dejar de la mano la deba-

(1) *Quatrième centenaire de la découverte de la Amérique. Christophe Colomb. Discours prononcé à Notre-Dame en présence de S. E. le Cardinal Archevêque de Paris, le 16 de Octobre 1892, par le R. P. P. Feuillette de l'ordre de Saint-Dominique, docteur en Théologie et en Droit Canon. Paris, A. Quelquejen, 1892, 8.º, 54 págs.*

(2) *Cristoforo Colombo e la scoperta dell'America, storia popolare ad uso della gioventù, da Guiseppe del Corno. Milano, Giovani Gussoni, 1892, 18.º, 326 págs.*

Cristoforo Colombo, da G. B. Lemoyne. Xª edizione interamenta rifatta. Torino, tip. Saliesana, 1982, 16.º, 522 págs.

Cristoforo Colombo, da P. Paglinea. Aversa, 1892, 16.º, 86 págs.

Vita di Cristoforo Colombo ad uso del popolo, da Luigi Rodino. Génova, 1892, 8.º, 312 págs.

Vita popolare di Cristoforo Colombo, raccon-

(1) D. Carlos Frontaura, *Colón y el Círculo de Bellas Artes*, Madrid, 1892.

tida cuestión de la cuna (1), ni otras especiales (2) ó de recientes descubrimientos, siendo de mencionar entre éstos los debidos al P. Civezza, cronista de la Orden de San Francisco.

El diligente escudriñador que tuvo en España la suerte de conocer tradiciones de nadie sabidas, tales como la de la comunión de Beatriz Enriquez en la Rábida, con su esposo, al presente ha enriquecido el caudal, averiguando en la biblioteca de Todi que acompañó á Colón en el primer viaje de descubrimiento el Rdo. P. Bernardino Mon-

tata in dodici conversazioni, da G. Olmi. Génova, 1892, 16.º, 108 págs.

Vita de Cristoforo Colombo, secondo i documenti piu recenti publicati in occasione del quarto Centenario della scoperta d'America, da Virginio Prinzivalli. Roma, 1892, 8.º, 351 págs.

(1) *La patria di Colombo, secondo i documenti degli ordini militari* dal Sig. F. Uhagón, versione italiana di Giovanni Bat. Garassini. Seconda et tercera edizione. Savona, L. Bassetti, 1892, 8.º, 69 págs.

Colomb n'est pas né à Savone, par M. H. HARRISSE, *Révue Historique*. París, Noviembre, 1892, pág. 308.

Della patria di Cristoforo Colombo, da G. B. Fazis. Savona, tip. Bertolotto, 1892, 16.º, 77 págs.

Patria e lavoro di Cristoforo Colombo, da Fede. Foligno, 1892, 8.º, 62 págs.

(2) *Cristoforo Colombo e la legittimitá di suo figlio*, di Antonio Marccone. Milano, 16.º, 39 págs.

Il IV Centenario colombiano ovvero Cristoforo Colombo e i Francescani nella scoperta dell'America. Appunti e note pel P. Bonaventura da Sorrento. Napoli, Testa, 1892, 8.º, 100 págs.

Due centenari. Il terzo centenario di S. Luigi Gonzaga e il quarto centenario di Cristoforo Colombo. Verona, 1892, 8.º, 160 págs.

Cristoforo Colombo ed il primo vescovo di S. Domingo, da Belisario Geraldini. Amelia, Petriagnani, 1892, 4.º, 36 págs.

ticastrí, noble de aquella ciudad, del Orden de Menores, hombre de gran literatura, práctico en Astronomía y confesor que fué del Almirante (1). Por la noticia resulta que iba persona religiosa en la expedición, sin ser la de fray Juan Pérez de Marchena.

No paran aquí los descubrimientos. Parece que Colón fué estudiante en Siena, y tenía gran devoción por la Virgen del Pórtico, vulgo de Fontegiusta. Habiendo hecho voto por la realización de su empresa, al regreso envió al santuario la osamenta de una ballena, en acción de gracias (2).

Dos trabajos de investigación, muy estimables, hay que añadir al catálogo de los españoles: el uno, leído por el Sr. Altolaguirre ante la Academia de la Historia (3), trata de *La llegada de Colón á Portugal* con vista de relaciones de combates navales sobre el Cabo de San Vicente entre naves castellanas, portuguesas, francesas y genovesas, que por el lugar, la fecha, el número de embarcaciones y las circunstancias del encuentro coinciden con las noticias consignadas por D. Fernando Colón, salvo en la presencia de barcos venecianos y en la data, dife-

(1) *Cristoforo Colombo e la scoperta dell'America, presentati al popolo italiano per Fray Marcellino da Vorzano M. O. con prefazione storico critica dei PP. M. da Civezza e F. Domenichelli*. Roma, Desclée, Lefebvre e C. 1892, 8.º, 60 págs. y grabados.

(2) *Una tradizione su Cristoforo Colombo in Siene. Omaggio degli studenti della R. Università di Siena alla città di Genova, nel IV centenario colombiano*. Siena, 1892, 8.º, 36 págs.

(3) Se publicará por acuerdo de la Corporación en su Boletín.

rencias que bien pudieran imputarse al traductor Ulloa. El otro estudio, hecho por D. Eduardo Ibarra, abraza el oscuro período de los ocho primeros años de estancia de Colón en España y comenta las capitulaciones de Santa Fe (1).

Los libros de amenidad y de raciocinio siguen en aumento de consideración (2), y algunos han aparecido de

(1) *D. Fernando el Católico y el descubrimiento de América*, por Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático de Historia universal en la Universidad de Zaragoza. Madrid, Fortanet, 1892, 8.º, 203 págs.

(2) *Cristóbal Colón y la Historia*, por Víctor Ozcariz. Madrid, Domingo de los Ríos, 1892, 8.º, 47 págs.

Colón ante el comercio del mundo, estudio económico y comercial del descubrimiento de América, precedido de un breve resumen de la *historia y geografía y del comercio*, por Joaquín Abajo Fernández. Madrid, Fernando Fe, 1892, 8.º.

Centenario de Colón. La reconquista española y el descubrimiento de América, por D. Vicente de la Cruz, 8.º, 161 págs.

N. Estévanez. *Resumen de la historia de América*. Madrid, 1892, 8.º.

La epopeya de Colón (Bosquejo épico), por J. Devolx. Madrid, 1892, Imp. de San Francisco de Sales, 8.º, 67 págs.

La cruzada española, fantasía poética, por D. José de la Rica, Ministro de S. M. C. en Montevideo. Montevideo, Dornaleche y Ríos, 892.

Cristóbal Colón y los escritores gaditanos, por D. Antonio de Portugal y Faria. París, 1892, 8.º, 28 págs.

Colón en Santa Fe y Granada. Estudio histórico por Francisco de Paula Valladar. Granada, Viuda é hijos de P. V. Sabatel, 1892, 8.º, 123 páginas.

Colón y América, poema histórico por don C. de Soto y Corro, 8.º.

Ensayo biográfico del célebre navegante y consumado cosmógrafo Juan de la Cosa, y descrip-

crítica y controversia enderezados á los que los firmantes califican de *destractores de Colón*, por no haber comprendido, como ellos, que Centenario del descubrimiento de América vale tanto como apoteosis de aquel marino. La indignación patriótica, inspiradora del poema que castiga á estos *tábanos* (1), ha dictado otros correctivos oportunos, como este que copio á la letra:

«Al iniciarse la campaña en favor del Centenario, al convertirse la Península española en mar azul y hermoso, sobre cuya tranquila superficie se deslizaba la brisa embriagadora del entusiasmo, allá en el fondo de las grutas escondidas entre las negruzcas rocas donde buscan su albergue los reptiles marítimos... (!!), se engendró un movimiento de flujo y reflujo, producido tan sólo por el oleaje perdido de la envidia y por el hálito repugnante que levanta el polvo que cubre esos

ción é historia de su famosa carta geográfica, por Antonio Vascano.

Códice maya denominado Cortesiano, que se conserva en el Museo arqueológico nacional. Reproducción fotocromolitográfica ordenada en la misma forma que el original, hecha y publicada bajo la dirección de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. S. López de Ayala y del Hierro, vizconde de Palazuelos. Madrid, 1892.

Evangelización de América antes de Cristóbal Colón, disertación escrita en francés por el Dr. Luka de Spalato, traducida por el doctor Pedro Roca. Madrid, M. G. Hernández, 1892, 4.º, 31 págs.

Un discurso inaugural del Sr. Cánovas del Castillo, apuntes críticos por D. Luis Vidart. Madrid, Enrique Rubiños, 1892, 8.º, 29 págs.

(1) Véase la Reseña del mes de Setiembre.

legajos antiguos donde el brazo re-revestido por la manga del hábito del fraile, enemigo de la instrucción del pueblo, ó de la sotana del inquisidor fanático, han escrito la historia de nuestras épocas pasadas desfigurando los hechos y convirtiendo á un Bobadilla en árbitro de la vida y de la honra de quien, como las águilas reales, podía mirar al sol de hito en hito al remontar su vuelo hacia las esferas de la inmortalidad, y, cual rey de las selvas, podía lanzar un rugido sonoro en la inmensidad del desierto, esculpiendo en el escudo de España el emblema del arrojo, de la lealtad y de la fortaleza.

»¡Pobre Colón! En la cátedra del Ateneo Científico y Literario, que representa en Madrid todo lo que bulle y se agita en el medio ideal de la inteligencia, y en el Centro del Ejército y de la Armada, donde se reúnen los que, á semejanza de las sacerdotisas del templo de Vesta, guardan en España el fuego sagrado del amor á la patria, haciendo del honor una religión sacrosanta, he oído palabras que en los tiempos antiguos hubieran sido calificadas de herejías, pero que en la época presente han pasado, por fortuna, como desahogos inocentes de unos cuantos folicularios de ambos sexos que han querido buscar la notoriedad arrojando el aliento impuro de su obcecación sobre el límpido cristal de tu gloria, ante la cual se inclinan en este momento todas las inteligencias del mundo civilizado... (1).»

(1) *Desagravio*, artículo suscrito por D. Vicente Sanchíz, comandante de artillería y

Por lo que enseñan las demás reprimendas, no existen en España más que tres disidentes; tres que no han hecho coro al himno nacional; tan sólo tres *ranas literarias, folicularios de ambos sexos ó reptiles marítimos*.

Si es así, no había por qué tomarse el trabajo de notar singularidades que ninguna influencia podrán ejercer en la opinión, á menos que no sea por buscar la notoriedad de que habla el autor amigo de la instrucción del pueblo. Una vez denunciados los detractores, cumple, sin embargo, advertirlo y dar á conocer los títulos de las *vindicaciones y desagravios* (1).

No hay que decir cuán reducido es el apunte de obras contenido en ésta, como en las anteriores reseñas, en relación con el desarrollo que al movimiento intelectual ha dado la celebración del Centenario. Ofrecerá serias dificultades la empresa de acopiar en totalidad las manifestaciones, no siendo

diputado á Cortes, en *El Memorial de Artillería en el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Madrid, 1892. Contiene este notable número extraordinario muchos otros trabajos, de los que el citado se distingue por el criterio y por el lenguaje.

(1) *Colón y sus detractores*, por D. J. Contreras Ramos. *La Ilustración Puertorriqueña*, 12 Octubre 1892.

El sentimiento y la cultura de España contra los detractores de Colón, artículo sin nombre de autor, con carta introducción de D. José M. Asensio. *Revista Literaria*, Sevilla.

El Ejército Español en el Centenario, por D. Francisco Barado, *El Correo Militar*. Madrid, Noviembre 1892.

Colón en el Ateneo, por D. Miguel Carrasco Labadía, *Revista Contemporánea*. Madrid, 30 Octubre, 15 Noviembre 1892. Continúa.

fácil siquiera conocer la existencia de las más; pero el conjunto mostraría elocuentemente el íntimo sentimiento, el noble impulso con que la glorificación de España y la oportunidad de rendir tributo de admiración y de respeto á los que, bajo la sombra de su bandera, dieron á conocer el Mundo Nuevo, han instado á las letras y á las artes á uno de esos alardes que hacen época. Sería la bibliografía española del Centenario un monumento más que, acrecentando el número de aquellos que el entusiasmo ha levantado, sirviera á los otros de complemento y de remate digno, por condensar las bellezas de todos, contrarrestando como ninguno la acción destructora del tiempo.

Contra opiniones aisladas (1), las fiestas del Centenario darán, entre otros, el importante resultado de reunir para la historia del descubrimiento de América los elementos aportados por la indagación simultánea de los estudiosos. Cuando el ruido cese, cuando acabe la oportunidad del asunto y los más lo olviden por entretenimiento que pasó de moda, no ha de faltar quien para el espíritu lo busque en la soledad, y del montón extraiga, como las abejas, producto sabroso.

Ha de ser para la labor también floresta, la Exposición histórica hispano-americana, dispuesta en el palacio de Recoletos; esa reunión asombrosa de objetos que por el concurso de circunstancias raras se ha conseguido por pri-

(1) *Inutilidad de las fiestas del Centenario*, por D. Francisco de la Fuente Ruiz, *Revista Latino-Americana*. México, 15 Octubre 1892.

mera vez, juntando « lo que guardaban los templos en sus relicarios, los recuerdos de antiguas grandezas transmitidos de padres á hijos por los descendientes de nuestros héroes; lo curioso y lo sublime, lo útil y lo bello; las labores de la paciencia y las obras del genio; cuanto subsiste del pasado, lo que aún flota sobre las olas del tiempo, con profusión deslumbradora, sometido á esa clasificación que es el orden del desorden, con una fuerza tal de contraste, que el espíritu más equilibrado acaba por sentirse arrebatado de no sé qué extraño vértigo que le aparta de la realidad presente para engolfarle en un mar de recuerdos, en algo que está más allá de la vida, en la región nebulosa donde la historia, la tradición, la leyenda y la poesía se mezclan, combinan y confunden (1)».

Si para conmemorar el Centenario del descubrimiento de América no hubiera hecho España otra cosa que esa Exposición, que constituye un perfecto cuadro de lo que fué la civilización europea en los momentos de llevar sus luces hacia Occidente, y otro cuadro en correspondencia de lo que allí eran las razas pobladoras del Continente nuevo, de Norte á Sur, con esas muestras solas hiciera memorables sus fiestas, ofreciendo al mundo espectáculo y escuela dignos del glorioso suceso.

Quien los aproveche, vuelvo á decir, no faltará seguramente; mas no será nacido en las tierras que los Pirineos confinan hacia el mar. Por un momen-

(1) Zeda: *La Epoca*, Madrid, 7 Noviembre 1892.

to hemos podido creer que en ellas se pensara todavía; hemos acariciado la idea presuntuosa de que un entendimiento soberano penetrara é hiciera sentir aquellos desfallecimientos, aquellos anhelos, aquellas plegarias, aquellas tempestades encerradas en el alma del heroico descubridor del Nuevo Mundo (1); el oráculo nos desengaña desde el trípode de su infalibilidad. Los españoles, por fatal influencia de la cuna, por estado cerebral particular, innato y rebelde, ó por una de las consecuencias de la Inquisición, que atacó al entendimiento humano en su iniciativa y hasta la medula de los huesos, son incapaces para el estudio, y aun incapaces de sacramentos.

Es el Sr. Henry Harrisse, escritor americano ingerto en francés, que nunca se equivoca, el que se sirve comunicarnos para satisfacción nuestra y conocimiento del orbe. Dícenos al mismo tiempo, ó nos da á entender que no hay al presente más que una sola persona capaz de juzgar y escribir la historia del descubrimiento de América, persona para la que los cielos reservaron la empresa, y es... la del señor Henry Harrisse.

Inclinémonos, reconocidos; habrá quien elabore la miel. Mientras llega el momento de saborearla, recomendamos la traducción literal y la propaganda de sus impresiones (2) por mo-

(1) *Castelar y su último libro*, por D. Francisco F. Villegas. ESPAÑA MODERNA, Madrid, Noviembre, 1892.

(2) *Un historien espagnol de Christophe Colomb. Revue Critique d'Histoire et de Littérature*, París, 26 Setiembre, 3 Octubre, 1892.

delos de tolerancia, de cultura, de distinción... y de modestia, para que nos sirvan de fin del Centenario y aun de *fin de siglo*.

Aquí acabaron las fiestas; empiézase á pensar en las que principiarán pronto en Chicago. Como anuncio de su grandeza, ha decretado el Gobierno de los Estados Unidos que se pongan en circulación cinco millones de pesos en oro y plata llevando las monedas en el anverso la efigie de Colón y en el reverso á la nao *Santa María*. Además, circularán durante el año de 1893 tres series de timbres de Correos, de cinco, dos y un centavo, grabándose en la primera el busto del Almirante, en la segunda la dicha *Santa María*, y en la tercera el convento de la Rábida. Va, pues, á correr por todo el mundo la gloriosa capitana cruzando rumbos con sus compañeras, porque según noticia de Buenos Aires (y es curiosa) ordenó el Gobierno de la República Argentina que tuvieran curso el 12 de Octubre, y solamente ese día de fiesta nacional, otros timbres de correos de cinco y dos centavos en que se grabaron delicadamente las tres carabelas, estampándolas con dos matices de tinta azul sobre blanco (1).

A las ocho de la mañana de dicho día se pusieron á la venta: á las dos de la tarde no se encontraba un solo ejemplar de los doscientos mil estampados, y se ofrecían cinco pesos por cada uno.

(1) Colores nacionales. Han llegado aquí ejemplares: son muy bellos.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

SECCIÓN ULTRAMARINA

Hatuey, poema dramático, por Francisco Sellén.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

Nueva York, 1891.

De todos los delirios que la pasión política engendra, ninguno tan lamentable en el orden moral ni tan contraproducente en absoluto, como el de aquellos enamorados de ideales incompatibles con nuestra dominación americana, que en la historia precolombina rebuscan argumentos para sostener que los hombres y las cosas que en el Nuevo Mundo existían á nuestra llegada eran superiores á lo que nosotros llevamos, para deducir que sobre injusta y arbitraria y cruel ha sido contraproducente nuestra dominación. Los anarquistas de la cátedra, que sobre las ruinas de todo lo existente pretenden rehacer los organismos sociales, son más lógicos y más científicos, porque su ideal está envuelto en los misterios de lo porvenir, ofrece á los espíritus el atractivo y las contingencias de lo ignoto, mientras los que para combatir vicios y defectos actuales idealizan el primitivo estado selvático de las razas que se alimentaban de pescado cuando no de carne humana, hacen obra tan irracional y absurda, que apenas se comprende en un siglo positivista, neurótico y melindroso por excelencia. Hace setenta años, cuando luchaban por su emancipación las actuales repúblicas americanas, tuvo algunos partidarios este pueril sistema, que ahora resucitan ciertos pseudo-escritores filipinos con más irracionalidad todavía, pues por la tierra americana han pasado indudablemente civilizaciones dignas de estudio, mientras por el Archipiélago de los Luzones sólo pasaron antes que nosotros corrientes plutónicas y miríadas de zoófitos y madreporas.

Interin dedicamos á estos últimos publicistas alguna fraternal corrección, que ya va mereciendo su insistencia en aplicar á tontas y á locas á su país el antiguo é inadmisibile sistema americano de principios de siglo, cierta comezón de limpiar de nubes un hori-

zonte en estos momentos despejado, nos mueve á cerrar los ojos sobre la multitud de libros importantes que América nos acaba de ofrecer, para volverlos á un caso más y más agravante del pasado extravío, que surge entre los emigrados de Cuba, y de un poeta para nosotros muy simpático, en cuyas obras nos hemos ocupado alguna vez, aunque ligeramente, porque nos apena su situación, á la cual deben en nuestro concepto sus composiciones la mayor parte de los lunares que las afean.

Perdónenos, pues, por hoy la Academia ecuatoriana, cuya *Antología de poetas* de aquel país, impresa en Quito en un elegante volumen en 4.º, no sólo ha venido á honrar el centenario del descubrimiento de América, sino á vulgarizar oportunísimamente entre nosotros, amén de los *Dii majores* del Parnaso ecuatoriano, como Olmedo, Zaldumbide, Stona, Mera y tantos otros, los nombres de poetisas injustamente desconocidas hasta ahora, como Isabel Donoso, Victoria Nasch, Dolores Veintemilla, Angela Caamaño, etc. Tampoco dejaremos para muy tarde la *Geografía de Colombia*, que por mayor alarde de fraternidad ha impreso en Barcelona con sencillez y elegancia el representante de aquel país en el Centenario, D. Ramón Montero Barrantes, que tantos amigos deja en España y en el que esto escribe sentimientos personales de varia índole que no pueden expresarse aquí, concluyendo no la enumeración de los muchos libros á que hoy damos de mano, sino la de

aquellos cuyo aplazamiento nos es á primera ojeada más sensible, con la segunda edición de la hermosa novela-poema *Cumandá*, original del ya citado ecuatoriano D. Juan León Mera, honor de la América moderna como prosista. Oblíganos, según hemos dicho, á aplazar estos estudios para otras Revistas, cierta comezón patriótica que los lectores apreciarán.

Francisco Sellén, que es el poeta á quien antes nos referíamos, ha llegado esta vez acaso más lejos que ninguno de los americanos que del arsenal de su llamada prehistoria pretendieron sacar armas contra España, oponiéndola como ideal á nuestra conquista y civilización, porque no canta en su poema, ni se refiere su ideal á aquellas prehistorias ya admitidas á discusión, por decirlo así, bajo el punto de vista de las artes por lo menos. En efecto, la peruana, la yucateca, la azteca misma, y las de algunas otras regiones, están revelando á cada momento ser producto de razas no tan inferiores como hasta aquí se había creído; prehistorias, ó, mejor dicho, precolombismos que en la actual Exposición, pasmo de propios y de extraños, coadyuvan gallarda y vigorosamente á la admirable síntesis que representa el Centenario del descubrimiento para la civilización y para España. No por cierto; no pertenece *Hatuey* á esas razas privilegiadas, cuyas aptitudes adivinaron ya nuestros antiguos historiadores y á quien hicieron tanta justicia como ahora mismo acaba de demostrar el eminente americanista Sr. Espada, con la sencilla pu-

blicación de un extracto comentado de la *Apologética historia* del P. Las Casas. Allí palmariamente se demuestra que este llamado apóstol de los indios y azote de los españoles, no hizo en puridad otra cosa en su destartalada apología precolombina, que copiar, abultar, y en muchos casos desfigurar las confesiones y aun alabanzas que en muchos casos inspiraron el espíritu de justicia y el amor á la verdad á los padres de nuestra historia americana, los Ciezas y los Oviedos, por ejemplo.

Se trata en esos casos, como es notorio, de hechos concretos y tangibles, de producciones y obras artísticas, que han llegado hasta nosotros para justificar la capacidad intelectual de ciertas razas aborígenes, y puede concederse á la pasión política que en la apreciación de esa capacidad pase ciertos límites que podemos llamar racionales y aun la anteponga á la nuestra en el juicio comparativo, por más que siempre en el fondo de tal paralelismo haya para el europeo que lo hace algo contraproducente y depresivo, que no disculpan virtudes patrióticas ni sutilezas metafísicas; pero, ¿qué diremos del que cegado por pasiones pueriles de este momento histórico, no ya abofetea á su propia raza, sino que la abofetea con la mano del negro ó del caribe, con ellos descendiendo al último peldaño de la escala humana, donde la doctrina de Darwin piensa encontrar su fundamento científico, su realidad antropológica?

¡ Ah! Y si esto lo hace un poeta melancólico y simpático, como Sellén, de

gusto más formado cada día, y formado para mayor contradicción en la buena escuela española y en los moldes más característicos de nuestro espíritu romántico, que fué justamente una de las principales causas de lo que llaman ellos nuestros errores y nuestras crueldades en América, á saber: la religión y el amor á las aventuras; si esto se hace, en fin, con formas imitadas de nuestros romanceros, con gallardías y poéticos arranques dignos de aplauso, el más sincero dolor cede su puesto en nuestra alma á la indignación patriótica, y desearíamos que no fuera la última producción de Sellén, en su forma extrínseca, la más completa y vigorosa de todas las suyas. Y no nos apena, ciertamente, por ser una prueba más de su hostilidad constante á la madre España, sino porque á esa rebeldía incorregible agrega ahora el error filosófico de la elección de asunto, error impropio de su talento que anula su misma obra, digna, en verdad, de mayor armonía estética. Presentar á la raza haitiana mezclada ya con la caribe en la mayor de nuestras Antillas, como contraste y reverso moral de los primeros descubridores y conquistadores, es con tal extremo absurdo, que, sólo por cansancio y hastío de una estéril lucha nos lo explicamos, á semejanza del cansancio que en el descubrimiento de la Florida señoreó de tal manera á un soldado de Hernando de Soto, que arrojó á puñados á un zacatal las perlas que llevaba y por cuartillos se medían, para que á nadie sirvieran ni

pudiera nadie aprovecharlas. Hasta el papel que en *Hatuey* representa Fray Bartolomé de Las Casas, nos parece en estos momentos, una de las perlas con mayor razón arrojadas al zacatal. ¡Triste destino el del triste fraile. En el siglo xvii ya corrían sus obras unidas á las de los primeros filibusteros, sirviéndoles como de prólogo y explicación; durante la guerra de la independencia americana fué moda entre los poetas ultramarinos traerle y llevarle á puto el postre, hasta el extremo de haberlo divinizado el célebre Olmedo en su *Canto á la victoria de Junín*, poniéndole en el cielo pagano de las Incas y declarándole único español digno de tal gloria; y en nuestros días, coincidiendo con un suceso que ha tenido no poco de apoteosis de los frailes, tócale al de Santo Domingo salir otra vez al teatro del mundo de bracero con los caribes, haciendo el triste papel que van á ver nuestros lectores. ¡Pobre Padre Las Casas!

Pronunciado ya este nombre, adivínase la fuente de inspiración del poema dramático que nos ocupa. Es la *Historia de las Indias*, que en sus capítulos XXI y XXV del libro 3.º, cuenta muy por menor las hazañas de un cacique de la provincia de Guahaba en la isla Española, que se pasó con su gente á la de Cuba huyendo de los españoles, adonde no tardaba en seguirle la expedición de Diego Velázquez. Píntanos á Hatuey el buen obispo de Chiapa, no ya como hombre prudente y esforzado, sino también como orador mañero y artificioso, con cierto

artificio teatral y melodramático, pues para encender contra los españoles el odio de sus haitianos y caribes, por epílogo de un discursito donde el autor español anda más desnudo que el mismo indio, saca éste una cesta llena de oro, predicando á los suyos que aquel es el Dios de los españoles, y que á fin de que les inspire virtud y humanidad, deben adorarle, bailarle y festejarle, cosa que hacen los indios al punto, hasta que el feliz ingenio de Hatuey, hablando según se ha dicho, por boca de Las Casas, remata la escena con la invención de echar al río aquel oro «Señor de los cristianos», porque «debajo del agua no sabrán dónde está...» (de lo contrario), aunque lo tengamos «en las tripas, nos lo han de sacar.» Ocurre aquí naturalmente meditar, que el buen fraile omitió en la ilustración biográfica de su Hatuey, decirnos si fué, por ventura, de los caciques haitianos que se comieron á los treinta y ocho españoles que dejó Colón en la isla Española al emprender su tercer viaje, de los cuales sólo se encontraron al retorno algunos miserables y bien roídos huesos, por cuya hazaña, visto que los autores no se descubrían, con derecho natural y derecho de guerra, se extendió ésta por toda la isla Española con la buena voluntad del buen estómago de gentes, que si no eran vencedoras, eran comidas. ¿No sería, á su vez, la emigración á Cuba del prudente cacique de Guahaba, obra del temor de que se le indigestase la comilona de los treinta y ocho? Punto es éste curiosísimo, de aquel período en que la

prehistoria y la historia se confunden, que Las Casas no aclara ni investiga siquiera, antes con delectación morosa en este episodio se extiende, terminándolo con un ditirambo tan estupendo, que antes parece de un filibustero desatinado de nuestros días, que de un obispo del gran siglo y la gran nación católica.

« Bien parece — exclama entusiasmado — que los cognoscía Hatuey » á los españoles, y que con prudencia » y buena razón de hombre temía venir » á sus manos, y que no le podía venir » de ellos otra utilidad, otro bien, ni » otro consuelo al cabo, sino el que le » vino. » ; De suerte, que la civilización y la verdadera fe nada significaban para Las Casas, por ser bajo otro aspecto censurables los medios y caminos por donde venían! Este mismo hombre, que así da por ciertas las prendas y virtudes del salvaje, puso en duda la antropofagia de que los españoles hablaban horrorizados, cuando hallaron las casas de los indios llenas de huesos y cabezas humanas; y dice en el capítulo LXXXIV « que después de comidas, no había » para qué guardar las cabezas y huesos... todo esto es adivinar ». En cambio, los discursos de Hatuey en el fondo de los bosques de Cuba, no eran adivinanzas para el hijo del *Mejor Guzmán de los buenos*. En verdad y con dolor confesamos, que tan alto ejemplo amengua no poco las censuras que Sellén merece.

Véase ahora el drama:

Abrese el primer acto poniendo en verso la curiosa escena en que presenta Hatuey á sus indios la cestilla de oro

para que adoren al Dios de los cristianos; item más, aquello de arrojarlo al río, que, sin calumniar al obispo de Chiapa, debe calificarse de invención suya groserísima.

Sólo por ti el cristiano
medita nuestro mal,

canta el coro, y Hatuey le replica en lenguaje por cierto más culto que el de Las Casas:

...libres
del furor y codicia del cristiano
no hemos de estar, mientras guardemos oro,
aunque en nuestras entrañas lo escondamos,
de allí lo arrancarán con nuestras vidas...

(*Muchas voces.*)

...Al río, al río,
arrojemos al Dios de esos malvados.

El areito (canción) que sigue con el estribillo *oro infernal*, es buen trozo de poesía.

El desembarco de los españoles, anunciado por un espía, disuelve el concurso y trae á un cacique caribe á concertarse con Hatuey para la defensa del territorio cubano. Estas escenas, en vez de color de época ni local, trascienden á club moderno. He aquí lo que dice Hatuey á Macorijes, para que lo transmita á su tribu:

La unión, la unión les suplica,
ahora unión, unión después.
Diles que yo no pretendo
mando supremo ejercer
ni ser cacique de todos;
que el mando al más digno den.

Escenas del campamento de Velázquez ocupan el acto segundo. Nuestro lector fácilmente las adivinará, por

esta reflexión que hace Morales al oír á Pedro de Ordaz:

...Alma llena
de ambición, que no reparas
en medios, como se obtenga
tu deseo, lo que buscas
no hallarás en esta tierra.

Grijalva y Diego de Ordaz traen prisionero á Macorijes, que demuestra un estoicismo propio de un romano de los mejores tiempos. Ni en el tormento descubre el paradero de Hatuey, á quien Velázquez ansía conocer, no para destruirle ciertamente, sino para brindarle con la paz, pues el autor pone estos nobles conceptos en su boca:

Tu bien y el de Hatuey deseo,
que el valiente dondequiera
respeto y honra merece,
y él lo es, según se cuenta.

Obstinado Macorijes en su silencio,
muere en la hoguera.

ACTO III

Andan los españoles maltrechos y derrotados por la *selva selvaggia*, para que ocurra la acción casi de Caín que Oviedo cuenta de Pedro de Ordaz, cuando abandonó á su hermano Diego en la ciénaga, porque los indios les daban alcance. Diego se salvó milagrosamente y Pedro viene á morir en la misma ciénaga poco después y del mismo modo. En el drama hace el milagro una hermana de Macorijes, Atabaiba, que se enamora perdidamente del español, escena con algunos toques

bellos y no poco inverosímiles, como la declaración de la *virginidad* de Atabaiba, que es en boca de una india bien singular, y recuerda aquello de nuestro Tioco:

que son muchas gollerías
pedir doncellez gallega.

Véase en cambio este trozo poético y de propio colorido:

Soy Atabaiba, la hermana
de Macorijes el fuerte,
si él amargo cual la muerte
yo dulce como la anana.

.....

Sé preparar el casabe
y el maíz sé preparar,
y nadie el baile guiar
como yo en las fiestas sabe.

Yo sé tejer con primor
mantas bellas, y también
hamacas de jeniquén
para mi dueño y señor.

Y redes para pescar
tejo cual nadie, y si canto
mi areito agrada tanto
que es mío el primer lugar.

Soy fiel cual la biajaní,
soy como ella amorosa;
seré mujer cariñosa...
¿Qué me respondes?

ORDAZ.

...Que sí

Como primera prueba de amor ofrece al soldado de Velázquez averiguar dónde se hallan el cacique y sus indios, y mientras queda aquél en el bosque curado y confortado por ella, se entretiene en dar pasto á los amores del autor, de este modo:

Capricho, tú el mundo riges;
Me niega auxilio mi hermano;
Huye y me tiende una mano
La hermana de Macorijes.
Pues mi destino diriges,
Echarme en tus brazos quiero;
Que me sonrías espero
Y realices mi ambición,
Que no tengo corazón,
Porque es mi bien lo primero.

El nudo se ve ya claramente, y también el desenlace. Haitianos y caribes celebran su triunfo en el acto cuarto con areitos y bailes, en que, por cierto, echan muy de menos á Atabaiba, que sabía lindamente dirigirlos. He aquí lo que cantan:

El hombre blanco en rostro
Y negro en corazón,
El hombre blanco, lleno
De odio, de ambición,
El hombre blanco vino,
Vino iracundo aquí
A hacernos sus esclavos...

como ellos se hacían unos á otros; en sus guerras, cuando no gigote en sus tripas, valiéndonos de la culta frase de Las Casas. ¡Qué ceguedad política la de los escritores que piensan como Sellén! A un descendiente de Caonabo ó de Guarionex podría perdonársele el odio al blanco; pero á él, que tiene el mal gusto de volvernos á aquellos tiempos en que decía algún poeta trasatlántico:

Y si es cierto que tengo sangre goda,
Por no tenerla la vertiera toda,

á él hay que decirle, como ya se le dijo entonces á aquel poeta hispanófobo:

¿Maldices de esa sangre y esa gente
Tú de esa sangre más que yo nacido?

Antes de llegar á las más tristes escenas, que son aquellas en que figura el obispo Las Casas, solacémonos con este excelente cuadro que un espía indio hace del suplicio de Macorijes. Es un buen remedo de nuestros buenos romances:

Macorijes no responde;
Macorijes mudo está.
Lo desgarran, lo destrozan,
Lo atormentan sin piedad

Para hacer que abra sus labios
Y responda al preguntar;
Mas no habla Macorijes;
Macorijes mudo está...
Y suspenden los tormentos,
Y los vuelven á empezar,
Y de nuevo le preguntan,
Y de nuevo mudo está.—
Al fin cesan los tormentos,
Y en un árbol le vi atar,
Y hojas secas, yaguas secas
En redor echando van.
Fuego aplican, y las llamas
Pronto empiezan á brotar,
Y de todas partes suben
Y lo envuelven más y más;
Y humo y llamas, llamas y humo
Brotan, suben sin cesar;
Y silencio todos guardan,
Y en silencio todo está:
Sólo se oye el estallido
Que las secas ramas dan.
No se ve ya á Macorijes...
¡No podré verle jamás!...
Mas sus labios no se abrieron
Y él ha muerto sin hablar.

Tras algunas escenas con dejos de *Pablo y Virginia*, Diego de Ordaz consigue su objeto, y los españoles caen sobre el campo indio apoderándose de Hatuey. Con enorme inverosimilitud, Atabaiba penetra en la prisión de éste á pedirle perdón por haber vendido á sus hermanos, donde la presencia de Las Casas la salva de morir á manos de Hatuey. Es escena que, con llamarla peregrina y estupenda, aún nos quedamos bien cortos.

ATABAIBA, arrojándose al suelo.

¡Piedad!

LAS CASAS, entrando precipitadamente.

¿Que pasa aquí?

HATUEY.

Tú, ¿qué pretendes?
Dí, cristiano, ¿quién eres?

LAS CASAS.

Soy Las Casas.

(A Atabaiba.)

Aléjate de aquí. (*Sale Atabaiba.*)

HATUEY.

¡Cómo! ¡Tu eres
El hombre justo, el compasivo, el bueno;
Unico en esa turba de crueles
Que no es cruel, y hacia nosotros muestra
Justicia, amor, piedad? Deja que bese
La tierra que ahora pisas, y á tus plantas
Dejáme prosternar.

(*Se arroja á los piés de LAS CASAS.*)

No se dirá que los haitianos de aquel tiempo, no estaban ya influidos por lo que hoy se llama opinión pública y al tanto de la celebridad que no había alcanzado aún el futuro obispo de Chiapa. El fué justamente á Cuba en 1512, después de la muerte de Hatuey, llamado por Diego Velázquez «que le amaba», y fué de simple clérigo. En la Española, como cualquier otro conquistador, había tenido sus indios de encomienda, y él mismo declara en su *Historia apologética*, que en el Cibao, á orillas del Istmo, tuvo labranzas que le producían más de cien mil castellanos. ¿Cuántos indios se las trabajarían? Pero prosigamos la escena.

LAS CASAS, *haciéndole alzar.*

Alza, detente;
Ven á mis brazos, ven: yo soy tu amigo,
Tu hermano soy.

HATUEY.

¿Del cielo acaso vienes?
¿Te envió un Semí para ventura nuestra?...
Tú, ni cristiano ni español ser puedes.

LAS CASAS.

Humilde siervo soy de un Dios piadoso,
Nuestro padre común: Dios que no quiere
Llanto, sangre, injusticia, y nos ordena
Que todos nos amemos, y al que debes
Rendir adoración, noble cacique.

HATUEY.

No me hables de tu Dios; no, no lo mientes.
Es un Semí de iniquidad: tan sólo
Un Semí de malvados, pues consiente
Impasible, en sus blancos servidores
Crímenes tan horrendos.

LAS CASAS.

No blasfemes.
Perdónale, Jesús. Tu furia calma;
Escucha mis palabras y en ti vuelve.
Hatuey, el reino del malvado es corto;
Crimen no hay que sin castigo quede.

HATUEY.

¡Si todos los cristianos cual tú fueran,
Cuán otra, hombre piadoso, nuestra suerte
Hubiera sido!

LAS CASAS.

Hatuey, los hay mejores.
Del Salvador Divino humildemente
En seguir los preceptos yo me afano.
Cada vez más intenso en mí se vuelve
Por los tuyos mi amor, y tus dolores
Me laceran el alma.

HATUEY.

¡Hombre clemente!

.....
Los cristianos no cambian; hoy sucede
Lo que ya ha sucedido...
Venganza en nuestro pecho sólo siembran:
Odio y execración sólo merecen.

LAS CASAS.

Rencor, venganzas, odios en los tuyos
No ví jamás; la mansedumbre siempre.

.....
Animo, ten valor, amigo, hermano;
Yo velo por los tuyos: en mi tienen
Un defensor...

.....
¡Ya no hay palabras!
¡Todo sollozos, lágrimas se vuelve!...
Mas todo cambiará: mejores días
Para tu raza han de lucir en breve.

HATUEY.

¡Vana esperanza de tu noble pecho!

LAS CASAS.

¿En mí la fe también, hermano, pierdes?

HATUEY.

En ti la tengo, pero no en los tuyos.

LAS CASAS.

Yo iré á España: ante el solio de sus reyes
 Me postraré: su corazón es noble;
 Oirán mi voz, escucharán mis preces,
 Y alivio han de alcanzar los males vuestros,
 Y justicia os harán. Voto solemne
 Hago de no gozar paz ni reposo
 Hasta que obtenga protectoras leyes
 Para la raza tuya: en Dios confío
 Que fuerzas me dará; pero al presente
 De tu vida se trata.

HATUEY.

Ya yo he muerto.
 ¿A qué mi vida sirve? ¿Quién me vuelve
 Lo que he perdido? Mis florestas libres,
 Mi hermano de armas... ¡Venga, pues, la
 [muerte!

LAS CASAS.

¡Hatuey! ¡Hatuey! Vivir te ordeno ahora:
 A los tuyos tu vida pertenece.
 Para ellos vive; para mí: lo ordeno.
 No se hable de morir: he visto al jefe
 De los cristianos: defendí tu causa.
 Yo quiero que le veas.

HATUEY.

¿Debo verle?

LAS CASAS.

Le has de ver, le has de hablar; pero modera
 Tu indignación: humano es y prudente,
 Mas fácil de irritarse: tus palabras,
 Por tanto, mide, y como cuerdo cede
 Al rigor de lo que es inevitable.

HATUEY.

Es para mí sagrado cuanto ordenes.

Fácil es presumir lo que pasa entre
 Velázquez y el cacique haitiano. Lo que
 nadie adivinaría, seguramente, es el si-
 tio donde se enciende la hoguera para
 el sentenciado, hoguera que le consu-
 me al fin, á pesar del perdón que Las
 Casas obtiene de Velázquez, porque
 Grijalva se apresura á hacer la justi-

cia, y el fraile llega tarde... Pues bien,
 ese sitio es... pero que lo diga el mis-
 mo sentenciado.

Este el campo es de Yara donde muero.
 ¡El campo de Yara!...

Nuestra historia contemporánea lo
 conoce muy bien, desde que estalló la
 insurrección cubana de 1868 que tanta
 sangre y tanta ruina ha costado á am-
 bos pueblos. ¡Guerra triste! ¡Guerra
 fratricida la que allí comenzó! ¡Y que
 hoy la recordemos cantada por un poe-
 ta simpático, en mal hora obcecado,
 tan obcecado, que resulta de su obra,
 que en los campos de Yara renacerá la
 civilización... ¡Civilización!... ¿La de
 Hatuey? ¿La de los haitianos y caribes?
 El lo canta.

Suelo que mis cenizas hoy fecundan,
 Campos que dejo esclavos...

...en vosotros
 En lunas por venir, para esta gente,
 También ha de empezar dura enseñanza.
 ¡Feliz quien de tu sol el brillo viese!
 ¡Oh, grande, suspirado, hermoso día
 de redención!...

El final está en boca de Las Casas,
 y es como suyo:

Abre tu cielo al infeliz salvaje,
 Y perdón sus verdugos en ti encuentren.

Sí, perdón, pidamos al cielo perdón
 para todos los errores, incluso para los
 de los frailes y los legos que, cegados
 por pasiones políticas, impropias de
 este siglo, resucitan á los Velázquez y
 los Hatuey para encender nuevas ho-
 gueras en Yara, acaso más abomina-
 bles que las del décimosexto.

V. BARRANTES.

CRÓNICA INTERNACIONAL



Insensatez de los republicanos franceses.—Irrupción de unos poderes en el campo de otros.—Las operaciones bursátiles sobre el canal de Panamá.—Generosos errores de Lesseps.—Su analogía con los errores de Colón.—Las estafas colosales.—Su represión por la Cámara.—Junta de investigaciones.—Su presidente Brisson.—Carácter de tal república.—Combinaciones ministeriales.—El ministerio Ribot.—Política de este republicano conservador.—Estado general de nuestra Europa.—Conclusión.

No hay en la política europea fenómeno tan digno de observación y estudio, como el ser y estado de la República francesa, desorganizada por culpa de los republicanos, á quienes falta criterio político y verdadera disciplina. Cuando en las lecturas continuas de papeles tan importantes como los diarios de sus Cámaras, tropieza uno con propósitos tan descabellados como el puesto hace poco en conocimiento del mundo por M. Pigeón, deseosísimo de consagrar las fuerzas del Gobierno á convertir la nación sus ciudadanos en positivistas, extrayéndolos por una serie de disposiciones y leyes políticas del infierno de lo sobrenatural y de lo metafísico; cuando escucha términos tales de expresión en joven é inteligente orador desde la esclarecida tribuna patria, porque lo cree así necesario á su radicalismo; cuando antiguos ministros tenidos por conser-

vadores, como Constans, presentan leyes, cuyo contexto se deja muy atrás los extintos fantaseos de las antiguas escuelas internacionalistas, bien puede sospecharse hoy en la democracia francesa una demencia social por todo extremo asoladora en lo presente y peligrosísima para lo por venir. Pero, entre tanta insensatez, ninguna se asemeja, ninguna, de suyo, á la cometida por el último ministro Loubet, aceptando el cargo de árbitro en litigios particulares; y con esta increíble aceptación invadiendo las fronteras del poder judicial, que deben respetarse con escrúpulo, porque lo hemos instituido con cuidado en defensa y salvaguardia de todos nuestros fueros. Apenas había cometido tal desaguizado, y los espíritus previsores habíanle ya puesto en autos, diciéndole cómo al cabo de tan tortuosas vías únicamente se columbraban terribles despeñaderos, en cuyos cor-

tes iban las instituciones á herirse y á rodar despeñadas hasta el fondo de los más insondables abismos. Con efecto, como un solo error trae aparejada siempre larguísima serie de irreparables errores, á la invasión del poder ejecutivo en el poder judicial, por una consecuencia indeclinable, no ha podido menos que subseguir otra invasión del poder legislativo. Horrible la triste aglomeración de todos los poderes en uno solo, pues de sumarse dentro de una persona, sobreviene por fuerza el abrumador despotismo; y, de sumarse dentro de una grande Asamblea, sobreviene la triste anarquía. Tras el arbitraje de Loubet, ha surgido la Comisión de Panamá. ¡Inútil negarlo! Este asunto aparece como el escándalo de los escándalos. Explotando el nombre gloriosísimo de Lesseps y el fabuloso logro del Canal de Suez, propúsose una legión de muy atrevidos especuladores realizar enorme negocio en los mercados bursátiles más que abrir una nueva comunicación marítima entre los continentes del planeta; y á este fin expidieron valores, cotizados con prima en un principio y al poco tiempo desplomados en el descrédito por la imposibilidad material de que correspondieran los resultados á las promesas y los provechos á las esperanzas. Lesseps había creído, en sus alucinaciones de mitológico héroe, cosa tan hacedera y fácil abrir el istmo de Panamá como abrir el istmo de Suez y comunicar el Pacífico y el Atlántico, cual el mar Mediterráneo y el mar Rojo. Pero las resistencias del suelo, las plagas del clima, las enormes distancias entre los centros de operaciones económicas y los campos de la industria y del trabajo, los aniquilamientos de trabajadores en la horrible voracidad del trópico que todo lo extraga, el combate consciente y continuo y perseverantísimo del Gobierno americano á esta ingerencia europea en América, convierten lo que primero se creía exacto en probable, y, por último, lo que apareció probable, desde seguro, en imposible y hasta inverosímil. Colón, dotado por el cielo de aquellas adivinaciones verdaderamente divinas, que distinguían su genio é iluminaban su obra, creyó durante sus viajes últimos, cuando le parecía con el paraíso haber tropezado y se le figuraba próximo el momento de coger á manos llenas el oro en Veragua para proseguir las Cruzadas y traer al seno de la cristianidad el Santo Sepulcro, en la existencia de un estrecho por aquellos sitios, imaginando la Naturaleza bastante pródiga y sabia para en sus previsiones maternales haber abierto un canal, facilitador de las comunicaciones y de los cambios con Asia. El estrecho requerido por el descubridor, no estaba ciertamente allí, no tan á la mano y alcance de todos, no cerca de las Antillas y Bahamas, no en la tierra de Veragua y junto al cabo de Gracia de Dios; estaba en otro hemisferio semejante á otro planeta, bajo cielos esclarecidos por constelaciones nunca vistas, cerca del polo austral; y había de ser descubierto, en uno de los atrevimientos mayores que la historia recuer-

da, por el mártir Magallanes; así como puesto en conocimiento de la humanidad entera por Sebastián Elcano por la primer circunnavegación de nuestro globo. Erró Lesseps imaginando fácil abrir lo que cerrara la Naturaleza, como erró Colón atribuyendo á la implacable Naturaleza previsiones y solitud impropias de su terrible indiferencia. Pero en tiempo de Colón, aunque algunos pusieron sus tesoros en la empresa y los recobraron tarde ó no los recobraron jamás, se desconocía esta facilidad moderna de convertir en valores movibles y cambiantes los valores muebles, y repartir entre las familias de Pekin ó Lima la propiedad directa de Almadén ó de Ríotinto. Y como estos valores en papel vuelan tanto y pasan de mano en mano con facilidad tan grande y en curso tan rápido, la inspección de sus circulaciones múltiples y la busca de sus dueños legítimos es cosa tan difícil, que las estafas mayores se sustraen á las acciones varias de los tribunales y caen fuera del Código penal.

El Parlamento francés ha querido suplir esta deficiencia con un organismo que no puede improvisarse y que pide, además de mucho tiempo, mucho tino. Al ver montada por gran tropel de sórdidos explotadores una máquina, como la sociedad gigante del Panamá, con ánimo de abrir las bocas del bolsillo francés antes que los senos del canal interoceánico, llevándose y evaporando así mil cuatrocientos millones de la fortuna pública, intentó buscar un organismo

que ocurriese al castigo de tan colossal estafa; y lejos de ocurrírsele aquello que se hallaba en sus facultades, como la excitación al Gobierno y á los tribunales para que persiguiesen estos hechos, se convirtió en tribunal de justicia, lo más contrario á un cuerpo verdaderamente político; y anuló de un golpe dos poderes rivales, el poder ejecutivo, que anda en perpetua crisis, y el poder judicial, que se cree herido mortalmente y está en realidad anulado. Una debilidad incomprendible del gobierno Loubet, muy semejante á la cometida en el negocio de Carmaux, convirtió la Cámara en tribunal de justicia, como antes había convertido el ministerio en árbitro de los negocios civiles. Buscando al más austero entre los diputados para presidir el Comité de investigaciones, dieron los fundadores de tal junta con Brisson, y á éste, ya presidente, no se le ocurrió sino meterse, de hoz y de coz, en las atribuciones judiciales, decretando medidas que sólo pueden decretarse allá en lo alto y obedecerse por los de abajo si las toma y dispone un juez competente. Había intervenido mucho en la gestión del Panamá y en las emisiones de sus valores un célebre banquero llamado Reinach, tío y suegro del joven diputado de este apellido, á quien le tocara en suerte continuar el periódico de Gambetta, y, por lo mismo, ser una especie de Benjamín en la escuela oportunista, de tan odiosa memoria para todos los radicales, conjurados en la obra de maldecirla y de vejarla. En medio del

escándalo promovido por tales hechos, Reinach muere; y la general murmuración atribuye á suicidio y aun á veneno preparado por manos ajenas su muerte. Hallándose la comisión investigadora con que todo el secreto de las operaciones bancarias relativas al Panamá se contenía en los libros del banquero, y con que había desaparecido en la eternidad éste; sin encomendarse á Dios ni al Diablo, dispuso una inmediata irremisible autopsia de su cadáver con doble desconocimiento y desacato, así de las facultades correspondientes á los médicos forenses, como de las facultades correspondientes á los jueces instructores. Aquel Gobierno que tolerara la fundación de un organismo así, no quiso tolerar la consecuencia obligada del ejercicio suyo, y se interpuso entre la Comisión y los tribunales en tardío rasgo de inesperada independendencia. El ministro, reacio á presentir y preveer, estaba en el caso de remediar las propias imprevisiones recluyendo la Comisión dentro del Parlamento y refrenando el trote que había tomado hacia el solio de la justicia. No puede condenarse á nadie, sino por leyes y por tribunales anteriores á la comisión de su delito. No se pueden aplicar á un solo hecho dos códigos y dos jurisdicciones y dos procedimientos y dos tribunales diversos al mismo tiempo. No se pueden investigar los móviles del voto dado y del discurso dicho en una Cámara, porque todas las Constituciones del mundo reconocen la inviolabilidad de los representantes de un país en el cumplimiento

de su cargo, y no hay medio de procesarlos ni por sus opiniones, ni por sus votos. Todas estas verdades, que son de sentido universal, y todos estos aforismos, que han pasado á la conversación corriente, todos estos lugares comunes que no piden para su comprensión cursos y libros de derecho, sino una escasa y superficial noticia del mundo y sus leyes, cayeron en olvido del Gobierno al consentir la Comisión, y no se le presentaron hasta el primer encuentro, que la Comisión tuvo con las facultades todavía más respetables del poder judicial. Negóse, pues, el ministro de Justicia con fundado motivo al cumplimiento de un decreto, por el cual cometía la Comisión el delito penado en las leyes de usurpar las atribuciones ajenas; y el Congreso, muy ufano de su nuevo poder y muy apercebido á hacer mangas y capirotos con la honra de los ciudadanos, derrotó al ministro y se constituyó por este voto en una verdadera Convención. Presidía, cual hemos dicho arriba, el increíble organismo parlamentario Brisson; y como presidía este organismo, dirigió las operaciones contra el Gobierno; y como dirigió las operaciones, tropezó en la derrota del Gobierno con una designación muy natural á la Presidencia del Consejo que debía remplazar al vencido. Y lo llamaron del Elíseo, como era congruente con lo sucedido, á formar y á presidir el nuevo Gobierno. Pero Brisson pertenece al número de los hombres rectos, que como andan rectamente, sin quererse desviar ni á la derecha ni á la izquierda,

tropiezan con todo el mundo. De tropezones en tropezones llegó el estoico á traer una Cámara como la triste anterior, la cual estuvo á dos dedos de traernos la dictadura del general Boulanger. Pero váyasele á los caracteres subjetivos, que nunca se asoman á la ventana, con el recuerdo de la historia y con el inconveniente y el obstáculo que la realidad opone á los puros conceptos de una mente moral y de una voluntad austera. Creyó la cosa más fácil del mundo este cariñoso y buen amigo mío unirse á los mismos que había derrotado y formar con ellos, heridos por sospechas indignas, un ministerio representante de la quisi-cosa conocida en Francia con el nombre de reconcentración republicana. Como el gobierno Loubet no se había enterado de lo que iba la Comisión á resultar hasta después de verla en ejercicio, Brisson, por su parte, no conocía la imposibilidad en que se hallaba de constituir un ministerio, sino después de haberlo intentado y haber visto frustradas todas sus combinaciones. Yo quiero mucho á Brisson, le confiaría mi honra y mi dinero y mi vida, segurísimo de que velaría por todo ello como un héroe y un santo, pero en política no le fío ni la secretaría de mi comité del barrio, con haber sido ministro, presidente de la Cámara y Presidente del Consejo. Si Aristides era como Brisson, hicieron muy bien los atenienses en desterrarlo. Con su Cámara indefinida é indefinible, generada por unos comicios, á los cuales no había querido presentar ningún pro-

grama, dió el primer golpe á la República, y con su junta de información acaba de darle ahora otro golpe mortal. El primer efecto de una manía tan enorme ha sido grave pugna con el poder judicial, resistiéndose por necesidad y por deber éste á la intrusión en sus facultades propias de un poder anómalo y extraño. El segundo efecto ha sido que muchos ciudadanos, obligadísimos por las leyes y por sus sanciones á prestar declaración ante los tribunales ordinarios, no han querido prestarla de ningún modo ante un tribunal extraordinario que ni tiene jurisdicción alguna, ni código á que sujetarse, ni facultades por la Constitución dadas y por la costumbre reconocidas, ni cosa ninguna. Y el procurador general de la República se ha erguido ante tal irregularidad y ha sublevado con su proceder enérgico y entero al cuerpo de magistrados que protesta, mientras Francia pasa una quincena completísima sin Gobierno y metida en el horno de unas calumnias tan espesas que roban la luz á los ojos, la respiración á los pulmones, condensando un aire pestilente, alcual serían preferibles para el alma del alma, para la vida de nuestra vida, para el honor, la muerte material y el sueño eterno.

Todos estos desaguizados y entuertos han traído una crisis de quince días, que no es una crisis de la política sino una crisis de la sociedad. El régimen parlamentario, de tantos resortes diversos y de tantas complicaciones difíciles, exige la producción de ciertos organismos, cuya falta y ausencia lo matan sin re-

medio, empujándolo hacia la dictadura ó hacia la anarquía, los dos abismos, entre cuyos bordes á la continua caminamos los pueblos recién emancipados, y por ende poco diestros en el ejercicio y cumplimiento de su colectiva soberanía. Es indispensable al régimen parlamentario la existencia de dos fundamentales partidos, como es indispensable á los partidos la existencia de sus jefes ó de sus cabezas, en quienes todo el organismo se resuma y resida lo mismo el impulso á todo movimiento que la consagración de toda idea. En el pueblo modelo de las instituciones parlamentarias, en Inglaterra, la importancia, la grandeza, la fuerza del primer ministro, del que llaman allí por sabia elipsis primero, frisa con la importancia y la grandeza y la fuerza que tienen la monarquía y el monarca. No llega entre los ingleses á primero todo aquel que quiere llegar, como no se forma gobierno ninguno sin tener el primero á su cabeza. No hay más que dos primeros posibles en Inglaterra: Salisbury el uno y el otro Gladstone. Comparad esto con lo que pasa entre los franceses. La lista de los presidentes del Consejo vivos no se acaba nunca. Recordad los más notables y os quedaréis espantados de su número: Simon, Ferry, Freycinet, Goblet, Rouvier, Loubet y tantos más constituyen una baraja de ases como no hay ninguna. Tal copia de primeros ministros no significa sino la indeterminación y la indefinición, porque pasa en estos instantes críticos la República francesa. Quieren á toda

costa concentrarse; y el radicalismo, débil por su número, se impone por la debilidad servil de aquellos que, debiendo ser sus enemigos, son sus cómplices. Bajo la denominación común de republicanos y el denominador común de república, creen la cosa más fácil del mundo casar á la Señoría de Venecia con el gran turco, cual dicen los franceses en sus claros y hermosos modismos. Pero el toque de todo esto se halla en que los radicales oprimen á los oportunistas, valiéndose de la común característica republicana, lo cual no les impide aliarse con sus enemigos los reaccionarios y los realistas siempre que les conviene jugar pésimas pasadas á sus buenos hermanos. Y así no es maravilla que unas veces aparezcan los diputados como rebeldes indómitos dispuestos á derribarlo todo y otras veces como ceros dóciles colocados á la izquierda de cualquier unidad para engrandecerla. Y así á Brisson se le ocurría consultar con Casimiro Perier después de haber consultado con Camilo Pelletan y formar un ministerio de concentración republicana requiriendo para ello los ministros á quienes acaba de maltratar y herir en su honra. Pues de igual suerte procede Carnot en sus encargos para las composiciones de los diversos ministerios posibles.

Lo mismo le importa un republicano muy reaccionario que un republicano muy socialista, si le forma Gobierno de tres ó cuatro meses y le aglomera mayorías de acarreo y de aluvión. Por fin, después de haber caído en cien.

trampas y haber andado de ceca en colodro, uno de los hombres más conservadores del partido republicano por sus antecedentes y más tímidos con los radicales por sus proceder es ha formado ministerio. Este hombre se llama M. Ribot. Una velada de la Grande Opera, encontrándome yo en el palco de la Presidencia, por invitación de M. Grevy, M. Goblet, á la sazón Presidente del Consejo, me honró con su compañía, y en las conversaciones de los entreactos, me dirigió esta curiosa pregunta: «Si V. estuviera en la Cámara francesa, ¿dentro de qué fracción republicana se incluiría?— Republicano desde mi lejana infancia—le dije— republicano hasta la muerte, profeso dentro de la República ideas tan por extremo conservadoras, que no encuentro en vuestro Parlamento grupo bastante conservador para en él inscribirme.— ¿Aún le parece á V. poco echado atrás M. Ribot?—me preguntó.—M. Ribot—le dije—no es republicano de abolengo como yo, es republicano reciente, y sin duda por esta condición tiene con los radicales complacencias incomprendibles para mí.» Goblet se mordió los labios y no continuó la conversación; pues en ella estaba calificado el nuevo Presidente de ahora y dicha la causa de sus debilidades con el radicalismo republicano. Todos cuantos, después de haber pasado por las ideas monárquicas, entran en los partidos nuestros, creen la República de una tan radical complexión y tan demagógica naturaleza que consideran imposible habitar en ella sino declarándose

demagogos y radicales. Parecen los realistas convertidos á la idea republicana cangrejos; mientras están en el agua fresca de la Monarquía, muy pálidos, pero zambullidos en el agua caliente de la República y veréis cómo se vuelven rojos.» Esta broma, dicha por mí hace tiempo respecto de los monárquicos españoles pasados á la República, cógele de medio á medio al nuevo Presidente del Consejo en Francia. Estaba destinado á presidir una situación franca y claramente conservadora; preside, por no indisponerse con los republicanos, una situación de confusiones radicales dominada por un espíritu socialista de somatén y de rebato. Que no se queje si la historia y la conciencia se lo toman en cuenta y le arguyen de un desaguizado tan triste. Ya es Presidente. Pero ¿sabrás refrenar los excesos de la comisión parlamentaria y sostener el derecho de los Tribunales de justicia? Si tal no hace, ¿qué será de su crédito? Y si tal hace, ¿qué será de su cartera? Se ha llegado en el pueblo francés á una situación imposible por esas concentraciones en las cuales todos están fuera de su quicio. El Gobierno allí no tiene la debida estabilidad y el régimen parlamentario carece de aplomo por esta indeterminación, en la cual flotan las moléculas, pero nunca se unen por las grandes afinidades misteriosas, ni se cristalizan con arreglo á una geometría exacta y á un tipo regulador. Está salvada por la Providencia, pero no establecida la forma republicana entre los franceses.

No anda bien el resto de nuestra Europa. Las elecciones, lejos de robustecer al gobierno Giolitti en Italia, lo han debilitado. Mucho se ha dicho de sus violencias electorales y no pueden negarse que, si el río suena, piedra ó agua lleva. Mal camino emprenden los italianos, si no resulta la triste afirmación un desahogo de vencido. En lo que no cabe dudar de ningún modo, es en la terrible aspereza con que acaba de recibirlo el Senado. Tiene allí la corona el derecho de nombrar los senadores, que son vitalicios todos, dentro de ciertas categorías. Y por virtud, y en ejercicio de tal derecho, nombró el ministerio senador á un candidato que le dejará libre para un ministerial cierto distrito siciliano. La vieja Cámara se ha erguido y ha invalidado el nombramiento. Jamás el rey se había visto en éstas. Y como no se había visto, tendrá que tomar orientaciones nuevas, contando con una Cámara que pide se la tenga en cuenta, y resuelta en su decisión á no dejar sean mutilados ú olvidados sus correspondientes derechos. En Austria también están soliviantados los ánimos. Las resistencias del emperador al matrimonio civil en sus estados de Hungría, con la cual se ha roto el Gobierno, sucesor de Tisza, mete la persona del monarca en las competencias políticas, y trae por ende muy sublevados los ánimos. La perdurable agonía de Kossuth, el gran personificador de la separación, que allá en el destierro muere á la edad avanzadísima de noventa y tres años, ha suscitado tal número de lutos y duelos, que todo el mundo comprende, y el

primero Francisco José, cómo en Hungría es más amada la imperial persona suya que la institución, en cuyo nombre domina y reina. Todo esto genera inquietudes extendidas á los demás pueblos de Oriente, con especialidad á Bulgaria y Servia. En este último punto, un conflicto entre la municipalidad de Belgrado, la capital, y el ministerio, ha suscitado una votación, en la que se han cometido tantas violencias para impedir el triunfo de los regidores abominados, que sólo han obtenido en el escrutinio docenas de sufragios cuando en la votación creyeron tenerlos por miles y miles. Mayor en el fondo, aunque menor en la superficie, mayor agitación entre los búlgaros. Un principado, contra el cual se ha vuelto su propio generador, el czar de todas las Rusias, debía recordar á cada instante lo frágil de su complexión, y no meterse por nada del mundo en camisa de once varas. Pues hace precisamente lo contrario de aquello debido en justicia y en razón. Pretende cosas tan graves como tener una flota en el Mar Negro, exclusivamente consignado á Rusia y Turquía como pretende también reformar la constitución, cosa de no menos gravedad. Y esta reforma se refiere al trascendental asunto de la religión que deben profesar los herederos del príncipe Fernando, próximo á casarse. Tal vástago de los Coburgos y de los Orleans ha escogido una nieta de la reina Victoria por esposa. Hija la bella novia del duque de Edimburgo pertenece, no sólo á familia tan poderosa en el mun-

do como la familia real británica, pertenece á la familia imperial rusa, pues nada menos que hermana del emperador Alejandro III es su madre. No está mal escogida la novia; pero está muy mal escogido el momento en que suscita Fernando esta cuestión político-religiosa, cuyo desarrollo únicamente puede conducirle á una enajenación de la voluntad del pueblo y á una tardanza en su difícil reconocimiento por las potencias europeas. En Oriente tropieza con muchísimas dificultades un soberano que participa de una religión distinta de la religión del pueblo. No pasa lo que suele acontecer en Alemania, donde así como se reúnen los protestantes y los católicos á celebrar sus respectivos cultos en un mismo templo, dinastías de religión católica reinan en la Sajonia de Lutero y dinastías de religión luterana en ciudades tan de nuestra iglesia como Constanza. Cuando hace poco el rey de Grecia unió su primogénito á una princesa germánica, pactóse la conservación del culto luterano en ésta y no pudo cumplirse lo pactado, pues el pueblo griego impuso á la reina futura de Grecia la re-

ligión griega. Mucho de todo esto puede pasar en Bulgaria, que tiene también su religión propia, y que antes de constituir su independencia nacional, constituyó su independencia religiosa. Los pueblos de Oriente marchan con una mecha encendida sobre un montón de pólvora. El día que susciten una dificultad grave, pueden suscitar con ella una guerra europea. Y el día que susciten una guerra europea, importaráles poco ser vencedores ó vencidos; después de haber hecho muchos sacrificios tendrán que pagar los vidrios rotos, aplastados entre todos los martillos y todos los yunques. Por fortuna, los terrores apocalípticos despertados al temor de una catástrofe, contienen la mano de los poderosos y aplazan el momento fatal. Ni el emperador de Rusia, ni el emperador de Austria, ni el sultán de Constantinopla, quieren un conflicto. Pero tales podrían ser las imprudencias que suscitasen una catástrofe, y entonces no tendrían lágrimas bastantes para llorar sus desgracias, ni fuerzas para soportar su responsabilidad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Mariana, por D. José Echegaray.—*Nerón*, por D. Florencio Moreno Godino.
Discursos, por D. Francisco Silvela.

Doble podría apostarse contra sencillo, en la seguridad de no salir perdiendo, á que la historia de la última comedia del señor Echegaray es, sobre poco más ó menos, la siguiente: D. José—diría Mario ó cualquiera de las actrices ó actores del elegante teatro de la calle del Príncipe—¿por qué no escribe V. una comedia, cuyos papeles se ajusten á nuestras particulares aptitudes del modo mismo que á nuestros cuerpos se ajustan los trajes que nos confeccionan sastres y modistos? Y cáta-te al insigne dramaturgo aplicando el metro á las facultades de aquellos apreciables artistas, y cortándoles sobre la mesa del taller una comedia de las que pudiéramos llamar *á la medida*. El talento de María Guerrero—debió de pensar el Sr. Echegaray—se adapta á la expresión de los caracteres nerviosos y un tanto fantásticos y extravagantes, pues haré para ella un papel en que tengan ámplia cabida las nerviosidades y extravagancias. Mario se pinta solo para hacer de viejo simpático, pues papel de viejo simpático para Mario. ¿Le da á Balaguer por lo grotesco? pues papel grotesco á Balaguer. ¿Es frío en la expresión Cepillo? pues frialdad en su carácter. ¿Acierta Thuiller en los movimientos pasionales y vehementes? pues pasión y ve-

hemencia para Thuiller. Ideados así los diversos personajes de la obra y elegidos éstos, como queda dicho, no entre los innumerables modelos que ofrece la sociedad, sino entre los tipos que posee lo que pudiéramos llamar la guardarropía viva del teatro de la Comedia, procedió el autor á agruparlos á fin de que cada uno de aquellos apreciables actores alcanzase el mayor lucimiento posible. Atento siempre á su propósito, como quiera que los compañeros del Sr. Mario, dicen, salvo rara excepción, bastante mal el verso, escribió el Sr. Echegaray en prosa su drama; como por regla general, aquel escenario parece á causa de la costumbre, marco de lo cómico más bien que de lo dramático, cuidó con singular esmero el poeta, que abundase en su composición el primero de ambos elementos; y como el uniforme, por decirlo así, de los artistas del teatro de la Comedia es el traje de etiqueta, el autor vistió á los personajes de *Mariana* con los atavíos de la más alta sociedad.

Así fué, sin duda, concebida, y así fué formándose la última obra del autor de *El gran Galeoto*. Parece lo natural que los actores sean para las obras; pero en el caso á que me refiero, la obra es para los actores. Si las aptitudes de éstos hubieran sido distintas de

lo que son, *Mariana* no sería lo que es. Ya en otras ocasiones ha subordinado el Sr. Echegaray su inspiración á las facultades de los comediantes. *En el seno de la muerte*, por ejemplo, con su *romanticismo de cabeza* y no de corazón; con su castillo de Argeléz, con sus quintillas de la *banda carmesí* y de la *armadura de Milán* y el *viejo lebré*; con sus rimbombantes endecasílabos y sus sombrías venganzas y sus pasiones delirantes y su horrible cripta, no fué otra cosa que un conjunto de relumbrantes oropeles, no exentos de grandiosidad, diestramente combinados para que Rafael Calvo pudiese hacer fastuoso alarde de su inolvidable talento. Muerto el gran actor, murió también *En el seno de la muerte*; como que el protagonista del drama no era ni un carácter real, ni un personaje histórico ó legendario: era Calvo, ó más bien la manera artística de Calvo, del mismo modo que *Mariana* es María Guerrero ó la manera artística de María Guerrero.

No influyen poco en el valor del último drama del Sr. Echegaray el modo y forma en que ha sido concebido. No es *Mariana* una obra que tenga aquella *finalidad sin fin* de que habla el filósofo, es más bien un pretexto para que resalten las gracias y habilidades de los artistas para quienes aquella se escribió; no es hija de la inspiración, es una obra de encargo; no es la estatua que los actores levantan sobre sus hombros para que el público la admire y la contemple, es la peana sobre la cual ellos se exhiben. Declaro sinceramente que me causa cierta impresión penosa, ver un ingenio tan soberano como el del Sr. Echegaray, plegarse á un papel tan secundario. Jamás he podido imaginarme á Lope escribiendo comedias para el lucimiento escénico de Jusepa Vaca ó de Juan de Morales.

Aparte de este motivo generador de *Mariana*, no hay que buscar en ella una idea capital que abarque y domine á todas las demás, idea madre, de cuyo tronco fecundo broten todas las ideas

secundarias como del árbol las ramas y de las ramas las hojas; esa idea capital y primera en toda obra verdaderamente artística, falta en la última del autor de *O locura ó santidad*. En *La vida es sueño*, ese pensamiento general está contenido en el título, y es como la cúpula del maravilloso drama de Calderón; en *Otelo*, es la pasión de los celos; en *Marta la piadosa*, la hipocresía; en *Don Alvaro*, la fatalidad; en *El tanto por ciento*, la usura; en *Consuelo*, la vanidad y el lujo, en *Un drama nuevo*, el adulterio; en *El Gran Galeoto*, la fuerza sugestiva de la calumnia. ¿Cuál es ese pensamiento en *Mariana*? Podrá contestarse á esta pregunta, diciendo: «El Sr. Echegaray se ha propuesto no desarrollar una tesis, ni siquiera presentar una afirmación en forma dramática; ha querido hacer el análisis psicológico de un carácter de mujer; ha intentado, en una palabra, algo parecido en *Mariana* á lo que Ibsen ha hecho en *Hedda Gabler*. Sea; pero, ¿lo ha conseguido (1)?»

De esto de los análisis psicológicos en el teatro habría mucho que hablar. La escena es por naturaleza eminentemente sintética; tiene necesidad de reducir los días y hasta los años al breve período de unas cuantas horas, le es fuerza prescindir de los hechos pequeños para presentar los momentos decisivos de la existencia, y como es siempre el personaje quien habla, sin que el autor pueda explicar las palabras de aquél ni sus pensamientos, so pena de que sea el susodicho personaje un consumado filósofo que haya llegado á la meta de la sabiduría, al inalcanzable *nosce te ipsum*, imposible es que nos dé

(1) Alguien ha creído ver en *Mariana* la intención de presentar los efectos perniciosos de la mala educación. No creo que el autor haya tenido este propósito; mas si por ventura se hubiera propuesto semejante cosa, convengamos en que no ha salido adelante con su empresa. ¿Qué tiene que ver la educación de Mariana con su enamoramiento de Daniel y con todo lo demás que de este enamoramiento se sigue?

á conocer, por sí mismo, los misteriosos engranajes y las complicadas relaciones de su vida interior, y que penetre en la región del espíritu, analizando allí una por una las fibras inmateriales del alma. Sólo de una manera imperfecta y siempre por medio de hechos escénicos, se logra dar idea de la vida interna; pero en rigor esto es presentar, no analizar los caracteres. El análisis, propiamente dicho, supone nimiedad casi científica, y tan prolijo detenimiento, que uno y otro son completamente ajenos á las condiciones de la escena. Por esto creo, y los hechos hasta ahora lo confirman, que es estéril en el teatro intentar el análisis de los caracteres. Basta con que el autor acierte á expresarlos bien.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que si el Sr. Echegaray ha pretendido analizar un carácter no ha logrado por completo su propósito. No negaré yo que en el infinito número de combinaciones que contribuyen á la formación de caracteres, pueda resultar uno tan extravagante y original como el de Mariana. Que hay en el mundo mujeres medio locas, románticas en ocasiones, en ocasiones excépticas, marisabidillas, fantásticas y gárrulas, cosa es tan evidente, que no es necesario acudir al milagro para aceptarla de buen grado: los caprichos de los poetas no llegan nunca á igualarse con los caprichos de la realidad. Lo que sí me parece extraordinario, y más que extraordinario falso de todo punto, es que aquella extravagante criatura se pase sus mocedades estudiándose á sí misma y contándole á su novio y á su protector y al público, cuantas evoluciones y fenómenos se verifican en su espíritu. Merced á este trabajo interior que envidiaría el más reflexivo filósofo, explica la joven cómo y por qué han nacido en su espíritu tales tendencias y cuales extravíos, coloca su propio ser en la mesa de disección y va mostrando como pudiera hacerlo concienzudo psicólogo, la razón y el origen y las consecuencias de todas sus genialidades,

exponiendo, en una palabra, la filosofía de su vida. Al oirla escuchamos al autor: no es una muchacha locuela la que habla, es un pensador de madura experiencia. Por esta razón los amores de la joven nos interesan poco. No ama como Margarita, como Ofelia, como Julieta, como Melibea, cediendo, por decirlo así, con los ojos cerrados á esa fuerza divina que avasalla á todo cuanto vive; ama ó pretende amar de una manera *conscia* como decían los krausistas. Hasta su coquetería es reflexiva; no trae al retortero á Daniel y D. Pablo por vanidad y ligereza, sino como medios para el cumplimiento de sus vagos proyectos de venganza, no contra un hombre, sino contra todos los hombres. Porque Mariana discurre de esta suerte: «mi madre se escapó con un miserable que acabó por maltratarla y abandonarla... luego todos los hombres son unos perversos». Como se ve, no es la lógica la cualidad esencial de estos caracteres originales. Amor que todo lo puede, llega por fin á dominarla y á hacerle olvidar momentáneamente su rencor al sexo feo; pero una circunstancia imprevista le descubre que Daniel, á quien pocos momentos antes ha otorgado el dulcísimo *sí*, es hijo del seductor infame á quien Mariana ha jurado odio eterno. Entonces la joven no se para en barras y entrega su mano á D. Pablo, á quien Daniel ciego de cólera insulta y desafía.

Este D. Pablo es un general bastante excéntrico, frío, valiente y pundonoroso. Se cuenta de él, que celoso de su honor mató á su primera mujer. Pero este médico de su honra, á pesar de sus cuarenta y ocho años cumplidos y de su poca fortuna conyugal, y aunque Mariana es una jovencueta de poco juicio, que por añidura no sólo no le ama sino que quiere á otro, no vacila en hacerla su esposa, sin duda decidido á aumentar con un nuevo caso su clínica especialista en curas de honor. Ya he dicho que D. Pablo es un valiente. Y á fe que buena falta hacen en la comedia unos cuantos maridos como

él, porque además del conato de adulterio de Mariana, juegan otros tres en la obra del Sr. Echegaray: el adulterio de la madre de la joven, el de la primera esposa del general y el inminente de la mujer de D. Cástulo. Para un solo drama son, en efecto, demasiadas infidelidades.

En cuanto á Daniel, sólo diré que es el galán joven de todos los dramas y melodramas; guapo, bueno, noble, valiente, apasionado, tipo ya consabido y que pasa de unas comedias á otras sin más alteración que el cambio de nombre; es el mismo que llora en las comedias de Feuillet, que jura amor eterno en las de Sardou, que prorrumpe en enamoradas endechas en los dramas románticos y que tan indispensable es en las obras dramáticas, como el gracioso en nuestras comedias antiguas ó como Polichinela en las farsas italianas.

Decía que D. Pablo da muestras de un valor á toda prueba casándose con Mariana. El epílogo lo evidencia cumplidamente. Daniel, valiéndose de un procedimiento bastante ingenioso, entra en la casa de su rival en la noche misma de bodas. Mariana, que ha despachado con cajas destempladas á su marido, recibe con los brazos abiertos á su antiguo novio y le explica la razón del rompimiento con él; el joven, delirante de pasión, le propone la fuga, Mariana se resiste, trata él de llevársela á la fuerza, grita ella, sale D. Pablo, revólver en mano, y viendo por segunda vez en riesgo su honor... ejerce de nuevo de *médico de su honra*, matando á su mujer y desafiando á muerte al amante infortunado.

¿Qué decir del epílogo *calderoniano*? ¿Qué hay de común entre el general D. Pablo, especie de Barba azul, destinado á matar mujeres, y aquellos don Lope y D. Gutierre, personificaciones del honor español? D. Pablo, aunque otra cosa quiera expresar el autor, es risible; un galán de cuarenta y ocho años que cree que le quedan quince todavía para hacer el cadete, es de una

fuerza cómica extraordinaria. No inspira terror, sino risa. No es un hombre, sino un instrumento de muerte. Entre él y su revólver apenas si existe diferencia.

En torno de esta acción, falta de realidad, que no conmueve pero que deleita, ha agrupado el autor varios personajes, como D. Joaquín el simpático protector de los dos amantes, D. Cástulo el arqueólogo, su mujer, el cortejo de su mujer y la hermana de D. Pablo, personajes los tres últimos completamente inútiles, y que podrían, por consiguiente, suprimirse, sin que la acción sufriese el más pequeño detrimento. D. Cástulo, aunque necesario, puesto que en él estriba la peripecia más importante de la obra, es, más bien que un tipo cómico, una verdadera caricatura; en un sainete podría pasar, en una comedia dramática es inaceptable. Todo aquello de los peines y de las herraduras y del mechón de pelos de Asurbanipol ó de Amenofis, es propio de un artículo de Taboada, no de una comedia en que cabe sí lo cómico, pero nunca lo caricaturesco. La caricatura, además, sólo puede estar aislada ó mezclada con otras caricaturas; es una desproporción que necesita un mundo también desproporcionado.

Y al llegar aquí, no porque venga precisamente á cuento, sino porque ahora me ocurre, he de manifestar un escrúpulo que siento y que lealmente declaro. Estos defectos que he señalado y que á mí me parecen garrafales, ¿son lunares sin importancia que ni afean ni deslucen las bellezas de una obra maestra? ¿No han logrado mis ojos ver las perfecciones, y en su falta de alcance han confundido granos de arena con montañas enormes? No lo sé; pero si así fuese, me basta con reconocer la posibilidad de mi error. He leído en la prensa entusiastas ditirambos en loor de esta comedia, se ha sacado á relucir á Shakespeare, se ha hablado de final calderoniano, de cumbres del arte, de concepción maravillosa y de no sé cuántas cosas más. Nada de esto, vuel-

vo á repetirlo, he alcanzado á ver en la última obra de Echegaray; estaré quizás equivocado; pero haría traición á mi pensamiento si manifestase un entusiasmo que estoy muy lejos de sentir. Verdad que la factura de la obra es más perfecta que la de otros dramas del mismo autor, maneja mejor el poeta en este drama que en los otros suyos los resortes que siempre sorprenden al público, ha sabido dar á éste no pocas dedadas de miel, ha preparado hábilmente las situaciones de efecto, ha escrito diálogos llenos de viveza y de interés, como el hermosísimo de la confesión, ha demostrado, en una palabra, que es maestro en el arte de hacer comedias, tan maestro que supera á Sardou y compite con Dumas; posee, en el inagotable tesoro de su fantasía, siempre joven, joyas preciosas que derrama á granel en el estilo, joyas muchas veces inoportunas, pero que deslumbran al espectador; sorprende, engaña, juega con el público, «transfigura el absurdo — como decía Revilla — con la fuerza de su genio»; pero aquella belleza grande de *En el puño de la espada* y de *La esposa del vengador*, aquella hermosísima concepción de *El Gran galeoto*, aquel conflicto del espíritu y la materia de *La muerte en los labios*, aquel grandioso problema moral de *O locura ó santidad*, ¿tienen, por ventura, algo semejante en *Mariana*? Quizá esta comedia esté mejor hecha que las otras que he citado; quizá haya sido aquí mejor artífice el Sr. Echegaray; pero fué allí mucho más artista.

Claro es que al hablar así no le comparo con la mayor parte de los poetas que abastecen el teatro moderno. El autor de *Mariana* está á muchos codos por encima de ellos. Comparo á Echegaray con Echegaray mismo y le aplico la parábola de los talentos. Mucho debe exigírsele, porque de mucho es capaz. Escritores hay á quienes es justo aplaudir, si por acaso se encuentra algún poco de cobre en la mina de su cerebro. Al primero de nuestros actuales dramaturgos, hay derecho para

exigirle oro fino... oro del de veintidós quilates. Por esto, cuando en una obra suya se encuentran tantos oropeles como en *Mariana*, cuando se advierte la ausencia de todo pensamiento capital, cuando se echa de ver que los personajes son muñecos grandes como D. Pablo y Daniel ó grotescas caricaturas como D. Cástulo ó un conjunto de extravagancias como *Mariana*, cuando nos enteramos de todo esto, sin dejarnos engañar por los artificios de una factura pulida, y, por decirlo así, bien labrada, experimentamos, los sinceros admiradores del Sr. Echegaray, una verdadera decepción.

Pasado el efecto que produce en el ánimo la destreza con que están presentadas las situaciones, desvanecido el encanto pasajero de aquel estilo sugestivo, terminada la sorpresa de aquellos ingeniosos recursos, nos preguntamos, después de todo, ¿que es *Mariana*? Y fuerza es contestar entonces: *Mariana* no es más que un pretexto para que se luzcan unos cuantos actores.

Si ha sido este, como yo creo, el propósito del Sr. Echegaray, cumplidamente lo ha logrado. Jamás obra alguna ha sido mejor representada que *Mariana* en el teatro de la Comedia.

*
* *

La tragedia de D. Florencio Moreno Godino, titulada *Nerón*, estrenada recientemente en el teatro Español, demuestra lo estéril que es el intento de resucitar géneros literarios muertos y enterrados largo tiempo há. El autor de *Nerón* ha observado fielmente todas las reglas de la retórica: acción sencilla, acertada expresión de los afectos, vigor y verdad en algunos caracteres, intento de color local, y robustez y galanura en la versificación. A pesar de todas estas cualidades, la obra resulta lánguida, sin que logren darle animación, ni los gritos del Sr. Perrín, ni los sollozos de la señorita Contreras, ni los lamentos del Sr. Vico.

Es aquella una historia que no nos interesa. Y hay razones para ello. En primer lugar, la figura de Nerón, salvo en lo que se refiere á la cobardía de sus últimos momentos, no se parece en poco ni en mucho al monstruo que pintaron Tácito y Suetonio y que la leyenda nos ha transmitido con colores espantables. Todos nos imaginamos al hijo de Agripina, sanguinario, lascivo, feroz, gozándose con la muerte de sus maestros, asesinando á Lucano, reventando de una patada á Popea, envenenando á Británico, incendiando á Roma, exterminando á los cristianos, revolcándose en lecho de infamias, persiguiendo, ébrio de lujuria, á su propia madre, ordenando su muerte y recreándose en la contemplación de su desnudo y ensangrentado cadáver... Convertir á semejante ser en un padrazo tierno y cariñoso, ó en un amante rendido y complaciente, es, á la verdad, intento más que temerario.

Bien se me alcanza que en todo corazón, por corrompido que esté, hay siempre algún latido noble y bueno. El mismo Tácito, cuando refiere la noche en que debía morir Agripina, encuentra palabras para mostrarnos algo parecido al remordimiento en el alma del tirano; pero el público no entiende de estas cosas, y ve á Nerón siempre perverso, siempre infame, y le niega todo derecho á la bondad.

Pero no es esto sólo: el gusto moderno es tal, que quiere, por lo menos en la apariencia, perfecta verosimilitud. En este género trágico sólo podría interesarle, el autor que llevase al teatro procedimientos parecidos á los empleados por Flaubert en su *Salambó*, el que acertase á presentar las sociedades remotas, si no como fueron, por lo menos de una manera parecida á como las pintan la historia y la tradición. Los personajes ideados por el poeta, aunque juran por los dioses y navegan en trirremes y hablan del Foro y del Senado, sólo tienen de romanos el nombre. Piensan, sienten y se expresan como nosotros, á tal extremo, que cambiando los trajes

y alguna que otra alusión á las instituciones del siglo primero de Cristo, la tragedia del Sr. Moreno podría perfectamente desenvolverse en la época actual.

No quita lo dicho, para que reconozca yo que contiene *Nerón* bellezas de primer orden; la rápida enumeración que el protagonista hace en el momento mismo en que va á morir, de todo lo que para él constituye la vida, es un rasgo de inspiración verdadera que ya lo quisieran para sí los más aplaudidos y renombrados dramaturgos; también merece citarse el monólogo en que el hijo de Electra arranca la venda de sus ojos, y el tierno coloquio entre éste y la candorosa Flavia.

En resumen: *Nerón* es una obra que contiene grandes bellezas, que revela númen poético en su autor y envidiables condiciones dramáticas, pero que llega tarde. La generación que sentía esos dramas ya no existe, y los actores que hubieran podido prestarle alguna vida, no existen tampoco.

*
* *

Otro drama ó comedia más interesante que *Nerón* se ha representado en ese escenario que se llama política, y en el cual hay tantas tramoyas y tantas intrigas como en los teatros de verdad. Uno de los primeros actores era, hasta hace unos pocos días, Don Francisco Silvela, quien en estos momentos se retira como Wamba á su monasterio de Pampliega, esperando, sin duda, á que vayan á sacarle de su voluntario retiro sus fieles admiradores. Pero el calculador ex-ministro, presintiendo acaso que se acercaba para él la hora de abandonar las pompas y vanidades de la vida pública, ha querido dejarnos por vía de testamento la colección completa de sus discursos pronunciados en el espacio de tiempo comprendido entre los años 1885 y 1890. Debe advertirse—si hemos de dar crédito á lo que dice la portada—que dichos discursos publicanlos algunos

correligionarios, sin duda, del autor.

Sucede con esta clase de trabajos, cuando no son hijos de la verdadera elocuencia y sí sólo disertaciones ó pláticas más ó menos habilidosas sobre cuestiones muchas veces personales, y, por consiguiente, baladíes, lo que con los artículos de periódico. Leídos éstos en momentos de pasión, y cuando tanto el que los escribe como el que los lee respiran el mismo ambiente y están sometidos á idénticas ó semejantes influencias, los diputamos por excelentes; pero pasa el tiempo, registramos la necrópolis de las colecciones pasadas, y al volver á echar los ojos á aquel artículo que un día aplaudimos con entusiasmo, exclamamos: ¡Y este es el trabajo que nos produjo tanta admiración, y que casi, ó sin casi, echó á rodar un ministerio!

Algo de esto acontece con los discursos del Sr. Silvela. Cuando en momentos de efervescencia se le ha visto levantarse en el Congreso y amargar con aceradas alusiones á su contrario ó pincharle en su amor propio, sus oraciones no habrán parecido modelos de oratoria parlamentaria, pero sí han sido reputadas como hábiles, intencionadas y crueles, cualidades todas estas que, aunque no las juzgo envidiables, tienen, á lo que se ve, gran valor entre la gente que á la cosa pública se dedica. Hoy, al leer tales discursos faltos ya del calor de la oportunidad, resultan —justo es decirlo— bastante inferiores á lo que en un principio parecieron.

Puede comprobarse lo que acabo de decir con la lectura del celebradísimo discurso que el Sr. Silvela pronunció contra el Sr. Romero Robledo en la sesión del 4 de Enero de 1886. Abundan en él los alfilerazos, las burlas, los sarcasmos envueltos en frases melosas y atildadas. La intención que los dictó pudo ser grande; pero, en rigor, y por fortuna, las heridas que semejantes pinchazos causaron fueron insignificantes. Porque, digase lo que se quiera, tales artificios podran molestar y

mortificar, pero carecen de vigor para causar heridas profundas y mortales; esas grandes victorias de la palabra que anulan y destruyen al contrario no se obtienen con sutiles ingeniosidades ni epigramas más ó menos jocosos; para conseguir esos triunfos hay que ser un orador de verdadero empuje, no un hábil confeccionador de frases.

Esta es la especialidad del Sr. Silvela: la frase, el arte de elegir la palabra más cáustica, el término más incisivo; de aquí cierta premiosidad de palabra y de pensamiento. El orador parece que anda dando vueltas alrededor de la misma idea que insiste demasiado sobre un punto insignificante, todo ello para dar con la palabra buscada, y una vez hallada, para descargar el golpe, no muy fuerte, no muy hondo, pero sí certero y doloroso.

Léase, en prueba de ello, el discurso que pronunció el Sr. Silvela en Enero de 1888, y en él las alusiones á D. Venancio González, así como en la rectificación las aceradas palabras con que hubo de contestar al hijo de aquél, don Alfonso, que salió gallarda y elocuentemente á la defensa de su padre.

En otros discursos, como los que pronunció en defensa del Jurado, en apoyo de una enmienda sobre prórrogas de los tratados de comercio, sobre reformas y mejoramiento de la administración y acerca del Código civil, el expolítico liberal-conservador se eleva sobre aquellas pequeñeces, que son, sin embargo, su especialidad, y acierta á exponer con claridad y lucidez las cuestiones importantes del derecho; entonces su oratoria, sin ser brillante, sin conseguir nunca dar á los pensamientos el relieve y la altura propios de los grandes discursos en que tan fecundo es nuestro Congreso, tiene las condiciones más didácticas que artísticas propias de la oratoria forense. Pero ni en los discursos de carácter puramente político, ni en los que más ó menos se relacionan con las cuestiones administrativas ó de derecho, aparece el Sr. Silvela como un

orador de primera fila. Falta siempre en ellos la inspiración, el entusiasmo, la grandeza, y abundan con exceso la habilidad, el ingenio, la intención, más propia de los sueltos de periódico que de la seriedad de los grandes debates.

El público le oye con interés, sobre todo cuando el orador se ocupa de personalidades, porque siempre agrada todo lo que significa daño para alguien; pero jamás la palabra fría y poco atractiva del Sr. Silvela ha causado en el auditorio otros movimientos que el de la sonrisa.

Su oratoria, dicen los que le elogian, se parece á la esgrima del florete... ¡Triste elogio! ¡La palabra, el don más grande que de Dios hemos recibido, convertida en pincho!... Si esto fuese el ideal de la elocuencia, entonces sí que deberíamos proscribirla, como la proscribían los espartanos de su ciudad.

Débese, sin embargo, reconocer que casi siempre su palabra se ajusta á su pensamiento, que dice lo que quiere y que posee gran fuerza dialéctica y arte

poco comunes para enlazar sistemáticamente las diferentes partes del discurso; sus oraciones nada brillantes, faltas de calor, desprovistas de toda pasión y entusiasmo, son siempre proporcionadas y por decirlo así orgánicas, esto es, cada una de ellas forma un todo completo.

El Sr. Silvela parece resuelto á retirarse á la vida privada. Ignoro, y en rigor poco me importa, lo que con ello pueda ganar ó perder la política.

Lo que sí aseguro es que si con su retirada pierde el Parlamento un hábil polemista, un frío y sagaz ingenio, un orador hábil para desvirtuar el efecto de los discursos apasionados y entusiastas de los adversarios, en cambio la elocuencia hermosa, esa que hace triunfar las grandes ideas y que graba de cuando en cuando una fecha feliz en la historia de las conquistas del pensamiento, esa elocuencia, digo, de los Castelares, de los Cánovas, de los Salmerones, de los Aparisi... esa pierde poca cosa con el voluntario apartamiento del ex-ministro ex-canovista.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN
«LA ESPAÑA MODERNA» DURANTE EL AÑO 1892

- Acosta de Samper** (Soledad).—La mujer española en Santafé de Bogotá. Abril, pág. 161.
- Alcover** (Juan).—El pintor de Corinto (poesía). Mayo, pág. 179.
- Altamira** (Rafael).—El movimiento pedagógico en España, Diciembre, página 142.
- Anónimo**.—Libros. Mayo, pág. 207, Junio, pág. 202.—El libro del Sr. Castelar. Octubre, pág. 207.
- Asenjo Barbieri** (Francisco).—La música de la lengua castellana. Abril, página 146.
- Asensio** (José María).—La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje. Febrero, pág. 157.—Martín Alonso Pinzón. Mayo, página 142; Junio, pág. 144; Julio, pág. 112.—La leyenda colombina. Julio, página 127.
- Balzac** (H. de).—El Verdugo. Diciembre, pág. 5.
- Banville** (Teodoro de).—Madama Jossu. Julio, pág. 101.
- Barbey d'Aurevilly** (J.).—El Dandismo y Jorge Brummell. Enero, pág. 97; Febrero, pág. 97.
- Barrantes** (Vicente).—Sección hispano-ultramarina. Octubre, pág. 159; Diciembre, pág. 181.
- Benavente** (J.).—Ibsen. Febrero, pág. 201.
- Bourget** (Pablo).—Barbey d'Aurevilly. Enero, pág. 187.—Un jugador. Marzo, pág. 81.—Retrato de un humilde. Agosto, pág. 171.
- Campoamor** (Ramón de).—Humoradas. Enero, pág. 132.—Doloras y humoradas. Junio, pág. 172.—La Cantinera. Diciembre, pág. 163.
- Carducci**.—Virgilio (soneto). Julio, pág. 100.
- Caro** (E.).—Las miserias de un dios en el siglo XIX. Julio, pág. 148; Agosto, pág. 37.—El pesimismo en el siglo XIX. Octubre, pág. 138; Noviembre, pág. 154; Diciembre, pág. 76.
- Castelar** (Emilio).—Crónica internacional.—Enero, pág. 155; Febrero, página 174; Marzo, pág. 174; Abril, pág. 181; Mayo, pág. 193; Junio, página 179; Agosto, pág. 186; Setiembre, pág. 187; Octubre, pág. 179; Noviembre, pág. 184; Diciembre, pág. 188.

- Castro** (Adolfo de).—Cádiz y la primera expedición de Colón. Enero, página 133.—De la esclavitud en España. Febrero, pág. 128.—Algo sobre las cuestiones acerca del primer viaje de Colón. Marzo, pág. 136.
- Coppée** (Francisco).—El pedazo de pan (cuento). Enero, pág. 116.—El guardabarrera (cuento). Mayo, pág. 129.—Muerte voluntaria. Diciembre, página 55.
- Cherbuliez** (Victor).—El rey Apepi, Julio, pág. 31.—Eduardo el guapo. Agosto, pág. 5.
- Daudet** (Alfonso).—La partida de billar. Enero, pág. 92.—Las madres (recuerdos del sitio de París). Febrero, pág. 123.—El sitio de Berlín. Marzo, pág. 114.—Las tres misas rezadas. Abril, pág. 38.—Un condecorado. Mayo, pág. 136.—El mal zuavo. Junio, pág. 126.—El prusiano de Belisario. Julio, pág. 107.—Las emociones de un perdigón rojo. Octubre, página 87.—El emperador ciego, ó viaje á Baviera en busca de una tragedia japonesa. Diciembre, pág. 62.
- Ex-ministro** (Un).—Revista económica. Enero, pág. 168; Marzo, pág. 198; Abril, pág. 201; Junio, pág. 197; Octubre, pág. 201.
- Fernández Duro** (Cesáreo).—Concepto colombino. Marzo, pág. 166.—Reseña crítica del Centenario. Abril, pág. 170; Mayo, pág. 183; Junio, página 133; Julio, pág. 189; Agosto, pág. 175; Setiembre, pág. 175; Octubre, pág. 165; Noviembre, pág. 170; Diciembre, pág. 165.
- Flores** (Julio).—El último sueño (poesía). Octubre, pág. 136.
- Gay** (Sofía).—El salón de la baronesa de Staël. Junio, pág. 109.—El salón de la emperatriz Josefina. Setiembre, pág. 166; Octubre, pág. 93.—Un salón en el mes de Diciembre. Noviembre, pág. 146.
- Goncourt** (Edmundo de).—Querida (novela). Enero, pág. 49; Febrero, página 45; Marzo, pág. 5.
- Guimerá** (Angel).—Ultratumba (poesía). Abril, pág. 144.
- Heine** (Enrique).—Memorias de mi juventud. Agosto, pág. 73.
- Hugo** (Victor).—Llamando á una puerta (poesía). Junio, pág. 131.
- Ibsen** (Enrique).—Casa de muñeca (drama). Agosto, pág. 131; Setiembre, página 150.—Los aparecidos (drama). Octubre, pág. 18.—Hedda Gabler, (drama). Noviembre, pág. 51.
- Laverde Amaya** (Isidoro).—La literatura colombiana. Octubre, pág. 124.
- Longfellow** (N. W.).—A Alfredo Tennyson (soneto). Agosto, pág. 207.
- Loti** (Pedro).—El hospital de Pen-Bron. Setiembre, pág. 96.—Un animal sarnoso. Diciembre, pág. 43.
- Maupassant** (G. de).—Pierrot. Noviembre, pág. 141.
- Mélida** (José Ramón).—La arqueología y las artes plásticas en el teatro. Marzo, pág. 151.
- Menéndez y Pelayo** (Marcelino).—La música de la lengua castellana. Mayo, pág. 167.
- Merimée** (Próspero).—La toma del reducto. Junio, pág. 121.—Mateo Falcone. Diciembre, pág. 15.
- Moltke** (General conde de).—La guerra franco-prusiana. Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5.
- Mouton** (Eugenio).—El Libro japonés. Diciembre, pág. 27.
- Musset** (Alfredo de).—Rola (poema). Julio, pág. 158.
- Obligado** (Rafael).—Los Horneros (poesía).—Febrero, pág. 150.
- Ossorio y Bernard** (Manuel).—Apuntes para un diccionario de escritoras americanas del siglo XIX. Enero, pág. 196; Febrero, pág. 166.
- Oyuela** (Calixto).—Noche de luna (poesía). Marzo, pág. 164.

- Palma** (Ricardo).—Filigranas (poesías). Noviembre, pág. 169.
- Pardo Bazán** (Emilia).—Teoría del consuelo. Enero, pág. 123.
- Passarge** (L).—Enrique Ibsen. Agosto, pág. 121.
- Petrarca**.—El aislamiento (soneto). Setiembre, pág. 165.
- Richepin** (Juan).—El Babiaca de la señá Antoñica. Diciembre, pág. 47.
- Rivas Frade** (Francisco).—Diamantes (poesía). Abril, pág. 169.
- Sainte-Beuve**.—Madame de Staël. Setiembre, pág. 103.
- Shakespeare**.—Día y noche (soneto). Agosto, pág. 185.—Amor verdadero (soneto). Diciembre, pág. 26.
- Stuart Mill** (John).—Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas. Marzo, pág. 121; Abril, pág. 46; Mayo, pág. 22.
- Sully Prudhomme**.—El viento (soneto). Junio, pág. 81.—Los venideros (soneto). Julio, pág. 111.—La copa (soneto). Octubre, pág. 92.
- Tolstoy** (Conde León).—Una corta en el bosque. Marzo, pág. 45. La muerte de Nicolai Levine. Abril, pág. 30.—El Sitio de Sebastopol. Junio, pág. 5; Julio, pág. 5.—Iván el imbécil (cuento popular). Setiembre, pág. 5.—El primer fabricante de aguardiente.—Los tres Staretzi.—Dios está donde hay amor. Octubre, pág. 66.—Miguel. Noviembre, pág. 5.—Los dos ancianos. Noviembre, pág. 27.—Malachka y Akulina. Diciembre, página 52.
- Turguenef** (Iván).—Toc... toc... toc... Marzo, pág. 91.—Historia del teniente Yergunof. Abril, pág. 5.—Extraña historia. Mayo, pág. 5.—El Rey Lear de la Estepa. Setiembre, pág. 30.—Se oye ruido (novela). Octubre, pág. 5.—Un desesperado. Noviembre, pág. 112.
- Verga** (Juan).—Cavallería rusticana. Noviembre, pág. 135.
- Villegas** (Francisco F.).—Impresiones literarias. Enero, pág. 176; Febrero, página 190; Marzo, pág. 191; Abril, pág. 193; Mayo, pág. 202; Junio, página 190; Julio, pág. 200; Agosto, pág. 200; Setiembre, pág. 199; Octubre, pág. 192; Noviembre, pág. 200; Diciembre, pág. 197.
- Wagner** (Ricardo).—Recuerdos de mi vida. Enero, pág. 73.
- Zola** (Emilio).—Carta á la juventud. Abril, pág. 117.—Una gran figura literaria. Mayo, pág. 92.—El naturalismo en el teatro. Junio, pág. 82.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>El Verdugo</i> , por H. de Balzac.....	5
<i>Mateo Falcone</i> , por Próspero Merimée.....	15
<i>Amor verdadero</i> (poesía), por Shakespeare.....	26
<i>El Libro japonés</i> , por Eugenio Moutón (Merinos).....	27
<i>Un animal sarnaso</i> , por Pedro Loti.....	43
<i>El Babioca de la Señá Antoñica</i> , por Juan Richepin.....	47
<i>Malachka y Akulina</i> , por el Conde León Tolstoy.....	52
<i>Muerte voluntaria</i> , por Francisco Coppée.....	55
<i>El Emperador ciego</i> , por A. Daudet.....	62
<i>El pesimismo en el siglo XIX</i> (conclusión), por E. Caro.....	76
<i>El Movimiento pedagógico en España</i> , por R. Altamira.....	142
<i>La Cantinera</i> (dolora), por Ramón de Campoamor.....	163
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	165
<i>Sección ultramarina</i> , por Vicente Barrantes.....	181
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	188
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.....	197
<i>Índice</i> , por orden alfabético de autores, de los artículos publicados en LA ESPAÑA MODERNA durante el año 1892.....	205

